



ÁLVARO ABAD

# NADIE DEBERÍA IRSE A DORMIR

Lectulandia

Una mañana, el cuerpo de un importante bodeguero aparece sin vida en su lujoso despacho. Antes de morir, la víctima realizó una llamada y dejó en el contestador un mensaje: «Medusa». Todo apunta a un suicidio; sin embargo, es la tercera persona que muere en circunstancias similares. Para llevar a cabo la investigación, el jefe de policía de la zona llama a un policía prejubilado. Con su habilidad e intuición, este descubre que las coincidencias entre las víctimas van más allá del modo en que murieron, pues los tres tuvieron algún tipo de conexión con el Estado... Detrás de todo ello está la firma de un tal «Lobo», que opera desde el pasado y el rencor.

**Lectulandia**

Álvaro Abad

# **Nadie debería irse a dormir**

ePub r1.2

Ablewhite 15.05.16

Título original: *Nadie debería irse a dormir*

Álvaro Abad, 2015

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

—¡Te he dicho que me dejes en paz! ¡Deja de llamarme! ¡No quiero volver a oírte!

Y lo dijo con tanto desprecio y rechazo que a Norberto Obanos casi le pareció oír el golpe del teléfono al otro lado de la línea. Se quedó medio aturdido mirando su iPhone, pensando qué podía hacer ahora, esperando un repentino cambio de la realidad a su favor.

Fuera había empezado a oscurecer. Sabía que no lograría nada pero no pudo evitar llamar dos veces más al mismo número, sin éxito. A la tercera se atrevió a hablar con el contestador.

—Si cambias de opinión, Javier, llámame, es una cuestión de vida o muerte, no bromeo... tienes que creerme, ¡tienes que creerme!

No pudo completar la frase, sonaba sin fuerza, como una mentira, como una frase de película.

Al menos había sido buena idea salir al exterior, al viñedo, no solo para evitar las escuchas, sino también porque Obanos agradecía pasar esos momentos de desconcierto entre el olor de las uvas maduras.

Los arbustos se prolongaban en hileras, y Obanos casi podía ver los pequeños frutos descansando a la espera de que el sol generoso de principios de otoño les proporcionase otra sesión de maduración. Se recordó a sí mismo y a sus dos hermanos de niños, corriendo entre los surcos de tierra revuelta y roja, y le parecía imposible que hubiesen llegado hasta aquí, tan lejos, pasados ya los sesenta.

La luz que quedaba era azul y débil. A medida que se disipaba la adrenalina que le había producido la llamada empezó a sentir el aire frío filtrándose por debajo de la cazadora. Decidió volver a la bodega, la gran inversión de su vida, su gran obra: como otros tienen tres hijos o escriben libros, se dijo; y acompañó estos pensamientos con una sonrisa nueva, fresca, sincera, ilusionada.

Justo donde empezaba la entrada del nuevo edificio acababan sus recuerdos infantiles: Obanos había derruido el viejo edificio para construir la magnífica bodega que se alzaba ante él. No coincidía con algunos de sus colegas de gremio en la conveniencia de mantener las estructuras tradicionales; claro que existían edificios que merecía la pena restaurar, pero la vieja bodega de los Obanos no era uno de esos. Si el viejo vino de la familia había sido algo estimable durante décadas se debía a la calidad del suelo y a los viñedos, al esfuerzo de su padre y de su abuelo, y no a ese montón de piedras, húmedas, casi malignas. Norberto se alegraba mucho de que esa vieja construcción solo perviviera en un puñado de fotografías y en la memoria de sus hermanos, de familiares lejanos, y de algunos lugareños.

No había sentido ningún remordimiento cuando se decidió a derruirlo ni tampoco cuando vio cómo demolían la estructura y retiraban los restos. Ninguna emoción cuando se quedó frente a frente con el solar vacío, listo para que volviera a construirse. Quien más se opuso fue Luis, pero su hermano no había invertido un

euro en la finca, y mientras la tuvo a su cargo apenas hizo otra cosa que permitir que decayera y se deteriorase, como quien desgasta un recuerdo de tanto recrearlo en la mente. Luis siempre le había tenido miedo al futuro. Su hermana Elena se lo tomó mucho mejor, pero le arañó con una frase que Obanos no había logrado rebatir, que seguía molestándole:

—También la derrumbas porque es la finca donde papá jamás te tuvo en cuenta. Donde ni siquiera consideró la posibilidad de que te hicieras cargo del negocio. Te has convertido en un hombre frío e inteligente, Norberto, y disimulas bien, pero a mí no me engañas: estás lleno de resentimiento.

En realidad su padre había hecho algo más que no tenerle en cuenta: le había pronosticado que jamás llegaría a nada.

Obanos estaba convencido de que había borrado definitivamente esas peleas de su cabeza. Cuando discutía con Elena presentaba como prueba de su independencia que había desarrollado su vida lejos del negocio familiar, que era su hermano Luis y no él quien se había quedado adherido al pasado, al apellido, al patrimonio. Norberto Obanos se repetía como una suerte de mantra defensivo lo pronto que había salido de casa, se decía que se había metido de bien joven en política (para militar en un partido contrario, casi opuesto, a las ideas de su padre), que sus negocios habían prosperado lejos del ambiente de las bodegas donde su apellido todavía pesaba algo... Pero a la luz de las palabras de su hermana le inquietaba pensar si sería verdad que su comportamiento, en lugar de demostrar que estaba libre de la influencia de su padre, no venía más bien a constatar que toda su vida era una lucha por desmarcarse de él.

Al entrar en la nueva bodega Obanos vio cómo los últimos restos de luz entraban por las finas aberturas de cristal, y ante la belleza de aquel juego prodigioso de sombras se dijo que poco importaba si al reemprender el negocio familiar estaba tratando de reconciliarse con su padre o de superarlo definitivamente. Lo importante es que su apellido iba a seguir asociado con el vino: aquel jugo de la tierra extraído con un trabajo bien hecho.

En los periódicos llamaban a la nueva bodega de los Obanos la Catedral. A Obanos le hubiese gustado que Luis pudiese apreciarla en lo que valía una vez acabada, pero aquel hermano tozudo y enfermo se había negado a volver al terreno familiar (ni siquiera para pasear por el bosque de altas coníferas) después de convencerse de que era cierto que Norberto Obanos no pensaba respetar ni las paredes, ni las viejas barricas ni el lagar. Y algo de razón tenía Luis: sobre los viñedos, sobre la tierra y el bosque todavía quedaba algo del viejo aroma de los Obanos, pero en el interior de aquella estructura piramidal y futurista, en aquella sucesión de fabulosos salones todo era nuevo, ajeno a la historia familiar que compartían los tres hermanos.

Quizá por eso a Obanos le sorprendió tanto, al pasar por delante de la sala de reuniones, ver colgado en el pomo de la puerta un viejo jersey de su hermana Elena.

Fue como si una mano del pasado atravesase treinta años para tocarle el hombro. Obanos dedujo que las chicas de la limpieza (o un operario) lo habían encontrado en cualquier parte y habían decidido colgarlo del pomo para que él lo viese y decidiera qué hacer con él.

Reconocería aquel jersey en cualquier sitio, de lana amarilla, con unas gruesas trenzas. De niña Elena no se lo quitaba nunca; si de ella dependiera se hubiese acostado con el jersey puesto. Apenas se llevaban un año de diferencia y les gustaba jugar juntos entre las vides y corretear por el bosque, lejos de Luis, el hermano taciturno, casi cinco años mayor que ellos. Le costaba disociar el jersey de sus juegos infantiles; si cerraba los ojos veía resplandecer aquella mancha de lana amarilla entre el verde oscuro de las vides.

Con aquel jersey amarillo puesto había visto a su hermana recoger castañas en el sotobosque, y ya en las viñas arrancar algunos frutos todavía ácidos, pero que dejaban en la boca un sabor refrescante, como burbujas de pica-pica. La veía con los labios manchados de jugo retándolo a que la persiguiese y la atrapase con una versión más joven y sin arrugas de las mismas manos que ahora volvían a sostener el jersey.

Salió un poco turbado del baño de nostalgia, y cuando recuperó el equilibrio emocional le asaltaron las preguntas. ¿Qué hacía allí aquel jersey? ¿Cómo había llegado de casa de su hermana a la bodega?

La primera respuesta que se le ocurrió era que Elena se lo había dejado la semana anterior, cuando accedió a visitarle. El día que Obanos intentó transmitirle la gravedad de lo que ocurría con la bodega, la amenaza que se cernía sobre todos los Obanos, el día que fracasó estrepitosamente cuando le pidió lo que necesitaba de ella: capital, un préstamo. Elena no le creyó. Dudó entre cubrirle de reproches o marcharse sin decir nada, terminó imponiéndose su lado educado y le dio largas. A Norberto le dolió tanto que no le creyese como aquellas excusas indirectas con las que pretendía congelar un asunto que era de vida o muerte como si fuese apenas un capricho suyo, pero aquel episodio no venía ahora al caso, recordarlo solo le enfurecería más, y era muy importante que mantuviese la cabeza fría y el ánimo en calma.

Trató de recordar cómo iba vestida Elena aquel día, no lo logró, pero fuese como fuese lo haría como la mujer que era, precipitándose ya en la vejez, y no con este jersey amarillo, infantil. Era ridículo pensar que había venido a la bodega vestida así.

Obanos se preguntó si tenía sentido, según la manera de ser de Elena, que llevase con ella el jersey, digamos, metido en el bolso, como una suerte de amuleto. Quizás entonces lo habría dejado inadvertidamente en la sala de reuniones (¿no había salido él a por café?) como una señal o un indicio de algo, como un signo de buena voluntad, de reconciliación. Era un plan tan agradable, tan gratificante, que Obanos se permitió durante unos minutos pensar que podía ser cierto, pese a que no casaba para nada con el estilo gélido de mujer en que se había convertido su hermana con los años. Pero ¿quién sabe? ¿De verdad se habían alejado tanto?

Obanos atravesó la planta baja con el jersey amarillo en la mano. Llegó hasta el

ascensor. Accionó la llave exclusiva y accedió a su despacho privado en la parte más alta de la estructura, una suerte de buhardilla espaciosa, su lugar secreto.

Abrió el mueble bar para servirse una copa y fue entonces cuando se le filtró aquel pensamiento: era inaudito que nadie del servicio de limpieza (¡o cualquier otro empleado!) hubiese dejado el jersey colgando de un pomo. Había otros sitios en la bodega adonde llevarlo, personas en nómina que sabrían qué hacer con él.

Claro, se dijo, que las cosas pasan, que suceden imprevistos, que alguien puede colgar un jersey porque le molesta para quitar el polvo de una mesa, y luego se olvida de dónde lo puso, y allí se queda.

Barajó estos motivos mientras se abría paso uno más inquietante. Un motivo que permitía responder por qué un jersey que no debía estar allí, que pertenecía al pasado de otra persona, aparecía dentro de su bodega, colgado donde ninguno de sus trabajadores lo hubiese dejado nunca. Era un aviso. Esta era la respuesta, tan sencilla como paranoica: era una advertencia.

Le estaban avisando de que podían hacerlo. Podían descubrir qué cosas le importaban, podían localizarlas, podían robárselas a sus propietarios, podían entrar en la bodega sin que nadie les viese ni les detuviera, y podían colgar aquel jersey delante de sus morros.

Obanos se tomó la copa de un trago. Era eso, tenía que ser eso. Un aviso. Había hecho ya los cálculos de riesgo decenas de veces: no se atreverían a tocarle, ni a él ni a nadie de su familia; pero podían presionarlos, intimidarles, extorsionarlos, ponerles a unos en contra de los otros. Sencillamente era otra prueba de lo cerca que estaban de él, de que podían rastrear incluso entre sus recuerdos, de que se habían mezclado con sus empleados, sus amigos.

Tenía que hacer más cálculos: ¿cuánto le costaría despedir a todos sus empleados? Antes de seguir con estos pensamientos medio delirantes le tranquilizó recordar que la semana siguiente empezaría a trabajar el nuevo equipo de seguridad. ¿A qué día estaban? ¿A sábado? ¿A domingo? Apenas le quedaban veinticuatro horas y estaría a salvo, o mejor dicho: un poquito más a salvo.

Cuando los pensamientos alcanzaban estos extremos de tensión se distraía toqueteando maquinalmente el iPhone. Nunca había encontrado demasiado placer en los aparatos electrónicos, pero le divertían todas las cosas que podía hacer ahora con este trasto: fotos, llamadas, vídeos, grabaciones de voz... Se movió para distraerse entre los últimos números marcados: ahí estaba el de Javier, el del podólogo que no terminaba de liberarle de aquellas dolorosas duricias tal y como le había prometido...

Busco el número del policía al que le habían derivado cuando fue a denunciar lo que le ocurría, se esforzó por recordar el nombre: Sebastián, Sebastián, le pareció un sujeto insignificante, que ni siquiera le atendía correctamente, ¡si ni siquiera le había escuchado! Se había limitado a poner aquella cara de piedra; claro que a veces las apariencias engañaban. Tenía que esperar, en ocasiones el trabajo de los policías trata precisamente de ocultar lo que les parece relevante y poner de manifiesto cosas que



saben que son irrelevantes. El trabajo de la policía consistía muchas veces en disimular, como jugadores de póquer. Tenía que dejarle trabajar, acostumbrarse a no estar al frente, dirigiéndolo todo.

Se sirvió otra copa y se dijo que al menos se había atrevido a denunciar lo que le habían hecho y las amenazas que había recibido; otros se hubiesen quedado cruzados de brazos y ya serían ahora sus esclavos. Norberto confiaba en que la policía actuase enseguida, con contundencia; no había sido así y ahora sus enemigos ya debían de saber que les había desafiado.

Tenía miedo, pero se convenció de que en el despacho podía sentirse a salvo. Era una seguridad más mental que real; cuando se olvidaba de que la puerta estaba blindada, cerrada y conectada a la policía le volvía a trepar aquel miedo fangoso. Le estremecía pensar en la posibilidad de que su enemigo ya estuviese dentro del despacho, de manera que todo aquel equipo de seguridad podía volverse contra él, cerrarse como una trampa perfecta, impedirle huir o solicitar ayuda.

Obanos sacudió la cabeza para desprenderse de esos pensamientos negativos, como después de una ducha uno agita los cabellos para quitarse la humedad sobrante. Se levantó para tranquilizarse. Sintió envidia de su niñez y de su juventud cuando le bastaba con escuchar algo de música para relajarse. Había estudiado solfeo y violín, y aunque no había llegado a nada como solista, conservó mucho tiempo el gusto por escuchar música. Pero a medida que había ido adentrándose en el mundo de los negocios se había ido alejando de la música. Ni siquiera le quedaba oído para Schubert y Mendelssohn, sus compositores favoritos. Empezaba a escuchar una sonata de Mozart o un concierto de Beethoven y era incapaz de seguir la melodía, se perdía en mitad del tema, quedaba envuelto en una nubecilla de sonidos inarticulados. Ni siquiera la ginebra o el vodka lograban sosegarle, se servía copas casi como homenaje a la época en que le bastaba un trago para relajar las preocupaciones.

Solo una cosa le reconfortaba, y era el sabor del vino que producía. La versión fina y sofisticada del caldo de su juventud, del vino de su padre. Sabía de memoria (como si el paladar tuviese un ojo) lo que iba a pasar por su boca al probar cada uno de sus vinos, y aun así todavía se emocionaba al paso de aquel líquido aterciopelado, carnoso y bien estructurado, con los taninos domados, que le dejaba un poso de vainilla y fondos balsámicos. Pero ese día ni siquiera podía recurrir al vino, hubiese sido un desperdicio después de tanta ginebra, no lo disfrutaría, le sentaría mal.

Estaba enfrascado en estos pensamientos cuando le sorprendió la melodía de la llamada entrante. Se asustó y soltó el iPhone. El aparato se agitó en el suelo como un bicho vivo. Solo lo recogió cuando dejó de sonar, como si de tocarlo antes pudiera soltarle una descarga eléctrica. Consultó en la pantalla el número, lo recordaba: Sebastián, la policía. Decidió devolver la llamada; mientras esperaba una respuesta se dio cuenta de que eran las dos de la madrugada, se le había hecho tarde, muy tarde.

—Buenas noches, ¿con el inspector Sebastián? Me acaba de telefonar... Soy...

—¿Norberto Obanos?

—Sí, sí... yo, yo mismo...

—Disculpe la hora, pero nos dijo que podíamos telefonarle en cualquier momento.

—Sí, correcto... No estaba durmiendo... Estoy en mi despacho, en la bodega...

—Me temo que no tenemos buenas noticias. Necesitamos que nos ayude a identificar un cuerpo, es posible que sea de un familiar suyo. Lo encontramos en su casa de Yesa. Pero será mejor que se lo cuente cuando esté aquí... Enviaré un coche a buscarle. Espérenos allí media hora.

—Pero ¿a quién tengo que reconocer? Dígame al menos quién...

—Eso es lo que tiene que corroborarnos, Obanos, para eso le llamamos.

Obanos aprovechó la media hora para lavarse la cara e intentar sacarse de encima la borrachera con agua helada. El coche debía de estar cerca porque se adelantó casi diez minutos.

Hizo el trayecto con el corazón en un puño. En Yesa estaba la vieja casa de la familia. Desde que su padre murió había sido la residencia de Elena. El pensamiento de Obanos se movía inquieto por la cabeza tratando de encontrar una solución alternativa, menos dolorosa que la probable muerte de su hermana. Le hubiese ayudado poder ver algo por la ventanilla, pero el mundo estaba a oscuras, apenas se distinguía el alumbrado público.

La casa estaba relativamente aislada del resto del pueblo, pero de día no solo se apreciaba el campo desde las ventanas, también las últimas calles del núcleo urbano que había avanzado terreno. Llegaron a pensar que quedaría absorbida por alguna urbanización, pero la crisis había paralizado las construcciones; a pocos kilómetros se apreciaban bloques de apartamentos a medio hacer como esqueletos inmensos.

El agente le condujo hasta Sebastián. Obanos se dejó guiar por su casa de la infancia, como si la viese por primera vez. Cruzó el recibidor y el pasillo, las habitaciones cerradas, la inmensa cocina, como si no fuese el escenario de su infancia. Ya se había despedido de todo esto cuando cayó en manos de Elena. El inspector le estrechó la mano en el comedor y le indicó una sábana en una camilla; debajo no parecía que descansase un cuerpo, sino distintos bultos mal distribuidos.

El inspector Sebastián levantó una esquina de la sábana con cuidado, como el niño que solo quiere enseñar una parte de su botín: Obanos confirmó que aquel olor a descomposición se desprendía del cuerpo de su hermana Elena.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Los forenses calculan que tres días.

—Pensaba que las identificaciones las hacían en la morgue.

—Es el procedimiento habitual, pero me pareció que dada su vinculación con la policía y su conocimiento de la casa podría aportarnos...

—Mi colaboración con la policía terminó hace más de veinte años. Y hacía mucho que no pisaba Yesa ni esta casa. Es espantoso, es espantoso... ¿Y el resto del cuerpo? ¿Qué le han hecho?

—La encontramos así. Cortada a pedazos. La habían esparcido por la casa. Pero no sé si su estómago...

Obanos asintió, como negándole el permiso para que siguiera haciéndole daño.

—La asistenta dio la alarma, encontró el brazo encima de la mesa del comedor. No buscó más. La cabeza la encontramos...

—En la habitación de la izquierda.

—Sobre la cama. ¿Cómo lo ha sabido?

—Es mi habitación. Mi habitación de cuando era niño. Se lo dije, maldita sea, se lo dije. Les dije que iban a por mí, que estaban amenazando a mi familia...

—Sé que no le reparará de esta pérdida, pero puede dar por seguro que encontraremos al responsable de esto.

—Ya les dije quién es el responsable, al menos les dije quiénes ordenaron hacerlo. ¡Si me hubieran escuchado mi hermana estaría viva! ¡Son unos negligentes...!

—Eso es una conjetura, señor Obanos, y las conjeturas, bueno... tengo experiencia en estas cosas, créame. Si sigue hablando mañana estará arrepentido de lo que salga de su boca. Dejemos pasar un par de días, déjeme hacer mi trabajo, y después iré a verle.

—También me dijo que me vendría a ver la semana pasada.

—Ahora es diferente. Ahora estoy muy interesado en que conversemos.

Los dos hombres se despidieron sin estrecharse la mano y Obanos pidió que le llevaran de regreso a la bodega.

En la puerta de entrada del recinto él mismo encendió las luces del edificio; la iluminación blancuzca les daba un aspecto casi alienígena a las vides.

No tenía miedo, ningún miedo, a él no iban a matarle, no iban a tocarle un pelo de la cabeza. Se habían tomado demasiadas molestias, dejarían que el dolor hiciese todo su recorrido antes de volver a ponerse en contacto con él. Ahora sabía qué papel desempeñaba el jersey amarillo de su hermana: no era una amenaza, ni siquiera era una demostración de poder; era la señal de que se había vertido la primera sangre y que ya podía pasar a buscar el cuerpo. La señal de que el tiempo de las amenazas se había terminado, de que la guerra iba en serio, y que solo podía acabar con uno de los dos adversarios destrozado.

## 2

La peor llamada de todas, la que uno no quiere recibir nunca es la que suena de madrugada. La llamada que interrumpe el sueño. La llamada que te ingresa de golpe en la vigilia. La que suena a las tres y te levanta de un salto y te hace atravesar el pasillo corriendo, mientras piensas en qué ha podido ir mal, quién está herido, quién está agonizando, quién está en apuros, o peor: quién ha muerto y ya nunca volverás a ver.

Porque nadie telefonea a las tres o las cuatro de la mañana para pedir un favor, tampoco para resolver una duda ni pedir una aclaración: nada es tan urgente que no pueda esperar tres o cuatro horas más, aplazarse hasta las siete o las ocho. Esperar hasta que se manifiesten los primeros signos de luz, cuando las casas dejan de chirriar y hacer ruido, cuando la oscuridad se deshace.

Oyes los timbrazos desde la cama y te asustas y te asalta la tentación de no responder. Fantaseas con dejar que se agoten solos, que el silencio regrese y los apague. Pero ¿y si nos necesitan?, ¿y si depende de nuestra voz que alguien no cometa una desgracia? Y de todas maneras ya es imposible volver a la cama y conciliar el sueño, ya estás atravesando el pasillo a toda prisa. Incluso si no llegas a tiempo no podrás vencer la curiosidad de consultar en la memoria del teléfono qué número nos llama, comprobar si eres capaz de reconocerlo, si puedes ponerle un rostro, asociarlo a un nombre.

Los veteranos dicen que cuando llevas un tiempo trabajando en la policía te acostumbras a toda clase de llamadas, se convierten en trabajo y pierden intensidad. Durante años a Trejo le telefonaron a cualquier hora, porque durante años se mató a mucha gente en este país, de día y de noche, en laborables y festivos. A veces se trataba de políticos, de los importantes, de los que salen en la televisión diciendo cosas como actores que recitan un guión (no suele escucharles), otras veces eran chicos de pueblo que se metían en política, otras veces eran colegas, periodistas, víctimas civiles que pasaban por allí, como el muchacho que estaba jugando a la pelota en la calle cuando la explosión se llevó por delante sus oídos y a un hermano mayor.

El trabajo de Trejo consistía en no dejarse influir demasiado por la emoción asociada a esas llamadas que le comunicaban una muerte. Aprendió a escuchar la noticia y dejar pasar lo más deprisa posible los sentimientos. Aprendió a mantener la mente serena y clara, porque cuando el pensamiento se calienta, cuando se indigna o tiene prisa por hacer justicia pierde tensión y efectividad. No puede enfrentarse a ningún reto. Una parte de Trejo llegó a disfrutar con las llamadas que le conducían a escenarios urdidos por asesinos cuyas motivaciones estaban ocultas, que no tenían otro motivo que sembrar la muerte por el placer que les procuraba, aprendió a desentrañar los jeroglíficos que dejaban en las habitaciones escritos con secreciones y tejidos humanos. Se ganó una buena reputación cazando a esta clase de criaturas.

Hacía tres años que le habían prejubilado y había empezado a perder algunos hábitos de seguridad: ya no buscaba el ángulo corto al entrar en una habitación, no se aseguraba de que nadie le siguiera, dejó de poner señuelos en la puerta para averiguar si la habían forzado. Estaba tranquilo. La gente iba olvidando su nombre. Pero seguía tenso cuando el teléfono sonaba. Hubiese preferido no tener uno. Él mismo se sorprendía de cómo se había emocionado cuando le comunicaron que le había tocado un viaje en un sorteo, aunque sabía que era una estafa y decidió no acudir a la fiesta donde supuestamente le entregarían el pasaje. Al menos había introducido algo de novedad en su rutina.

Cuando llevaba ya año y medio fuera del cuerpo de policía, Trejo se dio cuenta de que la llamada de las tres de la madrugada había recuperado toda su capacidad de amenaza. Si un día sonaba el teléfono a esas horas perdidas de la noche ya no podía aliviarse pensando que lo más probable era que fuese «trabajo», ahora solo podían ser malas noticias. Le daba risa pensar que en eso consistía la vida civil, en estar más desprotegido.

Pero aquella noche no pensó en nada de eso. Se había acostumbrado a cenar tarde, y también había dejado de luchar contra el insomnio: descubrió que le castigaba menos si en lugar de tratar de vencerlo buscaba llegar a acuerdos con él. Preparaba con cierto mimo lo que haría de las doce a las cuatro de la madrugada, la hora en la que siempre podía conciliar el sueño, sin resistencias.

Aquella noche tenía varios libros y revistas sobre la mesa, pero se sentía incapaz de leer, apenas hojeaba algún artículo sobre jardinería. Había alquilado dos películas, una del oeste y una comedia española de la que le daba vergüenza decir el título incluso para sí mismo, pero con la que recordaba haber reído a dúo con su madre, hacía demasiados años para contarlos. Preparó una cena ligera, y se entretuvo pensando cómo se organizaría cuando tarde o temprano cerrase el último videoclub del pueblo al que se había retirado, cada semana más desértico.

A ritmo de dos películas al día había empezado a saberse de memoria las que había acumulado durante años, y si seguía comprando a este ritmo agotaría la pensión. No se atrevía a preguntarle a nadie cómo descargarlas de la Red. Era una rareza, lo sabía; no iba con aquel tiempo que seguía, pese a la jubilación, siendo el suyo, pero le daba apuro meterse en una web pirata.

Aquella noche ya había cenado (unas pechugas que se le habían chamuscado) y estaba a mitad de la segunda película (justo en una escena donde dos romeos españoles, chaparros y pilosos, hacían malabares con naranjas para ligarse a unas «nórdicas») cuando empezó a adormilarse.

El primer timbrado le pareció oírlo en el interior de un sueño. Después del segundo se levantó de un salto arrojando la bandeja con los restos de la cena, atravesó corriendo el pasillo mientras oía en su cabeza «La llamada de las tres, la llamada de la muerte», y ni siquiera dudó antes de descolgar el teléfono de que serían malas noticias (noticias horribles) porque hacía demasiado que había abandonado la policía

para que el motivo de aquella llamada que partía en dos la noche no fuese a transmitirle una información pésima sobre alguien querido.

—Diga, ¿quién es?

—Trejo, soy Irina.

—¿Qué Irene? No conozco a ninguna Irene.

—Irene, no; Irina, Irina, tu hija.

Escuchó la voz de su hija, que parecía llamarle desde un confín remoto del pasado, pero estaba viva, cerca. Le telefoneaba desde la cárcel; le habían dicho que pasaría la noche en la celda si no acudía alguien a sacarla.

—¿Y por qué diablos me llamas a mí?

—Me han dado tres oportunidades, y llevaba el número de tu casa encima. Es lo normal entre padres e hijos. Te lo prometo, puedes preguntar a cualquiera.

Y Trejo no podía negar que Irina tenía algo de razón: es normal que una hija recurra a su padre cuando se encuentra en problemas. Pero también es raro que una hija rompa tres años de silencio desde una comisaría, una situada justo en la capital de provincia más cercana del pequeño pueblo navarro donde el padre había decidido retirarse.

Lo cierto es que las relaciones entre ellos nunca habían sido demasiado estrechas ni plácidas. Apenas habían convivido cinco años cuando la chica era adolescente; fueron años complicados, pero Trejo pensaba en ellos como en unos «años felices». Un paréntesis soleado en su vida.

Trejo y la madre no llegaron a casarse y él era un hombre vigilado, se estaba ganando enemigos. En su momento a los dos les pareció bien que la chica no cargase con el apellido de él. Ella crió a Irina como una madre soltera, con visitas puntuales de Trejo, con la excepción de aquellos cinco años en los que los tres vivieron juntos, aunque no lograron que cuajase una convivencia prolongada. Al final ni la madre ni Trejo pudieron soportar la tensión de compartir una vida con las exigencias a las que les sometía el trabajo de él, y se separaron.

Irina resultó ser una chica inquieta e independiente, tuvo su primer novio antes de cumplir los dieciocho y en cuanto alcanzó la edad suficiente, en cuanto entró en la universidad, se independizó. La cosa no duró, pero la chica no desanduvo el camino, no volvió a casa. Estas noticias le llegaban a su padre como el eco de una música lejana. Trejo sabía que había estado en Holanda con una beca Erasmus (acudió dos veces a visitarla, en una lo pasaron bien, en la otra se notó demasiado que era un estorbo para la chica, que Irina tenía que frenar demasiado el ritmo para estar con él). Estudió derecho e informática, con becas, era una estudiante excelente.

Así que recibía noticias de ella, como boletines informativos, y la quería, pero no podían volver a vivir juntos, incluso les costaba tratarse de manera prolongada. La versión oficial es que prefería que no les vieran juntos en el momento en que las exigencias profesionales no le permitían tener «puntos débiles». Pero también era verdad (aunque no se atreviese a formularlo de manera explícita) que no sabía cómo

mantener una relación con una chica adulta que era su hija (¡nada menos!) y de la que apenas sabía nada.

Nunca se le habían dado bien las mujeres. No es que no supiese cómo conquistarlas, no era eso, en una época de su vida le resultaba tan sencillo como respirar; era solo que no tenía ni idea de cómo mantenerlas a su lado, ni tampoco cómo convivir con ellas.

Solo años después se enteró de que Irina frecuentaba asociaciones de izquierda. Asociaciones que alguien hubiese podido calificar de «antisistema», una palabra que fascinaba a los políticos conservadores.

Se habían peleado, pero sin demasiado énfasis. Ella le chinchaba por su trabajo, quería hacerle sentir como un hombre de derechas, un opresor, lo que nunca había sido. Él intentaba darle un baño de realismo, trataba de convencerla de que todo por lo que ella luchaba era superficial, anecdótico, sin apenas importancia. En el fondo estaba orgulloso de la conciencia crítica que había desarrollado Irina, y su hija era lo bastante inteligente para darse cuenta. Y también para saber que su padre tenía más de reservado y solitario que de conservador.

De manera que aquella llamada, repentina como era, podía y no podía sorprenderle. Le había dejado preocupado por la situación en la que parecía encontrarse su hija pero también alegre ante el reencuentro inminente. Se convenció de que si estaba viva, de que si la llamada de la noche no era el anuncio de una muerte o de un accidente grave, las cosas no podían ir mal entre ellos.

Así que arrancó el coche (las calles estaban siempre tan despejadas en aquella pequeña ciudad, que él consideraba un pueblo, que no necesitaba una plaza de *parking*) y se dirigió a toda prisa a la comisaría de la capital de provincia, sintiendo la emoción contenida y la alegría de ver a su hija viva.

La calle estaba iluminada por la potente luz blanca de las farolas, que derramaban un toque cadavérico sobre las personas que entraban y salían de la comisaría de policía. Se dirigió a un funcionario al que conocía, con el que había trabajado hacía ya más de siete años (le sorprendió el resultado del cálculo, tanto tiempo ya), y que había pedido un destino más tranquilo. El hombre le aseguró que habían tratado bien a Irina desde que se enteraron de que se conocían. No parecía haberse dado cuenta del grado exacto de su parentesco. Irina seguía siendo reservada con eso, tal y como le había enseñado él.

Le tranquilizó la situación: la habían sacado de la celda y le esperaba en un despacho. Apenas tuvo que firmar un par de documentos. Antes de pasar a la sala donde le esperaba su hija se interesó por la vida de aquel hombre, con la incomodidad propia de mantener una charla familiar sin recordar el nombre de tu interlocutor.

Otro funcionario le acompañó por un pasillo de techo bajo y con las paredes desportilladas. Era un hombre joven, estaba en una franja de edad, perdida entre los veinte y muchos y los treinta y pocos, que Trejo ya no sabía calcular. En la manera como le miraba se percibía que el joven le conocía de nombre, que estaba buscando

en su cabeza una manera de ofrecerle unas palabras de reconocimiento, una suerte de homenaje entre colegas. Trejo tuvo que sofocar una risa cuando se sorprendió interrogándose sobre si sería un buen novio para su hija.

El joven policía abrió la puerta y les dejó solos. En el despacho la luz era más fuerte que en los pasillos. Trejo sintió un hilo de dolor recorriéndole los globos oculares. Muchas veces había lamentado la debilidad de sus ojos verdes, pero se animaba pensando que en el reparto de dolencias del que nadie escapa era mejor esto que un corazón débil o un estómago perezoso.

Se sorprendió un poco al ver a Irina, sintió un pellizco de emoción y de tristeza, suavemente combinadas. Una chica menuda, de facciones agradables, delgada, nerviosa, con las piernas cruzadas. Vestida con medias negras, una minifalda tejana y una camiseta. El peinado le pareció indescriptible. Los *piercings* y pendientes habían ido en aumento. Dio por seguro que el tatuaje del codo no sería el único.

Trejo vio cómo se formaba en el rostro de Irina una sonrisa; supuso que era la respuesta a un movimiento amable e involuntario de sus labios, así que reaccionó componiendo un rostro duro. Le hubiese gustado expresar una punta de reproche, pero no fue capaz, estaba demasiado animado, demasiado interesado en qué resultaría de este inesperado encuentro.

—Trejo, hola. Gracias por venir, me estaba durmiendo...

—Hola. Y vámonos. Y no me digas por qué estás aquí, no quiero saberlo.

—Quemé un cajero.

—¿Sabes lo que te hubiese costado la broma si llegas a quemarlo en Bilbao o en Pamplona?

—Por eso me vine aquí a quemarlo. Al menos no podrás acusarme de comportarme de manera irreflexiva.

—Ya, ya, muy graciosa. Recoge esa mochila o lo que sea y salgamos de aquí. ¿Dónde quieres que te lleve?

Trejo la hizo salir primero. Sus ojos agradecieron la iluminación más tenue del pasillo. Se fijó en el tatuaje del codo: una especie de serpiente enroscada a lo que popularmente se conoce como «hueso de la música».

—¿Eres famoso aquí o qué, Trejo?

—No, claro que no, aquí no me conoce nadie. ¿A qué viene la pregunta?

—Ilusiones de niña, mola tener un padre famoso. Y resulta que me sueltan sin cargos, sin preguntas. ¿Cómo se hace? Les dices «Soy Trejo» y te dan la llave de la cárcel. Adiós, señores, gracias por todo.

Trejo saludó al funcionario con un gesto de la mano. Le abrió la puerta a Irina para que volviese a salir primero. En el exterior sintió el primer manotazo de sueño, debían de ser las cuatro de la mañana. Se preguntó si podría conducir, calculó que tenía adrenalina suficiente para despejarse. Se avanzó a su hija y le dio la espalda para guiarla hacia el coche. También prefería no mirarla para poder hablar con tranquilidad; hacía años que no daba un sermón, temía que si la miraba a los ojos se



le escaparía la risa.

—Mira, con todos esos pendientes raros nadie te confundiría con una monja, pero tampoco eres lo que se dice una delincuente peligrosa: te pillaron intentando hacer una fogata. Bien mirado, lo que hiciste se parece bastante, sí, bastante, a comportarse como una pringada. Por una cosa así te dejan salir pagando una multa. Por cierto, me debes el importe. ¿Adónde te llevo?

—¿Adónde me llevas? Eso es todo, después de... ¿cuánto? ¿Cuatro años?

—Tres años y siete meses. Dime que no has provocado un incendio para llamar mi atención.

—¡Ahora dice que ha sido un incendio!

—Son las cuatro de la madrugada, sugiero que sigamos gritando dentro del coche, Irina. Y mientras te llevo a casa te haré las preguntas adecuadas: «¿Cómo te va?», «¿Tienes novio?», «¿Qué tal el trabajo?», «¿Fumas?»... De noche ya veo que sí sales. Te haré todas las preguntas estipuladas en el manual de buen trato entre padres e hijas, no se me ha olvidado ni una, pero necesito saber qué dirección tomar cuando saque el coche de esta calle. Porque estoy tan dormido que dudo muchísimo que una vez en marcha pueda cambiar de dirección.

—Vamos a tu casa.

—No estoy para bromas, Irina, me has sacado de la cama...

—¡Seguro que ni te habías ido a dormir! Estoy hospedada a dos manzanas de tu sede de jubilado, en una pensión asquerosa. Mejor que no saques la nariz por allí o se te romperá el corazón. Así que subiremos a tu casa y me prepararás un café. Para comer me conformaré con una lata de atún, pero necesito un café bueno. No tengo ánimo para dormir... ¡Espera! Esas reticencias. ¡Claro! Vives con una tía, tienes una novia, por eso no quieres...

—No, no hay nada de eso. Si vas a subir conmigo a casa te ruego que no le des cuerda a tu imaginación. Y tampoco te hagas demasiadas ilusiones con lo de la cena: te invitaré a un banquete de pan blanco descongelado a toda prisa.

—¿Me dejas subir delante o jugamos a los taxistas?

—Debes ir delante.

Entraron en el coche. Trejo se sentó y se frotó la cara con fuerza. Hizo contacto con la llave, puso las manos sobre el volante, pero tardó en levantar el pedal de freno, como si estuviese contando hasta diez.

—¿Sigue gustándote conducir?

—Sigo odiándolo.

—¿Tienes radio?

—Necesito un poco de concentración para salir de este laberinto, Irina, así que contén la respiración cinco minutos.

Trejo maniobró para sacar el coche, y dio un par de vueltas hasta encontrar la salida en dirección a la provincial. Las calles estaban vacías, y la ciudad parecía sumida en ámbar. Solo cuando dejaron atrás las últimas casas Trejo bajó las

ventanillas y encendió el aparato de música.

—¿Puedo hablar ya?

—Claro que puedes hablar, ya estamos en la carretera, puedo conducir con los ojos cerrados hasta que lleguemos a casa.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Este ruido.

—Es música. Kiko Veneno. ¿No te gusta?

—Lo desapruedo profundamente, ¿puedes quitarlo?

—Me dices que ponga música. Luego me pides que la quite. No sabes lo que quieres. Creo que nunca lo has sabido.

—Sí que lo sé, claro que lo sé. Pero antes de que lleguemos a casa, donde podré contártelo, papá, quiero que me respondas muy en serio de qué va eso de tu jubilación.

—Es una prejubilación, y no hay mucho que contar. La batalla en la que estábamos metidos se acabó y me fui a casa. De los «casos especiales», de los psicópatas y demás raritos, se ocupa gente nueva. Tampoco creas que hay tantos criminales internacionales de paso por España. Y en cuanto al producto autóctono, aquí nos inclinamos por el crimen pasional, un calentón y ya, un disparo o un tajo, sin intriga. Era tan aburrido que a veces me dormía en mitad del caso.

—No me creo ni una palabra de lo que dices, Trejo. ¿Cómo tengo que creerme que pasas el día?

—Veo películas, encargo comida basura y cuido de mis cactus. La clásica vida de jubilado, sin grandes emociones, sin estrés...

—¿Y cuándo te ha importado a ti el estrés? Te podría haber creído hasta que mencionaste los cactus, ahí te delataste...

—Pon tu mejor cara, hemos llegado.

—¿Mi mejor cara?

—Por los vecinos, son personas humildes y sensibles. No están acostumbrados a cruzarse con la novia de Blade Runner.

A Trejo no le costó encontrar aparcamiento. La calle estaba despejada. Caminaron hacia una finca antigua pero bien conservada, de tres pisos. Trejo vivía arriba de todo, en un sobreático sin otros vecinos en el rellano.

—Puedes subir en el ascensor, Irina, yo iré a pie.

—¿Te da miedo quedar atrapado?

—Me da miedo mirarme al espejo. Y más contigo. Una réplica tan joven... No quiero verme como una momia.

—Pues te sigo. No quiero quedarme sola con ese espejo tuyo.

—No seamos supersticiosos. Vamos a parecer dos idiotas subiendo las escaleras uno detrás del otro. Llámalo.

Entraron en el ascensor y ninguno de los dos quiso verse en el espejo. Se miraron

las manos y los pies. El trayecto se les hizo largo, y pese al cansancio y la punta de disgusto mutuo que sentían les costó mantenerse serios: una cuerda alegre no dejaba de sonar en el interior de los dos. Trejo salió el primero y abrió la puerta con energía.

—Bienvenida a mansión Trejo. Recorremos el pasillo y entramos en el comedor, la cocina a la izquierda, al fondo la terraza con vistas al parque, y justo ahí, para que puedas empezar a tragarte una a una todas tus palabras, mi colección de cactus, creo que africanos, aunque cualquiera sabe con esta clase de plantas. Queridos cactus, esta es mi hija Irina, de la que tanto os he hablado en las difíciles noches del verano. Pero tampoco es necesario que os levantéis, bastará con que agitéis las púas.

—¿Lo ha hecho, chicos? ¿Os ha hablado de mí?

—No se lo sonsacarás. Son tan aterradoramente leales como verdes. Es una de las ventajas del mundo vegetal: llevan la discreción en la sangre. ¿Té?

—¿No tenías café?

—Se me acabó. Si prefieres una Coca-Cola...

—Dale.

—¿«Dale»? ¿Qué clase de expresión es esa?

—¿Y no tienes un perro? ¿Un gato? ¿Un periquito?

—¿Estás loca? Las plantas normales ya me parecen demasiado dependientes. Todo ese abono y su sed indecorosa, creo que estas bolas de pinchos te agradecen cuando te olvidas una tarde de regarlas. Su Coca-Cola. Si no te importa, preferiría que te la tomases sentada, me molesta...

—... hablar con alguien que está de pie. Lo recuerdo. Es una clase de trastorno obsesivo-compulsivo, tiene tratamiento...

—Irina, hija, no nos embalemos. Centremos por un segundo la conversación. ¿Qué quieres? ¿Por qué estás aquí? Tienes mi teléfono, sabes dónde vivo, todo ese número del cajero...

—¿... no dabas por hecho que era para llamar tu atención? Una hija tan «especial» que no lleva ni tu apellido merece hacer una entrada especial, espectacular. ¿Tienes habitación de invitadas?

—No. Un eventual invitado podría usar el cuartucho del fondo, tiene un catre. Pero aquí nunca viene nadie...

—Pues entonces me quedo. Qué asco de Coca-Cola, papá, seguro que está caducada. Eso es lo que quiero, quedarme, por eso estoy aquí. Anticipé tus reparos egoístas, y pensé que te asustaría tener una hija delincuente suelta por la calle.

—Claro, claro que puedes quedarte esta noche, pero...

—No solo esta noche, papá, necesito quedarme indefinidamente. ¡No pongas esa cara!

—No he puesto ninguna cara.

—Sí, has puesto esa, la de subir las cejas y bajar la boca. Esa mueca horrible de incompreensión absoluta. Cuando digo «indefinidamente» no quiero decir «siempre», ni siquiera tiene que ser «mucho». Es un «indefinidamente» como sinónimo de una

cantidad de tiempo imprecisa, una cantidad de tiempo que no puedo precisar. No puedo decirte «dos días y seis horas y tres minutos».

—¿Cuánto tiempo aproximado sería «indefinidamente»?

—¿Dos? ¿Tres semanas? ¿Qué dices? ¿Trato hecho? Esa cara me gusta más, Trejo, indefinidamente más.

De pie en medio del comedor, delante de su hija, Trejo esbozaba una medio sonrisa, vacilante, nerviosa, insegura, precaria.

—Hay una cosa, Irina. Una que he querido decirte desde hace muchísimo tiempo, y que nunca he encontrado la oportunidad, nunca me he atrevido, pero ahora parece la situación propicia. Sí, es ahora o nunca. No se me volverá a presentar en la vida una como esta, espero que no. ¿Le doy?

—Te escucho, papá.

—Tienes un montón de virtudes, hija, eres inteligente, leal, y un montón más de cosas de esas, «positivas», pero no tienes gracia. Eres una chica simpática, no me malinterpretes, pero de gracia no tienes ni pizca. Te lanzas a hacer una broma y se empiezan a oír ruidos mecánicos, chirridos, un completo desastre. Así que no lo intentes. Es un consejo, no te lo tomes a mal, un buen consejo. Prométeme que lo pensarás, ¿sí?

—No bromeo, papá, me he quedado sin trabajo. Estoy sin blanca. Así que me vengo a pasar un tiempo contigo mientras... mientras... ¿cómo decirlo?, mientras me reorganizo.

—¿Reorganizarte?

—Necesito coger fuerzas, eso es todo, no estoy bien.

—Ahora en serio, Irina. No puedes quedarte, no hay sitio.

—Sí puedo, hay una habitación y una cama.

—¿Vivir? ¿Conmigo? Es absurdo. ¿Sabes lo peligroso que es vivir conmigo? Tengo decenas de enemigos.

—Eres un jubilado que se pasa el día viendo películas. Y aunque escuches esa clase de «música» podré soportarlo.

—No, no puedes, no puedes porque, porque... porque solo hay un baño.

—Lo compartiremos. Tú te acuestas tarde y yo me levanto pronto, además estaré poco en casa...

—¿Y dónde diablos estarás?

—Buscando trabajo, no estoy parada por gusto. ¿Dónde quieres que vaya en este pueblo al que te has venido a vivir?

—¿Y es aquí donde piensas encontrar trabajo? ¿En el fin del mundo?

—En el norte la tasa de paro es más baja, y si me dejas ese coche tuyo que sigues odiando conducir, según tus propias palabras, tengo tres capitales de provincia a menos de hora y media.

—Estás calculando a tu favor, con una generosidad casi opresiva.

—¿Puedo?

—No, no y no. Tengo un millón de motivos de peso para oponerme a este plan, pero lo concretaré en un contundente e inapelable «no». Además de todas las preguntas que estamos aplazando sobre cómo has podido terminar así con tu Erasmus y tus dos licenciaturas, ¿no te das cuenta de lo absurda que sería la situación? Los hijos se van de casa de los padres, eso es lo natural, lo contrario es un atentado contra el sentido común. ¿No eras una especie de punk? No puedes abrazar una idea tan retrógrada como volver a casa con papá. ¡Intenta ser consecuente con todos esos piercings!

—Retrógrada, claro. Pues te equivocas en eso, estoy en la vanguardia proletaria del capitalismo avanzado. No hay vivienda, no hay becas, no hay trabajo, todo ese tejido está destruido, así que los hijos volvemos a casa. Ese es el mundo que nos habéis legado, el mundo que habéis construido tú y tu generación, el Estado, los que mandabais mientras...

—Para el carro, Irina. Ese mundo del que hablas, el mundo que te han legado y que no te gusta no se ha hecho con mi consentimiento. De ninguna manera te lo tolero. Yo he trabajado y he arriesgado mi vida para que los ciudadanos de este país, los ricos y los pobres, vivieran más seguros, y no te tolero...

—¡Basta! Son casi las cinco, papá. Quemar cajeros desgasta mucho, pero mantener una conversación contigo y tus «toleros» desgasta el doble. Deberías comprarte un espejo de pared y discutir contigo mismo una de esas noches tuyas de insomnio. Ahora mismo estoy agotada. No puedo más. Vamos a tener muchos días para discutir. Con tu permiso, me voy a inspeccionar al catre, seguro que es mejor que el agujero de la pensión, y si tengo pesadillas podré ir a buscarte. Si empiezas a dar vueltas en la cama de preocupación, piensa que de ti depende tenerme aquí como a una intrusa o como a un huésped. Eso es cosa tuya.

—Muy bien, hablaremos mañana.

—Y una cosa más.

—Dime.

—No soy una punk.

### 3

De niño Obanos se había ganado la fama (que había mantenido de joven) de ser demasiado frío. Su paso por la política y los negocios, y aquel matrimonio fallido, no habían contribuido a volverle más cálido para la gente que llegaba a conocerle de manera superficial (¿y quién había conseguido conocerle en profundidad?).

El propio Obanos sentía admiración por los héroes impasibles de los westerns o de las novelas negras que tanto le gustaban. De alguna manera se sentía orgulloso (o al menos satisfecho) de haber reaccionado de manera sobria ante la muerte de su hermana, de no haberse puesto histérico, de no haber perdido los papeles, pese al horror que emanaba de esa escena. Pero la indefensión de Elena, el amor que sentía por su hermana, combinado con la terrible palabra «descuartizamiento», que hasta ese momento Obanos apenas asociaba con los cerdos y los pollos, fueron desarmándole. Terminó cerca del colapso emocional.

Había llorado, claro, pero también había reaccionado con asco. Se levantó a vomitar dos veces, y terminó rompiendo buena parte de los adornos de su despacho. Aquel ataque de furia le hizo pensar que en ocasiones las personas se vuelven frías no porque les cueste sentir o emocionarse, sino porque no se ven capaces de hacerse cargo de tantas emociones como les afloran.

Le ayudó a pasar el día siguiente que apareciese el nuevo equipo de seguridad. Instalaron una cámara que filmaría todo lo que sucediese en su despacho. Y también cámaras en el exterior. Dos guardias velarían de manera permanente en la puerta principal. Pusieron botones de aviso por tres zonas de la bodega. También le distrajo buscar a un servicio privado de limpieza que se hiciese cargo de los destrozos en su despacho. No le molestó que imaginasen que aquel revuelto de suciedad y destrucción era el efecto de la noche loca de un empresario de éxito entrado en años.

La tarde la pasó tratando de localizar a su sobrino, pero fracasó de nuevo. Cada vez estaba más preocupado por él. ¿Cuánto tardarían en amenazarle con hacerle lo mismo que a Elena? ¿Cuánto tardarían en localizarle si no le daba el aviso? ¿Cómo podía protegerle de ellos?

Dos días antes todavía era capaz de convencerse de que las amenazas contra sus familiares eran apenas gestos teatrales. Ahora sabía que no iban de farol, que estaban buscando todo aquello que él amaba para arrebatárselo. Que no pararían hasta que les diera lo que le exigían.

El inspector Sebastián cumplió con su palabra y le telefoneó para concertar una visita. Obanos accedió a que se vieran al cabo de tres días en la misma bodega, pero pidió que preparasen la sala de reuniones. Aquel hombre desprendía un aroma de desconfianza y no le quería en su despacho personal. Tampoco quería que el nuevo equipo de vigilancia filmase la conversación con un policía (sospechaba que sería delito) ni tampoco estaba de humor para aprender a desconectar las cámaras, ni para darle largas explicaciones a Sebastián. Después se preparó para ocuparse del entierro

de su hermana.

A Obanos le sorprendió que el inspector Sebastián llegase antes de tiempo a la cita; le había parecido un profesional ocupado, alguien que no podía esperar cruzado de brazos. Se sintió tentado de no acudir hasta que llegase la hora, hacerle esperar un poco, pero le pareció una chiquillada. Además, necesitaba hablar con alguien. Cuando entró en la sala de reuniones se encontró con Sebastián de pie, en mangas de camisa y con una cazadora doblada en el brazo.

Se saludaron. Aunque era la tercera o cuarta vez que Obanos se encontraba con Sebastián, le pareció que lo miraba por primera vez no tanto como a un policía sino como a un individuo, equipado con sus rasgos personales. Se fijó por primera vez en aquel cuerpo, bajo y compacto, achaparrado, campechano, que parecía diseñado para transmitirle confianza, aunque no lo lograba.

Sebastián no tardó en justificar el aire transitorio de su postura, como si tuviese ya un pie fuera de la sala, prisa por irse.

—Si quiere sentarse, inspector.

—¿Aquí? ¿Vamos a charlar aquí?

—Si no tiene inconveniente.

—Qué decepción. Pensaba que iríamos a su despacho. Allí, en lo alto del edificio. Me han hablado maravillas de ese despacho.

—Exageran, sin duda. Es solo una sala... privada... Me encantaría enseñársela, pero hay... bueno, están haciendo obras, acondicionándola...

—No parece muy seguro de lo que están haciendo, señor Obanos. Uno tiene que ser cuidadoso con la gente que deja entrar en casa, hágame caso, es un buen consejo.

—Hágase cargo. Estoy un poco nervioso. Han sido días muy duros y tensos.

Obanos no podía explicar bien por qué se oponía con tanta firmeza a que Sebastián subiera a su despacho, pero era una decisión tan instintiva como sólida.

—Me hago cargo, me hago cargo. ¿Y el entierro?

—Bien, gracias. La incineramos, tal y como ella quería, y esparcimos sus cenizas en el bosque.

—¿Aquí mismo?

—Sí, en la finca. Justo detrás de las vides. Ese bosque era su paisaje favorito. El sitio que más quería del mundo.

—Un sitio que era de usted, si no he entendido mal.

—Elena sabía que podía venir cuando quisiera.

—Pero no solía venir, ¿verdad?

—No, no demasiado.

—Al menos desde que usted se quedó con el terreno, con las vides, con las bodegas... bueno, con todo, ¿no? ¿Todo esto es ahora suyo?

—No me lo quedé. Lo compré. Es una historia triste, no estoy pasando por un buen momento para contar historias familiares. Incluso le diría que estoy francamente disgustado por cómo están llevando este asunto. Espero que hayan empezado a

investigar...

—Estamos investigando, Obanos, créame...

—¿Y han averiguado algo? Solo espero que después de lo que le ha pasado a mi hermana no sigan con esas estúpidas dudas y reticencias sobre la clase de gente a la que me enfrento...

—A su hermana la mataron, sí, alguien tuvo que hacerlo. Pero no estamos seguros de que esa muerte tenga relación con lo que usted nos contó cuando sí estaba de buen ánimo para las historias. Déjenos hacer nuestro trabajo.

—Espero que lo hagan rápido, Sebastián, tengo una exmujer y un sobrino que pueden correr la misma suerte y...

—Espere, espere, de su sobrino quería hablarle. ¿Acudió al entierro?

—No. No estamos en la mejor de las situaciones, nuestra relación...

—Ni el día que murió su tía.

—La asesinaron, Sebastián. No olvide que a mi hermana la asesinaron, y que ustedes no supieron impedirlo. En cuanto a mi sobrino... Gente joven, ya sabe, no son tan respetuosos con las ceremonias.

—Tenemos alguna información en los archivos sobre su sobrino. Hurtos, protestas, grupos antisistema...

—Tanto como grupos antisistema... No, no diría eso, organizaciones de protesta como mucho. Mi sobrino es un buen chico, la muerte de mi hermano Luis le golpeó fuerte. Le ha costado recuperarse. Son cosas que pasan. Pero estoy seguro de que las cosas irán mejor para él, de ahora en adelante. Tengo grandes planes para él.

—¿Grandes planes? ¿Ha intentado ponerse en contacto con él?

—Para el entierro, sí, claro.

—Hemos hablado con él, ¿sabe? No nos viene de nuevo. Nos dijo que usted le había telefoneado de manera insistente. A veces hasta diez veces al día. Nos dijo que estaba decidido a denunciarle.

—¿Y por qué iba a denunciarme? ¿Por acoso? Soy su tío.

—Por acoso, claro, muy gracioso. Mire, le seré franco. Hemos estado revisando el historial de llamadas de su hermana. Por lo visto, su sobrino no es el único miembro de la familia a quien usted importuna.

—¿Importunar? Me preocupo por ellos. Ya se lo dije, estoy aterrado. Y gracias a que ustedes decidieron cruzarse de brazos ya ha tenido la ocasión de comprobar que no iba para nada desencaminado. Que no estaba exagerando. ¡Que incluso me quedé corto!

—No me levante la voz. No fueron solo llamadas, Obanos. Su hermana guardaba hasta tres peticiones tuyas. Peticiones de dinero. Una cantidad que igual entre ricos no sea demasiado... Pero para la gente corriente... es casi una fortuna.

—Un préstamo. Le pedí un préstamo para afrontar las extorsiones de las que estoy siendo víctima. Extorsiones que ya denuncié.

—Unas extorsiones cuyo origen, por no decir existencia, nos está siendo muy



difícil localizar y comprobar. En cambio, tenemos pruebas, de audio y por escrito, de que usted ha estado presionando mucho a su hermana para que le concediese ese... ¿préstamo?

—No sé con qué derecho está hurgando en mi vida privada. No es un secreto que mi hermana y yo habíamos discutido mucho y que seguíamos discutiendo, claro, y en voz bien alta. ¡Faltaría más! Somos... bueno, éramos familia. Mi hermana no alcanzaba a comprender que todo esto, la bodega, los viñedos familiares, su querido bosque... podían perderse para siempre.

—Creo que exagera un poco cuando dice que todos los Obanos iban a perder las bodegas y los viñedos familiares; era usted quien iba a perderlo. Todo esto es suyo, ¿recuerda? Y en cuanto a lo que su hermana entendía o no entendía no quiero entrar. Pero no me parece un disparate que se pensase mucho si debía poner sus ahorros a disposición de un hermano que había hecho dos inversiones ruinosas.

—Me estafaron.

—¿Su grupo extorsionador, de nuevo? ¿Las dos veces?

—¿Se burla de mí?

—Parece que cada vez que tiene un problema aparece ese grupo, señor Obanos. Pero hasta el momento no ha podido darnos ni una sola prueba sólida de su existencia. Ni un indicio. Y, sin embargo, las presiones a las que estaba sometiendo a su hermana son bastante notorias...

—Yo no he presionado a mi hermana.

—No es eso lo que ella pensaba. Se quejó a su sobrino de su insistencia, de su tono amenazante. Y ahora parece que le ha dado por acosar al chico. Lo que es natural si sigue necesitado de dinero.

—¡Trato de advertirle! ¡Trato de protegerle! Llevo intentando contactar y tener una conversación con mi sobrino desde mucho antes de saber que lo había heredado todo de mi hermana...

—Espere, espere, ¿usted no sabía que su sobrino iba a heredar?

—Una parte, quizás sí, pero no esperaba que todo...

—Esperaba que una parte fuese para usted.

—Existía esa eventualidad, claro, pero no era algo en lo que pensase con frecuencia. Elena estaba bien de salud.

—Aquí se contradice. Nos ha contado no sé cuántas veces que creía que estaba en peligro. En peligro de muerte.

—No me contradigo. Mire, esperaba que ustedes hiciesen su trabajo. ¡Esperaba que la protegieran!

—Esto es lo que tengo sobre la mesa: un hombre necesita dinero y presiona a su hermana. La hermana muere y se pone a presionar al heredero. Eso es lo que tengo sobre la mesa.

—Y ahora me dirá que la hice matar para cobrar ese dinero que necesitaba, convencido de que iba a heredar. O que la maté yo mismo y luego la descuarticé. Y

que ahora pretendo abrir a mi sobrino en canal, y que seguiré así hasta conseguir el dinero. ¡Está usted loco, inspector Sebastián!

—Son sus palabras, no las mías. Hemos investigado a sus socios, están limpios, no tenemos ni rastro de esa mafia suya. ¿Sabe una cosa? Yo no hago conjeturas, pero en ocasiones he investigado a personas muy inteligentes que se buscaban una coartada preventiva. Nos advierten de que aquel planea cometer el crimen que ya se han decidido a ejecutar.

—Eso es una idiotez.

—Y le diré más. No sería la primera vez que alguien contrata a un tercero y se le va la mano, hay una confusión, o la transferencia no llega a tiempo...

—Basta. ¡Basta! Si tiene que acusarme de algo, hágalo. Si no, le ruego que salga de mi despacho. No estoy de humor para sus delirios, tengo trabajo.

—Nadie le está acusando de nada, Obanos. Estamos investigando, aunque usted esté convencido de lo contrario. Lo que sí voy a pedirle es que nos avise si tiene que salir del país en los próximos quince días. Alcanzado cierto punto estas cosas suelen precipitarse. Seguramente volveré a pasar por aquí la semana que viene. Le avisaré antes. Quizás ese día me podrá enseñar su despacho. Me han hablado maravillas de él, me entristecería quedarme sin verlo. No creo que cuando haya resuelto el caso encontremos la ocasión.

Y fue bajo esta mutua suspicacia como padre e hija empezaron su convivencia. Trejo estaba alerta a la espera de la menor infracción de su hija, pero Irina cumplió con todo lo que había prometido, con lo que habían consensuado la mañana anterior.

Cuando Trejo se levantaba de la cama, Irina había salido ya con el coche a buscar trabajo. Trejo encontraba el baño limpio y arreglado. El vapor que flotaba como los restos (más agradables que molestos) de una ducha reciente era la única prueba del paso de Irina. Sobre la repisa de cristal su hija dejó tres neceseres de distintos tamaños, cerrados, que a Trejo le daba vergüenza tocar incluso con la vista.

A partir del segundo día Trejo empezó a encontrar sobre la mesa una cafetera ya hecha y por la mitad. Irina no regresaba hasta pasadas las siete de la tarde, y su padre se mordía la lengua antes de preguntarle dónde comía si su situación era tan precaria. No quiso indagar, se había propuesto desde el primer mes de la jubilación que amortiguara los habituales impulsos deductivos de su cerebro, que ya estaba bien de ver las conexiones y las relaciones de todo, que dejaría flotar la realidad mansamente, sin buscar otro sentido que la utilidad inmediata.

En aquel pueblo, entre aquellos vecinos modestos y sonrosados por el frío, pasaría el resto de su vida sin paladear el ingrato sabor del crimen, ni siquiera del robo, nada que investigar, nada que calcular. Así que para justificar el anómalo comportamiento de su hija se inventó una hermandad femenina de solidaridad mutua, en cuyos detalles particulares se prohibió indagar con la imaginación.

De las siete a las diez eran las únicas horas que padre e hija pasaban juntos, y las pasaban cocinando y cenando. A las diez Irina se trasladaba a lo que Trejo llamaba jardín, aunque era más bien una terraza, entre cuyas baldosas mal encajadas crecían mechones silvestres de hierbas sin pedigrí: verdes, vulgares, comunes.

Pero Irina sabía valorar no solo la atmósfera tenue de las noches de finales de verano, no solo los monótonos y leales cactus, sino también la cortina de árboles de la que el viento arrancaba sonidos agradables.

Sentada en un balancín que Trejo compró al jubilarse y en el que no se había sentado en tres años, su hija leía durante un par de horas con el único sustento de un vaso y de un jarro de un brebaje parecido a la limonada helada que dejaba preparado a primera hora de la mañana.

Aunque Irina había tenido la delicadeza y el tino de poner desde el primer día el balancín de espaldas a la cristalera que daba al salón para que la mirada de Trejo pudiera desenvolverse libremente por el espacio interior, a Trejo le gustaba mirarla de reojo y pensar que después de todo sí que era posible que la chica estuviese «reorganizándose»; por grandes que fuesen los celos que le despertaba aquella situación, había vivido lo suficiente para saber que la superficie del mundo podía ser dura, y su atmósfera difícil de respirar; que su hija podía estar pasando por problemas. Después Irina le daba un beso de buenas noches a su padre y se retiraba a

su habitación, que a Trejo le daba apuro imaginar de tan estrecha como era.

Todo iba según lo convenido, y era precisamente este acuerdo sin fisuras con el plan original lo que más angustiaba a Trejo. Si todo iba lo mejor que podía ir dadas las circunstancias y ya se sentía como un animal metido en una jaula, ¿qué pasaría cuando en lugar de cuatro días llevasen dos semanas y la convivencia terminase por imponer sus propias tensiones? En cierto sentido habían bastado esos cuatro días para que la placidez de las horas que pasaban juntos fuese acelerando hacia terrenos más resbaladizos, incómodos e inseguros. En las que los dos bordeaban con la conversación, o con los silencios, zonas del pasado que preferían evitar.

Después de la tormenta verbal de la primera noche, las dos cenas siguientes fueron un ejemplo pulcrísimo de diplomacia. Irina sacó a colación anécdotas de la universidad. Y Trejo echó mano de los viejos casos que había investigado, de lo que Irina cuando era niña llamaba «la lucha contra el mal».

—Tengo un recuerdo falso, ¿sabes? Debía de tener menos de diez años, y me venías a dar el beso de buenas noches. Ibas vestido para salir. Yo te preguntaba si eran peligrosos esos tipos con los que te ibas a enfrentar. Y en lugar de decir algo agradable, de contarme una mentira tranquilizadora, como hubiese hecho cualquier padre normal, me decías que sí, que ibas a vértelas con algunos de los tipos más peligrosos del mundo.

—¿Y por qué van a ser recuerdos inventados?

—Porque no deberías haberme dicho nada de eso. Está mal. Deberías haberme tranquilizado. Ese es el trabajo de los padres: tranquilizar, disipar miedos.

—No eras una niña. Eras ya una adolescente. Y eras muy difícil de engañar. Para engañar a alguien necesitas su colaboración, y como no tenía la tuya lo mejor era decirte la verdad.

Pero las siguientes noches pusieron de manifiesto que había demasiados temas complicados que podrían provocar un enfado, un reproche, un sueño incómodo. Demasiados temas prohibidos, demasiados asuntos que se podían enconar. Tardarían meses en desarrollar la confianza natural para poder tratarlos sin un coste excesivo. El día de un jubilado no es fecundo en noticias, Irina no quería pasar informes sobre el progreso de sus esfuerzos, no compartían gustos musicales, a Irina la aburrían las películas, y Trejo no se veía con fuerzas para comentar las lecturas (ensayos políticos que les empujarían a pelearse y novelas que nunca le habían interesado) de su hija.

La amenaza de las conversaciones estaba allí, pero lo cierto es que Trejo ya había empezado a sentir cómo la inocente libertad en la que se desenvolvía su jubilación se esfumaba. No podía hacerle ningún reproche directo a Irina. Pero sentía la mirada de la chica sobre él como una molestia, el pensamiento se le iba hacia ella, se tenían en cuenta, y todo aquello le incordia como si tuviese la obligación de esperar cada pocas horas que alguien le tocase la punta de la nariz: aunque lo hiciese de la manera más dulce, no dejaba de ser un engorro, un fastidio. No estaba hecho para convivir.

Así que cuando recibió la llamada para reincorporarse y hacerse cargo de aquel

caso del demonio no lo dudó. No importaba cómo le habían tratado antes ni a los nuevos peligros a los que se exponía. Tenía que huir de la convivencia con su hija.

También se dijo que si aceptaba tendría algo nuevo de que hablar cuando volviese a casa.

Cuando el inspector Sebastián abandonó la finca, Obanos subió a su despacho para estar solo. Se cerró con llave, buscó en la agenda del iPhone el número de su sobrino y le llamó hasta siete veces. No obtuvo respuesta, lo había desconectado, lo había bloqueado, le había cortado la comunicación. Era mejor asumir cuanto antes que no tenía ninguna posibilidad de ponerse en contacto con él.

Obanos agarró la tela del jersey de su hermana, se dio cuenta de que aquellos restos rojos sobre las fibras de lana amarilla solo podían ser sangre, y estiró la lana como si pretendiese desgarrarla. Cuando se dio cuenta de lo que hacía estaba ya sudando, presa del miedo. Se dijo que no podía seguir así, si tenía que enfrentarse a lo que había desencadenado tenía que hacerlo con la cabeza fría, como siempre había hecho. ¿Cuál era el problema? ¿Que estaba solo? ¿Que no tenía apoyos? ¿No había estado siempre solo? No podía permitir que el terror le paralizase, nadie iba a devolverle a su hermana, una persona menos a la que proteger. Desde la perspectiva de su combate, el enemigo había jugado ya una carta, y él seguía firme, era un punto a su favor.

Lo primero que tenía que hacer... Lo primero... Lo primero... No podía confiar en la policía. En el caso de que el inspector Sebastián desenredase aquel nudo de suspicacias y sospechas contra él, llegarían tarde a protegerle. En la policía no podía ni pensarse.

Tenía que pasar al ataque. Pero ¿cómo? ¿Cómo atacar a un enemigo invisible, cómo apuñalar al aire? En eso tenía razón Sebastián, eran etéreos, casi invisibles, y si seguía soportando aquella tensión mental él mismo llegaría a convencerse de que eran espectros de su fantasía. Ya se culpaba de la muerte de Elena, en eso no se engañaba, su hermana había muerto por su culpa.

Tenía los nombres de los contactos, los tipos con los que había hecho negocios, pero estaban limpios, y muy probablemente eran hombres de paja, prescindibles. Podía contratar a profesionales para que les asustasen, devolverles algo de miedo, pero ¿qué ganaría en la partida que verdaderamente importaba? No le acercaría ni un paso al triunfo final.

Se sirvió otra copa, y se dio cuenta de cómo el ánimo se le acercaba a la desesperación. Pensar en aquel estado no podía ser bueno de ninguna manera, pero ¿de qué otra manera podía pensar?

La mente se le fue al número de aquel hombre que había salido de la nada: la voz cavernosa, la propuesta fantástica... Todo olía a trampa, pero le había suministrado una información sorprendente sobre sus enemigos, que podía ser muy útil si se decidía a luchar solo. No la había contrastado porque había estado ocupado, por nervios, porque las amenazas le hacían pensar lento, porque todavía confiaba en el trabajo de la policía. Pero ¿por qué no recurrir ahora? Sus enemigos podían tener otros enemigos, y era lógico que hiciesen un frente común. Tenía sentido.

Se revolvió contra sus propias ideas. No, no. Estaba actuando como un idiota. Quién querría ir de pareja con uno como él, en su estado: desesperado, asustadizo como un ratoncito.

Antes de hundirse en el fango de la autocompasión, Norberto Obanos recordó que no siempre había sido ni se había comportado así, no, ni mucho menos. El Obanos que solía ser era una persona inteligente y fría, un luchador. Un hombre que sabía cuándo empezar una batalla empresarial y cómo ganarla. Si le habían atacado y vencido, al menos aparentemente, era solo porque eran muchos y le habían encontrado con las defensas bajas. Obanos estaba solo, no tenía a nadie en quien apoyarse y coger impulso: su exmujer estaba lejos, su hermano muerto, su hermana tan distante y ahora asesinada, su sobrino huido. ¡Había tenido que dar la cara por todos! ¡Había luchado él solo por todos los Obanos!

Claro que había aspectos extraños, piezas que no encajaban, pero era una situación límite, a vida o muerte. Había encontrado un grupo con el mismo enemigo, se aprovecharía de ello. Con la cabeza fría, cuando pasase esta situación límite ya se encargaría de solucionar el rompecabezas, de iluminar las sombras, de limar las aristas.

No dejó pasar un minuto antes de marcar el número de sus nuevos aliados. Descolgaron, pero nadie respondió.

—¿Medusa? Soy Norberto Obanos. ¿Medusa? ¿Medusa?

—Obanos, me alegra oírle. ¿Ha pensado en nuestra propuesta?

—¿Oírle? ¿Nuestra? ¿Son uno o muchos?

—Ya se lo dije, soy uno que habla en representación de muchos. Un grupo que quiere y puede ayudarle.

—¿Concertamos esa cita? He pensado que podrían venir aquí, que podría usted venir a la bodega. La gente se queda impresionada con el edificio, es un buen sitio, agradable, solo con ver los viñedos...

—No, la cita tiene que ser donde le dijimos.

—Ya, estuve inspeccionando ese sitio. La China. Francamente, no me da buena espina.

—Pasaremos a buscarle el viernes, sobre las siete, a donde nos diga.

—Espere. ¿Por qué el viernes? ¿Quién me pasará a buscar?

—Tiene que ser el viernes. Y tiene que ir a buscarle un hombre a nuestro cargo. No son condiciones negociables. Ni siquiera tengo la potestad de discutir. Medusa ya le informó de que tenemos los recursos para ayudarle. Entretanto, supongo que ya ha averiguado lo poco que puede esperar de la policía y de los juzgados... Pero como prefiera. Medusa no fuerza a nadie. Hay otros casos, otra gente a la que ayudar. Y en Medusa no negociamos.

—Muy bien, muy bien. El viernes que viene, entonces. Pueden pasar a buscarme aquí mismo. Aquí estará bien.

Al colgar el teléfono, Obanos sintió cómo se revitalizaba. Sus enemigos habían

cometido un gran error. Llevaban ventaja, sí, pero también le habían dejado la oportunidad de tomar aliento. Habían levantado el pie de la presa, estaban seguros de haberlo partido por la mitad, pero Obanos no era un hombre fácil de quebrar. Nada de eso. No debieron haberle dado una segunda oportunidad.

Obanos buscó en el iPhone la grabadora. Se sentó y estuvo unos minutos buscando la postura más confortable. Dio un trago y empezó a hablar muy despacio, como si paladease cada una de las palabras que pronunciaba:

—Mi nombre es Norberto Obanos y estoy hablando con este trasto porque es importante para mí y para los que han llevado y llevan mi apellido registrar cómo empezó todo, toda esta pesadilla...



## 6

La llamada con la que Trejo se reincorporó a la policía no llegó de madrugada. No fueron timbrazos melodramáticos. No pensaba cogerlo, pero reconoció la señal: cuatro series de tres llamadas. Se sorprendió de que alguien usase la vieja clave para ponerse en contacto con él; ahora era un «durmiente», había acabado de la peor manera posible, jubilado antes de tiempo, ¿para qué querían «hablar» con él?

Todavía se sorprendió más al escuchar la voz que le saludó. Una versión más suave, pero igual de masculina, con una manera de pronunciar que le había sido familiar durante años, y que todavía echaba de menos. La de su amigo Zubioca, solo que Zubioca llevaba más de cuatro años muerto: era la voz de su hijo, la voz del joven Zubioca.

Se sorprendió de la premura y del tono con el que le convocaba, educado, pero cercano a la súplica. Trejo escuchó con impaciencia, le molestaba desde siempre la inflexión de voz con la que se piden los favores, te deja pringado de emoción y de responsabilidad. Le dijo que en media hora pasaría un coche a recogerle, que ya estaba en camino, daban por seguro que diría que sí. Tampoco hubiese sabido cómo negarse.

Se cepilló los dientes, se afeitó y se peinó sin mirarse al espejo, sabía bien lo que iba a encontrar allí: la carcasa facial a la que nunca había dado demasiada importancia, y sus pequeños ojos verdes que la gente consideraba inquietos y atentos, y que él reconocía algo malignos y le disgustaban. Unos ojos cada vez más delicados.

Se vistió con una camisa blanca y pantalones de pana oscuros, que disimulaban bien lo arrugados que estaban. Comprobó que el cuarto pequeño estaba vacío y que la cama estaba hecha. Decidió que no le apetecía esperar sentado a que sonase el pitido estridente del interruptor, se despidió de sus cactus y salió del piso; bajó por las escaleras para esperar en la acera.

La calle estaba desierta y húmeda. El coche apareció cinco minutos antes de lo convenido, y frenó con suavidad. El conductor era un chico latinoamericano, joven. Se estrecharon la mano, Trejo trató de mirarle con afecto y después se sentó en el asiento trasero.

El coche arrancó y dejó atrás la pequeña ciudad del sur seco de Navarra (aunque Trejo la consideraba un pueblo y no tenía ninguna intención de apearse de su error) y el prado dominado por una chopera donde después de todo ese tiempo no había conseguido ir a pasear ninguna tarde. El viento se dejaba sentir en la ventanilla cerrada.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo?

—Sería un milagro que estuviéramos todo el viaje callados, y prefiero saber cómo te llamas si vamos a empezar a hablar, aunque sea del tiempo o del paisaje.

—Carlos Piminchumo.

—¿Peruano?

—Mis padres son de Arequipa, señor.

—Llámame Trejo, y tutéame.

—Yo nací allí, pero nos vinimos a España...

—Ya, ya, entiendo... ¿A qué hora hemos quedado con Sebastián?

—A las once, así le dará tiempo de dejar en el hotel la...

—Sáltate ese paso. Y si tienes licencia para correr, sáltate también el límite de velocidad, sin temeridades, claro. Cuanto antes empecemos con este asunto será mejor para todos. Tú no sabrás a qué vamos, ¿verdad?

—No, señor Trejo.

—Tutéame, por favor.

Pero no hablaron mucho más. Trejo se recostó en el asiento. Pasó la mayor parte del tiempo viendo cómo se extendían los campos de secano, la tierra amarillenta con apenas unos parches de verde dedicados al pasto.

El paisaje empezó a cambiar: los campos ocres que parecían desparramados y vencidos por su propio peso, planos como sábanas tendidas al sol, empezaron a ondularse en elevaciones. Y cada pocos kilómetros la hierba iba ganándole terreno a la tierra. Los árboles aislados iban agrupándose, y las copas de los robles y las hayas se fundían en espesas masas verdes.

Carlos entró con el coche en una carretera secundaria. Pasaron varias veces cerca de ríos que bajaban vivos, con las riberas cargadas de landas húmedas, y pequeñas islas como gibas recubiertas de vegetación. Sobre la corteza de los árboles se apreciaban placas de musgo velludo.

Trejo podía sentir cómo un ambiente más fresco se apoderaba del exterior. El coche se metió por un camino de arena. Atravesaron un bosque de fresnos y abedules. Trejo clavó la mirada en el sotobosque de brezo deseoso de ver moverse algún animal, una cría de ciervo si podía ser, eso le hubiese gustado.

El camino se abrió en un prado, una larga extensión de árboles que iban desprendiendo las primeras hojas caducas. Casi sin darse cuenta estaban atravesando extensas plantaciones de vides.

El sol emitía una luz cansada, sin entusiasmo, con pocas ganas de forcejear contra la telaraña de nubes. Al salir de una curva, tras una elevación de terreno que parecía artificial, vieron aparecer la bodega. Se trataba de una imponente construcción de madera, acero y vidrio elevada sobre un pedestal de piedra rústica.

A esa distancia daba la impresión de que algo muy moderno proveniente del espacio exterior se hubiese fundido sin esfuerzo con una ruina prehistórica. Trejo reconoció la grandeza del efecto, pero no le emocionó demasiado, en su opinión le faltaba algo, arraigo, vida... No hubiese sabido decir exactamente qué, pero tampoco podía dejar de mirar el edificio.

Descendieron del coche y Trejo sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos. Se lamentó de haber salido sin chaqueta. La tela de la camisa apenas oponía

resistencia al aire fresco, y ya no tenía cuarenta años. La perspectiva de pasar una semana en cama si se resfriaba le horrorizaba.

Vieron cómo un agente les hacía señas desde uno de los viñedos. Salió de la tierra arcillosa, con los zapatos manchados, se les acercó y les saludó. Daba por hecho quién era él, y que Carlos no era nadie importante.

—El inspector Sebastián me ha pedido que le diga que le espere aquí.

—¿Hay alguien dentro?

—El equipo forense.

—¿Sabe en qué pienso cuando veo tanta uva junta? En mi padre. Se llevó una gran decepción cuando se enteró que la Grenache Blanc era la manera francesa de decir Sauvignon Blanc. Estaba dispuesto a pagar una buena suma por una Grenache, pero por algún motivo le sonaba mal Sauvignon, como cosa de pobres con demasiadas aspiraciones. Y en eso mi padre era muy estricto. ¿Sabe usted algo de uva?

—De uva concretamente no, pero de vino...

—Pues yo soy casi abstemio. No sé nada de vino. Así que este es un pésimo sitio para mí. Y como allí dentro al menos hay un cadáver, creo que será más divertido que quedarse aquí, al relente. Supongo que el agente de la puerta podrá acompañarme. Quédese usted aquí para disculparme con Sebastián. Dígale que le espero dentro. Ven conmigo, Carlos, serás mi ración de vida familiar en este sitio.

Trejo y Carlos entraron por una gran puerta principal, también de piedra, que daba paso a un espacioso salón, con el suelo de madera y un techo acristalado que filtraba suavemente una luz cremosa. El agente les acompañó mientras atravesaban la sala y les indicó unas escaleras tan pegadas a la pared que parecían escondidas. Trejo subió primero. Los escalones se curvaban sin llegar a formar una escalera de caracol. Pasaron tres pisos antes de entrar en una espaciosa buhardilla que parecía una réplica del espacioso salón de la entrada: paredes de madera cálida y un techo acristalado que filtraba la suavidad de la luz dejando fuera el calor. El espacio resplandecía de comodidad, un sitio estupendo para trabajar y, por qué no, también para vivir.

Trejo vio a dos médicos trabajando agachados en torno a un cuerpo tendido en el suelo, y a otro de pie tomando notas.

El muerto llevaba puesta una bata de seda con motivos que le parecieron chinos, aunque podían ser de cualquier otro país oriental. Trejo había visto muchos cuerpos caídos con violencia, sabía cómo se acomodaban de cualquier manera, en complicados nudos de miembros. Este parecía posado suavemente en el suelo. Al acercarse vio que ni siquiera estaba en el suelo, sino sobre una especie de tatami.

Cerca del cuerpo había caído o había dejado su iPhone. Tenía la mano envuelta en un jersey de lana amarilla, un jersey viejo. Le pareció ver sobre las fibras de tejido leves marcas de sangre seca.

Trejo hizo un barrido con la mirada: el único mueble a la vista era una repisa con vasos anchos y botellas de licor; una enorme pantalla de plasma colgaba del techo.

Aquel hombre caído pasaba de los sesenta, pero mantenía la figura y parecía estar en forma, con la lozanía que da la tranquilidad económica. Solo el rostro, que iba virando progresivamente del verde al blanco, convencía al observador de que aquellas facciones desordenadas no eran las de una persona dormida, sino las de un muerto.

Trejo se acercó al forense más cercano, el que estaba de pie, convencido de que quienes menos se afanan suelen estar al mando. Se puso en la disposición corporal de empezar una conversación y fue el primero de los dos en hablar.

—¿Paro cardíaco?

—Derrame cerebral.

—Tantos años y sigo sin distinguir. ¿Cuándo le estalló la cabeza?

—Entre las dos y las tres de la mañana.

—Pobre diablo.

Trejo y el doctor oyeron ruidos de pasos. Se giraron hacia la trampilla que daba acceso al despacho abuhardillado. De aquel agujero en el suelo empezaron a salir hombres.

Trejo reconoció la cara del personaje grueso que irrumpió en la sala dando manotazos como si le molestasen enemigos invisibles, acalorado por el esfuerzo. El hombre buscó a Trejo con la mirada y tras localizarlo se dirigió hacia él con la mano tendida.

—Trejo.

—Sebastián, llegas pronto.

—Pero algo más tarde que tú, por lo que veo.

—Bueno, hice mis cálculos y supuse que si estos señores estaban trabajando me daba tiempo de presentarle mis respetos al muerto antes de que arranque la... ¿cómo debo llamarla? ¿La investigación?

Sebastián le soltó la mano.

—Llámalas como más te guste, Trejo, como prefieras. ¿Conocías a Norberto Obanos?

—¿A Obanos? Personalmente, no. Estoy casi seguro de que había oído hablar de él. Esta gente de los vinos se ha vuelto famosa, salen por la televisión más que los músicos.

—La bodega es famosa, más por la arquitectura que por los vinos.

—Espero que no estés molesto. He venido antes porque estaba un poco apenado. La muerte siempre es triste, pero todavía es más triste cuando le toca palmar a un rico, ¿no crees? Un rico muerto es un desastre. Gente como tú o como yo o como el doctor... ¿cómo se llama usted, doctor?

—Turrillas.

—Olvidé preguntárselo, disculpe. ¿Qué decía? Ah, sí, que para personas como yo o como el doctor Turrillas, que arrastramos tantas cargas y obligaciones, que tenemos que pedir hipotecas y devolver créditos, bueno, la muerte es un fastidio, pero al

menos se lleva por delante todas las obligaciones. Pero para un tío como Obanos, con este despacho y esta tele de plasma, con tantas posibilidades como te da el dinero, con una vida fácil y regalada, con tantas cosas por hacer... Bueno, morirse así de repente ha de dar mucha pena.

—¿La jubilación te ha vuelto humano, Trejo?

—Era una prejubilación. Y la han cancelado, al menos temporalmente. Así que aquí me tienes. ¿Vamos a colaborar?

—¿Colaborar? Has venido aquí de diva, ya veo. Dejemos las cosas claras: estás aquí solo porque a Zubioca le apetecía ver al amigo de su papá. Apuesto a que ni siquiera estás al corriente de los problemas financieros de Obanos.

—Pues no, la verdad. Pero me extraña: ¿no se supone que los vinos son una de las pocas cosas exportables que nos quedan?

—Invirtió en una urbanización fantasma y en unos terrenos rumanos que han resultado ser pantanosos.

—Pues sí que lo siento. Aunque me alivia un poco, así la muerte le habrá entristecido menos. Pero si estamos colaborando lo justo es que compartamos información. ¿Sabes que había sido testigo protegido?

—Eso fue hace más de diez años, no tiene ninguna relación con lo de ahora, ni la más mínima.

—Lo mismo pienso yo, me lo has quitado de la boca. ¿Ves? No solo colaboramos, también estamos llegando a conclusiones juntos.

—Si te han llamado por esto te han sacado de casa por una tontería. Hacía ya un tiempo que investigábamos a este pájaro. No solo estaba arruinado, también estaba deudas hasta las orejas. Llevaba tiempo tratando de extorsionar a su hermana y a su sobrino, contando mentiras sobre sus socios... A la hermana la asesinaron de manera bien fea; a él lo estábamos investigando. Me juego lo que quieras a que ha muerto por la presión que estaba soportando, un fallo vascular, eso si no se ha suicidado.

—¿Por eso os habéis enterado de la muerte tan rápido? ¿Lo estabais vigilando por lo de la hermana?

—Lo investigábamos, pero no, no nos hemos enterado por eso. ¿Zubioca no te ha contado lo de la dichosa llamadita?

—Te escucho.

—Así que no te tiene tanta confianza, ¿eh? Mira, antes de palmarla llamó a un teléfono oficial, y dejó un mensaje en el contestador. Dijo: «Medusa», «el día».

—¿Una llamada? Debe de ser un número importante para ponernos a todos en marcha.

—Mira, todo lo que sé es que no es un número de su época de testigo. Esto no tiene nada que ver con política. No queremos nada de politiquero. Suicidio o accidente, eso es todo lo que tenemos que aclarar. Además, esas palabras no tienen ningún sentido.

—Estás pasando algo importante por alto, Sebastián.

—Ah, sí, tío listo, ¿qué estoy pasando por alto?

—A mí. ¿O crees que Zubioca me «despertaría» de mi jubilación para levantar acta de un simple suicidio?

Trejo bajó las escaleras seguido por Carlos. Cuando salieron al exterior el sol brillaba con algo más de fuerza, pero seguía incapaz de perforar la barrera de nubes. Una ráfaga de viento desordenó la hierba.

Carlos se encaminó hacia el coche mientras Trejo se quedaba unos pasos atrás. Siguió con la vista el vuelo de unos grajos que se dirigían hacia los viñedos, de ramas retorcidas y húmedos de rocío. Se quedó mirando la bodega con aquella extraña forma de barco varado, de casco clavado en la arena, y lo hizo como si contase los pisos varias veces para asegurarse de que eran tres. Después avanzó hacia el coche con las manos en los bolsillos y silbando.

Al entrar le molestó el olor de la tapicería. Medio minuto más tarde Carlos ocupaba su asiento. El chico giró el cuello para hablarle: era su idea de ofrecer un «trato personal».

—¿Vamos a Pamplona?

—Si no estás cansado, preferiría ir directo a ver a Zubioca. ¿Cuánto podemos tardar en llegar a Bilbao?

—Si el tráfico no es muy denso, estaremos allí en menos de dos horas.

—Pues si no es mucha molestia... De repente yo también siento mucha curiosidad por saber qué diablos he venido a hacer aquí y qué es lo que están esperando de mí.

Carlos maniobró con suavidad para salir del aparcamiento. Metió el coche en el camino, se adentró en el bosquecillo, y la bodega no tardó en quedar oculta por una inesperada profusión de hayas. Antes de volver a la autopista a Trejo le pareció ver un jabalí atravesando a toda prisa el suelo cubierto de ramitas. Aquel cuerpo grueso corría como un obús por el sotobosque.

Avanzaron sobre el asfalto sin intercambiar una palabra, a buena velocidad, como si Carlos condujese todavía impulsado por la orden que le había dado Trejo (y se había olvidado de revocar) de ir lo más deprisa que pudiese.

Trejo no prestaba atención a los pueblos derramados sobre las amplias extensiones de hierba verde que se prolongaban más allá de la carretera. El frescor del norte se iba apoderando del paisaje, se necesitaba mucha cantidad de precipitaciones lluviosas para que aflorase un paraíso así. Trejo iba concentrado, más que en sus propios pensamientos, en vencer la tentación de clavar los ojos en el espejo retrovisor. No le apetecía nada ver su propia mirada.

El coche entró en Bilbao por una elevación de terreno desde la que se podía ver el despliegue curvo de la ría. Desde allí el brazo de la ría, más que dividir la ciudad en dos, parecía abrazar una porción en su interior. Las nubes se habían desanudado y la luz caía ahora con fuerza por la porción despejada de cielo.

Atravesaron por un puente futurista desde el que parecía posible tocar el agua con los dedos. Carlos tuvo que consultar el GPS para orientarse por el barrio de Abando.

Trejo no había situado la dirección, pero ahora le parecía lógico que el hombre que le había convocado tuviese su despacho en uno de estos edificios tan solemnes, de arquitectura burguesa.

—Es aquí. ¿Espero fuera?

—Sí, será lo mejor.

Trejo salió del coche y recibió el impacto de la luz en los ojos. Una fina corriente de dolor le recorrió los globos oculares. Hizo visera con la mano, pese a que apenas tenía que dar cinco pasos.

El edificio era uno de los más elegantes de la zona, pero resultó no ser demasiado ostentoso. Un portero decorativo le abrió la puerta principal. Pasó a un amplio recibidor, decorado con trampantojos y unos espantosos óleos de temas frutales. La bandera española presidía la sala.

Trejo se dirigió al mostrador, donde una chica le pidió sin ningún énfasis el documento de identidad. No tuvo que informarla de que había venido a ver a Zubioca. Desde el mostrador le indicaron el ascensor que le conduciría al ático, donde ya le esperaban. El joven Zubioca había deducido que él mismo tomaría la iniciativa de pasar a visitarle.

El agente de seguridad le hizo un gesto para que atravesase el detector de metales sin vaciar los bolsillos. Esperó a que la puerta metálica y sucia del ascensor se abriese. El cubículo era espacioso, pero a Trejo le alegró que no hubiese ningún espejo.

Al abrirse las puertas salió a otra recepción, otra secretaria le esperaba, le saludó y le introdujo en un despacho sin cuadros ni objetos decorativos, dominado por la enorme sensación de espacio que transmitía, pese a la enorme mesa, una especie de secreter macizo y los tres butacones.

Se acercó a la ventana y describió la cortina lo suficiente para ver en contrapicado el museo Guggenheim, encajado en la curva azul de la ría. Desde allí parecía una nave espacial caída y echada a perder, un amasijo de hierro.

No tuvo tiempo para desarrollar la imagen. Oyó un ruido a su espalda, y cuando se giró el hombre al que esperaba ya había entrado. Era alto, iba trajeado y de sus facciones emanaba serenidad. De haberle mirado con la cabeza fría, Trejo hubiese podido extraer alguna conclusión, o al menos un indicio sobre su temperamento y sus cualidades morales, pero todo en aquel hombre le recordaba dolorosamente a una versión más joven y sana de un amigo muy querido que se le había muerto.

—Trejo, bienvenido. Tome asiento.

—No, gracias, prefiero quedarme de pie. Bonito despacho, tu padre estaría orgulloso. Siempre que se llegase a enterar de para qué sirve esta oficina, la clase de asuntos que tratáis, ya sabes... No he visto ningún distintivo abajo, ni tampoco aquí... Todo bien fantasmal. Los hombres importantes siempre deberían tener un cartel con el nombre y el cargo, como en los congresos. Así el pueblo llano, nosotros, los civiles, no meteríamos tanto la pata.



—No sé si mi padre se sentiría tan orgulloso, Trejo. Los despachos no siempre corresponden a la calidad personal de quienes los ocupan. Son más bien un indicativo de lo que tus jefes esperan de ti, de lo rápido que te cortarían la cabeza si las cosas no salen como ellos han previsto. ¿Cómo has encontrado la ciudad?

—Algo más sucia, pero es normal, ¿no? La ría, el museo, el perro floreado, todo ese esplendor no podía mejorarse. Es lo único malo de los mejores momentos: anuncian una decadencia inminente.

—¿Cómo has visto a Sebastián? Ha hecho progresos, la gente nueva no conoce su pasado. Eso es lo grande de un sistema que premia la constancia: tarde o temprano terminas ascendiendo. ¿Te han presentado a gente de su equipo?

—Un forense, pero se me ha olvidado su apellido. ¿Turris? Algo así. Pero ni yo le considero de mi equipo ni creo que a él le interesase demasiado formar parte de un grupo... como el que solía estar a mi cargo.

El joven Zubioca esbozó una sonrisa que animó la parte baja de su rostro. No se habían dado la mano, pero no parecía importarle. Se desplazó medio metro a la derecha y se sentó en la silla tras el escritorio. Trejo se limitó a girar el cuerpo unos grados, y aprovechó para retroceder y acercarse a la ventana. Se sentía cómodo en aquella esquina desde donde se apreciaba el movimiento callejero de los bilbaínos.

—En comisaría no tienen ni idea de lo que pasa, ¿verdad, Zubioca?

—Están investigando.

—Buena salida, Zubioca. ¿Cuántos han muerto?

—Obanos es el tercero.

—¿Los tres eran testigos protegidos?

—El primero había sido confidente, la segunda era juez, así que algún contacto sí que tenía con los cuerpos de seguridad del Estado. Y lo más sorprendente de todo es que los tres llamaron a ese número, y los tres murieron después víctimas de un derrame cerebral.

—Ya sé que todos llamaron a ese número. Y antes de que me cuentes más cosas que ya sé, te diré que doy por hecho que te has roto la cabeza intentando encontrar conexiones, y que te has convencido de que no son casos aislados, que esto va a seguir y seguir... Al fin y al cabo tres ya es una serie. Así que saltémonos los capítulos intrigantes y vayamos al grano: ¿de quién es ese número?

—Es un número administrativo. Sí, «administrativo» es un buen término. Sirve para poner en contacto a personas del mismo departamento. Concretamente del departamento a cuyo cargo estoy y del que depende este despacho. Una suerte de asuntos internos a escala nacional, o si lo prefieres una especie de departamento de futurología, un laboratorio.

—¿Puedes hablar más claro?

—No mucho más. Digamos que nuestro trabajo consiste en imaginar los problemas futuros, y cómo eso puede afectar a los distintos cuerpos de seguridad del Estado. En el futuro.

—Todo bastante secreto, supongo.

—Sea quien sea el que esté organizando este juego, está bien informado sobre nosotros.

Zubioca esperó con la cabeza gacha una réplica que no llegó. Le costó reponerse diez segundos. Cuando volvió a levantar la mirada, lo hizo con convicción, la clavó con fuerza en los ojos de Trejo y allí la sostuvo mientras hablaba.

—En cualquier caso, no creemos que sea relevante. Se trata apenas de la manera segura que han escogido para ponerse en contacto con nosotros.

—¿Qué más sabes?

—Hemos preparado un informe con todo lo que sabemos sobre las tres víctimas.

Zubioca metió la mano en el bolsillo interior de la americana. A Trejo le pareció que era de paño cremoso y crujiente, parecía recién salida de la tintorería. Después dejó sobre la mesa un USB verdoso.

—No sé si me gusta el plan. No acabo de entender cuál es mi papel en esta fiesta. Me llevas a ver el escenario, pero no me has dicho qué pienso de la muerte de Norberto Obanos...

—Seguro que ha visto más que nosotros, Trejo. En cualquier caso, volveremos a hablar en cuanto le hayas echado un ojo a la información que acabo de pasarle. El único elemento recurrente entre esas tres muertes no es solo la llamada ni el derrame cerebral. Los tres estaban solos cuando pasó, en habitaciones cerradas. Los tres grabaron la llamada, siguieron grabando mientras se dormían, mientras morían. Encontrarás los vídeos de sus fallecimientos en el USB. Nadie entró ni salió, ni hablaron ni vieron a nadie. Nadie les mató, pero es inverosímil, absolutamente improbable, que los tres muriesen por accidente. Sin relación.

—La escenografía de un suicidio sin suicidio o tres asesinados sin asesino, he ahí el problema.

—Algo así.

—¿Por qué estás tan seguro de que me ocuparé de este caso? ¿Sabes cómo es mi vida ahora? Desde que me jubilé veo películas, un montón de películas, te sorprenderías. Como *pizza* y helados, cuido plantas africanas. Estoy desengrasado. Cuando entré en ese despacho futurista de Obanos apenas veía colores girando a mi alrededor, manchas parpadeantes. No puedo garantizarte resultados. Esos tiempos trepidantes acabaron para mí, son historia. Te has equivocado de persona, lo siento mucho.

—Probablemente debamos asumir que fue una jubilación precipitada. Lo que convencionalmente se conoce como un error, aunque para no afean las decisiones de mis superiores prefiero denominarlo «un mal cálculo». Las personas de tu edad imaginan que al retirarse podrán desarrollar sus aficiones, pero pasa medio año, un año, año y medio... y al cabo de dos años descubren que chapotean en una vida de gelatina, sin alicientes. ¿Me equivoco?

Trejo clavó la mirada en Zubioca como si quisiera desgarrar una cortina y

comprobar qué sabía de verdad sobre su vida. ¿Eran solo palabras que coincidían con unos miedos universales o se había preocupado de averiguar cómo vivía ahora y cómo sentía? El pulso se le había acelerado sin permiso, aunque solo le costó medio minuto calmar su corazón. Zubioca le miraba sin ninguna malicia, esperaba su réplica frotándose las manos pausadamente.

—Te equivocas, mi vida sigue igual de trepidante. Cuando me aburro rememoro viejos triunfos. Como bien sabes, tuve unos cuantos éxitos en mi vida.

Ambos sonrieron casi al mismo tiempo; aunque uno de los dos siguiese de manera mecánica el gesto original del otro, costaba decidir quién había empezado en esta ocasión.

Trejo le dio la espalda. Terminó de descorrer la cortina: por el ventanal se transparentaba el lento fluir de la ría, el movimiento de los coches en el puente. Pero Trejo apenas vio nada porque tenía los ojos vueltos hacia el interior, vigilando sus procesos mentales. Al girarse de nuevo no pudo impedir que en su cara asomase una punta de agresividad.

—¿Cuántos cadáveres más puedes soportar antes de que las paredes de tu despacho empiecen a temblar en serio?

—Usted solía decir que un problema nunca es demasiado grande si tienes algo más grande con lo que tapárselo a tu superior. Bueno, estoy a punto de quedarme sin nada de este tamaño.

—¿Son estúpidos?

—Son políticos, Trejo.

—¿Y tú?

—Yo soy el que soy. ¿Puedo contar con usted?

—Tienes una cosa buena por lo menos, muchacho. Podrías haber jugado la cartita sentimental de tu padre y te la has guardado. Lo que, si quieres que te diga la verdad, no deja de ser una lástima para mí, porque al primer asomo de chantaje emocional me hubieses tenido en un tren de vuelta a casa. Ahora no sé cómo decirte que no. Me haré cargo, intentaré que no sufras demasiado, resolverlo cuanto antes.

—Otra cosa. No puedo poner esos gastos en extraordinarios. Voy a tener que revertir la prejubilación. Obviamente, tendrá un despacho, un equipo de calle y otro de oficina, un coche...

—¿Y Sebastián? Según entendí, estaba investigando a Norberto Obanos, algo sobre una hermana asesinada...

—Algo así, sí. A Elena Obanos la asesinaron en un asalto a su casa, un robo, probablemente. No tiene ninguna relación con las muertes seriales en las que se vio envuelto su hermano Norberto. Ordenaré a Sebastián que se centre en lo de la hermana. No puedo impedir que revolotee por la comisaría, pero no se atreverá a meter la nariz en sus investigaciones. En cuanto al equipo, he pensado...

—Quiero al chico ese, al latino, el que me ha traído en coche.

—Carlos, se llama Carlos, creo que no lleva ni siete meses con nosotros.

—Sabe conducir. Es suficiente.

—¿Nadie más?

—¿Para qué necesito más?

—Entendido.

Zubioca apoyó las manos en los reposabrazos y se levantó con vigor, casi de un salto. A Trejo le pareció ahora más alto. Esta vez sí se estrecharon las manos, después le acompañó a la puerta del despacho.

—Otra cosa, Zubioca. Siento mucho lo que le pasó a tu padre, créeme que lo siento mucho.

Mi nombre es Norberto Obanos, y estoy hablando con este trasto porque es importante para mí y para los que han llevado y llevan mi apellido registrar cómo empezó todo, toda esta pesadilla...

Claro que tampoco es sencillo decidirse por dónde empezar. Una historia puede contarse de tantas maneras que me abrumba, y nunca he sido demasiado bueno poniendo en claro mis ideas. Tengo la impresión de que he ido viviendo tal y como me venían las cosas, sin ordenarlas, sin preocuparme de darles una forma.

Un buen momento para empezar sería cuando después de un interminable litigio con mis hermanos, con Luis y Elena, la bodega acabó en mis manos. Cuando me convertí en su legítimo propietario, después de demostrarse en el juzgado que fui yo quien se hizo cargo de todas las deudas. Me llevé una alegría tremenda. Había amasado dinero, los negocios iban bien, pero el resultado de mis esfuerzos no producía otra cosa que números en el saldo de las cuentas bancarias.

Podía transformar esos números en cosas, lo sé, no lo desprecio. Podía calentarme en invierno, irme a la playa en verano, y cenar en un buen restaurante; si me ponía enfermo me rodeaba con la red de protección de los mejores médicos. Eso lo valoro, es duro pasar por la vida sin disfrutar de un mínimo de placer y de seguridad.

Pero el caso era que yo no había aportado nada al mundo ni a la sociedad. Ni había plantado un árbol, ni había escrito un libro, tampoco he tenido hijos. La bodega me daba la oportunidad de producir algo de valor para la sociedad. Durante la última década de vida de mi padre, y durante las luchas con mis hermanos, se había roto la tradición: las bodegas todavía producían vino, pero había ido perdiendo calidad, las instalaciones estaban medio echadas a perder. Los vinos de Obanos se habían convertido en botellas para supermercados y restaurantes de menú. Un vino para acompañar la comida, para adormecer el cerebro. Sin sustancia, como las conversaciones entre desconocidos en un ascensor: algo funcional, digno de ser olvidado de inmediato.

Recuperar las bodegas y la calidad del vino era una tarea ingente, pero me ilusionaba, y mi vida estaba estancada, acababa de divorciarme. Tenía todo el tiempo del mundo.

Me llegaron varias ofertas de compra. Al principio eran tan bajas que no hice caso. Para mi sorpresa, empezaron a incrementarse los montantes. Llegó una mareante, ni siquiera querían todos los terrenos, el viejo bosque les daba igual. Me prometieron mantener quince años el nombre del vino: Obanos.

Consulté a un administrador especializado y me enteré de que el súbito valor de unas bodegas en estado ruinoso se debía a la calidad de la tierra y de las vides que crecían en ella. Me emocionó certificar que las historias de mi padre eran ciertas, me ilusionó como un niño saber que las tierras donde los Obanos llevábamos viviendo casi cinco siglos eran tan fecundas. El hombre me dijo que aquel suelo que se

humedecía poco en verano era ideal para que arraigase una viticultura de calidad. La mezcla de arena, limo y arcilla le daba una estructura equilibrada, y su pobreza de materia orgánica y el que fuese ligeramente alcalino redondeaban el trabajo.

—Es como una mina de oro para el vino. Por fuera solo ves roca, la riqueza queda escondida, atrapada en las vetas. A la espera de que la descubra un ojo experimentado, con los instrumentos adecuados.

Mi padre había conseguido un vino notable, suministraba botellas a todo el valle, pero aquel hombre, Tobaruela, me ayudó a entender que los métodos que empleaba eran poco sofisticados. Como si le diéramos al cliente el jugo basto de la mejor caña de azúcar. Un producto sin refinar.

Le pedí a Tobaruela que me informase de lo que costaría y en qué deberíamos invertir para purificarlo al máximo, para sofisticar el jugo de esas uvas. Para hacer algo realmente grande con estas tierras. Empecé a verlas de otra manera, ya no eran solo arbolitos para jugar con mi hermana. Eran frutos de la tierra, que crecían alimentados por la savia, y de los que se podía extraer un licor precioso. Si me salía bien la jugada, el nombre de mi familia, aquel Obanos que tanto quería y del que tan orgulloso quería sentirme, quedaría asociado al placer de beber un vino maravilloso.

Tobaruela me presentó a un grupo de jóvenes enólogos. Estaban enamorados de las cualidades naturales de la Rioja, de aquella tierra espesa y rica a la que no había prestado demasiada atención, aunque de niño me embriagaba el olor que desprendía cuando estaba húmeda. Me propusieron un plan para elaborar vinos con un insólito grado de sofisticación. Les dije que no quería nada demasiado estrafalario, que mi sueño era producir caldos tradicionales, excelentes si se quería, pero cargados con el sabor del pasado.

Me respondieron que combinarían la tradición y la innovación. Volví a emocionarme.

Cuando se fueron Tobaruela me presentó una lista de las cosas que teníamos que comprar y también un presupuesto bastante completo, aunque me reconoció que con estas cosas no se podía ir sobre seguro, podían salir imprevistos, y de cualquier manera había que llegar a puerto: tenía que salir la primera remesa de botellas, aunque no alcanzásemos el nivel esperado de excelencia, o lo perderíamos todo. Me dijo que además de invertir ese dinero, tenía que estar preparado para invertir más, que tenía que ser paciente.

Era una cifra altísima, pero dije que sí. Negocié personalmente un crédito con el banco. Contratamos al equipo de enólogos, y empezamos.

¿Fue una locura? Para cualquier otro plan de negocio (bares, yates, hoteles...) lo hubiese sido, en ninguno de esos casos hubiese afrontado una inversión de esa magnitud. Pero aquí hablamos, y es importante que esto te quede bien claro, de vino, de nuestro vino.

Mi idea es que el vino no es cualquier cosa, qué va, no es un producto más. El vino es una de las grandes conquistas de la civilización humana. Una manera de

transformar la energía de la tierra en placer líquido. Un saber que nos ha acompañado desde el principio de nuestra especie. Como el queso o los perros domesticados. No es algo exclusivo de un país o de una religión, de una raza o de una manera de ver el mundo. El vino está extendido por casi todo el planeta, es la manera que el hombre dispone para saber cómo sabe la tierra, cada región de la tierra. Y me emocionaba pensar que el vino de la finca de los Obanos contenía el sabor de estos terrenos, de los viñedos, de los árboles del bosque. Era el sabor del presente, pero también de nuestra infancia, de mi padre, y de nuestros antepasados, olvidados o recordados, y sin los que no seríamos nada. Sin los esfuerzos de esos hombres no habríamos llegado ni a nacer.

Tobaruela cumplió su promesa y se ocupó de todo en los plazos convenidos. Reformamos el interior de las viejas bodegas, el exterior lo dejamos tal cual; a diferencia de las vides y el bosque, que me recordaban a los juegos con Elena, el interior lo asociaba a las peleas con mi padre.

Tobaruela consiguió también la denominación de origen, contactó con varias revistas especializadas para que difundiesen el valor de nuestras tierras, para contarles el proyecto, le dio al equipo de enólogos la tecnología más avanzada. Nos pasamos un poco de lo presupuestado, pero tan poco que todavía me sorprende; Tobaruela era un gestor excelente. Y la espera se vio recompensada con creces cuando fueron llegando las tres clases de vino que producíamos. Primero llegó el crianza, que llamamos Yesa. Lo tuvimos en una barrica de roble americano. La botella era estrecha, y en la etiqueta se veía un aguafuerte de nuestra vieja casa. Después llegó el reserva, con su botella más chata, y la etiqueta roja con el nombre, Obanos, destacado en un blanco hueso. Y tras unos meses que no terminaron de pasar nunca llegó el gran reserva, el Elena, envejecido durante treinta y seis meses en la botella, después de pasar más de dos años en la barrica.

Me cuesta todavía describir la emoción que sentimos al ver caer aquel espeso jugo color rubí, tan intenso, como terciopelo líquido. El aroma desplegabamos en nuestras fosas nasales recuerdos de frutos silvestres, de regaliz, de madera tostada. Me costó precisar el sabor. Los enólogos hablaban de su profundidad retronasal, elogiaban su paso suave, su finura y elegancia. Pero aquellas palabras no me convencían. Por lo que a mí respecta el sabor de aquel vino equivalía más a una presencia y a un aroma que a algo que hubiese experimentado nunca con el paladar: sabía al recuerdo de los bosques en otoño, la vegetación húmeda entre los árboles, sabía a mi hermana y a mí correteando por nuestros terrenos. Sí, a eso sabía, aunque no lo pudiéramos escribir así en nuestra nota de cata.

Con el Elena logramos nuestro gran éxito. No te diré que se convirtiera en un vino famoso, pero lo vendimos todo en restaurantes de gama alta. Conseguimos una puntuación altísima en la escala Parker, el *Wine Spectator* nos mencionó entre elogios. Tobaruela me dijo que el precioso diseño de la botella tenía casi tanto mérito en las ventas como la calidad del caldo. No le creí, pero me hizo gracia. Le enviamos

varias cajas a Elena; no dio ni acuse de recibo, pero me gusta pensar que no pudo resistirse a probarlo, y que se sintió tan emocionada como yo.

Pasaron los años, y todo iba bien, pero al mismo tiempo todo se había vuelto distinto. Todo iba bien, pero yo alimentaba un gramo de insatisfacción. No sé cómo explicarlo. Vendíamos, teníamos prestigio, pero éramos pequeños. Había cumplido con creces la tarea autoimpuesta de elaborar un vino extraordinario con el nombre de Obanos, pero las cosas se ven distintas cuando se consiguen las metas. Cuando transcurren unos años, los objetivos cambian, se resitúan, lo que antes te parecía un éxito ahora empieza a saberte a poco.

Otros bodegueros tenían más éxito, producían más, exportaban, vendían mejor, no fallaban en los restaurantes de tres estrellas Michelin, recibían mejores críticas, mejor consideración. Nosotros éramos simpáticos, ellos eran grandes.

Que no puedas establecer el valor de tu trabajo por un criterio interno, que tengas que compararte siempre con otros para saber dónde estás, es una de las cosas malas de la vida, aunque supongo que eso, llámalo como quieras, la ambición, la envidia, las comparaciones, todo eso es lo que mantiene activa la rueda del mundo.

Tampoco es que insistiese mucho, no lo planteé como un objetivo ni le di prisa a Tobaruela, pero debí de dejarlo caer en alguna reunión: le pedí que estuviésemos atentos a posibles ampliaciones. Lo que en el lenguaje de los negocios solo quería decir que estuviésemos alerta a la posible aparición de inversores interesados. Tobaruela, con la serena eficacia que caracterizaba a aquel hombre, recogió sin aspavientos aquel capricho fantasioso mío y debió de empezar a trabajar en silencio por su cuenta en aquella dirección.

Un año y medio después me dijo que un inversor quería reunirse conmigo. Me gustaría poder decir que mi ambición y mi envidia habían ido a menos; en realidad se habían incrementado en todo ese tiempo.

No solo no me sorprendió, sino que me alegró que el hombre de contacto fuese un viejo conocido. Baesa me había apoyado cuando testifiqué contra mi hermano. Se había salido de la política, era un rojo de los de antes, a duras penas podía soportar lo blandos que se habían vuelto en el PSOE. Pero aun así seguía trabajando para políticos en activo, como asesor. Y su agenda seguía sirviendo para lo que sirven las agendas. Para conectar a las personas: a los que tienen algo que les sobra con los que buscan algo que les falta.

Recuerdo como si hubiese sido esta mañana que viajé hasta San Sebastián para reunirme con Baesa en el paseo marítimo. Nos tomamos un vino blanco y helado delante de La Concha. Era día laborable, y en la playa apenas había jubilados y niños sucios de arena. Baesa sabía vivir y la edad había hecho un trabajo extraño con su cara: había desalojado el pelo de su cráneo y le había arrugado el rostro como si fuese un sapo.

Me contó lo del grupo inversor. Eran chinos y trabajaban a lo grande. Querían exportar vino de la Rioja, de la máxima calidad, a China, a Rusia, a la India, a Catar.



Le dije que no tenía ni idea de lo que costaba eso. Baesa me respondió que era yo quien no tenía ni idea de qué significaba para los chinos ir a lo grande. Me escribió una cifra en un papel. Añadió que había hablado con la administración local, me darían permisos, y desviarían partidas para ayudarme a construir la nueva bodega.

Debí de poner alguna cara rara, porque me explicó como un padre amable pero fatigado de la lentitud de cabeza de su hijo que era imprescindible contratar a un arquitecto de vanguardia para construir un edificio extraordinario, un icono irresistible, un imán para las ventas. Todos los consumidores querían participar de aquella bodega futurista.

—Será la catedral de las bodegas. Qué digo la catedral, el Guggenheim de las bodegas. Las catedrales están *out*.

Se relamió los labios.

—Esto es de locos, Baesa. ¿Qué ganan ellos?

—Tú te quedas con los beneficios internos y el prestigio. Y ellos con la mayor parte de los beneficios de las exportaciones.

—Sigo sin verlo. ¿Por qué mi bodega? ¿Por qué estas condiciones? Si disponen de tanto dinero para invertir...

—Tienes algo que no se puede comprar con dinero, que nadie quiere soltar: tierras.

El sol empezaba a decaer, la luz del atardecer brillaba como un incendio sobre el mar.

—Te damos una semana para pensarlo. Aunque, si te puedo ser sincero, chico, por los viejos tiempos. ¿Qué podría ir mal?

Cuando salió del despacho de Zubioca, Trejo se convenció de que aquel caso era una oportunidad para dejarle a su hija todo el espacio necesario para que se adueñase de la casa mientras buscaba trabajo.

Decidió que era mucho mejor no afrontar una conversación directa con Irina, que era mejor para los dos que se quedara desde ya en Pamplona, no retrasarlo más. Apenas necesitaba comprar dos pantalones y dos camisas. El resto podía empaquetarlo Irina y alguien iría a recogerlo. Así que informó a su hija por teléfono, felicitándola por la oportunidad de poder instalarse a sus anchas sin la presencia molesta de un jubilado maniático y taciturno (añadió un par o tres más de calificativos despectivos hacia su persona para completar el cuadro).

No había calculado seriamente cuál sería la reacción de su hija, pero Irina encajó con eficiente frialdad la noticia. Fue a buscar papel para anotar las cosas que Trejo quería que le enviase, bromeó con los CD de Kiko Veneno y «las cosas todavía más estrafalarias y horripilantes que he encontrado, atentados musicales por los que podrían abrirte un expediente», y también fue ella quien le recordó la conveniencia de enviarle tres de sus cactus, aunque fuese como embajadores, para no interrumpir el contacto con aquellas plantas tan fieles.

Irina no le reprochó las prisas, y si el tono de entusiasmo contenido con el que Trejo le habló de sus planes la entristeció de alguna manera, la chica supo cómo disimularlo.

—Cuídate, mi bellísima punki.

Trejo se instaló la primera noche en un hotel de Pamplona entre el ensanche y la zona peatonal. Pasó la noche prácticamente en vela. Viendo una película tras otra en la televisión. Sin forzar a su mente a que se ocupase del caso. Los ordenadores del hotel estaban estropeados, de manera que tampoco podía consultar la información adicional que le había pasado Zubioca.

Al día siguiente vino a recogerle una mujer que trabajaba para Zubioca, una chica discreta, Trejo calculó que estaba entre los treinta y los cuarenta. Le acompañó al piso donde iba a vivir y le explicó que lo habían escogido fuera de la zona peatonal porque facilitaba los desplazamientos en coche. Le dijo que había «comercios» en toda la zona, y añadió: «como ya habrá comprobado». Trejo le respondió con una sonrisa desatenta.

El día era luminoso, pero se dejaba sentir que el tiempo viajaba ya hacia el otoño. Pamplona no tardaría en quedar dominada por aquel manto de nubes cenicientas que le protegerían los ojos. Era una suerte. Una semana más con este sol y tendría que trabajar con gafas oscuras, e ir por la calle con ellas puestas le seguía matando de vergüenza.

—Aquí está. Segundo primera. ¿Quiere que suba con usted?

—No será necesario.

—Pues tenga las llaves. Si quiere que espere y le acompañe a...

—Sé dónde está la comisaría, gracias. Pero, si dispone de tiempo, me gustaría pedirle un favor. Es una tontería. Pero uno se vuelve loco cuando busca un comercio en una ciudad que conoce poco. Necesitaría tres cactus, no como los de las películas del oeste, no, nada de eso, sino de los que son así de pequeños.

Trejo hizo un gesto con las manos, formó una especie de cazo.

—¿Como bombillas?

—¿Como bombillas? Sí, sí, justo así, como bombillas, sí. Me extraña que no los haya traído con usted. Era un requisito indispensable, fui muy claro con Zubioca en este asunto.

—Debe de haber algún error, disculpe, yo misma los iré a buscar.

Trejo se rio interiormente de su broma. La verdad era que no se fiaba del envío de su hija. Seguro que se olvidaba de las cosas más importantes.

Entró en el edificio: moderno, frío, funcional. Subió en ascensor hasta el segundo piso, se alegró de que no hubiese espejo.

El recibidor olía a desinfectante químico. Habían limpiado a fondo. Era un piso mucho más espacioso que el suyo. Pero sin «jardín»: apenas un balcón diminuto con vistas a la calle, y una especie de terraza que daba al patio de luces, con el espacio justo para tender la ropa. Torció el morro, pero el piso estaba bien equipado. Televisor, DVD, un ordenador Mac. La decoración era neutra, de tonos apagados. Un buen sofá de cuero y una cama grande. Buscó el teléfono fijo. Solo encontró uno, inalámbrico, con la base en el salón. Lo desenchufó.

Dejó la maleta sin abrir y bajó con el teléfono en las manos. Comprobó que en el buzón no habían puesto ninguna placa con su nombre o cualquier otro. Salió a la calle y vio cómo la empleada de Zubioca reprimía una carrera al verle. Como si cargase con un bebé, en las manos llevaba una caja abierta con tres cactus más pequeños que los suyos, más verdes; a esa distancia parecían de plástico, como de juguete.

—Creo que he encontrado lo que me pidió.

—Se lo cambio por el teléfono fijo, no lo necesito. Dígale a Zubioca que me encontrará en el móvil si me necesita.

—Encontrará las claves del ordenador y la cuenta de correo...

—Tampoco creo que vaya a tener tiempo para escribir cartas. La cosa promete ser absorbente. Recuerde, si quiere hablar conmigo me encontrará en el móvil.

—Sobre la mesita de noche le he dejado una tarjeta de crédito y mi número, por si me necesita. Por cierto, me llamo Marisa.

Se despidieron. Comprobó que llevaba el USB en el bolsillo del pantalón. Le daba pereza volver a subir, y cargó con los cactus hacia la comisaría. Escogió el camino más largo. Decidió atravesar el centro, por las calles peatonales. Quiso convencerse de que era por trabajo, que estaba intentando tomarle el pulso a la ciudad, pero en realidad lo hizo porque le gustaba Pamplona, la ciudad le caía simpática.

Recordó que una de las mejores vistas se podía apreciar desde la muralla del casco viejo, en lo que debía de ser el norte de la ciudad (nunca había tenido demasiado claros los puntos cardinales). Se detuvo cerca de un meandro del río Arga, que a esa hora se deslizaba sereno y azul como satisfecho de arrastrarse a sí mismo, sin ninguna coquetería, sin forzar un solo esfuerzo seductor. El río era así, como la ciudad, discreto y ensimismado, y podías aceptarlo o podías irte; aquí todo era bastante franco, sin dobleces.

Desde el improvisado mirador a esa hora del día la ciudad se desplegaba para el ojo sensible de Trejo como una serie de estructuras pétreas y rojizas, salpicadas de manera discreta por las manchas verdes de la vegetación, que te recordaban que cualquier ciudad se asienta sobre un terreno bullente de semillas y vida.

Bajó hasta la catedral. Recordaba haber entrado una vez, le enseñaron un claustro, pero sus hermosas puertas talladas apenas le dijeron nada. También recordaba una galería donde tenían expuestas decenas de imágenes de la Virgen. Se dijo que era una visita que no repetiría.

Pasó por delante del Palacio Arzobispal sin darse cuenta, tenía entre ceja y ceja llegarse hasta la plaza de toros, pero se extravió y fue a dar al Palacio de Navarra. Se quedó un par de minutos mirando la fachada neoclásica (pero sin recordar el nombre) y, después de inquietarse con la digna solemnidad que emanaba del edificio, demasiado serio y solemne para su gusto, le alegró encontrarse de sopetón con la concurrida plaza del Castillo.

Le habían contado, esto lo recordaba bien, que en esta plaza existió una vez un castillo auténtico, que Trejo imaginaba con almenas y torres, como las construcciones austríacas que inspiraron los diseños de Disney. Pero de lo que quedaban restos era de su pasado de mercado y de sala de fiestas al aire libre, «la función que tenían todas estas plazas en el pasado», como una vez le dijo su amigo García, aunque lo cierto es que esta había estado cerrada a los vecinos hasta 1931 (de hecho Trejo confundía la fecha verdadera con 1831, la auténtica le parecía demasiado tardía, completamente inverosímil).

Escudriñó la plaza y sus cafés. Se quedó plantado con las manos en los bolsillos y los pies muy juntos, con una concentración que podía llevar a quienes se quedasen observando (y hubo unos cuantos) a pensar que aquel era un hombre que estaba cavilando con cierta intensidad sobre un problema absorbente. Pero Trejo mantenía la mente en blanco, retenía los pensamientos, y apenas dejaba pasar delante de sus ojos viejos recuerdos, sombras coloreadas, en completo desorden.

Buscó la calle Carlos III. No se dio cuenta de que la tenía enfrente y se vio dando la vuelta completa alrededor de la plaza antes de reconocer la amplia avenida que le llevaría hacia los barrios nuevos.

Tardó casi una hora en recorrer todo lo que quería recorrer (menos la plaza de toros, que parecía haberse esfumado, y la vieja ciudadela, que recordaba mucho más distante de la plaza de lo que en realidad estaba), y puso rumbo a la comisaría.

Era ya mediodía cuando llegó. Saludó a los primeros funcionarios que encontró y preguntó por su despacho. No supieron indicarle.

Se sorprendió de lo tarde que era, pero no sentía nada de hambre. Dejó pasar por la mente el recuerdo de días especialmente intensos del pasado en los que la adrenalina le perdonaba la exigencia de comer tres veces al día. Le hizo gracia recordar que en esa época se convencieron de que era un hombre sin miedo. Nunca hizo nada por sacarles de ese error, le beneficiaba y le divertía la imagen, falsa, que se habían hecho de él. Había pasado miedo, muchísimo miedo. Sin el miedo (y sin suerte) estaría muerto. El miedo le daba fuerza, el miedo le disparaba el corazón, el miedo provocaba que su pensamiento fuese más deprisa, el miedo era como una fuente mágica de superpoderes. Estaba por reírse de sus ocurrencias cuando vio avanzar a Sebastián por el pasillo con una sonrisa pintada en el rostro.

—Dime solo una cosa, Trejo: ¿por qué? Habíamos preparado un equipo de gente. Buenos profesionales, especialistas. ¿Por qué Carlos?

—¿Qué Carlos?

—El peruano.

—Me pareció una oportunidad irresistible de hacerme el original. No pude dejarla pasar.

—Ya.

—Te noto innecesariamente tenso. No voy a molestarte. Te dejo a tus hombres, a tus especialistas, a todos tus profesionales. Me meteré en mi despacho y no te molestaré. Seré silencioso y ligero como una sombra. Por cierto, ¿cuál es mi despacho? ¿Ese? Genial, gracias.

Trejo entró en su cubículo. Mesa, ordenador, teléfono. Sebastián había tenido el detalle de no meterlo en un zulo sin entradas de luz: una ventana grande transparentaba la calle.

Retiró el teléfono de la repisa, sacó los cactus de la caja que le había entregado Marisa y empezó a ordenarlos en una hilera, como soldados. Los golpes en la puerta le sorprendieron, la había dejado entornada para que pudiera entrar cualquiera.

—Trejo. Me dijeron que...

—Pasa, pasa, Carlos, siéntate. ¿Tú crees que los cactus sobrevivirán al aire acondicionado si los pongo pegados a la cristalera, justo donde pega el sol? Bueno, el sol, la luz, ya sabes... No lo sabes, ¿verdad? Este trabajo es tan absorbente que apenas nos da tiempo a aprender nada que sea útil para la vida civil. Ya no te digo cuando te jubilan. Tengo que preguntar qué día van a quitar el aire acondicionado, apenas hace calor en la calle. Pero siéntate, siéntate, sin cumplidos.

Trejo se entretuvo deliberadamente en colocar los cactus en una hilera perfecta, simulando un carácter puntilloso y perfeccionista que no era el suyo. Estaba de buen humor, los pies se le movían solos, no sabía cómo disimularlo. Anotó mentalmente que tenía que preguntar también dónde podía encontrar un videoclub en el barrio. No quería perder ninguno de sus buenos hábitos de jubilado.

—Bueno, ya estoy por ti. Entonces ¿te han informado ya de que vamos a trabajar juntos?

—Sí, quería darle las gracias... Los compañeros me han hablado mucho de usted. Me contaron que durante diez años...

—Presente, presente, presente... En el pasado no se puede vivir, ya lo comprobarás cuando el tiempo empiece a acumularse de verdad a tus espaldas. ¿Sabes por qué te he seleccionado? No seas tímido, di.

Carlos se quedó clavado en la silla. Se sintió incapaz de formular una palabra. Le parecía que si no daba con la respuesta correcta le podían devolver con los hombres de Sebastián. Perdería la oportunidad de trabajar con alguien como Trejo. No quería equivocarse.

—¿No se te ocurre? Bueno, pues te lo diré: tienes cara de ser una persona bastante discreta. Y, como valor añadido, llevas demasiado poco tiempo aquí para serle leal a Sebastián o deberle algo. ¿Qué te parece mi explicación? ¿Te convence? ¿Te quedas tranquilo?

—Así que no vamos a «colaborar» con él.

—Haremos algo peor que no colaborar, haremos algo feo de verdad. Vamos a manejar información que desconoce, vamos a esconder nuestros propósitos y en algún momento te pediré que me ayudes a meterle en la cabeza toda clase de conjeturas falsas, lo que comúnmente se conoce como trolas. No se lo tomará a mal, probablemente no llegue a darse ni cuen... ¿Qué has dicho?

—Nada.

—Con la boca no. Con la cara. Has puesto esa expresión: cejas arriba, boca torcida... Una expresión de disconformidad moral.

—Pensaba que estábamos todos en el mismo barco.

—Y lo estamos. Te diré más: todos queremos llegar al mismo puerto. Yo, Sebastián y el propio Zubioca. Pero es posible que existan serias discrepancias sobre la ruta que debemos seguir.

Carlos no supo qué contestar, ni siquiera estaba seguro de que Trejo le hablase en serio.

—Te parecerá una tontería: qué más da ir por un sitio que otro, y es verdad, si el mar estuviese en calma poco importaría quién conduce el timón. El problema aparece cuando el cielo se estropea y nos amenaza con una buena tempestad. El problema es cuando escasean las frutas y las verduras a bordo y la tripulación empieza a enfermar, escorbuto o algo así, ¿me sigues? Es entonces cuando tenemos que tomar decisiones. Porque si empezamos a ponernos nerviosos y la vida de nuestros marinos y de nosotros mismos depende de quién tiene razón, de quién ha seleccionado la mejor ruta, de quién puede llevarnos más deprisa a puerto... entonces es muy importante intuir qué ruta es la mejor, se trata de una cuestión de vida o muerte.

Trejo se detuvo para tomar aire. Las manos se le habían empezado a mover descontroladamente en el aire como en el pasado. Era uno de esos momentos en los

que lamentaba que no le gustase fumar, le hubiese ayudado a mantenerlas ocupadas.

Carlos no reaccionó, pero le miraba con atención, dispuesto a absorber todo lo que Trejo pudiese decirle, como un buen alumno.

—Cuando se dan estas condiciones extremas, si estás seguro de que eres el mejor marinero y que tu ruta es la más rápida, tienes que intentar en beneficio de todos apoderarte del control del barco. Imponer tu punto de vista sobre los otros. ¿Entiendes? ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Y si lo logras sin que lleguen a darse cuenta, si pasan los días convencidos de que estás haciendo justo lo que te pidieron que hicieses, entonces tu mejor estrategia consistirá en no despertarlos de ese sueño de felicidad e inocencia. Aprovecha la inercia. Salva el barco. Si te pillan antes de tiempo te retorcerán el cuello, pero si llegamos vivos al puerto y a salvo no te lo echarán en cara. Nadie se atreverá a tocarte un pelo. Te doy mi palabra. Incluso puede que te den una medalla.

Trejo se detuvo para tomar aire y volver a tragar saliva. Había empezado de nuevo a hablar con esa velocidad, cuatro años después. Todavía no era como en las grandes ocasiones, cuando la lengua y el aparato fónico parecían enteramente poseídos por un cerebro lanzado a la carrera, pero era un primer aviso. Después de tres años volvió a saborear aquel charco de serotonina como si fuera un vino añejo. Pero Carlos no sabía nada de eso, no estaba acostumbrado a esas pausas que Trejo le daba a su boca para que renovase la saliva. Pensó que se le exigía decir algo, que no podía retrasarlo más.

—Lo importante, entonces, es llevar el barco a buen puerto.

—Algo así, Carlos, algo así. En cualquier caso y para resumir: no vamos a compartir todo lo que descubramos. Mira este USB. Contiene toda la información que me han suministrado sobre las personas que han muerto.

—¿Personas? Pensaba que investigábamos la muerte de Norberto Obanos.

—Sí, pero Obanos no es el único, qué va. Han encontrado a otros, encerrados en una habitación, telefoneando a un número de la policía minutos antes de acostarse y morir. Llamadas telefónicas y cerebros derramados. Y si no lo paramos, empezarán a acumularse los cadáveres. Quiero que te estudies la información del USB y me la resumas. Investiga también el entorno de las víctimas. Y si Sebastián intenta sonsacarte, si te pregunta sobre qué te he encargado investigar, pones cara de idiota y le dices que has estado ocupado ayudando a bajar gatos de los árboles. Decenas de gatos, una plaga. Esa será nuestra tapadera.

Acordaron con Carlos verse a la semana siguiente, y Trejo se quedó de golpe con casi seis días libres por delante. Se dedicó a ordenar la ropa que le envió Irina, a explorar los comercios del ensanche y a llenar la nevera de productos frescos.

No había encontrado la ciudad demasiado cambiada. Le entraron ganas de ir a ver el museo de Oteiza, el viejo escultor estaba todavía vivo la última vez que se había instalado allí; recordó el día que Sebastián tuvo que enviar dos hombres porque había

empezado a recibir a los vecinos con una escopeta para disuadirles de entrar, y al recordarlo ahora reconoció el sabor especiado y dulzón de las leyendas urbanas. Pero no tenía coche, no quería distraer a Carlos, y tampoco le apetecía interpretar la red de autobuses.

Irina se había acordado de poner en las cajas que le envió su vieja agenda azul. Parecía un resto de naufragio, pero nunca había encontrado el momento de pasar las direcciones y teléfonos al ordenador o a una agenda nueva. Se había acostumbrado a que las direcciones de las personas con las que le interesaba mantener abierta la posibilidad de contactar le esperasen dentro de esas tapas azules.

Al segundo día se cansó de cocinar y decidió recurrir a la tarjeta de crédito. Visitó un par de restaurantes clásicos: sidra y chuletón. Comprobó que su estómago no trabajaba como antes. La mala digestión le dejó sin sangre en la cabeza. Decidió ir a bares de menú, combinar la verdura con pescados que pedía sin salsa.

El viernes por la mañana se armó de valor para telefonar al número con el que necesitaba comunicarse. No tenía ninguna seguridad de que alguien fuese a ponerse: la gente se casa, se divorcia, se traslada, enferma, emigra, pierde el trabajo, le deja la casa a sus hijos, se muere. Trejo se había convencido de que no habría ningún crimen hasta pasado el lunes, hasta que volviese a reunirse con Carlos, pero no lograba convencerse de que el Químico seguiría en su casa esperando a que él le necesitase. Era una cosa con la que no podía contar. Si se había mudado, si se había retirado, si había cambiado la orientación del «negocio», todo eso le obligaría a hacer muchas preguntas, a recorrer cientos de kilómetros.

La primera vez no le contestó nadie. La segunda llamó ya con el corazón encogido. El Químico se puso al teléfono. Intercambiaron saludos. Intercambiaron anécdotas. Trejo escuchó todo lo que quería escuchar: «Sigo en el tajo», «Claro que puedo ayudarte», «¿Cuándo?», «¿Qué necesitas, qué?». Trejo le advirtió que no podía adelantárselo por teléfono, y el Químico supuso, y estaba en lo cierto, que Trejo no tenía todavía claro lo que buscaba. Quedaron en verse el lunes a las ocho, dos horas antes de la reunión con Carlos.

Llamó a Marisa y le preguntó si le podía llevar dos libros de la biblioteca de medicina y uno de la escuela de criminología. Se sabía esos títulos de memoria. Pero había una posibilidad que le bailaba en la cabeza, algo que podía explicar aquellas muertes. Se encontró los libros embalados sobre el buzón esa misma tarde. Se fue al Iruña a tomarse un café y a leer. Estaba lleno de turistas, hinchándose a tapas, haciendo fotos. Trejo sabía que mucha gente protestaba ante la creciente invasión de extranjeros, pero a él le gustaban: ocupaban los sitios más bonitos de las ciudades, las cafeterías más prestigiosas, y él podía aprovechar para trabajar en ellas, sin miradas curiosas, sin preguntas molestas. De incógnito.

Estuvo cuatro horas comparando sus ideas incipientes con los datos científicos y las conjeturas históricas. Cuando terminó le lloraban los ojos. Pagó atormentado por la irritación. Por suerte, al salir ya estaba cayendo la noche. Dio unos pasos y como



una repentina aparición fantástica vio un videoclub iluminado.

El dependiente era indio y olía a especias. Sorteó todos los requisitos para hacerse socio y una vez aceptado le preguntó si tenían algo de James Stewart. El indio tuvo que consultar la base de datos del ordenador. Trejo quería llevarse varias, pero solo las alquilaban de dos en dos. Se concentró en la lista y se decidió por *Harvey y Horizontes lejanos*.

Al llegar a Príncipe de Viana se desorientó un poco. Las rotondas, con tantas calles radiales saliendo de su centro, siempre planteaban un desafío a su orientación. Por suerte, sus ojos se habían recuperado. No quiso dar vueltas como un idiota. Le apetecía volver a ver *Harvey*, era su película favorita, pero nunca podía contar el argumento sin reírse. Le preguntó a una señora muy emperifollada y acompañada de un marido insignificante. Le señalaron el camino con mucha educación.

Entró en su nueva casa tarareando una canción que no sabía cómo se le había enganchado. Se acordó de que no había cenado y se acordó también de que no había logrado hablar con su hija. Lo de la cena lo podía solucionar con un par de rodajas de piña fresca, pero lo de Irina solo podía abordarlo por el camino de siempre: volver a intentarlo. Las personas, definitivamente, son complicadísimas.

Pensó cuidadosamente desde dónde hablaría con ella, y se decidió por el cómodo sofá del comedor hacia el que solo tenía un reproche: aquel denso olor a cuero que desprendía si cambiaba de posición. Se decidió a hablar quieto, concentrado en las palabras, sin mover un solo músculo.

—¿Irina?

—Trejo, hola. ¿Quién quieres que sea?

—Te he telefoneado quince veces.

—Estoy poco en casa, papá. Me dedico a patear la ciudad muy fuerte en busca de trabajo. El aire del pueblo me vuelve responsable. ¿Por qué no me llamas desde un hijo?

—Prefiero desde aquí. Con el móvil tengo mayor movilidad, de eso se trata, ese es el motivo, poder hablar de pie. Otra cosa: es posible que te llame con números distintos... hasta que me den uno definitivo. Ya sé que no te gusta demasiado estar pendiente, alguna cosa tenías que heredar de mí. Pero si atiendes al código de llamada siempre sabrás cuándo soy yo el que quiere hablar contigo.

—Cuatro llamadas de tres timbrazos cada una. Voy a terminar loca de tanto contar. Así es imposible que me concentre.

—¿Y para qué quieres concentrarte? Ni que te estuvieses preparando para unas oposiciones. En casa tendrías que relajarte y descansar; las casas están para eso, para sacudirse los problemas.

—¿Y tú qué sabes?

—Decoré y organicé esa casa para que fuese un sitio tranquilo.

—Lo de las oposiciones, digo. ¿Cómo sabes que no estoy ahora mismo peleándome con un temario?

—Demasiado inquieta. Demasiados pájaros en la cabeza. Demasiadas reivindicaciones para que me salgas ahora con que vas a integrarte en el Estado. Mi hija funcionaria, no, eso sí que no... Las oposiciones son para personas serenas, que puedan pasarse dos o tres horas seguidas sentadas bebiendo manzanilla. Y no es el caso, de ninguna manera es tu caso, y si me permites un consejo...

—¿No me llamabas para saber cómo me va?

—Hay otra cosa importante. Creo que los cactus pasarán con mucha menos agua de la que te dije.

—Lo anoto.

—Di por hecho que te olvidarías, y pensé que soportarían un exceso de agua, pero he preguntado a varios expertos navarros y resulta que no. Resulta que si alimentas demasiado a estos higos verdes pueden pudrirse por dentro. Así que lleva la cuenta.

—Ya te he dicho que lo anoto. ¿Te llegó la agenda entre la ropa?

—Sí, sí, todo perfecto. Quería decirte otra cosa, antes de que se me olvide, qué era, qué era... Ah, sí, ayer soñé que me rayabas el coche. Y no era un arañazo, con eso ya cuento, sino una cicatriz que iba del morro al capó. Y no es que vaya ahora a empezar a creer que los sueños son anuncios del futuro, pero ve con cuidado, por favor.

—¿Quieres venir a llevártelo? Ya te dije que no lo quería para nada. Si lo necesitas, si vas a empezar a desconfiar...

—No es eso, no es eso. Me han dado un coche oficial, incluso me han puesto un chófer. Aunque tengo ciertas dudas sobre su carnet de conducir, resulta que el chico no es de aquí y cualquiera sabe en esos países lo que tienes que hacer para que te den uno.

—Oye, Trejo, la caldera ha estado haciendo un ruido espantoso. Desde el primer día. Me echarás la culpa igual, ya lo sé, pero no es cosa mía. El caso es que será un desastre si esto explota y se lleva la casa por delante conmigo dentro...

—¿Qué clase de ruido hace? ¿Un pitido?

—¿Sabes una de esas sirenas antiniebla que llevan los barcos?

—Pensaba en algo más suave.

—Es más suave, sí. Estaba exagerando.

—Baja el regulador de calor. Cuando la caldera hace ese ruido es que el calentador está demasiado fuerte. El agua, parte del agua, para ser precisos, se transforma en vapor antes de meterse en la tubería, por eso silba. No va a explotar nada. Es solo eso. ¿Estás llenando bañeras? ¿A diario?

—Gracias, papá. Solo duchas largas, no te arruinaré por gasto de agua. ¿Y lo tuyo qué? ¿Cómo va la vuelta al cole?

—Ya te lo dije: puro papeleo, un informe tras otro, trabajo administrativo.

—¿Ni medio cadáver?

—Echo una mano en los casos locales. Esposas sometidas deseosas de estrenarse como viudas, maridos que cortan por lo sano, hijos que quieren apresurar una

herencia. El ramillete completo de la impaciencia humana. Todos igual de previsibles y aburridos.

—¿Nadie envía orejas derechas cortadas? ¿Ni una víctima con cuernos de ciervo y misteriosos tatuajes?

—No seas peliculera. Los casos interesantes se terminaron, todo eso se acabó. Y si se encuentran con un buen psicópata le darán el caso a otro policía más joven y ambicioso, más despierto. Es solo que necesitaban a alguien que pusiera un poco de orden en los archivos. Demasiados cambios de gestores en poco tiempo: está todo revuelto. Y un funcionario reciente, recién desprecintado como aquel que dice, tuvo la brillante idea de recurrir a uno de los que lo vivió en primera persona, en primera línea, mientras aún sea posible, mientras sigamos vivos. Supongo que yo era la momia que encontraron más cerca. Pero en cuanto acabe de ordenar papeles volveré a enrollarme las vendas y me recluiré en mi sarcófago. Espero que para entonces hayas recargado las pilas o las baterías o lo que sea que estás haciendo y pueda recuperar mi deliciosa vida retirada y solitaria.

—No seas dramático. Sois todos muy jóvenes.

—¿Jóvenes? Bueno, si atiendes a la esperanza de vida, nos quedan más de veinte años. Pero ¿en qué condiciones? La «esperanza de vida» debería descontar los años que uno pasa con el cerebro hecho una piltrafa, no sé qué esperanza le ven ahí. Además, Irina, nuestro trabajo no solo es peligroso, también desgasta mucho. No creas que todos han llegado a mi edad vigorosos como tu padre. Muchos se quedaron por el camino. ¿Te acuerdas de Zubioca?

—¿Tu amigo? Pensé que no te gustaba hablar de él. Es un campo tan amplio el del «obligado silencio» que hay que respetar contigo que a menudo me hago un lío.

—Y sigue sin gustarme hablar de él. Pero ha sido su hijo quien ha organizado todo esto, quien me llamó. Ocupa un buen cargo en la administración, aunque no sabría decirte cuál. Ni siquiera tiene letreros en el despacho, y a esa clase de gente que manda le gustan mucho los letreros, así que sospecho que se trata de un organismo secreto, pero no se lo digas a nadie. En cualquier caso, él se encarga personalmente de que no me falte de nada. Y con el afecto que me tenía su padre, como comprenderás, me trata a cuerpo de sultán. Te lo digo para que estés tranquila. Al fin y al cabo, para ti ha sido una suerte poder quedarte en el piso sola, a tus anchas, cuando más lo necesitabas.

—Tanta suerte que, si quieres que te diga la verdad, ayer empecé a sospechar que te habías largado con una amiguita. Esa sería la explicación más lógica a tu fuga y a todo este embrollo de llamadas en clave. Y, por cierto, ¿dónde estás viviendo ahora? ¿En un hotel sin teléfono? ¿Te han puesto una buena casa?

—Un piso estrecho, con una sola cama, pero suficiente para mí, y con unas vistas estupendas a un... una especie de parque. Hay árboles y animales, creo...

Trejo se puso en pie casi de un salto impulsado por la cadena de trolas que le estaba contando a su hija. Temeroso de que le descubriese por el tono de voz, se

preparó para ser más comedido, pero no tuvo que afrontar ninguna prueba exigente ni más preguntas.

—Trejo, tengo que salir ahora mismo, cuídate mucho...

—Pues besos y abrazos y todo eso, Irina. Y no te olvides de desconectar el *wifi* si no usas el ordenador, esas ondas trituran el cerebro.

—No, descuida, adiós.

—Descuido.

Trejo pronunció la palabra en el vacío, su interlocutor eran ya los avisos sonoros de que al otro lado de la línea su hija había colgado.

Caminó por la habitación con las manos en los bolsillos. Le costaba mucho, muchísimo, creerse lo que Irina le estaba contando. Le ofendía un poco el descarado disimulo con el que se comportaba su hija. Pero sabía que no era justo reprocharle su actitud cuando él mismo estaba ocultando sus actos con un velo de exageraciones y medias verdades. Además, se había prometido no devanar el ovillo de contradicciones con el que Irina se había presentado. No podía usar sus habilidades contra ella. Su hija tenía todo el derecho a mentirle.

Sintió un deseo repentino de que fuese no solo lunes, sino también que fuese ya el lunes siguiente. Estaba ansioso por comprobar la veracidad de las primeras impresiones que se había formado sobre aquellos tres asesinatos (¿qué otra cosa podrían ser?), el mundo volvía a ir demasiado lento, volvía a sentirlo como un sitio aburrido.

La conversación se había alargado más de lo previsto. Y Trejo perdió una hora más luchando contra la cena (le había entrado hambre). Después de cenar perdió un rato más comprobando en los libros una conexión que se le acababa de ocurrir, y que se reveló como un imposible. Cuando miró el reloj eran casi las dos. Miró la duración de *Harvey*: eran más de dos horas, la recordaba más corta.

Igual hacía más de diez años que no la veía, pero conservaba en el ánimo que era una de sus películas favoritas. Podía afrontar la desilusión de que su gusto hubiese cambiado, pero de ninguna manera iba a permitir empezar y dormirse al final, y todavía menos quería afrontar la última media hora combatiendo con el deseo de que terminase para acostarse en paz.

Así que se decidió por *Horizontes lejanos*; la película apenas pasaba de la hora. El título en inglés era tan prodigiosamente distinto que se le olvidó. El paisaje de la película era emocionante: valles verdes, ríos caudalosos, picos recubiertos de hielo azulado. ¡Parecía Suiza!

Sus presagios se cumplieron y Trejo vio pasar la película envuelto en un velo de sueño. Era como si su sistema nervioso, azuzado por la emoción de estar de vuelta, intentase convencer a su organismo de que era preferible acostarse a las dos. Al día siguiente Trejo solo podía reconstruir el argumento parcialmente.

Stewart (que en la película tenía otro nombre que no merecía la pena recordar, ¿acaso no era él siempre él?) trataba de conducir a un grupo de puritanos a una tierra

prometida enclavada entre los valles del oeste de Estados Unidos. Stewart se encuentra por el camino a un viejo amigo y lo salva de morir ahogado. Los dos comparten un pasado de forajidos en la frontera, la clase de hombres que las mentes estrictas de los puritanos no pueden perdonar.

Stewart se toma el camino como una expiación. Al final del viaje expondrá sus pecados y sabrá si se le perdona o se le castiga. Su viejo compañero de fechorías se une a la expedición convencido de que los puritanos nunca le perdonarán. En varios momentos de la película vemos cómo Stewart lucha contra su sed de sangre y la vence, contra sus impulsos asesinos y los vence.

Cuando la expedición está a punto de llegar a la tierra prometida Stewart y su viejo compañero de fechorías reciben la tentación final, una tentación de cien mil dólares. Algo irresistible. El compañero de fechorías no resiste y Stewart se ve obligado a matarlo. En ese momento de la película Trejo pensó en lo poco convincente que era Stewart cuando el papel le convertía en asesino, y empezó a sentir cómo le recorría el cuerpo el agradable calor de la modorra. Stewart resiste la tentación, se revela quién es, expone sus pecados y es perdonado por los puritanos.

La conclusión moral de todo aquello se le escapó a la conciencia dormida de Trejo. Pero un par de ideas saltarinas que brincaban por encima del nivel del agua somnolienta pensaron por él que el director había perdido una buena oportunidad. La de hacer una película más profunda o inquietante: que Stewart para salvar a sus amigos tuviese que actuar delante de ellos no mejor que antes, sino exactamente como lo hacía antes; para mantenerles con vida tendría que revelarse forzosamente como el ser que temían y cuyo comportamiento despreciaban. Que la única manera de salvar a las personas que más quería era revelarse como alguien a quien solo podían temer, de quien solo podían querer alejarse, y protegerse.

Tres segundos después la mente de Trejo navegaba ya por la silenciosa oscuridad de la inconsciencia.

¿Qué podría ir mal?

Esa fue la pregunta que me hizo Baesa. Y, si te soy sincero, hubiese podido responderle diez cosas distintas, diez malas eventualidades, pero si no le dije nada, si ni siquiera quise pensar en ellas, fue porque después de aquella reunión en San Sebastián me sentí como si me hubiesen declarado el rey del mundo.

La única sorpresa es que ya no se volvió a hablar de chinos. Fue como si aquel gran grupo de inversores internacionales se esfumase antes de empezar a trabajar.

Baesa se presentó con un grupo inversor de Pamplona, «de la tierra», y el plan empezó a concretarse en la realidad como un bellissimo sueño que se posa sobre el mundo.

Me presentaron al arquitecto, un australiano; anglosajón, en cualquier caso. De aspecto saludable, increíblemente seguro de sí mismo, exudaba autosatisfacción. Me trató como si le alquilase un terreno cualquiera para levantar su obra de arte, como si yo fuese apenas el tipo que monta y traslada los lienzos. Le hubiese despedido allí mismo, pero, claro, tampoco le había contratado yo, cobraba de otros. Por suerte apenas tuve que tratar con él. Una cena tensa, después Baesa se encargó de todo. El arquitecto ni siquiera me felicitó por los vinos. Aquel tío, además de un borde irrespetuoso, era abstemio.

Baesa conservaba buenos amigos en la administración: en un plazo brevísimo arreglamos las cosas para derruir la bodega y construir aquel imponente edificio sin frenar la producción. Baesa se apoyó en los contactos de Tobaruela en el mundo vinícola para moverse como un lince, de manera que la bodega de Obanos, nuestra bodega familiar, se convirtió en un asunto verdaderamente estelar en los medios.

Y no solo entre la prensa especializada.

Incluso los políticos venían a fotografiarse y presumían del dinero que habían invertido a cambio de que les cedieramos la gestión pública de un *tour* de visitas guiadas por la bodega, donde explicábamos con orgullo a compatriotas y extranjeros cuál era nuestra filosofía.

Me envanecí cuando Baesa me habló de la conveniencia de que en lo alto de la estructura se construyese un despacho para mí.

—Todos los grandes empresarios tienen un espacio integrado en las instalaciones profesionales para desarrollar sus visiones. Estar cerca de la tierra y de los viñedos mejorará tus capacidades creativas, pueden crearse sinergias interesantes.

Estaba tan contento, tan ensoberbecido, que incluso me enamoré. Pero aquella historia tampoco llegó a buen puerto, así que supongo que no sería demasiado importante. Y tampoco tengo tiempo ahora para detenerme en un enredo romántico. Solo quiero que sepas que no soy un hombre tan frío como te han hecho creer.

Baesa pasaba cada vez más tiempo en la bodega. No quiero decir que estuviese suplantando a Tobaruela, pero lo cierto es que cada vez asumía más responsabilidades

y le comía más espacio. Tobaruela perdió protagonismo. Era un buen gestor, pero cada persona tiene una escala donde es más efectiva, un registro más adecuado para sus capacidades, y la nueva bodega sobrepasaba sus capacidades. Al menos eso era lo que me hizo creer Baesa.

Ya he dicho antes que creo que son la envidia y el gen competitivo los que mantienen la rueda del mundo en marcha. Así que atribuí a las ganas de impresionarme de Baesa su nueva propuesta de inversión, y a las envidias de Tobaruela que él las recibiese con el morro torcido.

—He hablado con los chinos. Están contentísimos. Todo va sobre ruedas. Te están muy agradecido, Norberto. La gente de aquí está muy apegada a la tierra, a los métodos tradicionales. No es sencillo encontrar a alguien con visión, con perspectiva. Quieren recompensarte. Ya sabes que lo suyo son los mercados emergentes. El capital chino está fluyendo por todo el mundo. Están en África, y han empezado a meter la nariz también en los viejos países comunistas. Saben dónde hay gangas, y las reservan para sus amigos. Te han propuesto dos inversiones. En realidad no son inversiones, verás, se trata de terrenos en Rumanía, zonas boscosas, excelentes. Se podrá construir a precio de ganga. Y se han asegurado los clientes en su propio país. Cientos de chinos con ganas de viajar. Son buenas tierras, buenas conexiones. Excelentes vistas. Y Rumanía está en el punto justo entre la modernidad y la corrupción para hacer negocios. Bueno, ya te lo he dicho, no es propiamente una inversión, es un billete de lotería.

—Llevas meses sin hablarme de esos chinos, Baesa. Pensaba que trabajábamos con esos inversores de Pamplona.

—¿Tengo que explicártelo todo, Obanos? No te hagas el tonto. Bueno, la oferta la tienes sobre la mesa. Tú decides. Esperarán una semana para volverte obscenamente rico.

La verdad es que no me hacía el tonto, pero la codicia me cegó. Si el negocio era tan bueno, ¿qué más daba que la procedencia no estuviese del todo clara? ¿No tenía a Baesa de mi lado? Tobaruela lo desaprobó, pero no le hice caso. Hice la transferencia y firmamos un contrato. Todo iba sobre ruedas: la bodega estaba completada, nadie estafa a un socio, nadie quiere indisponerse con el propietario del terreno del que depende el negocio, cualquier intento de trampa era absurdo solo de pensarlo.

Aun así, al pasar los días, cada vez desconfiaba más de los cambios de nacionalidad de mis socios: ¿chinos, navarros, rumanos? Baesa no quería hablarme claro sobre el asunto. La disposición de Tobaruela para investigar era la mejor: estaba lo bastante mal predisposto contra Baesa y su gente como para no dejar un solo fleco por revisar. Y era un hombre con olfato, y yo confiaba en él. Al primer mal olor removería la ciudad para encontrar dónde estaba la fuente.

En paralelo intenté mejorar las relaciones con mi familia. Contigo fue imposible, ni siquiera recurríste a mí cuando tuviste aquel problema con la policía, por culpa de tu militancia en grupos antisistema. Acudiste a tu tía, Elena, y le pediste

encarecidamente que no me informase de tu paradero ni de nada relacionado con tu vida presente.

Sin embargo, a Elena, aunque fuese de manera muy tentativa, sí que pude aproximarme. Le había hecho ilusión que pusiese su nombre a nuestra mejor botella. Yo sabía que estaba íntimamente vinculada con la tierra, quizá no tanto con los viñedos o la bodega, pero sí mucho, muchísimo, con los bosques de alrededor. Pude persuadirla para que viniese a hacernos una visita.

Las obras no estaban terminadas, pero ya se apreciaba la espectacular estructura. Las vides estaban a punto de cargar con el mejor fruto posible. Al impactar sobre ellas el sol las ponía rojas como la sangre. El día era espléndido. Paseamos como dos viejos amigos por todas las salas. Qué digo como amigos, como hermanos, así es como quedamos. Seguros de que con algo de tiempo podríamos reiniciar nuestra relación.

Aquel día fue maravilloso.

Uno o dos días después me llamó Tobaruela. Me dijo que no se fiaba para nada de aquel grupo inversor, ni del chino ni del navarro. Y añadió algo peor. Había consultado los planos y los números de Baesa y era imposible que se produjese en la bodega la cantidad de botellas que pensaban implantar en el extranjero. Tobaruela había tratado de hablarlo con Baesa antes de importunarme, pero este se lo había quitado de encima.

Tobaruela me llamó desde la carretera, había ido a visitar a su madre a Zamora. Quedamos en vernos el jueves, pero lo siguiente que supe de él es que se había estrellado con el coche. Los policías le encontraron muchísimo alcohol en la sangre. El coche se salió de la carretera y dio un par de vueltas de campana por un barranco. El siniestro fue total.

Asistí al entierro de Tobaruela y me quedé muy preocupado. Faltaba apenas una semana para inaugurar la nueva bodega. Hicimos una fiesta a la que asistieron periodistas, políticos, futbolistas y famosos. Noté que Baesa estaba esquivo conmigo. Apenas me habló para presentarme a los señores Camero y Ribelles, que supuestamente estaban al frente del grupo inversor. Estuve a punto de preguntarle por los chinos, pero me mordí la lengua.

Baesa no se separaba de Camero y Ribelles. Conocí a muchos políticos y a funcionarios importantes esa velada. Todos me hablaban como si aquella empresa fuese un éxito de Baesa, como si yo apenas fuese un conducto. Me sentí como la etiqueta del vino, algo así.

En cuanto vi que se quedaba a solas en el comedor me fui directo hacia Baesa. Le expliqué las dudas de Tobaruela. Insistí en que no se había construido suficiente para abordar la producción estipulada. En aquel momento todavía pensaba que se trataba de un error, de una chapuza, creía que Baesa estaba velando por mis intereses tanto como por los de Camero, Ribelles y los chinos.

Baesa se limitó a responderme que todo estaba bien, que disfrutase del éxito.



Insistí, le dije que no iba a tolerar que se incumpliese el acuerdo. Le exigí que me informase de si había algún error en el cálculo del presupuesto, en la producción.

—Hablemos claro, Obanos. ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?

—¿Hasta dónde? Es mi bodega, Baesa. O me aclaras esto o paro la producción. Es una cuestión de honor.

—Entiendo.

Baesa me dijo que ya hablaríamos. Pero no hablamos. De hecho desapareció, como si el trabajo estuviese ya hecho. No lo vi en una semana, el tiempo que le había concedido para que me diese una respuesta que me tranquilizase.

Iba a convocar a los inversores navarros a mi despacho, pero Camero me telefoneó antes. Concertó una cita, en mi despacho. Entró como si aquel sitio fuese suyo. Me pasó unos papeles, me dijo que se los habían enviado a mi administrador, no sabía lo del accidente.

Era el resultado de mis inversiones en Rumanía.

Los terrenos habían resultado ser pantanosos. Habíamos perdido todo el dinero. Pero no solo eso: con las primeras excavaciones se habían derrumbado unos bloques adyacentes que Baesa no había mencionado. ¿No estábamos construyendo en un bosque? Sentí cómo la rabia me recorría las manos. Había gente reclamando sus casas. Me enfrentaba a una investigación internacional.

Después me preguntó si tenía reservas económicas para afrontar las multas.

—No. No tengo reservas. Tengo patrimonio. Esta bodega. Pero el líquido lo puse todo en esos terrenos. De todas maneras es absurdo, mis cuentas están saneadas. He recibido incluso beneficios. ¡Todo esto que me está explicando es un cuento!

—Es dinero nuestro, Obanos. Nosotros nos hacemos cargo de las pérdidas. Le hemos restituido la inversión. Estamos dispuestos a ingresarle más beneficios, como si hubiese sido todo un éxito, un negocio redondo. Creo que ya le dijimos que invertir con nosotros era como poner el dinero en un número de lotería que siempre va a estar premiado.

—No voy a admitir...

—También estamos manteniendo a raya a toda esa gente que pretende reclamar. Países como Rumanía son complicados de entender y manejar. Ahora está protegido, no se preocupe. Somos buenos socios, nos sabremos comportar como amigos pero...

—¿Pero?

—Bueno, si lo soltásemos, si retirásemos el capital que le hemos cedido... sería algo más que molesto para usted. De hecho, cuando todo terminase, quedaría partido por la mitad.

—¿Qué me está proponiendo?

—Nada, Obanos, nada. ¿No lo entiende? Está todo hecho. Tiene su bodega. La bodega de sus sueños. Haga el mejor vino posible. Deje las cosas como están.

—¿Sabe que es imposible producir las botellas acordadas? ¿Que no tenemos capacidad?

—Y eso a usted qué le importa. Es problema nuestro. La exportación es nuestro negocio. Recibirá buenos beneficios, no se preocupe. Disfrute de la producción y de las ventas nacionales.

—No se trata solo de un negocio. Es mi vino, mi tierra, mi apellido. No puedo permitir...

—No es solo un negocio. También se trata de su vida, Obanos. Si le entran dudas, piense en Tobaruela.

Al día siguiente Trejo no recordaba una sola palabra de lo que había pensado frente al televisor, y guardaba apenas un dibujo borroso de los principales escenarios y de la acción de la película.

Se levantó fresco. Se duchó y desayunó un par de tostadas. Se le estaba yendo el hambre. El día parecía inusualmente veraniego pese a lo temprano de la hora. Estaba un poco nervioso, lo sentía en el estómago y en las manos.

Fue caminando en dirección al río Arga. Si hubiese querido ir directo hacia el taller del Químico hubiese podido atravesar la ciudad, pero prefirió recorrer la ribera. Las aguas bajaban mansas y de un color metálico. Trejo se entretuvo en contar las gibas de malas hierbas y tierra, lamidas por el agua dulce, donde encontraban fuerza para crecer unos sauces con las ramas desalentadoramente torcidas.

Trejo llegó al barrio de Arantzadi con tres cuartos de hora de adelanto. No le apetecía para nada pasar la mañana andando. Le pareció ver un bar abierto en una de las calles perpendiculares al río. Pidió un café, se lo sirvieron negro y ardiendo, y mientras llegaba la hora comprobó con satisfacción el empeoramiento puntual del cielo.

Salió y sus pies le llevaron a los bajos donde trabajaba el Químico. La persiana metálica medio abierta le daba al local un aire de establecimiento público, aunque no había en el exterior ninguna marca que invitase a entrar. Trejo empujó la puerta de madera vieja y desportillada e irrumpió sin avisar.

En el interior las cosas debían de haber cambiado (habían pasado ya casi siete años, que se habían acumulado sin estrépito, con disimulo), pero la impresión era la misma: el aire colapsado de virutas de polvo, los cristales sucios, las estanterías llenas de botes y frascos, los pedazos de madera, de chapa, de goma. La sensación de estar en un espacio impreciso, sorprendido en un instante crucial de la fusión entre una farmacia, una carpintería y un garaje.

Estornudó por efecto del polvo (o de partículas parecidas al polvo). Bastó aquel ruido para que el Químico asomase la cabeza. Su imagen seguía siendo tan imponente como siempre: un hombre de más de dos metros, enfundado en una limpísima bata azulona. Trejo había pensado que lo encontraría más bajo, como si el tiempo fuese un lavado en frío que lo encogiese todo. Pero si le echabas una segunda ojeada claro que los años habían pasado por encima del Químico: le habían encanecido las cejas y el pelo, le habían arrugado las manos y la piel de la cara. La edad había actuado sobre la superficie y el pellejo, pero su cañamazo seguía igual de imponente.

Trejo adelantó la mano para estrechársela, pero el Químico le respondió con un abrazo. Aquel hombre mantenía también intacta la capacidad de transmitir el afecto sin emplear palabras.

Dedicaron apenas un cuarto de hora a los recuerdos compartidos que amenazaban

con desbordarse si no se esforzaban en contenerlos. En la conversación apareció el nombre de Zubioca, pero era inevitable que ambos se refiriesen al padre.

El Químico le preguntó para qué le necesitaba. Aquel gigante nunca había indagado en qué caso trabajaba su «cliente», y Trejo agradeció que mantuviese viva esta higiénica costumbre.

Trejo le contó, mientras trataba de controlar un inoportuno brote de emoción (azuzada por el recuerdo de Zubioca), los pormenores de la muerte de Obanos. El Químico sacó del bolsillo de la bata una pequeña libreta y tomó nota con un lápiz de madera. Asintió como un niño al que su mejor amigo le leyera el pensamiento cuando Trejo le explicitó su hipótesis: les habían envenenado. Pero ¿cuándo se lo habían suministrado? ¿Y cómo sabían que les daría tiempo antes a hacer la llamada? Trejo le nombró una clase de veneno y le dijo si podía ser. Añadió que, si era factible, le gustaría contar con un antídoto.

—¿Y para cuándo lo quieres, Trejo?

—Lo primero cuanto antes. Lo segundo quizá no llegue a necesitarlo, es solo por seguridad.

—Mejor. No sé si lo sabes, pero no tengo acceso a los ingredientes.

—¿Ya no te llaman nunca?

—Nunca. Me han olvidado. Ya veo que lo tuyo fue un retiro temporal, vuelves a estar en danza.

—Es algo puntual. Un compromiso. Me llamó Zubioca.

—Zubioca está muerto, Trejo. Bromea con lo que quieras, sé que cuando tengas un pie en la tumba seguirás haciendo chistes, tú eres así, pero con este tema no lo hagas, al menos delante de mí no...

—Me refiero al hijo de Zubioca. Está en Bilbao, en un despacho, creía que le conocías...

—Ni siquiera sabía que tenía un hijo. ¿Y es policía?

—Algo así.

—Pues dile que aquí estoy, para lo que necesite. Sigo teniendo la cabeza clara y buena mano.

—No lo dudo. Tú esmérate con esto y el resto se dará solo.

—¿Adónde te llamo?

—Al móvil.

—Fueron buenos tiempos, ¿eh?

—Fueron terribles. Pero vivíamos el sueño de la juventud, luego nos despertamos a... bueno, a esto...

—Ya. Disfruta del caso, Trejo. Nunca se sabe cuándo puede ser el último.

Trejo volvió a la calle y comprobó que el tráfico iba ahora menos cargado. Eran más de las nueve y media, los críos habían entrado en clase, la gente estaba ya en la oficina. Siguió la curva poco marcada, se diría que conformista, del río, pasó por un barrio de casas desarrollistas, vio una bandada de estorninos, y eran poco menos de

las diez cuando alcanzó la comisaría. Se entretuvo saludando a los funcionarios de la entrada, se informó de que Sebastián no había preguntado por él. El edificio entero olía a detergente químico. Cuando entró en su despacho Carlos ya le esperaba, sentadito en su silla, como un alumno aplicado.

—¿Has hecho los deberes?

—Creo que sí.

—¿Te importa si me quedo de pie?

—Para nada. Como ya me anunció, Norberto Obanos parece la tercera víctima de una serie. Todos muertos en habitaciones cerradas, los tres llamaron a ese número y grabaron cómo morían. He investigado a los tres.

—¿Qué tenemos entonces? ¿Qué sabemos del primero?

—Juan Galván. Lo más llamativo de su historial es que colaboró durante cinco años como confidente.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más de cuarenta años.

—Entonces no fue un confidente, Carlos, fue un chivato. Hace más de cuarenta años teníamos otro régimen. Cambias el régimen, cambias de filtro, cambias de color, de sabor, de código moral. Lo que entonces era legal, ahora no nos gusta nada. Lo reprobamos de manera firme. Cuarenta años son muchos. ¿Qué edad tenía?

—Setenta y tres.

—Setenta y tres. Cuando yo era un niño un hombre de esa edad era una momia, recluida en casa. Ahora, míralos: la mayoría de ellos no es que estén frescos como rosas, pero salen de excursión, viven en su propia casa. A muchos les quedan más de quince años de vida. Eso sí que es progreso. Bueno, cinco años de confidente, ¿y después?, ¿qué ha hecho después?

—Se embarcó en varios negocios. Puso dos restaurantes: uno le fue normal, el otro peor. Perdió casi todo el capital.

—¿Ingresos?

—Su hermano prosperó en el sector de la construcción, a veces le ha ayudado en algún negocio poco claro. Ha vivido en un piso de propiedad. Tirando de la pensión, diría que en condiciones bastante modestas.

—¿Familia?

—Ese hermano, y nada más. Se casó tarde y su mujer murió pronto, sin hijos.

—¿Cuántos años dices que se dedicó al chivatazo?

—Oficialmente, cinco. Pero incluso en el informe que encontré no queda claro que no pudiese llevar más tiempo. Y hay otra cosa rara. Constan cinco años, pero solo en uno queda claro que colaboró con la guardia civil. No sabemos nada de los otros cuatro. Hay un vacío en las fichas.

—Un vacío. Buena palabra. ¿Y qué sabemos de la otra víctima? Era una mujer, ¿verdad?

—Sí. Elvira Puyó. Era jueza...

—¿Un juez? ¿Y cómo han podido llevar el asunto con discreción?

—Estaba en excedencia desde hacía cuatro años.

—¿Por qué motivo?

—Al principio por maternidad. Después ha estado en casa, supuestamente colaborando en los negocios de su marido.

—Investiga a qué se dedica ese marido.

—Ya lo he hecho. También a la construcción.

—¿También?

—Como el hermano de Galván.

—Ah, claro, qué despiste. ¿Y sabemos cómo le van las cosas?

—Pues, por lo que parece, ha sobrevivido bien a la crisis. Tiene un negocio, digamos, especializado. Compra caseríos en mal estado, los rehabilita y los vende. Sus clientes son alemanes y rusos, y algún chino.

—Y dime, ¿has averiguado cómo ayuda exactamente Elvira Puyó a su marido?

—Pues aquí está la sorpresa: en la rehabilitación. Diseña los interiores. Por lo visto era una afición juvenil que fue aplazando por el derecho, las oposiciones y el trabajo. Eran una familia feliz.

—Eso parece. Aunque cualquiera sabe. Y nos queda Obanos.

—Norberto Obanos. En cierto sentido era una figura pública, construyó esa bodega que recibía visitantes de cinco continentes. Arquitectura y vino de calidad.

—Pero pasaba por una mala racha de inversiones.

—Sí. Sebastián lo investigó a fondo. Estaba entrampado. Tenía un buen patrimonio con la bodega, pero no quería vender. Así que se puso a pedir dinero a la hermana.

—¿La que mataron?

—La descuartizaron. Sebastián estaba convencido de que Obanos pagó a unos matones para que la intimidasen y se les fue la mano. Necesitaba el dinero y ella se lo negaba.

—Ya. Y Sebastián sigue convencido de que ese es el motivo por el que Obanos se suicidó: culpa, remordimientos. La clave psicológica. Conozco su manera de pensar.

—¿Lo descarta?

—No descarto que la presionase, ni que contratase a esos... lo que fuesen. Pero Obanos estaba metido en otra cosa, y fue esa cosa la que lo mató. Lo que no entiendo es... ¿por qué empezó Sebastián a investigar a Obanos? ¿Le denunció su hermana?

—No. Obanos fue a ver a Sebastián de parte de alguien. Hizo alguna clase de acusación. Pero los papeles se clasificaron, deben de estar en Bilbao.

—Entiendo. Secretitos. ¿Norberto Obanos tenía más familia?

—Una mujer de la que llevaba años divorciado, ahora vive en Berna. Un hermano que se murió, y un sobrino, que resultó ser el heredero de Elena.

—¿Un sobrino? ¿Qué sabes de él?

—Pues que lo tenemos fichado. Por alboroto público. Ha militado en grupos

antisistema. El último domicilio que le conocemos era en el sur de Navarra.

—Vecino de mi casa de jubilado. Pobre chico, con ese dinero y sus ideales le espera un buen choque de intereses. Y dos tíos asesinados de una tacada: vaya faena.

—Pues eso es todo. ¿Qué tal?

—¿Esperas que te ponga una nota? Pues muy bien, Carlos, progresas adecuadamente. Eres medio invisible para el resto, y eso me beneficia...

—No, no me refiero a eso. Me refiero a las pistas, ya sabe... ahora es cuando deberíamos repasar las pistas, analizar las coincidencias... los patrones. Los asesinatos en serie trabajan por patrones.

—Solo que no sabemos a qué clase de asesino nos enfrentamos, ni siquiera estamos seguros de si se trata de asesinatos. Pero seguro que le has estado dando vueltas a estos datos durante el fin de semana. Sorpréndeme.

—Bueno, no estoy completamente seguro. Pero de alguna manera las tres víctimas estaban relacionadas con el Estado. Galván trabajó como confidente, Obanos fue testigo protegido, y Puyó ejerció de juez. Y también me he dado cuenta de que los tres estaban relacionados de manera indirecta con el mundo de la construcción.

—Obanos era bodeguero.

—Creo que él hubiese preferido denominarse empresario viticultor. Pero el caso es que averigüé por qué motivo le protegieron como testigo. Tuvo que declarar en un caso de concesión ilegal. Y él mismo invirtió muchísimo dinero...

—... en unos terrenos fantasma. Sí, eso sí lo sé. Y si a eso vamos, supongo que con esas bodegas siderales que se hizo construir se le podría considerar un auténtico mecenas de la arquitectura. Pero me temo que son patrones un poco débiles. De alguna manera, todos estamos vinculados al Estado. Puyó llevaba fuera cinco años, Galván cuarenta... Me temo que no va por ahí. ¿Has visto los vídeos? ¿Cómo se morían? Solo de pensarlo me da grima.

—Sí. Galván se grabó en su casa con una cámara antigua, de cinta. Su hermano declaró que no sabía que la tenía. Pero nadie sabe todo lo que un hermano compra o conserva. Al menos eso es lo que yo creo. Se le ve muy nervioso. En varios momentos se lleva las manos a la cara, como si sollozase. Después hace la llamada.

—«Medusa», «Quiero».

—Sí, justo eso es lo que dijo. Luego se tumbó en la cama, se durmió casi en el acto. El forense calcula que no debió de tardar ni media hora en morir.

—Media hora. Los derrames de este caso son llamativamente puntuales. ¿Y Puyó? ¿Por qué fue a un hotel?

—Supongo que quería estar a solas para llamar. Su marido andaba por casa y el crío también. Al marido le dijo que se había encontrado con una amiga y que quedaba a comer con ella. Puyó se grabó con la *tablet*. No se la ve nerviosa en la cinta, ni sollozando. El rostro es sereno y frío, yo diría que incluso parece decidida. Y luego dice: «Medusa», «verle».

—Pero ¿no se quedó a pasar la noche en el hotel?

—Volvió a casa. Luego se acostó a hacer la siesta y ya no se levantó.

—Eso es más de media hora, desde que llamó hasta que murió. ¿Has visto el vídeo? ¿No aparece nerviosa o alterada?

—Eso es lo más raro, Trejo. Se graba, hace la llamada y habla con total convicción. Como una víctima del síndrome de Estocolmo. El marido creyó que era un accidente, colaboró con la policía sin resistirse, aunque me dijeron que él sí que parecía roto por el dolor. Pero hay algo raro. El marido no llamó a la policía: una patrulla fue a buscarle y localizó la *tablet*, después de que ella llamase.

—¿Y qué tiene de raro? Es un número de la policía. También nos enteramos de lo de Obanos al momento.

—Ya. Pero no fue así con el primero, con Galván. Con ese pasaron tres días antes de que los vecinos se quejasen del olor. Y llamó al mismo número.

—Lo que significa que el número estaba en desuso. Bien visto, Carlos. Y hay algo más en Galván si lo piensas bien, es muy significativo que sea el primero, quiere decir que el asesino está llevando un orden muy calculado. Galván fue el primero en morir porque necesitaba poner al corriente al propietario de ese número, y porque le convenía que la primera víctima fuera un tipo solitario al que no iban a enterrar deprisa, como si se tratase de un accidente vascular o un suicidio, alguien que se quitase la vida en casa.

—Entonces aceptamos la hipótesis de un asesino.

—O varios. Toda una organización. Y como habrás deducido, ya sabemos el nombre.

—Pues la verdad es que no.

—Medusa. La palabra que se repite. Piensa en una obra de teatro: a los parlamentos del personaje se les antepone su nombre. En los tres mensajes el que habla es siempre Medusa, por eso es la primera palabra que pronuncian. Lo que sigue es el contenido, y si coges esas palabras, las que dicen Galván, Puyó y Obanos después de «Medusa», te sale una frase: «Quiero verle el día». Medusa está usando a sus víctimas o lo que sean para enviarnos un mensaje. Los tres eran personas dispuestas a hacer una llamada, recitar su papel y retirarse a dormir.

—¿Y por qué se graban?

—Para dejar constancia. Por juego. Por el gusto de ser espectacular, osado, brillante, según los criterios del gremio de los psicópatas, claro. Para demostrar hasta qué punto puede controlar a estas personas. ¿Qué te dicen esos vídeos? Que no necesita mancharse las manos, que ha sido capaz de destruir a tres personas a distancia, dominando sus mentes.

Trejo bajó los brazos, que había estado moviendo como las aspas de un molino; parecía avergonzado de su vigor.

Retiró la silla y se sentó, como si no tuviese ya ninguna necesidad de pensar, como si lo siguiente fuese algo mecánico, algo que llegado el momento podría



formular con una mano atada a la espalda.

—Pero ¿cómo mata a sus víctimas? ¿Y cómo las escoge? ¿A quién quiere ver Medusa? ¿Para qué quiere verle?

—Frena, frena. Demasiadas preguntas de golpe. Toda una tempestad de interrogantes. La paciencia es la madre de la investigación. Sabemos que es un manipulador, un maestro de la coacción. Tenemos que averiguar cómo consigue que sus víctimas se quiten la vida. Hay una cosa extraña en esos vídeos, esas reacciones tan distintas... Pero ya está, por hoy ya está... No podemos anticiparnos. Lo haremos a su manera. Nos quedaremos quietecitos, completando los informes de vida de las víctimas, esperando la próxima llamada y el nuevo muerto: el que nos informará de qué día tiene pensado Medusa celebrar su cita.

—¿Aquí es donde tengo que presionar?

—Sí, aquí. No me explico este inesperado deseo de grabarte, papá. Si quieres escribir tus memorias, podemos emplear a alguien para que se las dictes. Menudas prisas. No entiendo cómo no podías esperar a mañana.

—¿Mis memorias? No sé cómo se te ha podido meter esa idea en la cabeza, hijo.

—Pues creo que tienes muchas cosas por decir. Cosas que nadie se atreve a contar.

—Ya hemos hablado de eso.

—Bueno, haz lo que quieras. Igual es buena idea, mamá siempre decía que tenías cara de actor.

—Sí, sí, bueno, ya es suficiente, hijo, gracias. Andrea te estará esperando, dales saludos a los niños.

—Se los daré, y no tardes en venir a visitarnos. No eres ninguna molestia, no puedes pasarte la vida aquí metido. Te echamos de menos.

—No te preocupes por mí, hijo. No estoy tan solo como crees. Tengo un montón de recuerdos que me hacen compañía. Y ahora también una cámara. Espero que te gusten las películas que haré del jardín, vas a ser un espectador privilegiado.

—No sé cómo puedes pasar sin televisión.

—Ya lo hemos hablado, muchacho, soy de otra generación. No soporto que me bombardeen con tantas mentiras.

El general Ferrater acompaña a su hijo por el pasillo y le estrecha la mano al llegar a la puerta. Le sigue con la mirada mientras avanza por el jardín de fresnos hasta el Audi estacionado de cualquier manera en el aparcamiento vacío.

Cuando el coche cruza la verja y se aleja, el general echa una mirada a su alrededor, al jardín que rodea la finca familiar, y siente por primera vez en años que la amargura no le estrangula la tráquea.

No es que se alegre de que cada año que pasa le confirme que nadie viene a verle, que nadie le consulta ni le pregunta. Que los días en los que el aparcamiento se quedó pequeño y tuvieron que ampliarlo pese a las protestas de su mujer son recuerdos cada vez más lejanos que ve corretear alrededor de la casa como fantasmas que no se dejan tocar.

Cierra despacio la puerta y vacía el bolsillo del batín en el mueble de la entrada: un pañuelo, dos monedas rojizas, migas. Entra en el salón y le dedica una mirada tan lenta como sus movimientos a una decoración y unos muebles que conoce de memoria. Se detiene en cada sofá, en cada silla, recordando a las personas que llegaron a sentarse bajo su techo. Cree volver a escuchar fragmentos de conversaciones donde creían estar decidiendo la suerte de la futura democracia.

Habían transcurrido casi cuarenta años, pero todavía no habían pasado ni veinticinco cuando Amalia murió. Y ya entonces se llevó el disgusto de tener que

enterrarla en familia, sin que ninguno de sus amigos privilegiados se dignase a venir, incluso tuvo que agradecer las frías llamadas, los gélidos telegramas.

Fue entonces cuando Ferrater se dio cuenta de que aquellas señales con las que demostraban que apenas se le tenía en cuenta, que los sutiles desprecios que venía detectando, no eran situaciones aisladas, sino los primeros pasos firmes de un proceso que no iba a detenerse, que no iba a pasar de largo. Comprendió que el resto de sus días la vida iba a ser así: un progresivo aislamiento en el olvido.

Acarició la funda del sofá. ¿De qué podía quejarse, después de todo? Le habían condecorado, le habían dado palmaditas en la espalda por no ponerse de parte de los golpistas. Aunque él prefería decir que se había opuesto, no era una opinión demasiado extendida. Su propio hijo mayor, el que quiso dedicarse a la política, se lo dijo con la crudeza que a veces adopta la verdad:

—¿Y qué esperabas, que te condecorasen cada semana? ¿Una banda de música en la puerta?

Era verdad, pero era solo una parte de la verdad. Había otros aspectos que su hijo no podía considerar, porque no compartían las mismas expectativas. Cuando los socialistas empezaron a remover el ejército en serio no es que lo arrinconasen de golpe, a eso no se atrevieron, se limitaron a desplazarlo. Le encargaban tareas absurdas, no iban a verle, no contaban con él. Mientras que otros seguían viéndose con el ministro, incluso con el rey, él tuvo que oír que la carrera política de su primogénito no podía despegar con esos apellidos. Como si manchasen.

No podía ir a denunciarlo a ningún estamento, claro. No era algo que quebrantase las normas. No se había producido ninguna afrenta activa. Incluso, y era algo en lo que pensaba a menudo, muchos de quienes le agraviaban con aquella malicia pasiva a la que no sabía cómo responder llevaban años muertos, vencidos por la vejez. Claro que con la edad había descubierto que la muerte no zanja las discusiones ni nos da ventaja, que la pelea y el deseo de imponerse pueden seguir agitándose en la mente de los vivos.

¿Por qué no dejarlo estar? Por eso no quería hablar con su hijo mayor, porque tarde o temprano le embestía con esa misma pregunta como el toro que no puede resistirse a un paño rojo.

El general corrió los visillos y le sacó el polvo a las fotos de sus hijos y de sus nietos, mientras pensaba de nuevo en lo sencillo que sería ceder. Lo fácil hubiese sido renunciar a lo que se merecía, decir: «Hasta aquí, ya está, se terminó, ahora empieza una vida nueva». Es lo que hacía el cocinero cuando le preparaba la carne: cortaba con cuidado para separar de la pieza la grasa y los nervios, la ternilla que desde niño le daba asco encontrarse en la boca. Separaba lo nutritivo y masticable de lo intragable.

Si fuera tan sencillo... Pero no lo era. ¡Las vidas nunca empiezan de nuevo! El general sentía que pese a sus años, y todo lo que había olvidado, la vida estaba articulada. Y que si se cortaba una parte no se libraría por eso de ella, sería como el

hombre al que amputan una porción de extremidad: la ausencia le acompañaría mientras viviese.

Ferrater sostuvo la videocámara y la puso sobre la mesa del comedor y le dio a la tecla convencido de que las instrucciones de su hijo pequeño serían fiables. Tampoco sintió la menor sombra de duda sobre aquella máquina japonesa; estaba demasiado entretenido devanando el hilo de sus pensamientos.

Si tuviese delante a su hijo mayor, y si por una vez el muchacho (seguía siendo un crío para él) no se le quitase de encima como a un insecto molesto, si le diese tiempo de explicarse, el general replicaría que el principal castigo de aquel olvido es que afectaba retrospectivamente a la valoración de su vida. Le empujaba a pensar que detrás de aquel abandono latía un reproche que ni siquiera se tomaban la molestia de expresar.

Le estaban diciendo que después de todo igual no opuso bastante resistencia, que no creían que prestó la casa con la idea decidida de avisar a los golpistas sobre los inconvenientes y peligros de su intentona criminal, que había sido demasiado calculador. Es posible que le dijese que, en cualquier caso, había actuado como un chivato y que no les gustaba la compañía de los delatores.

Se decía que pertenecía a un pedazo incómodo de la historia. Eran muchos los que preferían olvidar la tibieza y la indecisión con la que afrontaron el golpe. No soportaban la comparación y por eso le mantenían a distancia. Cuando conseguía convencerse de estas cosas el general Ferrater mantenía a raya la amargura. No la suprimía, claro, pero lograba diluirla en un sentimiento general de orgullo.

Lo peor venía cuando el general se desvelaba, cuando después de un resfriado o de una mala noticia su pensamiento se volvía vulnerable y empezaba a coquetear con la idea de que después de todo no era completamente cierto que él y muchos que eran como él, con responsabilidades parecidas, se habían integrado sin esfuerzo en la democracia. Al fin y al cabo, si él era reticente con muchas de las cosas que veía en el Parlamento, por no hablar de en la calle, era posible que los más convencidos se alejasen de él porque pertenecía a otra época. Porque se avergonzaban de él.

Se movió delante de la cámara. Era cierto que su mujer le decía que tenía cara de actor, pero también le decía que tenía cara de estadista, y de presidente de Estados Unidos. Era una mujer parlanchina, dentro de un orden; parecía imposible de creer que llevase tantos años callada, bajo tierra. Ferrater estaba convencido de que los muertos tienen la facultad de observar a los vivos, era una creencia que conservaba desde la infancia, y todavía hoy apagaba la luz de la habitación para no agredir con su desnudez la pupila pudorosa de su mujer.

«Le hubiera gustado que tuviéramos más hijos, pero no pudo ser», pensó y se dio cuenta de que al decirlo se había olvidado ya de que la cámara le estaba grabando, tal y como le había advertido aquel hombre que iba a pasar.

Se sirvió una copa. Dudó entre el *brandy* y el oporto. Se decidió por un ron que le traía recuerdos de juventud. Habían sido dos días muy extraños. La llamada por

sorpresa, el Audi en la puerta de la entrada de buena mañana, la agradable sensación de que después de tantos años seguía sin sentir una onza de miedo; la entrevista con aquel hombre que parecía leer su vida a través de las facciones, como si su propia piel se volviese transparente delante de sus ojos; la propuesta un tanto ridícula pero que contenía tanto de lo que deseaba (¡cómo no se le había ocurrido!), y la inverosímil premura. Estaba como aturdido. Sintió cómo el ron le atravesaba el esófago.

Si se había decidido no era porque creyese que aquel hombre misterioso fuese a procurarle todo lo que le prometía. La verdadera causa por la que había hecho venir a su hijo a toda prisa (contribuyendo a que el matrimonio con aquel loro de Andrea se resquebrajase un centímetro más) para ayudarle con la videocámara a la que nunca hizo el menor caso desde que se la regalaron, el motivo era que llevaba doce horas pensando sin amargura, con esperanza, se atrevería a decir.

Seguía dolido, claro, y si pasaba el pensamiento por los vacíos que le habían hecho, por las costuras más rugosas del recuerdo, se entristecía, vaya si se entristecía. Pero el general sentía en el pecho una animación nueva, una expectativa. No quería quedarse sentado de brazos cruzados, eso se había acabado.

Se sirvió otra copa. No tenía ninguna intención de emborracharse, no era eso. A su edad dos o tres copas se traducían en una prolongada y molesta sensación de mareo al día siguiente. Una náusea persistente, como un revuelto de aguas malsanas debajo de la lengua. Bebía para cobrar fuerzas, no le gustaba hacer el payaso, y lo que le había pedido aquel hombre tenía algo de actuación circense. Si no se había puesto el pijama, si seguía con el traje de tres piezas, era con el propósito de preservar su dignidad.

Sacó del bolsillo del pantalón el papel y lo dejó junto al teléfono. Recordó las discusiones con su mujer sobre la ubicación idónea del aparato. A ella le hubiese gustado situarlo en el recibidor, donde lo tenían sus hermanas, pero el general pensaba que eso se parecía demasiado a gritar en la calle.

Era una cabezonería, no le importaba reconocerlo, pero sabía intuitivamente cuándo tenía que ejercer presión sobre los caprichos de su mujer para mantener el buen gobierno de la casa. Así que el teléfono terminó junto a su butacón, y no le importaba reconocer que había disfrutado mucho de aquellas largas conferencias, sentado y fumando, cuando creía que buena parte de lo que se decidía en aquel ingrato país pasaba por el hilo de araña de su teléfono.

El general se dejó caer en el butacón una vez más. Se puso las gafas y marcó el número que llevaba apuntado en el papel. Se figuró que era la contraseña de un mundo futuro.

—Medusa.

Dejó pasar unos segundos.

—Siete de noviembre.

Y añadió antes de colgar:

—Creo que ya está.

Se lamentó después de este añadido, pero se consoló convenciéndose de que lo había dicho cuando ya retiraba el aparato de su oreja.

Dejó pasar recuerdos desordenados por la pantalla de su mente. Empezó varias veces un discurso de reproche donde ponía a unos cuantos en su sitio. Pero no progresaba en el argumento, enseguida se le cerraban los ojos. Se estaba durmiendo. Ahora venía la parte más rara de la demanda: esperar en la misma habitación a que le devolviesen la llamada. Le había dicho que podía ir para largo, así que decidió no levantarse del butacón.

Era un sitio magnífico para pasar la noche.

Un sitio magnífico para preparar un mañana magnífico, el día de su regreso.

—Un general, Trejo, esta vez se ha cargado a un general.

La voz de Zubioca se mezclaba con el zumbido del teléfono que seguía sonando en la cabeza de Trejo. La mitad de su cerebro no estaba todavía del todo despierta, sentía una masa blanda, pastosa, en el interior del cráneo. Pulsó la luz del despertador: la 1.35. Cada vez se dormía más pronto, una vergüenza.

—Ha sido en las afueras de Pamplona, al menos sabemos que está por allí. He enviado a ese Carlos tuyo a buscarte...

—Dile que vaya directo a ver el cadáver. No tiene sentido que acuda yo, me informaré de todo con la cinta. Envíamela cuando puedas.

—Ni siquiera sabemos si hay cinta, te estoy diciendo que se trata de un general...

Trejo se dio cuenta de que Zubioca le tuteaba. Sin la presencia corporal interponiéndose entre ellos, afloraban unas impertinentes dotes de mando. Trejo decidió cortarle.

—Retirado.

—¿Cómo lo sabes?

—Una intuición. Una especie de dibujo que se está formando. Necesito pensar. Y seguro que hay cinta, no te jugarás las cortinas de tu despacho. Díganle a Carlos que le quiero en la comisaría a las nueve. Si puede ser envíamelo con todo lo que hayas averiguado o sepas de ese general. Déjale a Sebastián el protagonismo esta vez, todo el escenario para él solo, se lo merece.

—Como quieras. Otra cosa: van cuatro. Uno más y estaremos sobre la línea roja. Intenta solucionarlo ya. Solías ser bueno en esto. Por eso te llamamos.

Trejo casi sintió físicamente la suave tensión con la que Zubioca colgaba el teléfono. Después murmuró unas palabras en voz baja:

—Solíamos ser tantas cosas.

Trejo volvió a dormirse y se despertó sin comprender de dónde provenía aquel malestar físico que le impregnaba el ánimo. Hubiese respondido sin mentir que no recordaba nada de lo que había soñado. Le pasaba en ocasiones. Si en lugar de interrogarle nos hubiésemos podido colar por la puerta trasera de su mente habríamos visto que soñaba con un grupo de hombres armados internándose en una fábrica abandonada en lo que algunos llamaban el «cinturón de herrumbre» del norte.

En el sueño, el suelo de la fábrica está cubierto de hierro retorcido y cañamazos de máquinas en desuso. La luz entra en haces fantasmagóricos por los cristales rotos de la nave. Apenas se oye el sonido de sus pasos, son personas que saben cómo volverse silenciosas, fantasmas incorpóreos. En ese sueño que persigue un episodio real clavado a mucha profundidad en la vida de Trejo, hay un segundo que parece colmado de calma, que parece dilatarse delante de aquellos cuatro hombres armados. Un segundo tan puro que según cómo se mire tiene sentido que precediera al instante en el que se desencadenó el infierno. Trejo sueña con la explosión, con las llamas,

con el humo y con los cascotes.

Como siempre que soñaba con aquel episodio, Trejo sudó y se agitó, pero cuando abre los ojos piensa que la responsable de la sudoración es la manta. Dos horas más tarde el único residuo de la angustia sufrida es un poco de embotamiento que se pasa con el desayuno.

Trejo se afeita y se ducha y se viste con la mente relativamente vacía. Le gusta mantenerla receptiva y abierta cuando se trata de integrar en el caso las nuevas noticias que siempre traen los cadáveres recientes.

Ya en la calle, mientras avanza con la chaqueta puesta por unas calles entregadas al relente, Trejo se congratula de que ya hayan estudiado el cadáver y limpiado la sangre. Le sorprende que no se le hagan pesados estos paseos. Cada día se entrega a vueltas más largas. Esa mañana, con un cielo que parece dejar caer ceniza sobre su cabeza, se pierde por las calles peatonales.

Ve encendidas las luces de una librería. El cartel le confunde: Auzolan. Primero lo relaciona con un nombre propio, después repara en que conoce el significado de la palabra, pero no acude a él de buenas a primeras. Es una palabra con uno de esos significados originales que tarda un par de segundos en estar a disposición de la mente. Es una palabra vasca, cree recordar que remite al «trabajo colectivo», al «esfuerzo conjunto», como una suerte de cooperativa o de «red de seguridad» ante las adversidades.

En un mundo organizado colectivamente el temperamento individualista de Trejo igual no se encontraría cómodo, pero siente sin palabras que ese mundo sería un sitio donde merecería más la pena nacer y crecer. Pasa la mirada, disimulando, por encima de las portadas de los libros expuestos, siente el tirón y se promete que si sobrevive a esta última prueba volverá a leer, le pedirá consejo a Irina. Además, la librería no puede ser más bonita.

Trejo camina un poco más por el centro, está a punto de entrar en un bar, pero sin previo aviso la apatía se transforma en curiosidad por el difunto general y se dirige directo a la comisaría. Los funcionarios le saludan y él responde con un gesto de mandíbula. Siente que algo se agita a su izquierda antes de girar el cuello y ve a Sebastián avanzar hacia él con los brazos abiertos y una falsa sonrisa de burla pintada en su boca.

—Vaya, ¡mira a quién tenemos aquí! El policía residente. ¿Se te han pegado las sábanas? Y eso de ahí, ¿no es la sombra de una legaña?

—No me ha parecido que hubiese ningún motivo para llegar antes.

—No creas que me quejo, Trejo. Nada de eso, incluso valoro que hayas venido. Eso significa que las cosas se están poniendo feas de verdad. Un general, han matado a un general.

—Espera un momento: ¿«han matado»? ¿Dónde se quedó tu teoría de los accidentes secuenciales?

—Yo nunca hablé de eso, dije...



—Da igual lo que dijeras, créeme, Sebastián, me da completamente igual. ¿Carlos no está en mi despacho?

—Ha ido al lavabo. Antes hemos tenido una conversación de superior a subordinado. Ya te contará. Pero no vayas tan rápido, no hay prisa, tú mismo lo has dicho. Son palabras tuyas, no mías. Así que antes de que te metas en tu ratonera, ¿me puedes decir por qué no contestas al teléfono fijo?

—Desconecté el aparato.

—¿Y por qué?

—No quiero tenerlo.

—Ya. ¿Te estás protegiendo? ¿Es por el veneno? ¿Por el veneno que el asesino les pone en el auricular?

—¿De qué veneno hablas? Oh, claro, qué tonto, veneno en el auricular. Brillante, eres brillante, Sebastián. Esa sí que es una línea de investigación, no la dejes escapar, síguela adónde te lleve. Así que no, no es por eso, ni se me había ocurrido. Si he desconectado el teléfono es porque no tengo a nadie que me llame. Pero si ni siquiera me telefonan al móvil, aquí lo tienes, ni una llamada entrante. Estoy tan seguro de mi falta de popularidad que se lo voy a dejar a este amigo tuyo. Aquí tienes. Y ahora, si me permitís, me voy a trabajar.

Trejo dejó el móvil en el mostrador de la entrada, después sorteó a dos agentes que se habían quedado quietos escuchando la conversación y se metió en su despacho. Sobre la mesa encontró un informe impreso y un USB con la grabación. Carlos se las había ingeniado para dejarlo sobre su mesa, donde Sebastián no se atrevería a husmear. Leyó los detalles. Se pasó la mano por la cara, se sentía impaciente, estaba loco por empezar. A través del cristal esmerilado vio la silueta de Carlos.

—Resúmelo en quince palabras.

—General Ferrater, llevaba medio apartado de todo desde hacía más de veinte años. Lo encontraron en su casa, se murió en su sofá por un derrame cerebral. Dijo «Medusa» y luego una fecha. El siete de noviembre.

—Entonces no matará a muchos más. La cita es dentro de un mes, semana arriba, semana abajo. Pero eso ya lo he leído: «comportamiento sereno ante la cámara», justo lo que uno espera de un general. Te preguntaba por tu entrevista con Sebastián.

—Ah, bueno, creo que ha sido bastante irrelevante. Me ha dicho que cuando esto acabe volvería a trabajar con él, así que lo mejor para mí, si no quería problemas, si no quería atascarme, era que no me tomase la colaboración con usted como un paréntesis sino...

—Te he dicho en quince palabras.

—Me ha preguntado qué sabíamos que él no supiera, por dónde iba nuestra investigación.

—¿Y qué le has dicho?

—Que me había puesto a seguir gatos.

Trejo se quedó mirándole fijamente. Carlos se sobresaltó al ver cómo aquella cara fría pero que se las arreglaba para resultar afable se transformaba de repente en un rostro afilado. Por primera vez entendió una expresión que había leído muchas veces en los libros sin poder asociar a una imagen real: que te traspasasen con la mirada. Carlos no soltó el aire hasta que comprobó que Trejo estallaba en una risa estridente, fresca.

—¿Y qué cara ha puesto? No me lo digas. Me lo imagino. Muy bien, Carlos. Muy bien.

Trejo se acercó hacia los cactus y puso la mano sobre las púas con cierta fuerza, como si se castigase por la pérdida de control. Insistió en presionar como si quisiera dejarse una marca, un recordatorio de lo que había pasado y no quería que volviese a suceder.

—Y ya tenemos fecha. Tal y como predijo.

Trejo se dio la vuelta. Había recompuesto sus facciones en una máscara de tensa amabilidad, sin rasgos agresivos. Se frotó las manos.

—Tal como deduje: hago deducciones, no predicciones. Pero sí, nos han dado un premio de consolación. Sabemos cómo funciona el juego, podemos anticipar algunas cosas... Pero no tenemos ni idea de por qué juegan ni qué pretenden ganar. Es como cuando te pones a ver un partido de béisbol: llega un momento en el que aciertas cuando el que lanza la bola se pondrá a correr, pero no hay manera humana de entender quién va ganando ni por qué hay un tío con ese guante enorme.

—Yo sí sé por qué está ahí. Me gusta el béisbol. Pero entiendo la comparación.

—¿Investigaste lo que te pedí? ¿A quién se chivaba Galván?

—Sí. Estaba en los archivos. Lo encontré. Por lo visto, estuvo cinco años trabajando con la guardia civil, hasta la muerte de Franco. Y después dos años más de los que no teníamos noticia para algo llamado JAC.

—Eso es imposible. El JAC se disolvió antes del 75.

—Ni siquiera sé qué es el JAC.

—Es... bueno, no, era un grupo de impacto directo. Incluso para los criterios laxos en materia de derechos de una dictadura, eran realmente directos. Gente experta en interrogar a fondo.

—Torturadores. De donde vengo sabemos de qué va eso.

—Algo más. No solo torturaban. También investigaban a las presas y cazaban. Tres en uno. Eran buenos. Unos hijos de puta, pero buenos de verdad.

—¿Coincidió con ellos?

—No, yo soy más joven. Deben de pasar de los setenta, los que hayan sobrevivido. Pero no tiene sentido.

—¿Los juzgaron?

—Aquí no juzgamos a nadie, Carlos. Hicimos una transición. Y a esta gente, a toda esta gente debieron de enviarla a dormir, se desembarazaron de ellos. No puede ser, no tiene ningún sentido que Galván les pasase información después del 75,

mucho menos hasta el 77.

—¿Y cómo lo explicamos, entonces?

—No lo sé. Y me gusta. Bueno, no me expreso bien. No me gusta, estar en blanco es bastante horrible. Pero me gusta porque nos simplifica mucho el trabajo. Una reducción drástica. Porque si ni yo lo sé es que alguien se ha tomado mucho trabajo para ocultármelo. Lo que solo puede significar una cosa: que esta neblina oculta algo importante, verdaderamente importante. Es como una banderita que nos indica la dirección.

—¿Quiere que tire de este hilo?

—Tú solo no podrás. Excede nuestros recursos. Tendré que desplazarme, dirigirme a las personas adecuadas. Bueno, después de todo ya es hora de que me dé una vuelta fuera de Pamplona. Otra película más de James Stewart y me volveré cuáquero. En cuanto a ti, no te quiero cruzado de brazos. Amplía el radio de investigación sobre los cuatro: Galván, Puyó, Obanos y el general. Todas las personas tienen puntos de presión, flancos débiles. Para conseguir que actúen en ese paripé y se mueran tan amablemente la gente de Medusa ha tenido que llevarlos al límite. Averigua cómo se les podía hacer daño, daño de verdad. Si encontramos a las personas o a las cosas con las que les chantajearon o les amenazaron tendremos...

Tres pitidos de móvil sonaron con fuerza en el exterior del despacho. Trejo se quedó en silencio esperando el cuarto pitido, que no llegó. Movi6 los ojos como si no reconociese d6nde estaba.

—¿Por d6nde iba? He perdido la concentraci6n. Bueno, eso, ya tienes trabajo. Volveremos a vernos dentro de tres d6as. Pero espera, espera, antes de irte, me olvidaba de un asunto importante. Las cosas est6n empezando a ponerse interesantes, quiz6 demasiado, y no creo que este despacho sea el lugar m6s tranquilo para hablar. La tentaci6n de espionarnos empieza a ser casi irresistible, ser6 conveniente encontrar un sitio donde hablar con mayor privacidad. Mi casa est6 descartada. Nos veremos en tres d6as, y necesitamos un sitio...

—Ahora que lo dice, hace tiempo que quer6a invitarle a comer o cenar a mi casa, Trejo.

—¿Vas a presentarme a tus padres? ¿Vives con una chica?

—No, no. Vivo solo. Es una manera de agradecerle... bueno, todo esto... Es un piso peque6o, muy peque6o seg6n c6mo lo mire... pero hay sitio de sobra para trabajar...

En el exterior volvi6 a sonar el tel6fono. Trejo volvi6 a contar instintivamente los timbrazos: uno, dos, tres... Se destens6 al o6r el cuarto, aunque era del todo absurdo pensar que alguien podr6a estar usando su clave. Carlos aprovech6 la distracci6n de Trejo para suspirar con disimulo, se estaba muriendo de timidez.

—Muy bien. En tu casa a las ocho, dentro de tres d6as. ¿Quieres que lleve algo?

—La cena corre por mi cuenta. Tengo latas de cerveza, pero puedo comprar un vino.

—Por mí no lo hagas, soy abstemio. No pongas esa cara. Hay que minimizar los puntos débiles: eso incluye el alcohol, las drogas, las comidas grasas, la familia.

El teléfono volvió a sonar en el exterior con la misma estridencia de antes. Esta vez Trejo no contó. Volvió a contraer las facciones, se abalanzó sobre la puerta, la abrió de un golpe seco y gritó hacia la sala:

—¿Es que nadie va a coger ese teléfono?

No podía decirse que Trejo hubiese chillado, tampoco que el tono de amenaza fuese particularmente notable, ni siquiera parecía enfadado, apenas levemente molesto. Pero había algo en la vibración de su voz, en la tensión nerviosa del cuerpo apenas asomado a la puerta, en sus ojos verdes como un mar receloso y suspicaz, que puso en alerta a todos.

—Señor, es su móvil el que suena.

Trejo vio cómo el tipo al que le había dado el teléfono lo mantenía en el aire como si enseñase un arma en trance de rendirse. Y en esa postura conciliatoria se acercó a Trejo y le devolvió el aparato. En la pantalla Trejo vio las tres llamadas, y un número de móvil, desconocido.

Cuando volvió a entrar no hizo tanto esfuerzo para sacudirse la expresión torva que le había invadido las facciones. Pero sus ojos ya no miraban con la fiereza de antes. Sostenía el teléfono en la mano igual que un inexperto aficionado a los animales sostiene, asombrado y temeroso, en sus manos desnudas la primera cría de un mamífero (puesta allí por un veterinario bromista) de tacto desconocido, que solo le era familiar a través de la capa profiláctica de la televisión.

—Qué coño.

Trejo soltó el teléfono y lo dejó caer sobre la mesa como un objeto caliente que se resiste a enfriarse.

—¿Malas noticias?

—No, no, algún bromista. ¿Por dónde íbamos?

Pero la prueba de que Trejo no las tenía todas consigo es que empezó a repasar mentalmente todas las presencias supuestamente vivas que podían usar su clave telefónica. Pensó en dos personas en concreto con un sentimiento cercano al terror. Fue en ese estado de alarma y escrutinio cuando volvió a sonar el teléfono. Lo descolgó sin contar el número de pitidos.

—Trejo, tenemos que revisar todo este rollo de la clave. Nunca sé si son tres llamadas de cuatro pitidos o cuatro llamadas de tres pitidos. Si lo piensas bien es todo bastante ridículo. Necesito verte. Pero antes de que empieces a quejarte te digo ya que no tendrás que trasladarte. Estoy en Pamplona. He venido con mi coche... bueno, con el tuyo. Ya me entiendes. ¿Me entiendes? ¿Me oyes? ¿Estás ahí? ¿Trejo? ¿Trejo? ¿Podrías manifestarte?

—¿Irina?

Que pensase en Tobaruela, que pensase en cómo había muerto Tobaruela, eso fue lo que me dijo aquel cretino en mi propio despacho, en mi bodega, en la casa de mi familia, a mí, a Norberto Obanos. Hacía más de veinte años que nadie me amenazaba, y era la primera vez que lo hacían con tanto descaro, en mi propia casa.

Traté de ponerme en contacto con Baesa, pero estaba en paradero desconocido. Nadie en San Sebastián ni en Pamplona parecía saber dónde estaba, con quién se había ido, cuánto tardaría en regresar.

Contraté a un gestor amigo de Tobaruela. No era un hombre tan entendido en vinos como él, pero sabía de números y leyes. Le dio la razón a Camero. Me habían tendido una trampa, y había caído de cuatro patas.

Tuve la tentación de dejarlo correr. Claro que lo pensé. Las cosas me iban bien. Nuestros vinos se habían convertido en la envidia de mis colegas. Incluso ganamos dos o tres premios prestigiosos. Antes de desaparecer Baesa me confirmó que pensaba mover algunos hilos más a favor de nuestra marca, así que la fiesta podía continuar y continuar.

No había mes en el que no recibiera a un equipo de periodistas que querían rodar en la bodega, conocer nuestra filosofía, comprender mi visión. Se volvían locos cuando les abría mi despacho. Era como un sueño, estaba en el centro de la acción, me había convertido en una persona prestigiosa, respetada. Era tan sencillo dejarse caer por esa pendiente...

Pero no podía. No podía. Algo sucio se estaba cocinando a mis espaldas. Y no era solo el miedo a que pudiese tratarse de un delito: es que era intolerable que empleasen, fuese en lo que fuese, mi nombre. El apellido Obanos. Nuestra familia ha vivido siglos en esta tierra, está a nuestro cargo, tenemos responsabilidades. Era tentador, sí, pero no podía cruzarme de brazos, no podía permitir que hicieran lo que se les antojase.

Pensé que lo primero para poder negociar en condiciones de igualdad era liberarme de aquella trampa, del cepo de la deuda. Necesitaba dinero para devolver la inversión y poder hacer frente a las posibles denuncias. Pensé que con los beneficios que me daba el vino no me costaría encontrar el dinero, y fui a los principales bancos. Mi nuevo apoderado no entendía cómo podían rechazarnos. Ahora imagino... ahora sé que ellos se movían más deprisa que yo.

Recurrí a mi hermana. Ya te dije que mis relaciones con ella habían mejorado bastante. Así que Elena me recibió, escuchó mi propuesta y se puso hecha una furia. Me acusó de que aquella invitación a la bodega había sido solo un numerito para sacarle el dinero. Supuso que aquel día ya tenía problemas económicos. Debería haberme defendido, debería haberle dicho que entonces no sabía nada; pero no podía demostrarlo, porque en realidad aquella tarde en la que Elena y yo habíamos vuelto a pasear por los viñedos como dos hermanos, ya me estaban estrangulando desde

Rumanía, solo que, anestesiado por Baesa, no lo sabía.

Baesa regresó una semana después. Me propuso una reunión. No me apetecía que nos viéramos en San Sebastián. Acudió a la bodega con un rostro satisfecho, como si fuese un empleado. Pero logré asustarle.

—Te doy una semana, Baesa. Si en una semana no me informas de qué ganan tus inversores con este trato, me declararé públicamente insolvente. Venderé la bodega. Y todo habrá terminado.

Baesa se lo pensó apenas medio minuto.

—Si vendes la bodega la comprarán. Si se la vendes a alguien comprarán al comprador.

—Se la venderé a mi hermana. O mejor, pararé la producción. Anunciaré que se termina mi vino. Cerraré. Cualquier cosa antes que seguir usando mi nombre y mis tierras...

Fue la primera vez que le vi asustado.

—Creo que no entiendes la magnitud de este asunto. De la gente con la que trabajamos. No son empresarios corrientes, no es gente que asume las reglas del juego y acepta si gana o pierde. No son caballeros, no creen en el *fair play*. El juego, las reglas, el tablero son suyos, lo han sido desde el primer momento. Si no cumples tu papel...

—¿Me quitarán de en medio?

—Vamos, Norberto, no seas tan literal. Eso sería un verdadero escándalo. Matar a un socio, por quién les tomas. Tienes una hermana y un sobrino. Irán a por ellos.

—Vas de farol.

—No voy de nada, Norberto. Te digo lo que pasará. Si te cae una piedra en la cabeza, ¿te mata la piedra o la gravedad? Me limito a contarte lo que tardará la piedra en darte en la cabeza.

—Sal de aquí, ¡fuera!

Pero lo lograron. Me asustaron de verdad. Tomé dos determinaciones y las dos me salieron mal. La primera fue tratar de poner sobre aviso a mi hermana. Pero Elena no quería saber nada. Se tomó mis advertencias como amenazas veladas para sacarle el dinero.

Es increíble, angustioso, pensar en el monstruo en que ella creía que me había convertido, en lo que estaba convencida de que yo era capaz de hacer.

Me puse en contacto con la policía. Les conté que me habían amenazado. Les di los nombres de Baesa y de Camero y Ribelles, los presuntos inversores navarros. Me aconsejaron que no tramitase la denuncia en un juzgado. Pusieron al frente del caso al inspector Sebastián.

Me aseguraron que era un hombre tenaz, lo mejor que tenían. Ha resultado un desastre. Solo me ha dado problemas. Ha sido incapaz de impedir que matasen a Elena de la manera más salvaje. Es un inepto. Incluso me ha acusado de la muerte de Elena, de manera velada, indirecta: un estilo de intimidación parecido al de mis

enemigos.

No descarto que esté bajo su influencia. O en nómina.

Pero no voy a dar mi brazo a torcer.

En mi época como testigo protegido hice amistad con un policía al que tengo por un hombre noble y recto. Se llama Zubioca, te digo su nombre por si puede ayudarte. Aunque directamente no podrá, claro, me he enterado de que ha muerto. En acto de servicio. Un valiente, eso me pareció desde que le conocí: un valiente. Pero tiene un hijo, ha hecho carrera en la administración. Tiene mucha influencia sobre los cuerpos de seguridad del Estado. Voy a tratar de ponerme en contacto con él. Pero la verdad es que dudo, no sé si espero demasiado, creo que ya no espero demasiado de nadie.

Mi error fue no creer que podían ir de verdad contra Elena...

Disculpa, se me ha quebrado la voz. Cometí un error de cálculo. Y no quiero cometer otro.

Por eso estoy grabando este archivo de voz y por eso te lo voy a enviar. Irán a por ti, Javier. Eres mi sobrino e irán a por ti, tienes que protegerte.

Y si soy yo quien muere primero, todas estas pesadillas y problemas se trasladarán a ti, porque eres mi heredero.

No puedo pedirte que luches por esta bodega y por estas tierras. No te negaré que el trato con esta organización es cómodo y económicamente favorable. Pero también es oprobioso para nuestra familia y nuestras tierras. Y si ahora claudicamos en esto, ¿cómo les negaremos lo siguiente que nos pidan? Seremos sus cómplices, nos convertiremos en sus esclavos.

Sé que sobre nosotros dos pesan los problemas que tuve con mi hermano, con tu padre. Pero han pasado tantos años desde entonces. Quizá volvería a actuar igual, no lo niego, pero quizá tu padre se lo tomaría distinto. No lo sé. Luis era un hombre difícil, y yo también.

Pero estoy seguro de que ante una situación así no se hubiese rendido sin presentar batalla. Segurísimo. Y en cualquier caso los problemas son lo bastante graves para que dejemos de lado por un momento nuestras diferencias. He sabido cosas de ti por Elena, sé que eres un chico con inquietudes sociales, que te preocupas por la gente y que... Lo que quiero decir, Javier, es que por crudo y desagradable que sea lo que nos separa, te aseguro que no va a matarnos. En cambio... esta gente ya se ha llevado a Elena por delante.

Mierda... No puedo pensar en ella sin...

Bueno, bueno, es igual. Tampoco quiero que pienses que te mando a luchar con las manos desnudas. En realidad, solo quiero que te escondas. Hasta que pase la tormenta. Que no puedan usarte contra mí.

No creas que estoy cruzado de brazos. Intento tomar la iniciativa. Me he aliado a una sociedad que parece tener los mismos enemigos que nosotros. Aparecieron de repente, cuando empezaron las amenazas. Me suministraron información sobre la trama que nos envuelve. Es algo realmente grande. Fui muy suspicaz, pero la muerte

de Elena me ha convencido. Lo que tenemos delante es algo realmente grande.

No te pido que me creas de buenas a primeras. Solo quiero tenerte informado. Solo quiero alertarte. El viernes me reuniré con ellos. Han prometido pasarme pruebas concluyentes de lo que se llevan entre manos. Javier, lo que te estoy pidiendo, por extraño que suene, por raro que parezca, es que si me pasa algo, si me matan, aunque consigan que parezca un suicidio, no te pongas al frente de la bodega como si nada, sin protegerte.

Usa esta información como un arma: lo que te envió ahora, y lo que consiga el viernes. Lo esconderé en mi despacho, en una caja fuerte oculta en la pared. Nadie sabe dónde está, nadie sabe la combinación, pero te la diré, considéralo un anticipo de mi herencia. Atiende bien...



No eran ni las siete de la mañana cuando abrió los ojos. Era la tercera vez que le pasaba esa semana. Las dos anteriores había vuelto a acostarse y se había levantado como si su cabeza fuese un almacén de plomo. Esta vez salió de la cama de un salto, sintió algún residuo de sueño, pero estaba fresco.

Se acercó casi de puntillas a la cocina, como si estuviese infringiendo una regla, y puso a calentar con sigilo un cazo de agua. Del cajón sacó un paquete de café puro, que el anterior inquilino había olvidado allí, o que Marisa (quién sabe si por indicación de Zubioca) había dejado por cortesía junto a la pasta seca, el paquete de arroz y el tomate de lata.

Tiró de la pestaña y se quedó mirando con afecto y respeto a su viejo aliado: aquellas arenas oscuras de las que ascendía el inconfundible aroma a café, el olor de la inteligencia, de la excitación, de la energía. Puso dos cucharadas al fondo de su cafetera francesa y acto seguido vertió el agua hirviendo. Se tomó una taza, y la segunda, y después terminó la cafetera. Tuvo tentación de prepararse otra, pero se contuvo. Durante aquel proceso por el que las virtudes excitantes del café empezaron a desplegarse por su sistema nervioso, acelerando las conexiones neuronales en suaves descargas de placer, tuvo tiempo de mirarse con calma el vídeo de Ferrater.

Vio cómo el general se servía una copa y pronunciaba las palabras acordadas por el teléfono. Pero Trejo no le prestó ninguna atención a lo que decía, se concentró en los movimientos. Había algo en su forma de moverse, en la confianza con la que avanzaba, que estaba más cerca de la esperanza que de la desesperación. Era como si el lenguaje gestual de aquel militar quisiera transmitirle algo, algo que se le escurría, como los aleteos intermitentes de una palabra que se insinúa pero no logramos recordar.

Vio cómo el general se sentaba en su butacón. Le vio cabecear y dormirse como suelen hacer los ancianos cuando su conciencia accede a rendirse dócilmente. El general pasaba así cinco o seis minutos. Después abría los ojos con fuerza. La expresión de su cara recordaba a la de un hombre que logra salir del agua un segundo antes de ahogarse.

El general trataba de ponerse en pie. Daba uno o dos pasos. Se echaba las manos a la cabeza, igual que si se protegiese los oídos de un ruido devastador. Solo que el audio del vídeo permitía asegurar que la casa estaba silenciosa. El general da dos, tres, cinco pasos hacia su izquierda, sale de plano. Entonces se oye un gemido prolongado, una especie de lloriqueo, el ruido de un hombre desmoronado por el dolor.

Tres o cuatro segundos después el general entra de nuevo en el plano. Y aquí viene el momento del arrepentimiento. Aquel hombre de más de metro noventa agarra el teléfono como si fuese un aparato de juguete. Lo mira tratando de recordar cómo podría emplearlo para salvarse. Pulsa aleatoriamente las teclas, pero no logra

sostener el aparato en la mano, se le escurre y pierde la última oportunidad de salvarse.

El general no trata de recoger el teléfono. Con las manos de nuevo en la cabeza, da dos o tres pasos en dirección al mueble bar, y Trejo tiene la impresión de que hubiese podido darlos en cualquier dirección. Y después el general cae cuan largo es, y la cabeza le rebota contra el suelo con un latigazo seco. La cámara sigue grabando, pero en el vídeo ya no aparece ningún ser vivo.

Tras comprobar que no tenía el estómago demasiado revuelto, Trejo se tostó dos rebanadas de pan. Tenía casi tres horas por delante antes de ver a Irina. Y aunque se había propuesto tomarse la mañana con calma, decidió adelantar trabajo. Marcó el número del Químico. Mientras esperaba que descolgase, notó una vibración rara en el móvil, un indicio de que le habían pinchado el aparato; lo tuvo en cuenta, pero no le pareció necesario alertar a su viejo socio, él sabía perfectamente lo que se puede y lo que no se puede decir en una conversación telefónica.

—Aquí Trejo, ¿cómo vas?

—Hola, Trejo, ¿es ya el día? Iba a llamarte ayer, pero he intentado quemar mis últimos cartuchos.

—¿Malas noticias?

—Depende. Es justo la clase de veneno que sospechabas. Se activa como dijiste, y los síntomas son exactamente los mismos. Felicidades. Pero no puedo proporcionarte un antídoto. Me faltan ingredientes.

—¿Te faltan ingredientes o no te sabes la receta?

—¿Tratas de picarme, Trejo? No es por falta de ganas, créeme. No es algo que yo pueda conseguir en poco tiempo. Se trata de...

—Déjalo, déjalo. Me conformaré con lo que tengo.

—Entiendo, entiendo. Después de todo, igual ni siquiera lo necesitas. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Es solo una corazonada. Algo tan tonto como eso, una corazonada. Tengo que colgar, nos vemos.

—Nos vemos, Trejo, cuídate.

Colgó el teléfono convencido de que le habían pinchado la llamada. Sebastián era muy capaz de poner la oreja en la puerta de su despacho, pero no era tan audaz para una intervención tan arriesgada. ¿Estaba moviendo ficha Medusa? ¿No se fiaba Zubioca de él?

Salió a la calle y comprobó con un profundo disgusto que a octubre se le había colado un día de verano. Resistió como pudo el dolor en los ojos. Avanzó con paso decidido hacia la Ciudadela. Había resuelto comprarse unas gafas de sol, pero a medida que se internaba en la zona peatonal los jirones de nubes fueron cohesionándose en una densa gasa gris que parecía dispuesta a protegerle de las lanzas de luz solar.

Se olvidó de las gafas y de las ópticas. Se dio cuenta de que iba con mucho

adelanto. Había pensado en invitar a almorzar a su hija después de hablar con ella, pero ahora le parecía imposible resistir el hambre hasta las tres. Eran las doce pero seguro que le darían algo de comer, los bares estaban abiertos. Buscó un restaurante de menú donde no fuese el primer comensal. Se encontró con uno que parecía tradicional y limpio, vio tres o cuatro personas masticando en solitario, y entró de cabeza.

No le importaba reconocer que estaba nervioso. Prefería ver a Irina con el estómago lleno.

Pidió una ensalada y un filete tan tierno como uno imagina que estarán los seres vivientes. La guarnición de patatas se quedó en el plato, se sentía completamente lleno. En el menú entraba leche frita. Se limitó a descomponerla sobre el plato para simular que se la había comido, no quería hacerle el feo al camarero.

Pidió un té y le trajeron un brebaje hirviendo. Cuando lo probó sabía a cal, sintió cómo se le revolvía el estómago.

Salió a la calle y comprobó con alegría que el cielo seguía mustio, para disgusto de los nativos y alegría de sus ojos. Se sentía algo pesado mientras litros de jugo gástrico descomponían la ensalada y la carne, pero definitivamente mejor pertrechado para enfrentarse a su hija. «Enfrentarse», había escuchado esa palabra en su cabeza. No podía evitarlo: seguía sutilmente nervioso, sentía las corrientes de inseguridad erizando el vello de sus brazos, serpenteando en su columna.

No quería hacerse grandes reproches, no era su estilo, las cosas venían como venían y uno tenía que encajarlas. Pero era un poco absurdo sentir aquella inquietud ante su hija. Siempre se había sentido tan responsable hacia ella, y al mismo tiempo tenía que reconocer que tal y como fueron las cosas solo había podido ofrecerle su cariño y su protección a distancia.

Trejo podía justificar todas las decisiones que le habían llevado a apartarla de su vida, pero no era tan bobo como para convencerse de que no estaba en deuda con ella. Una deuda que Irina nunca le echaría en cara, pero que gravitaba entre ellos. ¿No había soñado tantas noches que Irina reaparecía en su vida con una lista de agravios ante los que apenas podía responder?

Pero lo cierto era que, en la vida real, Irina había reaparecido siempre de buen humor, tomándole el pelo y dejándose tomar, y era verdad que los hijos estaban regresando en oleadas a las casas de sus progenitores. Que en la calle todo iba cada día peor. Podía hacerse el tonto, pero estaba al corriente de que el tejido económico y social del país se estaba pudriendo.

¿Qué le preocupaba, entonces? ¿De qué tenía miedo? Si se lo hubiesen preguntado a bocajarro, habría tenido que responder que no era miedo ni preocupación. Era la inquietud de no tenerlo todo bajo control, una sensación que había experimentado muchas veces mientras trabajaba, pero que nunca había tenido que aplicar a un ser querido. A medida que se acercaba a la Ciudadela se iba diciendo que entre él y su hija circulaba por encima de todo un lazo de cariño. Era su hija,

carne de su carne, sangre de su sangre, como suele decirse, pero también una chica buena, inteligente y sensible que como casi todos los de su generación pasaba por un momento de duda.

¿Qué podía ir mal?

Cuando llegó a la Ciudadela apenas le quedaba media hora de espera. Le sorprendió el estado más bien deteriorado de los muros. No podía haber ido a peor en esos pocos años; lo que recordaba era la impresión tan favorable que le habían causado los módulos del interior, las salas de exposiciones y el polvorín.

Trejo rodeó los muros de la estructura. Al girar, la vista se abrió a un gran cinturón verde, recordó que lo llamaban el parque de la Vuelta del Castillo. Paseó un rato entre la hierba, bajo los árboles que iban entregando despacio su tributo al otoño en forma de hojas secas.

Quedaban ya solo quince minutos cuando localizó la estatua de Oteiza. Una circunferencia suspendida en el aire, donde la curva parecía querer salirse de la disciplina del círculo y constituirse en tangente, aunque Trejo lo pensó con unas palabras bastante distintas. Veinte pasos después divisó el banco de madera pintada de verde donde había quedado con su hija.

El sitio no admitía pérdida, pero solo ahora Trejo contemplaba la eventualidad de que estuviese ocupado por otros paseantes. Por suerte no había nadie cuando llegó. Alrededor solo vio gente corriendo, personas con perros, y un par de críos que no habían ido al colegio. Ninguno parecía excesivamente interesado en el banco. Pese a la aparente falta de competencia, Trejo decidió que protegería mejor el espacio si se tumbaba. Se quedó mirando el cielo, aunque aquella masa estática de gas no ofreciese ninguna distracción.

Por suerte, apenas tuvo que esperar cinco minutos. A lo lejos, recortada contra el esplendor de la hierba, vio progresar la figura de su hija, dando zancadas un tanto desgarradas, aunque por efecto del cariño Trejo prefería describirlas como «no del todo femeninas». Iba con una mochila al hombro y todo aquel aparatoso cargamento de ferretería en las zonas más tiernas de su piel: labios, orejas, aletas de la nariz. La vio preciosa. Trejo se incorporó de un salto antes de que su hija llegase. De repente se le volvió imposible tener una conversación sentados en aquel banco, quietos, sin posibilidad alguna de escapatoria.

—¿Por qué hemos quedado en un parque? ¿Han empezado a vigilar tu casa? ¿Por qué no en tu despacho?

—¿Y para qué iban a vigilar mi casa? No empieces a decir cosas raras. Hemos venido aquí por los árboles y la naturaleza, trato de ser amable. ¿No os gusta tanto el ecologismo a los antisistema?

—No puedo creer que hagas esa asociación. ¿Os mantienen aislados del mundo mientras estáis de servicio? No sabes nada, nada, de lo que pasa ahí fuera. Eres un turista del mundo real. ¿Y quién ha dicho que yo sea «antisistema»? Mucho más antisistema son los que...

—Intentaba bromear, Irina, era solo una broma, pero ahora que hablas de mi despacho... Se supone que no debes llamarme cuando esté trabajando, es un horario bastante sencillo de recordar. Te di instrucciones muy explícitas; de hecho, si no recuerdo mal, te lo prohibí.

—Tajantemente. Pero también se supone que no existo y que no tengo padre. Ni siquiera llevamos el mismo apellido. Lo acepto, no es un reproche, no pongas esa cara... pero en ocasiones, y esto sí que puedes tomártelo como un reproche, todo este disimulo no resulta práctico. Y además no me has dado el teléfono de tu nueva casa.

—No te he dado el número porque no hay línea. Además, los teléfonos empiezan a parecerme peligrosos. Les estoy cogiendo aprensión. Pensé que te ibas a quedar en el pueblo hasta que encontrases trabajo. Ese era el pacto, y no ir siguiéndome. ¿Qué haces aquí?

—Los hijos a veces sentimos la necesidad de relacionarnos con los padres.

—¿Te vas a casar?

Irina sonrió animando al resto de facciones de su pequeño rostro. Trejo advirtió el esfuerzo, casi de orfebre, con el que su hija reordenaba sus facciones para componer un gesto serio.

—Te he estado mintiendo. No es del todo verdad que no tenga trabajo. Aunque no he cotizado nada de nada, lo que técnicamente me convierte en una parada. Pero lo estoy dando todo en un asunto que probablemente no aprobarás.

—¿Tienes remordimientos? ¿Has venido a que te juzgue y absuelva?

—Nada de eso, no seas tonto. No estoy aquí para pedirte disculpas ni tampoco consejo. Estoy aquí porque, aunque tengas el corazón de corcho, te necesito.

—¿No te basta con la casa y el coche?

—Mi grupo te necesita. La gente que está conmigo te necesita.

Trejo logró disimular el sobresalto que le produjo la palabra «grupo». A su espalda se oyeron voces, bocinas, altavoces, que le dieron la oportunidad de desviar la conversación.

—Demos un paseo, quiero saber qué es ese ruido.

Anduvieron por un camino sombreado por las copas de árboles perennes. La sombra era realmente fresca. A Irina se le puso la piel de gallina. A Trejo le hubiese gustado ponerle algo sobre los hombros, pero ninguno de los dos hizo la menor mención. Así llegaron a una zona del parque desde la que se veía la calle, y lo que vieron pasar fue una pequeña manifestación con una pancarta donde habían escrito consignas variadas contra los recortes en sanidad. No eran más de veinte personas, y no parecían creer en el futuro de sus protestas, como si su pensamiento se proyectase ya hacia lo que les depararía la tarde una vez volviesen al domicilio privado.

—Qué pena. Cuatro gatos. No pasa una semana sin que recorten, sin que las cosas se pongan peor y peor, pero es como si no ocurriese nada. ¿Dónde están los ciudadanos? ¿Me lo puedes explicar, Trejo? Es como si solo pudiesen hacer algo juntos cuando se trata de ver deporte. Si todos esos espectadores que acuden a los

campos con sus bufandas saliesen cada domingo a protestar...

—En el estadio les dan lo que han ido a buscar. Y se lo dan al momento. En noventa minutos. Y luego pueden volver a casa tranquilos, sin cabos por atar. Ni siquiera las derrotas son demasiado dolorosas, a la semana siguiente tienen otro partido. Pero estas manifestaciones... Cuesta demasiado que tengan un efecto práctico. Tienes que venir un día, semanas, meses... Los que mandan saben que la vida de todos es demasiado corta, que los manifestantes no invertirán demasiado de su tiempo en la militancia, y que tampoco se atreverán a romper nada...

—Y si se atreviesen a romper algo enseguida aparecerían por ahí los tuyos, tú y tu gente.

—¿Los míos? ¿Se puede saber quiénes son los míos? Pensaba que querías hablar en serio... ¿Sabes por qué disfrutamos de esos subsidios, de tus becas desaprovechadas y de mi seguro médico? Porque en el año 75 la gente se sentía corresponsable de haber derrotado al fascismo y quería una recompensa. Y toda esa gente que movía el dinero estaba asustada de que si el paro volvía a ser general la economía se asfixiaría. Tenían miedo de lo que miles de ciudadanos sin nada que perder podían hacerles. Cuando las personas están desesperadas calculan mal, son capaces de arriesgar su vida, de soportar grandes sufrimientos, y entonces es cuando damos miedo de verdad. Tenemos demasiado que perder todavía, hacemos demasiados cálculos. Nos ven como un cuerpo agonizante y van a seguir recortando el sistema público hasta que les demostremos que estamos vivos.

—Gracias por la lección de historia, profesor. Pero volvamos al punto de partida. ¿Qué quieres que hagan? Sabes que si intentan algo en serio, incluso si no es demasiado violento, los tuyos los reprimirán.

—¿Por qué dices otra vez los míos? Te equivocas de enemigo. Mi generación pensó que si seguíamos engordando en la abundancia nos volveríamos fofos y blandos, que perderíamos fuerza y efectividad. Teníamos miedo de que los chinos y los indios nos pasaran por delante. Hace menos de cinco años la gente todavía pensaba que los latinos y sus hijos iban a quitarles el trabajo. Nada de eso. Ha sido nuestra propia clase pudiente la que nos ha puesto el pie en el cuello. Pensábamos que la lucha de clases había terminado, pero ha vuelto con fuerza, nos ha cogido con el pie cambiado, y resulta que vamos perdiendo. No se trata de policías y ladrones, eso no tiene ninguna importancia. Es algo completamente insignificante.

—No puedo creer lo que escucho.

—Nunca me has prestado demasiada atención. Siempre he sido un hombre de izquierdas.

—Siempre has estado más interesado en interrogarme que en explicarte.

—Ya, vale, eso debe de ser. Vamos hacia allí, es donde te dije que había animales, patos o ciervos...

Padre e hija llegaron al foso. Tras un murete de contención devorado por el moho se abría un foso donde se mezclaban la arena y las malas hierbas. Lo que vieron

fueron ejemplares de pavo real correteando y arrastrando colas y plumas. Trejo estaba seguro de que una vez le habían enseñado ciervos en ese mismo sitio, pero no se sentía capaz de ponerse de parte de sus recuerdos.

Fue Irina la que le señaló un estanque donde flotaban algunos patos. En cualquier caso el panorama no fue capaz de concentrar la atención de ninguno de los dos. Agotada la expectativa, la conversación recobró el protagonismo, con la misma intensidad de antes de alcanzar el foso.

—Ibas a contármelo todo sobre tu grupo.

—¿Todo? Me has malinterpretado. Las mejores historias son las insinuantes. Mucho mejor que esas novelas que te lo derraman todo por encima antes de que tengas tiempo de masticar la información.

—¿Podrías atajar? ¿De qué va tu grupo?

—Digamos que somos una empresa clandestina de información.

—Eso me suena a detectives privados.

—Encontramos información valiosa antes de que nadie la solicite. Ponemos en relación a personas que darían mucho dinero por que nadie las vincule. Llevamos un tiempo desplegándonos en el norte, aunque no nos limitamos a una provincia. Los negocios que nos interesan no respetan la distribución territorial.

—¿Así que no me viniste a buscar para recuperarte mientras encontrabas trabajo?

—Me vine a tu piso porque necesitaba una base de operaciones, pero... ¿Se puede saber de qué te ríes?

—«Base de operaciones»... Tengo que presentarte a un amigo, se llama Carlos. Creo que os entenderíais, los dos habláis como en las películas...

—Nos interesamos por algo que ocurría cerca de donde estabas retirado, y no te lo niego, nos iba bien disponer de un sitio donde investigar sin afrontar un alquiler... No vamos sobrados de recursos económicos.

—¿Y qué has venido a hacer a Pamplona?

—Tenemos algo entre manos. Algo grande.

—Cuéntamelo.

—Necesito que me ayudes a investigar la muerte de Norberto Obanos.

—Me suena. ¿El bodeguero? Espera, has dicho que lo asesinaron. ¿Quién lo asesinó? ¿Por qué?

—Espera, espera... No te pido que empieces ahora mismo a ayudarme. He venido a sondearte. Nos faltan un par de días para estar preparados. Solo quiero preguntarte si puedo contar contigo, si vas a querer escucharme... Ese Norberto Obanos... bueno, su muerte no es cualquier cosa. Hay una gran trama detrás, está involucrada gente muy peligrosa.

—Para que yo lo entienda de una vez por todas: ¿qué clase de grupo es ese grupo tuyo?

—Para que tú lo entiendas... Muy bien, lo diré para que tú lo entiendas. Somos un grupo bien vivo, dispuesto a arriesgarse. Uno que no está dispuesto a perder la

lucha de clases sin presentar batalla.



Claro que a Trejo le inquietaba que Irina hubiese nombrado con aquella desenvoltura el nombre de Norberto Obanos. Pero no podía concebir un escenario peligroso con su hija en el centro, sobre las tablas.

Desde que era niña había asociado a Irina con la prudencia, se había pasado la vida protegiéndola. Trejo hablaba completamente en serio cuando decía que no quería puntos débiles ni flancos desguarnecidos: era su obsesión particular. Unos se pasan la existencia musculándose o instruyéndose; él se afanaba por alejar de su vida todo lo que podía ser un motivo para presionarle, por esconder su vida privada.

De regreso a casa se convenció de que el vínculo del grupo de Irina con la familia Obanos se resolvería de manera inocente. Ni por un momento dio crédito a la idea de que la manera de ganar la «guerra de clases» que había mencionado Irina pudiese pasar por cargarse a empresarios. Era una asociación demasiado fácil, y al mismo tiempo demasiado oscura, una interpretación que no estaba dispuesto a abonar.

Además, Irina le había pedido que le ayudase a «investigar», y eso quería decir «esclarecer», «sacar en claro», «sacar a la luz», no le había pedido que le ayudase a esconder, a limpiar, a disimular. No le pidió en ningún momento que ocultase las manchas de sangre.

Además, Trejo sabía que no disponía de ningún método para parar un golpe así: si su hija estaba metida en un grupo asesino, su vida simplemente se desmoronaría. Decidió que no podía ser, que tenía que tratarse de otra cosa, y le ordenó a su obediente cerebro que no se ocupase del asunto hasta que volvieran a verse.

Trejo dejó pasar el día sin armar ruido, sin tomar decisiones, sin pensar en asuntos importantes.

Al día siguiente dio un paseo de buena mañana alrededor de la plaza de toros, pero enseguida se sintió un poco idiota dando vueltas. Recordó que existía una clase de existencia mucho más aburrida que la jubilación: las esperas de la vida civil, los extensos intervalos entre las acciones, las zonas neutras de la existencia: un tiempo que nadie va a restituirnos.

De vuelta a casa se detuvo en la iglesia de San Saturnino, agradeció aquel clima nuboso que le respetaba los ojos, y entró en una pastelería donde compró su tarta favorita: una Massini. Con el pastel en la mano fue paseando hasta el piso. Comprobó que no había nada en el buzón. Dejó la tarta en la nevera, puso música (el fantasmal recuerdo de los reproches de Irina le impedían escuchar a Kiko Veneno, sentía una vergüenza anticipada) y se entretuvo eligiendo la película. Tenía que ser de James Stewart. Se decidió por *Caballero sin espada*, era una de sus películas favoritas, aunque llevaba años sin verla.

Se había desentendido del reloj, le quedaban por lo menos dos horas. Carlos vivía en un barrio de las afueras, una ciudad dormitorio, pero dadas las dimensiones de Pamplona podía llegar andando y le sobraría muchísimo tiempo. Se alegró de no

tener que recurrir a ningún taxi.

El día se retiraba ya del cielo, las últimas luces parecían entregadas a cálidos ocios tras las gasas de las nubes. El alumbrado empezaba a encenderse, el tráfico era escaso, un goteo lento por las venas de la ciudad.

Dejó atrás el parque de la Taconera y cruzó el Arga. Se concentró en el orden de las calles, no quería extraviarse. Había decidido dejar el móvil en casa, le mosqueaba el ruido de fondo, algo pasaba con aquel aparato. El piso de Carlos estaba en un bloque de lo que se ha venido a llamar arquitectura desarrollista. Techos bajos, materiales baratos, estrechos patios de luces, paredes finas a través de las que puedes escuchar las conversaciones de tus vecinos, y habitaciones que exigen un buen nivel de gasto energético para calentarlas o enfriarlas. Trejo conocía bien esa clase de edificios, pero no estaba preparado para lo que iba a ver.

Cuando salió del ascensor Carlos le esperaba en el pasillo comunitario. Llevaba puesto una especie de chándal, el tejido parecía de algodón. Trejo recordó que nunca le había visto vestido de civil.

—Hola, Trejo. Llegas un poco antes de tiempo. Me perdonarás que todo esté un poco fuera de sitio.

—No te preocupes. Aquí tienes: la tarta y el ocio. No pongas esa cara, es solo una película.

—Gracias, no tenías que molestarte.

Atravesaron un recibidor diminuto y oscuro. Carlos cerró la puerta y encendió la luz. Después invitó a pasar a Trejo al comedor y lo que allí le esperaba era una televisión de plasma (no demasiado grande) y una mesa literalmente invadida por columnas y columnas de papeles y libros, de vídeos y discos. La profusión de papeles y libros y revistas se prolongaba sobre las sillas, tapizaba el suelo y ocupaba más de la mitad del sillón: no dejaban espacio para que se sentasen dos personas.

—El sofá, claro. Ahora te hago sitio, será solo un momento.

Carlos retiró con la mano, como si pasase un limpiaparabrisas sobre una película de suciedad, los papeles más superficiales. La mayoría fueron a parar al suelo. Los libros los trató con más delicadeza: los depositó en lugar de arrojarlos. A Trejo le dio tiempo de curiosear algunas cubiertas: naves espaciales, escenarios de la Edad Media, una figura que recordaba inmediatamente a una mucosa de carne, intensamente verde.

Trejo levantó la vista y descubrió pósteres que repetían los temas de las portadas y también varios muñecos y maquetas que era capaz de reconocer: King Kong, Superman, el coche de Batman, varias naves espaciales que salían en las tediosas películas que había visto con Irina...

—Te enseñaría el resto de la casa, pero mi habitación no está del todo presentable.

—¿El servicio? Necesito lavarme las manos.

Carlos señaló con cierta desgana, como si hubiese esperado otra pregunta, una puertecita encajada entre dos estanterías copadas de tebeos. En el interior había lo

previsible: un lavamanos, un inodoro y un plato de ducha. Pero también varias novelas de encuadernación barata y hojas amarillentas. Le tranquilizó comprobar que había papel higiénico.

Al salir, Carlos se las había arreglado para despejar la mesita del centro y poner varios platos de comida humeante.

—¿Qué te parece?

—Eh... acogedor, muy acogedor...

—Me refería a la comida.

—Todo impresionante. Y la comida también, sí.

Se sentaron encajonados en aquel sofá rodeado de amenazantes criaturas de la Tierra Media y alienígenas impresos en papel, quedaron tan juntos como Trejo no había estado al lado de un hombre desde que abandonó para siempre los deportes de competición. Pero lo cierto es que la comida estaba sabrosísima. Al tercer platito (de nombres que eran imposibles de retener) Trejo dejó de inspeccionar la comida en busca de grapas y trozos de papel. Se abandonó a las emociones del paladar.

—Había hecho un postre, pero voy a partir la tarta.

—Deja esa tarta, prefiero tu postre. ¿Eres aficionado a la cocina?

—Sí, es mi gran afición. Bueno, además de todo esto que ves por aquí. Y de hacer de policía, claro.

Terminaron el postre. Una crema azucarada con un toque de limón que remató la deliciosa exploración de sabores en la que se había convertido la última hora y media de la vida de Trejo. Después Carlos le preparó un té verde y él se tomó una cerveza.

—Ya sé que quieres ver una película, Trejo, pero antes me gustaría enseñarte una cosa.

Trejo accedió, cruzaron un corto y estrecho pasillo. Carlos le hizo pasar a un cuarto diminuto con poca iluminación, sin libros ni papeles. En las paredes, pintadas de amarillo solar, apenas si se veían (por pequeños y mal iluminados) los retratos de los padres y los hermanos de Carlos. La historia familiar debía de ser triste, pero ni Trejo preguntó ni Carlos se sintió inclinado a contarla. Trejo apenas soportaba escuchar desgracias si no podía ayudar. Era la vulnerabilidad de fondo con la que se alimentaba su frialdad.

—Aquí lo tienes.

Carlos retiró una especie de lona y de debajo apareció un Mac con una pantalla que doblaba en tamaño a los PC que empleaban en comisaría.

—Esto te habrá costado un ojo de la cara.

—Lo estoy pagando a plazos. Me he puesto una conexión de fibra. Podemos navegar rápido, y sé cómo esconder mi rastro. Es nuestro «Ábrete, Sésamo».

—Ya.

—No pongas esa cara, Trejo, sé lo que me digo. Sé cómo acceder a la red profunda. He navegado ahí durante horas.

—¿Y te bajas películas?

—Sí, claro, pero...

—Tienes que enseñarme. Me cuesta un riñón comprarlas y los videoclubes te ponen unos plazos ridículos, como si uno no tuviese otra cosa que hacer en la vida que ir a su tienda. No me mires así, ya sé que es ilegal. No me voy a bajar la última de Disney, ese es más bien tu campo. En las películas que me gustan no sale ni un vivo, todos los actores están muertos. No creo que tengan ni derechos. ¿Qué mal hago si me bajo una de Chaplin? No creo que a Charlot le moleste.

—No pongo esta cara porque sea ilegal, aunque estoy seguro de que ni siquiera es aceptable bajarse una de Charlot. Pongo esta cara porque esperaba otra reacción. ¿Sabes lo que es la red profunda? Los contenidos indexados por los navegadores más populares solo representan, si llega, el diez por ciento de la información que se mueve en la Red. El resto del iceberg crece por debajo de esas aguas, escondido, imposible de acceder con Google o Bing. Se ven cosas terribles, ilegales...

—Pues será cosa que abramos un departamento especializado en vigilar a esa clase de criminales. Pero que se encargue otro, porque nuestro tema, el motivo por el que estamos aquí, digiriendo tu estupenda cena, es otro bien distinto. Tenemos que atrapar a un asesino, o desarticular esa Medusa, sea lo que sea. Por desgracia para los dos no estamos en una película.

—Ya sé que no estamos en una película.

—Entonces seguro que reconoces enseguida la diferencia más importante entre una película y la realidad. En una película, con una máquina de estas puedes hacer cosas increíbles. Sí. Puedes encontrar la vacuna del sida, desconfigurar millones de teléfonos, descifrar códigos de la NASA y encontrar a mi difunta madre. En la vida real todo lo que vas a poder hacer con tu estupenda máquina es bajar pelis más deprisa.

Trejo vio cómo la desilusión se dibujaba en la cara de Carlos, pero no le pareció imprescindible mitigar lo que había dicho. Se formó un silencio incómodo, pero solo duró unos minutos.

—El nuestro es un trabajo más artesanal. Una inteligencia sana y desarrollada persiguiendo a otra, malsana y reconcentrada. Eso es todo. Así que pongámonos a trabajar.

—¿No íbamos a ver una película?

—Se me han pasado las ganas. Te la dejaré aquí para que la veas. Trata sobre un héroe, aunque no de la Edad Media ni del espacio intergaláctico, sino del mundo cotidiano. Ya la comentaremos. Siento que nos adentramos en el punto dulce de la noche, el momento de las deducciones. ¿Volvemos al comedor?

Carlos asintió y recorrieron en cuatro pasos el pasillo. Carlos no tuvo necesidad de preguntar. Agarró un *dossier* y se sentó en el sofá ocupando los dos «sitios», sabía que Trejo se quedaría de pie.

—Antes de empezar, te diré que no he podido avanzar demasiado con el asunto del JAC. Pistas falsas, un lío. Necesitaré dos días más, y un viaje a la capital. ¿Qué

has averiguado?

—No quiero ser aguafiestas, pero no termino de comprender cómo logró Medusa coaccionar a esas cuatro personas para que se matasen. El círculo de Galván y de Ferrater era realmente reducido. Galván se llevaba mal con su hermano, y no se le conocen otras amistades. Ferrater es viudo, tiene dos hijos; con el mayor apenas tiene relación, con la mujer del pequeño se lleva mal, ve muy poco a los nietos. Galván y Ferrater eran casi dos reclusos. Obanos parece el más sensible a la extorsión, su hermana sería su «frente vulnerable», pero ¿por qué se dejaría matar después de que la descuartizaran, cuando ya no podían presionarle?

—¿Para proteger al sobrino? En fin... ¿Qué más me puedes decir de Obanos?

—Bueno, están todos esos problemas económicos. Algunas personas se suicidan por deudas, no hay que descartar esa posibilidad. Aunque he pensado que Obanos pudo acceder a grabarse y a morir para que alguien se beneficiase. Es un poco retorcido, pero podría ser, solo...

—Solo ¿qué?

—Obanos no tenía hijos, ni hermanos, acababa de divorciarse. Pasar una noche solo en el despacho de la bodega era lo más natural del mundo. Debía de encontrarla más acogedora que su piso, en la casa grande todavía vivía su mujer. No debe de ser sencillo vivir con quien, ya me entiendes...

—Entiendo. De todos modos, no abandones todavía el asunto económico. Quiero que tires de ese hilo. De repente toda esta trama empresarial me parece muy extraña.

—No sé por qué. Muchos empresarios intentan expandir sus negocios, entran en áreas y países que no conocen y se arruinan.

—O les conducen allí y les arruinan. Y entonces se llama estafa. No puedo racionalizarlo, tómalo como si alguien me hubiese visitado en sueños y me hubiese chivado que algo no va bien con Obanos. En cualquier caso, sigue este asunto, no lo dejes ir, podría haber más de lo que parece. Y tampoco creo que te esté imponiendo un castigo si te pido que investigues unas bodegas.

—¿Una corazonada?

—Llámalo así. ¿Y la jueza?

—Es la más vulnerable, sí. Pero el marido tiene las cuentas saneadas. Y no creo que hayan podido amenazar al crío. Y aunque me dijiste que no investigara asuntos sentimentales, ninguno de los dos cónyuges parece envuelto en una aventura. En cuanto a su pasado profesional, el expediente de Puyó está limpiísimo, he revisado los casos de los que se ocupó y parece poco probable que se ganase enemigos.

—¿De qué se ocupaba?

—Contenciosos administrativos. Su caso más relevante fue una querrela contra la administración y una promotora por negligencia. Una centena de personas se hipotecaron con unos pisos que se caían a trozos, y los suministros prometidos no llegaban. El caso se alargó tanto que la mayoría renunciaron a cambio de liberarse de la hipoteca. Después de esto estuvo esperando un ascenso que no llegó. Fue como si

la arrinconasen. Se quedó embarazada a los cuarenta y tres y se apartó de la judicatura. Ninguno de los cuatro jugaba, ni tomaba regularmente drogas...

—Así que descartamos la coacción indirecta.

—Se me ocurrió que habrían podido recurrir a la amenaza directa. Que les dijese que matarían a un ser querido si...

—¿Si no montaban todo este espectáculo? Me vale para Galván, pero los otros tres eran personas con recursos. De hecho, mira lo que te digo: a los tres les hubiese encantado que alguien les amenazase. Llevaban demasiado tiempo a la sombra. Nadie les hacía ni caso, incluso Galván se hubiese alegrado de que alguien se acordase de él... Oh, claro, claro, eso es...

—¿El qué?

—Claro que hay una pauta, por supuesto, es solo que estábamos mirando mal. No podían coaccionarlos porque los tres hubiesen montado un escándalo. No puedes amenazar a un general, a una jueza y a un empresario, porque a menos que logres aterrorizarlos hasta un extremo paralizante tienen recursos para proteger a los suyos. Pueden acudir a la policía o a la prensa. Dicen que nunca escuchamos, que los periódicos no escuchan, pero a estos tres les hubiesen escuchado. Y los cuatro, sí, incluso Obanos, hubiesen pagado con gusto para armar un poco de escándalo, para desempolvar sus nombres.

—Entiendo. Pero eso no es una pauta.

—Claro que lo es, Carlos. Fíjate bien: los tres son personas a las que les deben algo. A Ferrater lo retiraron como un mueble viejo, y a esos generales nada les gusta más que chupar influencia hasta que están al borde de la muerte. A Puyó le fastidiaron el ascenso y ahora esa mujer independiente y ambiciosa, capaz de joder a cien estafados para escalar, tiene que jugar a la mamá sumisa con un marido triunfador. Y mira a Galván: desde que dejó de chivar a la policía no ha hecho otra cosa que perder importancia y arrinconarse... Y no me digas que fabulo, solo un poco, solo lo imprescindible para que esto coja de una vez cuerpo.

—¿Y Obanos? Todo le iba bien hasta que le fue mal. Le estafaron, pero por eso no iba a sentir que le debían algo... Fue testigo protegido pero no parece que esperase nada a cambio...

—No lo sabemos. No lo sabemos. A Obanos lo tenemos que investigar más. Pero fíjate en el bueno de Galván. Es el caso más sencillo. Ese te lo puedo recitar sin mirar los papeles, de memoria. Fue un confidente. Se manchó hasta el cuello de mierda. Le debieron de prometer el oro y el moro, y de repente se encuentra con que le cambian el régimen, y pasa a ser una alimaña despreciable.

—¡Pero eso pasó hace más de cuarenta años!

—Treinta y cinco. Algo menos si es verdad que siguió unos años más en la nómina del JAC fantasma. Hay heridas que duran más de treinta años, se convierten en un recurso recurrente. Un paisaje al que regresar cuando las cosas se tuercen o no avanzan como nos gustaría. Se convierten en una derrota mítica... Y esas heridas no

son de las que se curan, Carlos. Créeme, lo sé por propia experiencia. Lo sé muy bien. He visto a mucha gente caer y sé que prefieren agarrarse a la cuerda, despellejarse las manos y seguir agitándose, antes que dejarse caer y descansar. Y en Medusa también lo saben. Empezó por Galván porque sabía que era el más fácil de convencer.

—Pero no entiendo cuál es el patrón.

—No lo entiendes porque he orientado mal la investigación desde el principio. Se me metió entre ceja y ceja que les había coaccionado. Tonto, Trejo, Trejo, tonto... No, claro que no era eso. Demasiadas *pizzas*, demasiadas películas. No les coaccionó, no les amenazó, no les forzó. Mira los vídeos: ¿por qué llora Galván?, ¿por qué está nervioso Obanos?, ¿por qué parece sonreír Puyó?, ¿por qué está tan sereno nuestro divino general? No son reacciones contradictorias, es un abanico completo de reacciones emocionales ante el mismo suceso. Están celebrando su regreso. Con lágrimas de alegría, con los nervios del estreno, relamiéndose al anticiparlo. Cada uno con su astucia y con su temperamento. Eso es. ¿Entiendes? Medusa no se dedica a presionar a sus víctimas; de hecho, si no las engañase se podría decir que no son tanto sus víctimas como sus clientes. Les ofrece algo que desean mucho, mucho, sobre todas las cosas. Les ofrece una oportunidad que, como suele decirse, no están en disposición de rechazar. Escenifica sus fantasías de manera bastante creíble para que llamen y digan lo que Medusa quiere que digan a quien sea que está detrás de ese número.

Trejo se detuvo para recuperar el aliento. Había hablado tan deprisa que había perdido el mundo de vista. Bajo el árbol de sus gesticulaciones, Carlos le miraba admirado como esperando una rúbrica. Trejo tragó saliva y se la concedió:

—No les coacciona, les convence.

—¿Javier Obanos?

Javier se levantó casi de un salto. Detestaba las colas de la seguridad social, pero era una cuestión de principios, no quería saber nada de la salud concertada ni de la privada. Le daban asco todos esos privilegios.

Atravesó la sala de espera y un pasillo antes de entrar en el estrecho despacho del doctor Rius.

Temblaba de la cabeza a los pies. Rius le pidió que se sentase. Javier cruzó los dedos, se mordió los labios. La espera duró apenas un segundo, pero Javier sintió cómo su corazón amagaba con detenerse.

—Sin rodeos: está usted limpio. La cura ha funcionado. No le daré el alta definitiva hasta que no nos haga tres visitas más. Tómese lo como algo rutinario. En realidad puede considerarse fuera de peligro.

—¿En serio? No puedo creerlo.

—En serio. No sé qué más espera que añada. Dar buenas noticias es casi demasiado sencillo. Ahí fuera tiene toda la vida de nuevo para usted, al menos durante unos cuantos años.

Javier estuvo tentado de levantarse y abrazar al doctor Rius. Había ganado la batalla decisiva de su vida. Estaba loco por vivir. Se dio cuenta de las emociones que había aletargado y contenido hasta ese momento, así que dio rienda suelta a su efusividad: soltó un grito y se colgó del cuello del doctor. Rius le confesó que hacía años que un paciente no le abrazaba.

Salió del hospital pegando saltos. Detuvo un taxi. Pidió que lo llevaran hasta la calle Mallorca esquina con Girona. Entró en el restaurante y se pasó la tarde sorbiendo ostras vivas y bebiendo vino blanco helado.

Encendió el teléfono. Lo había tenido apagado la última semana, pensó que podía ser una manera de atraer a la suerte. Se había separado de la familia y también de su grupo de amigos, incluso de los más íntimos. No quería que nadie le acompañase durante su enfermedad y mucho menos durante su recuperación.

Se dijo que les llamaría si la cosa se torcía de verdad, no quería deteriorarse aislado ni morir solo. Apenas mantenía contacto con la tía Elena y con el abogado que le llevaba las cuentas. Hasta que la tía Elena murió o la mataron, en aquel disparatado episodio, y se decidió a apagar el móvil, no le quedaba nadie con quien hablar, solo esperar el diagnóstico.

No había pensado en la herencia de Elena. Estaba demasiado aturdido manteniendo a raya el dolor en el que le había sumido aquel episodio espantoso. No podía creerse que habían asaltado su casa y la habían descuartizado. Ni siquiera pudo asistir al entierro. En su estado aquel estrés añadido hubiese equivalido a clavarse una estaca en el propio corazón.

Le parecía increíble poder dar rienda suelta a sus sentimientos. Le parecía



maravilloso pensar de nuevo en el futuro como en un sitio donde iba a estar, vivo y durante un buen tiempo. Le volvía loco la posibilidad de trazar planes de nuevo.

Vio cómo se acumulaban los mensajes de su tío Norberto. Se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Estaba harto de aquel tío loco. No había querido decirle nada de su enfermedad; en su momento Norberto ya había disfrutado demasiado con la agonía de Luis, de su padre.

Javier estaba un poco bebido, su mente daba tumbos agradables, como si se hubiese independizado de la cabeza. Pagó y salió a dar un paseo. La ciudad estaba preciosa. Se llegó a la Diagonal y empezó a caminar por una calle espaciosa y arbolada en dirección a Passeig de Gràcia.

Se dijo que había algo más que un deseo de protegerse del pasado en su negativa de atender a Norberto. En primer lugar había comprado sin dudar la versión que de aquel conflicto entre hermanos le había legado su padre. De joven Luis había estado mezclado con grupos de izquierdas vascos. Su padre creía firmemente en sus convicciones políticas, así que dejaba la bodega para que se hicieran reuniones clandestinas, alojaba gente, prestaba el coche. No hacía preguntas. Puso parte de su patrimonio a disposición de aquellos grupos. La cosa era peligrosa hasta cierto punto, pero todo fue bien, hasta que Norberto le denunció.

Norberto aseguró que lo hacía por proteger el nombre de la familia. No se trataba de algo personal ni de un juego político, su propósito era mantener el apellido de la familia, aquel ridículo Obanos, alejado de la política en un momento tan inestable, tan peligroso. Norberto, además, había militado de joven y consideraba que todo aquello solo podía traer problemas, montones de problemas personales, sin lograr ningún beneficio social relevante.

Luis acusó a Norberto de moverse contra él por celos. No podía soportar que el padre hubiese nombrado a Luis heredero para que no se dividiera el patrimonio, ese era el motivo de la acusación. Javier había creído de manera instintiva en la versión de Luis, sin someterla a ningún examen.

Pero si a fin de cuentas se había organizado un juicio, si Norberto terminó como testigo protegido por desarticular al «grupo» que se reunía en las bodegas Obanos y Luis pasó dos años en la cárcel, quizá sí se cocía algo más en esas reuniones de lo que su padre le confió.

Dejó pasar aquel estado de ánimo en el que las dudas sonaban como latas que alguien hubiese atado a la cola de un chucho.

Enseguida se dejó vencer por el ritmo habitual de su pensamiento: incluso la tía Elena estaba de acuerdo en que Norberto hizo todo lo que estaba en su mano para arrebatarse a Luis la bodega, el bosque y los viñedos. Elena reconocía que la gestión de Luis había sido un desastre, pero ¿acaso no influían en su mala dirección los años que pasó en la cárcel, las puertas que aquel escándalo le cerró, la depresión que fue apagándolo y que terminó por consumirlo?

Javier aprovechó que iba a vivir, que aquel día se sentía poco menos que inmortal,

y que los altos cielos de Barcelona destellaban como cúpulas del paraíso, para preguntarse hasta qué punto su vida estaba influida por la de Luis. Su padre le había transmitido sus ideales políticos, le había insuflado el asco hacia su propia clase, le había enseñado a emocionarse con las ideas sobre un mundo mejor. Lo único que no había logrado transmitirle era su amor por el vino de la tierra y los viñedos. No le decía nada aquel negocio, ni la visión de las hojas rojizas de las vides, ni el olor del mosto caliente, ni las barricas, ni el serrín, ni las botellas.

Si hubiese tenido primos no hubiese luchado con ellos para conseguir la propiedad de esos viñedos por los que se habían enemistado Norberto y su padre.

Pero había un segundo motivo para no responderle al tío Norberto. Javier sospechaba que estaba un poco ido. Todo aquel plan de renovar las bodegas, su rollo sobre la tierra y el apellido que apeataba a fascismo, y aquellos trucos de feria sobre la mafia que le extorsionaba y las amenazas que iban a recibir él y Elena si no...

Javier se frenó en seco. Había hablado con Elena y había esquivado a Norberto en compartimentos separados. Como si fueran personajes que habitaban mundos distintos. Pero el vínculo estaba allí. Elena muerta, atacada en su casa con una violencia salvaje, cruel, de película. Entonces podía ser verdad, las locuras de Norberto podían tener una base de verdad.

Entró en una espléndida cafetería: el mobiliario era modernista (o lo parecía), del techo colgaban lámparas con las pantallas de diversos colores, los camareros iban de uniforme, el interior olía a mantequilla, y en el aparador se desplegaba todo un ejército de pastas para el té.

Pidió un café, negro doble, se dijo que estaba celebrando la recuperación por encima de las posibilidades de su salud (Rius le había dado unas directrices de comportamiento, era muy posible que ya se las hubiese saltado), pero daba igual: no podía frenarse. Sentía la vida y el entusiasmo por la vida recorriendo sus manos como una electricidad benévola.

Volvió a sacar el móvil de la chaqueta. Los mensajes y correos de Norberto seguían acumulándose. Javier volvió a pensar que era el comportamiento de un loco. El último de todos, recibido hacía dos días, cuando cortó toda la comunicación con el mundo a la espera del veredicto final del médico sobre su futuro, empezaba de manera terrible: «Elena muerta, lee antes de que te maten a ti o a mí». Después Norberto le decía que le había enviado un archivo de voz al correo.

Javier abrió su correo y descargó el archivo de voz. Duraba casi veinte minutos. Le puso los auriculares al teléfono y lo escuchó.

Al terminar estaba estremecido.

Trató de entretenerse pensando que era lunes, que su tío ya debía de haber visitado a sus «aliados», que los documentos y pruebas que le prometía ya debían de estar en su despacho.

No sabía qué pensar.

No sabía si debía esconderse o hacer que un médico examinase a su tío.

Le dio un sorbo largo al café, se le había enfriado.

¿Ir a la policía? La idea le daba escalofríos.

El teléfono vibró sobre la mesa: era su abogado. No le daba demasiada importancia a las llamadas perdidas que tenía acumuladas de su despacho. Sería una tontería, algo relacionado con la herencia de Elena. Pensó en no responderle, pero se sentía bien, le apetecía tener una conversación telefónica sin la sombra de saber que la enfermedad le estaba consumiendo.

—¿Sí?

—Javier. Menos mal que te encuentro. No te lo vas a creer. Es espantoso.

—¿De qué se trata?

—Tu tío. Lo encontraron muerto en el despacho de la bodega. Un derrame. Pero la policía cree que ha podido ser un suicidio.

—¿Un suicidio?

Javier colgó instintivamente, y apagó el móvil. Le pareció que el mundo se le derrumbaba. No quedaba nadie vivo de la generación de su padre: ni Luis, ni Elena ni Norberto. No podía recurrir a nadie.

Su cabeza empezó a repasar lo que le había dicho su tío. Volvió a sentir miedo. Volvió a sentir la amenaza. La tranquilidad se había esfumado. La alegría no le había durado más de tres horas.

Pero no era verdad que estaba solo. No era verdad que no contaba con nadie. Se había aislado voluntariamente. Pero su grupo estaba allí, estaban vivos, contaban con él, podía acudir a ellos.

Bastaba con que se decidiera a marcar el número. Que se dejase ver por los sitios de siempre. Que se preparase para dar explicaciones.

Siempre pensó cuánto tardaría en volver a ponerse en contacto con ellos: una semana, un mes, algo más. Se imaginaba recuperándose y pasando un tiempo de incógnito, medio clandestino.

Pero se trataba de una situación a vida o muerte.

Y solo podía contar con sus amigos, con su mejor amiga. ¿A qué otras personas podía recurrir?

Volvió a encender el móvil. Esperó a que se cargase la agenda. Buscó el número y vio su foto.

El pelo ensortijado, los *piercings*, aquellos ojos inquietos: Irina.

La noche trajo un entretenimiento inesperado: una tormenta. Trejo no estaba seguro de si había abierto los ojos con el primer resplandor eléctrico, pero se despertó de un salto cuando el rugido metálico del trueno se metió en su habitación. Sonaba como si un enorme remolcador arrastrase los eslabones de una cadena de acero sobre una extensión de clavos y chatarra.

Estuvo así casi media hora: el resplandor del relámpago encendía el cielo, y al cabo de pocos segundos se dejaba oír el eco ronco, casi celoso, del trueno. Después empezó a llover con fuerza, una impávida cortina de agua, sin apenas fisuras: percutió sobre las aceras, los coches y las copas de los árboles. Improvisados riachuelos recorrían las aceras desiertas. Apenas pasó un perro al galope y mojado como un trapo. Las fachadas del otro lado de la calle habían desaparecido tras el muro de lluvia.

Coqueteó con la idea de anular la visita al museo Oteiza; el viaje a Madrid empezó a dibujarse con toda su importancia: tenía que tomar la iniciativa, tenía que ver a García, tenía que ser esa misma semana. Pero Irina no iba a tolerar un aplazamiento: si no se atrevía a conducir monte arriba por una carretera inundada, su hija le exigiría que se vieran en otro sitio. Se dio cuenta de que tampoco a él le apetecía dejarlo para «más adelante».

Hacia las siete de la mañana dejó de llover. Imaginó el cauce de aquel río amable arrastrando a regañadientes el agua sobrante con resignación, sin sacudir el lomo para no provocar un desbordamiento.

A las nueve en punto vio cómo su hija aparcaba enfrente de su «piso profesional» con el coche que le había dejado en usufructo. Trejo bajó a toda prisa por las escaleras. Se saludaron con afecto y con aquel inevitable deje de sorna amistosa que se imponía sin esfuerzo entre ellos.

Trejo entró en el coche con papeles en las manos: diagramas, croquis y mapas, con líneas y anotaciones. Irina posó la mirada en aquellos legajos y después le indicó con la cabeza una pequeña pantalla cuadrada pegada al volante.

—No necesitamos ningún mapa del tesoro. Nos basta con el GPS que he instalado. Tecnología japonesa, ¿qué te parece?

—Espero que ese trasto sea sencillo de desinstalar cuando me devuelvas el coche.

Irina arrancó sin responderle. Seguía las indicaciones de la pantalla. Conducía concentrada, como si no quisiera saltarse ni un solo paso de la rutina. De niña, recordó Trejo, era igual: no era capaz de pasar a otro ejercicio de clase hasta que no había resultado a su plena satisfacción el anterior. No le valía con acertar, con tener suerte, con aproximarse lo suficiente para tener contento al profesor. Necesitaba dominar todas las ramas del problema, daba la impresión de que desarrollaba una relación casi «humana» con los ejercicios, se hacía cargo de ellos. No podía dejarlos abandonados de cualquier manera.

Se había puesto unas pequeñas gafas de pasta, semiesféricas; debían de estar de moda, pero le daban un aire de lechuza presumida. La broma era tan evidente que a Trejo le dio apuro soltarla. No sabía que tenía problemas de vista; se había perdido bastantes cosas de la vida de su hija, también los rasguños, lo que la había herido.

Entraron en una carretera envuelta de laderas. El día proyectaba una luz frágil y delgada. El asfalto de las calles parecía más oscuro y los coches circulaban con las luces de los faros encendidas.

No quería mirar el GPS, tenía miedo de marearse. Se recostó contra el asiento, le pidió a su cuerpo que se relajase; en otro tiempo, poco antes y poco después de que Irina naciese, había disfrutado mucho de los prolongados trayectos en coche que hacía con la madre de su hija por los campos del norte. Ella conducía y él iba en el asiento del copiloto: le gustaba llevar el mapa e ir cambiando la música. Pero esta vez ni siquiera pensó en sugerirle a Irina que pusiese algo de música. Se conformó con el silencio. Tampoco había ningún peligro a la vista, pero algo en su interior le sugería con insistencia que mantuviese una cuerda tensa, alerta. Le hubiera llamado sexto sentido, pero nunca había creído en él.

Irina desplazó con suavidad el coche fuera de la carretera principal, y tomó una cinta de alquitrán que remontaba una loma. Pegados al guardabarros, Trejo trató de evitar sin éxito que la mirada se perdiese donde la tierra empezaba a precipitarse al vacío. Por fortuna la vista no podía impactar con el suelo, quedaba protegida por un colchón de copas de roble y por una maraña de arbustos.

—Primero me citas junto a la estatua de Oteiza, y ahora me llevas a su museo. ¿No tendrás alguna conexión con él? ¿No le estarás investigando?

—No seas idiota. Esa estatua es tan grande que es el sitio ideal para quedar y no perderse. Y si quieres que te diga la verdad también me preocupo por tu educación artística. Oteiza es un gran escultor. Mucho mejor que el finolis de Chillida. Cuando estaba vivo me caía bien. Vivía medio aislado y armado para disuadir a las visitas. Una vez asistí a una conferencia donde dijeron que la finalidad de su obra era terminar con el arte de la escultura. Si tenía razón y te convence ya no tendrás que preocuparte de seguir visitando museos. Aquí se termina todo.

—¿En esa casa?

—Justo ahí.

La casa de Oteiza asomaba tras cada curva, pero todavía les quedaba un buen trecho de ascenso. Los pueblos empezaban a quedar atrás. Los arbustos parecían ralearse. Los árboles empezaron a espaciarse como si se desentendiesen de la idea de bosque: eran más grandes, solemnes, de tronco grueso. Ahora iban prácticamente solos por la carretera, llegaban justo para la hora de apertura del museo.

Al llegar a la cima de la loma, Irina estacionó sin problemas. Tenía todo el espacio disponible para ella. Al bajar comprobaron que seguía refrescando. Vieron varias construcciones, lo que parecía una casa y un imponente cubo de hormigón rojizo. Irina estuvo a punto de soltar alguna ironía pero se contuvo, trataba de

concentrarse en lo que tenía que discutir con su padre. Su lengua le recordó a uno de esos animales que se quedan quietos para retener todo el calor y la energía posibles, a la espera de dar el salto del que dependerá su vida.

Pagaron y entraron en el museo. Trejo le dijo que el edificio era de alguna manera una obra de arte. Disimulada. No habían querido hacer algo monumental, una estatua para contener estatuas, sino una suerte de caja. Nada espectacular, pero con matices espirituales, recalcó las palabras «matices espirituales». Le indicó que la luz entraba por los laterales y dejaba en penumbra el centro.

—Justo lo contrario que en una iglesia. O si lo prefieres: es una iglesia invertida.

Irina asentía, pero estaba decidida a no hacerle caso. No era solo la evidente chapucería con la que su padre se había preparado la visita, probablemente la noche anterior, con una vieja guía; también sospechaba que Trejo trataría de desencadenar una crisis, un enfrentamiento que diluyese la conversación por la que se habían citado. Eso si no trataba directamente de abortarla.

Recorrieron los imponentes apóstoles que Oteiza había proyectado para el santuario de Arantzazu. Su primitiva espiritualidad impresionó a Irina, que estuvo a punto de pedirle a su padre que se callase de una vez con la martingala que le estaba soltando sobre los pormenores del encargo y la importancia de la caliza tallada en punta de diamante... Nada de eso le importaba, quería empezar cuanto antes con la conversación.

Pero Trejo tenía otros planes. Recorrieron las salas donde se exponían las obras primerizas de Oteiza; después el gran espacio donde se recogía toda la documentación sobre su participación en la Bienal de Venecia; finalmente llegaron a las obras que Irina solo sabía llamar «modernas»: las circunferencias vacías y los polígonos densos que había reconocido en las calles de muchas ciudades.

Trejo tenía un comentario para cada estatua. Había estudiado y también improvisaba. Irina se convenció de que el plan de su padre pasaba por dejar que transcurriesen las horas, por reducir al máximo el tiempo para conversar. No era el plan más sutil de Trejo, pero así actuaba él, sin hacerle ningún asco al material estratégico, por burdo que fuese, si le valía para sus propósitos. Lo que le parecía a Irina verdaderamente inconveniente, por no decir que la estaba cabreando de verdad, era que esta chapucera táctica de disuasión la estuviese empleando con ella. Estaba ya francamente nerviosa cuando le dijo:

—¿Papá? ¿Tiene bar este sitio? ¿Podemos hablar ya de lo...?

—De ninguna manera. Tenemos que seguir, si queremos comprender el proyecto de Oteiza en profundidad; ahora vamos a entrar en la casa. Y todavía nos queda el laboratorio de tizas. Así que nada de precipitar las cosas.

—Pero necesito hablarte.

—Pues habla, habla todo lo que quieras. Puedo hacer dos o tres cosas a la vez.

Irina sintió cómo los nervios le trepaban por el estómago: su padre no podía seguir jugando así al gato y al ratón con ella, no lo merecía.

—¡Trejo! Ya basta, hemos venido aquí porque según tú es un sitio tranquilo. Necesito hablar. Podemos ver la exposición cualquier otro día.

—Pensaba que también querías ver la exposición. Pasar el día juntos y todo eso.

—He quedado para comer.

—Ya. Pues es una lástima, porque es en la siguiente sala donde Oteiza termina de una vez con la escultura. Y para siempre. Adiós, problemas.

Trejo sintió que tenía uno de esos días en los que podía estar hablando durante días enteros, pero el rostro severísimo de su hija le recordó que no estaba solo en la tierra, que tenía un compromiso con los problemas de su hija, que no podía dejarlos abandonados de cualquier manera.

—Por aquí, Irina, sal por aquí.

Trejo abrió una puerta lateral y salieron a una especie de prado dominado por unos arbustos donde sangraban pequeños frutos granate. La hierba era de un verde tan intenso que humedecía la mirada. Vieron un árbol que desplegaba su copa como unas alas.

—¿Estás seguro de que no nos molestarán aquí?

—Es muy improbable. Un padre y una hija tomándose un descanso, es pronto para comer y también para cerrar. Así que háblame de Norberto Obanos. He hecho mis investigaciones. Empresario viticultor. Se gastó una pasta en construir una bodega espectacular. El Guggenheim de las bodegas, así le llamaron; a mí me recordó una nave espacial. Le encontraron muerto en su despacho: un derrame cerebral. Casi me duermo leyendo el informe médico.

—¿Quién lleva el caso?

—No es un caso. Fue un accidente.

—El día de su muerte acudieron los hombres de Sebastián. ¿Lo sabías?

—¿Y quién más?

—¿Quién más quieres que fuese?

—Nadie, nadie. No te alteres. Sería algo rutinario, no es significativo que acudiese Sebastián. La familia Obanos era importante. Donativos a partidos, ya sabes cómo es eso...

—Papá, no sé cómo ni de qué manera, pero a ese hombre lo asesinaron, te lo aseguro.

—¿Me lo aseguras? ¿Tú? Mira, no sé si este sitio es lo bastante discreto para hablar alegremente de asesinatos. Vayamos al coche, y me lo cuentas en el parque. Estábamos muy guapos paseando entre todo ese verde.

Caminaron despacio en dirección al coche. Trejo se movía con la misma lentitud que si estuviese sumergido en un líquido denso, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en los caseríos que aislados asomaban entre la vegetación mullida.

Irina se prometió que intentaría sacarle de sus casillas a la primera oportunidad. El *parking* había dejado de estar vacío, por las curvas de la carretera se veía ascender un goteo de vehículos. Trejo se detuvo para disfrutar de la visión de aquel cielo color

ceniza tan amable con la sensibilidad de sus ojos.

Irina rebuscó en los bolsillos de los tejanos, las llaves no salían. Metió la mano en el bolso, estuvo así casi dos minutos, aunque a ella le pareció que perdía media hora. Al sacarlas se le cayeron al suelo. No logró abrir la puerta y tras dos intentos las arrojó contra el suelo.

—Mierda, mierda.

Dos grupos de visitantes se la quedaron mirando sin apenas disimulo. Irina se puso roja como la grana.

Trejo decidió que no bajaría de copiloto por aquella carretera sinuosa con una Irina más o menos enfurecida al volante. No quería llegar a Pamplona con el estómago revuelto. Le parecía que si dominaba el volante podía mantener bajo control el ritmo y el tono de la inminente conversación que cada vez le apetecía menos.

Tampoco quería discutir con su hija en público sobre quién iba a conducir. Por primera vez desde que Irina había regresado a su vida compuso un rostro de indiscutible autoridad. Para su sorpresa, aquella voz suya, seca, afilada, incisiva, regresó sin esfuerzo del pasado, como si hubiese estado todos aquellos años bien conservada en un estuche forrado a la espera de que volviese a necesitarla.

—Dame, conduciré yo. Estás nerviosa.

Empezaron a descender. Irina apoyó la cabeza contra el cristal, como si quisiera darle la espalda. Trejo conocía la mezcla de vergüenza y rabia que la invadía cuando se mordía las uñas. Le emocionó que aquel gesto infantil perviviese en la joven mujer. El estilo de conducción de Trejo era casi el opuesto al de su hija. Parecía conducir contra la carretera, incluso contra el propio coche. A ambos lados de la carretera se estaban formando densos vellones de niebla.

No había dejado de conducir aquellos tres años, pero en el pueblo apenas abandonaba las carreteras rectas y espaciosas que le llevaban al mercado. Nada que ver con aquel descenso. Sonrió pensando que sería una manera bien frustrante de terminar con la investigación: al fondo de un precipicio. Se imaginó a sí mismo y a su hija como si fueran personajes de novela: la clase de relato que protagonizarían si ahora se salía de una de las curvas y perdían la vida.

—No sé cómo empezar, Trejo. Ese hombre, Obanos, estaba bajo una presión terrible. Las mafias ya no se dedican a negocios ilegales, ahora su principal cometido consiste en invertir dinero recién blanqueado, y hay dinero negro por todas partes. En los partidos, en las instituciones... a cualquier cosa que te imagines le crece una sombra de dinero negro.

—¿Y Obanos?

—Ahora llevo. Obanos se encontró en medio. Se endeudó hasta las cejas para construir esa bodega galáctica, pensando que era para hacer vino.

—¿Y qué se supone que iba a hacer? He visto los viñedos, la uva.

—Si me dejas hablar, te lo contaré.



—Vas muy lenta. Date prisa por llegar a algo que concentre mi atención.

—A Obanos le llegó un rumor. Había un grupo dispuesto a invertir en el negocio. El chivatazo le llegó de un viejo político, no sé si sabes que había sido testigo protegido.

—Hace más de veinte años. No tiene nada que ver con tus inversores.

—No son mis inversores. Y no he dicho que tenga nada que ver.

—¡Pues te explicas fatal!

—¡Y tú conduces como un loco! Esa línea no está puesta para que circules por encima, ¿puedes ajustarte a tu carril? Estoy nerviosa, eso es lo que pasa. Es la primera vez que hablo contigo de algo de esta magnitud, igual es la primera vez que intento hablarte en serio en la vida. Ten un poco de paciencia.

—De acuerdo, Irina, de acuerdo. Así que lo de haber sido testigo protegido le sirvió para estar cerca de la mesa donde subastan los negocios.

—¿Ves? Lo has entendido perfectamente. Al final será verdad que tengo un padre superinteligente. El caso es que el grupo inversor le inyectó una buena cantidad de dinero a cambio de una participación en el negocio. La mayor parte iría dedicada a construir la bodega más llamativa posible. Y lo consiguieron: ha sido portada en suplementos de prensa general y en revistas de arte.

—Lo que demuestra que tu grupo inversor está limpio, caso cerrado, ninguna mafia quiere publicidad.

—Al invertir en la construcción de la bodega no estaban actuando como mafia, sino como inversores. Esos grupos tienen una doble naturaleza: una pierna en lo legal y otra en lo ilegal.

—Claro. ¿Y sabéis algo más concreto sobre el reparto del beneficio?

—Obanos se quedaba la mayor parte de los beneficios en el mercado europeo. El exterior era para el grupo.

—Vaya una tontería. Todo el mundo sabe que los rusos y los chinos se chiflan por un buen rioja. Por no hablar de que, tal y como van las cosas, son los únicos que van a tener dinero cuando la crisis...

—¿Te puedes callar? Soy yo la que te está contando la historia. No tienes la menor idea de lo que estás diciendo.

—Sé bastante más de vinos de lo que...

—¡¿Puedes hacer el favor de callarte?! Por favor.

Trejo se había desentendido de la carretera ya dos veces, confiado de que el coche haría todo el trabajo por él. Le preocupó que la niebla empezase a disgregarse, que no cuajase, era un síntoma de que el cielo podía abrirse en cualquier momento. Conducir bajo el sol sin lentes oscuras era un riesgo casi suicida. Pero se dijo que todo iría bien, que las nubes le respetarían. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ni siquiera se había puesto el cinturón de seguridad.

—El caso es que el vino de Obanos se vendía bien en España, le daba para vivir holgado, pero nunca había tenido la oportunidad o el atrevimiento de expandir el

negocio. Las finanzas del hombre estaban, además, en una posición delicada.

—Las famosas inversiones rumanas.

—No, no. Eso fue después, ya llegaremos a eso. Invirtió en ladrillo. Y el chollo del ladrillo ha terminado cerrándose como una tumba encima de muchos de estos pequeños empresarios. No vayas a creer que Norberto Obanos era el rey Midas; durante años fue un hombre más preocupado en elaborar el mejor vino posible que en ganar dinero. Así que el negocio parecía perfecto, pero tenía una grieta en el corazón. El grupo inversor no tenía ningún interés en elaborar el vino en la Rioja navarra, sino en producir fuera de España botellas con denominación de origen. Un vino más barato, mucho más barato.

—¿Y creían que no iban a darse cuenta?

—Dale una vuelta al asunto. No estaba mal pensado. No son aficionados. Un vino de calidad pero con una implantación modesta se sigue produciendo en la bodega futurista. Así se mantienen en alto las críticas especializadas. Un vino que no llama la atención, pero cuya calidad está tan «certificada» que se puede implantar con éxito en lo que llaman mercados emergentes.

—¿Chinos?

—Y árabes. Indios.

—No va a colar.

—¿Nunca has sospechado de los capuchinos que te tomas aquí? ¿Del queso suizo que te venden en los supermercados?

—Ya te sigo. Pero le veo un cabo suelto a toda tu explicación. ¿Por qué iba a oponerse Obanos al negocio si los dos ganaban?

—Un *win-win*. Así lo llaman en las escuelas de negocios todos esos cerdos, así es como hablan. Como si los demás no supiéramos inglés.

—¿Por qué no iba a aceptar Obanos el *win-win* de su vida?

—Por una combinación inaudita de factores. Porque el viejo político dio por hecho que Obanos entendía la naturaleza del trato, y porque da la casualidad de que Obanos era un hueso, un hueso con principios. ¿Le has echado un ojo al expediente de cuando fue testigo protegido?

—Digamos que muy por encima. Superficialmente, sí, digamos que sí.

—Se le lanzó voluntariamente al cuello a su hermano. Trapicheos políticos con nacionalismo de fondo. No tenía ninguna necesidad. Tuvo que salir de Navarra, y todavía tenía problemas para moverse por Yesa cuando alguna vez volvía. Se dijo que lo hizo por despecho, pero lo hizo por principios: no podía soportar que su hermano le manchase el apellido.

—¿Y qué no le gustaba ahora del trato con tu mafia al Don Quijote de la uva? ¿Que estafasen a unos chinos? No creo que tenga a nadie con sus apellidos suelto por allí.

—¿De verdad no lo entiendes o es solo por fastidiar? Y quédate en tu carril, por favor. Es una técnica sencilla, son apenas tres pedales, te sacaste el carnet. El caso es

que las botellas llevan el nombre de Obanos, y para él y su familia el vino es algo así como una religión. Igual no tanto, pero sí es algo que merece respeto.

—Ya. ¿Y por qué no fue a ver a la policía?

—Eres un iluso, lleno de confianza en tu «policía». Nadie movió un dedo por él, nadie lo moverá. Obanos hizo algo que parecía mucho más inteligente: fue a ver al viejo político, fue a ver a contactos de otro tiempo, incluso llamó a despachos de cargos vigentes. Fue una buena idea, solo que esos políticos estaban particularmente interesados en que el delito siguiese adelante.

—Así que se cruzaron de brazos, todo un clásico.

—Sí, Trejo, pero no fue simple desidia. Había un motivo de peso por el que esos políticos no quisieron meterse en el asunto. El dinero no era de los inversores, no era maná caído del cielo. Sospechamos que era dinero de aquí, dinero negro, sin declarar, cajas B. Dinero corrupto.

—Nadie necesita blanquear así el dinero. Basta con hacer un ingreso en una cuenta suiza.

—¿Y para qué quieren el dinero en una cuenta suiza? Es aburrido para ellos. Quieren moverlo, hacer más negocio, les arden los ojos de codicia.

—Y quieres que te ayude a investigar hasta qué punto gente que ha ocupado o que ocupa cargos públicos blanquea o reinvierte dinero negro valiéndose de un grupo inversor fantasma.

—No es un grupo inversor, ni siquiera es fantasma. Es una mafia con un rostro legal. Estafadores y extorsionadores. Estamos casi convencidos de que son los responsables de que las inversiones posteriores de Norberto Obanos fracasasen. Lo arruinaron para presionarle. Lo amenazaron.

—En otras palabras, que el edificio entero de vuestra investigación se apoya en el dato incontrovertible de que esta mafia inversora terminó poniéndose nerviosa y quitándole de en medio.

—Justo, sí, es así. Y si quieres otra prueba, ahí tienes a su hermana: primero la amenazaron a ella, y cumplieron, vaya si cumplieron.

Trejo trató de no mirar a Irina. Trató de controlarse, pero es difícil reprimir la risa cuando arranca de tan abajo. Cuando trepa desde el estómago. No tardó ni diez segundos en sentir las sacudidas en los hombros. Se dijo que lo importante era no perder de vista la carretera y no estallar en una carcajada. Mantener la calma dentro y fuera del coche.

Se sorprendió de que Irina no le reprochase nada. Se había quedado quieta, masticando un poco de frustración. Le respondió con la primera frase que encontró a mano.

—No puedo creerlo.

—¿El qué? ¿Qué no puedes creer? ¿De qué te ríes?

—Es increíble.

—¡Trejo! ¿Puedes decirme qué te pasa ahora? ¿No sabes lo importante que es

todo esto para nosotros? El tiempo que nos ha llevado... No puedes comportarte así, ¡es horrible! Como cuando mamá se quejaba de que actuabas como si no hubiese nada más en el mundo, como si solo existieses tú. Igual. Igual que con mamá.

Irina sintió perfectamente cómo el coche empezaba a agitarse. Las manos de su padre parecían agarrar con fuerza el volante, pero la tensión hacía oscilar el auto. Irina alcanzó su propósito cuando menos le convenía: Trejo estaba fuera de sus casillas.

—¡Basta! ¡Basta, Irina! ¡Ya sabes cuál es la norma, la única norma que te he impuesto en la vida! No quiero que nombres a tu madre delante de mí...

—¡Pues no sé cómo...!

—¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca!

Vio venir el coche de frente. Como en otras ocasiones similares, le pareció que el tiempo empezaba a ir despacio a propósito para darle la oportunidad de maniobrar. El otro coche había tomado mal la curva al subir y se precipitaba contra él. No tenía espacio para ajustarse a la izquierda, iban a impactar seguro.

No fue del todo un movimiento instintivo, tuvo una fracción de segundo para pensarlo: giró el volante de manera que rebasó por la derecha el proyectil en forma de coche que se le venía encima. El primer riesgo era estrellarse contra el protector y caer al vacío, pero le dio tiempo a enderezar la trayectoria y quedarse en la carretera. El otro riesgo, mucho más peligroso, era encontrarse de frente otro coche, pero el carril estaba desierto, le dio tiempo a volver a su lado de la carretera. Suerte, suerte, Trejo. La adrenalina de la conversación le había salvado. De eso estaba seguro. En su cerebro sentía cómo todos sus pensamientos resbalaban en un charco de excitante euforia.

—¡Lo has visto! ¡Se me ha cruzado!

—Por Dios, papá, no estamos muertos de milagro.

—Mierda, mierda... Putos locos... ¿Por dónde íbamos?

—Nada, nada, llévame, llévanos al parque. Y abre las ventanillas, necesito respirar aire fresco.

Trejo condujo en silencio. No dijeron nada al entrar en Pamplona, ni al cruzar el Arda, ni al rodear la Ciudadela. Ni tampoco mientras buscaban aparcamiento. Estaban dándole tiempo al corazón para que se recuperase. Se metieron en el frescor verdoso del parque. Llegaron al foso; aquel sitio les serenaba y les predisponía a conversar. Irina fue la primera en hablar.

—Así que no te ha gustado la historia de nuestras investigaciones.

—No es eso, niña. Me ha hecho pensar. Es solo que quería picarte un poco, parece mentira que no me conozcas. ¿Qué quieres?

—¿Qué?

—¿Cómo quieres que te ayude?

—Ayúdanos a entrar en la bodega. Sabemos dónde dejó Obanos las pruebas, los documentos.

—No. No. Ni hablar. De ninguna manera. No allanaré un edificio para que unos aficionados revuelvan el despacho de un recién fallecido solo porque ese mismo equipo de aficionados me asegura, a través de mi hija, que después de una investigación sin garantías han llegado a la conclusión de que a ese hombre le mató una mafia china asociada a un *gang* de políticos locales. En mi vida me han dicho muchas veces que estoy loco, pero te aseguro que la mía es una locura completamente distinta, muchísimo más racional.

—¡No he dicho en ningún momento que fuese una mafia china! Tengo pruebas, cartas, llamadas... donde se queja de que le han dejado solo.

—Otro que sentía que le debían algo. Interesante.

—¿Qué dices ahora?

—Cosas mías. El caso, Irina, es que te equivocas, que estás completamente equivocada.

—Espérate a ver. Te pido solo media hora más.

—No tengo que ver nada más. Estoy a cargo de este caso: a Norberto Obanos no le mató ninguna mafia.

—¿Y quién le mató?

—No tengo todos los datos en la cabeza, pero se trata de lo de siempre, pistas, claves, escenografía... Un loco tratando de llamar nuestra atención.

—¿Un asesino en serie? Venga ya. Puede ser alguien que imita el procedimiento de un psicópata, solo para disimular que se trata de una mafia que...

—Demasiado complicado. Queda completamente descartado. Hazlo tú también antes de que te lleves una buena decepción. Se me ocurren veinte maneras mejores de matar a ese infeliz y despistar a la policía local. No tenían ninguna necesidad de sembrarlo todo de enigmas e interrogantes. Así solo han conseguido que me ponga al frente del caso, como si lo estuvieran deseando.

—Te recuerdo que oficialmente tengo que creerme que te llamaron para una cuestión administrativa. Eso es lo que me dijiste. Y otra cosa, un pequeño detalle: si estás tan seguro, ¿por qué me has dejado hablar?

—Porque me gusta oírte hablar con pasión. Sobre todo cuando intentas persuadirme. Nunca me habías dedicado tanta atención. Y como tampoco ibas a contármelo por las buenas, he pensado que dejarte hablar era la mejor manera de que revelases la clase de organización que sois. De qué debía protegerme o protegeros, porque hace dos horas la cosa no estaba demasiado clara, al menos no tanto como ahora.

—Eres un mierda.

—Y otra cosa, Irina, y es importante que me escuches bien: si vas a jugar a Robin Hood, atiende a los matices. No me has entendido...

—Yo creo que eres tú el que no me entiende.

—... no he dicho que Obanos no esté involucrado en vuestra trama.

—Y también creo que estás siendo un prepotente...

—¡Es muy posible que esté involucrado en esa trama vuestra, pero eso no tiene nada que ver con su muerte! La muerte de Elena Obanos no encaja, nunca ha encajado...

—Puedes gritar lo que quieras, eso no te acerca ni un pelo a tener razón. Si no me ayudas a entrar en la bodega, y te estoy pidiendo algo para lo que no tendrás que invertir más que dos órdenes y una tarde, la asaltaremos...

—Y terminarás telefoneándome otra vez a las tres de la mañana para que te saque de la celda...

—Mira, para que te enteres, esa noche no estaba quemando cajeros porque sí. Tenía un buen motivo para pasar unas horas en la cárcel. No somos unos colgados, Trejo. Me imaginé que no colaborarías por las buenas, así que hemos estado investigándote.

—¿Vas a chantajearme?

—Tenemos al químico que estás buscando.

—No sabes lo que dices. Te advertí sobre lo poco que te favorece bromear. Es una actitud... ¡Me crispa! Tienes tantas virtudes, tanto talento desaprovechado...

—Ya empezamos. Nunca quise ser juez ni criminóloga ni nada de eso con lo que soñabas; desde mi punto de vista no he desaprovechado nada, porque nada de eso me ha interesado nunca lo más mínimo.

—Abogada, con que fueras abogada me conformaba. Ahora mismo me valdría con que tuvieses el culo sentado en una oficina de banco. Pero yo también sé bromear, claro que sí. Hay un chiste buenísimo que nos viene que ni pintado. Se trata de un ruso que está viviendo en China y decide hacerse pasar por francés en China, y exige que todos le llamen Rodolphe. Como no tiene ni idea de francés, ni una sola palabra, el tío se pasa el día hablando en un idioma inventado. Como cuando los niños imitan la musiquita que hace un idioma, ¿sabes? Y aquí viene lo bueno: como ni uno solo de los chinos sabe una sola palabra de francés, no se dan cuenta, los engaña completamente.

—¡Y qué tiene esto que ver! Es un chiste malísimo. No tiene ningún vínculo con lo que estamos discutiendo.

—Atiende a la metáfora. Los chinos son la gente que te rodea, Irina, tu grupito, imitas la música de la investigación criminal, y les has convencido de que sabes de lo que hablas, de lo que manejas. Pero yo no soy chino, hija, sé que te estás tirando el rollo, que no sabes una sola palabra en francés, aunque imites con mucha fiabilidad el sonido del idioma. En otras palabras, delante de mí deja de fingir que sabes de lo que estás hablando.

—Tengo a ese químico que necesitas. Ponme a prueba.

—¿Sabes para qué lo quiero?

—Escuchamos la conversación que tuviste con el químico de Pamplona.

—¿Me espías?

—Ya no.

—Bueno, al menos te convencerás de que no tengo ninguna amigueta. ¿Puede conseguir tu químico lo que estoy buscando? Solo tengo un par de días.

—En media semana. El antídoto también.

—Tres días. Si tuviera cinco días podría ir a buscar lo que necesito en avión y volver.

—Hecho.

—Estoy cometiendo el mayor error de mi vida, Irina, una imprudencia de la que me arrepentiré en sesión continua hasta que me muera. Pero te voy a dejar que husmees en la bodega de Obanos. A ver qué sale de todo esto. Y te voy a pedir otra cosa: ven tú sola, mantén lo de tu grupo en secreto. Ah, y algo más, lo más importante: cualquier cosa que hayas averiguado o que averigües sobre Obanos lo voy a querer sobre mi mesa, yo me haré cargo.

El rostro de Irina se destensó de repente: fue como si el interior de su cuerpo suspirase de alivio y se sacudiese en dos o tres segundos toda la tensión acumulada. Ni ella misma se dio cuenta de que sus labios empezaban a formar una fina y suave sonrisa, como rubricando el trabajo bien hecho.

—Ni se os ocurra empezar ninguna acción, tomar una sola decisión, sin contar conmigo, sin informarme previamente, sea lo que sea con lo que nos enfrentamos... ¿De qué te ríes ahora?

—Nada, nada. Me espero a que termines.

—He terminado. ¿Qué te pasa?

—Eso último que has dicho. Que vas a hacerte cargo de lo que investiguemos. Siempre creí que iba a ser lo más difícil de todo, que no iba a poder convencerte de eso. Y resulta que terminas proponiéndomelo tú.

Pasearon un poco más por el parque. La conversación giró hacia asuntos más personales, aunque abordados a la distancia emocional que les caracterizaba. Después de la inesperada decisión de colaborar juntos profesionalmente, de aquel mutuo reconocerse que habían estado vigilándose y mintiéndose, necesitaban volver a sentirse padre e hija. Recuperar algo de la vieja familiaridad.

—¿Me acompañas al hotel? El coche no voy a poder tocarlo hoy, y preferiría que tú tampoco lo hicieras. Ya pasaré a buscarlo mañana.

—¿Te acordarás de dónde lo hemos aparcado? Todos estos lados de la Ciudadela se parecen bastante...

—Deja de sufrir por mí, Trejo. Tienes que tratar de establecer otra clase de relación conmigo.

—Ya. ¿Y dónde está ese hotel?

—Es un paseo. Pero te sigue gustando pasear, ¿no es verdad?

—Sí, creo que no he hecho otra cosa que pasear desde que estoy en Pamplona. ¿No prefieres mantener tu guarida en secreto?

—Ya no necesito tener secretos contigo, Trejo. Las cartas están encima de la mesa.

—Ya. ¿Y ese hotel quién lo paga?

—Tenemos recursos.

Caminaron juntos en dirección al sur. Al llegar al río se detuvieron unos minutos en el puente. Se dejaron acariciar por la luz solar que presionaba sin vigor sobre la tierra. El río fluía despacio y desordenado, como si varias corrientes tirasen del agua en direcciones distintas. Se recrearon en el silencio, y también reemprendieron la marcha sin pronunciar una sola palabra. Menos de media hora después Trejo dejó a su hija en un portal. No había ningún indicativo de que se tratase de una pensión, que fuese un hotel estaba descartado. Así que algunas cartas seguían boca abajo, algunos secretos seguían vigentes.

—Hasta luego, Irina. Dame dos días para organizar la agenda y te llamo.

—Pues hasta luego, Trejo.

Al llegar a casa se desnudó y se dio una ducha. El sudor se había secado, pero seguía oliendo a miedo, al susto del accidente en la carretera. Encendió la televisión y se quedó medio desnudo pasando canales sin prestar atención. Picó algo de queso y embutido. Después se vistió y cruzó la ciudad en dirección a la casa de Carlos. Pamplona no es el centro de la acción, no es una ciudad excitante, pero a él le gustaba.

Trejo esperaba encontrarse con una casa más limpia, como si la primera vez que la visitó Carlos hubiese tenido un mal día. Pero allí seguían las maquetas, los libros, los papeles: formando cimas y valles. Incluso le pareció ver más pósteres que la última vez, al menos no recordaba el del pulpo gigante.



—Me alegro de verte. Tenemos mucho que comentar. Te he preparado un estupendo vaso de agua.

—Si tienes una cerveza te lo agradeceré.

Carlos volvió sosteniendo la copa con el líquido dorado y fresco, coronado hasta el borde de espuma crujiente.

—Ya no eres abstemio.

—No seas bobo, una copa de cerveza no es beber en serio. ¿Vas a acompañarme?

Carlos extendió el brazo y en su mano apareció una botella oscura. Dio un trago a morro.

—¿Qué hay de lo nuestro, Carlos? ¿Has hecho progresos?

—¿Progresos? ¿Las dudas son progresos? Porque tengo más que hace dos días. Entiendo que les persuadió para que llamasen a ese número, y que les convenció de que se grabasen mientras lo hacían. Pero no entiendo cómo los mató. Está claro que quiere que veamos cómo llaman, supongo que los envenena, pero ¿cómo puede estar seguro de que harán la llamada antes de morir?

—Sebastián ha tenido una idea brillante: según él, los teléfonos con los que llamaban estaban envenenados. Esporas, gérmenes, a saber qué ideas se habrá montado el pobre. ¿Te imaginas? Adivinar con qué teléfono llamará e impregnarlo de un jugo mortal. Menudo trabajo.

—Pero tampoco puede ser un derrame normal. Los derrames no duelen y el general se retuerce, parece como si le arrancasen el cerebro a lo vivo.

—No seas exagerado. No estoy seguro, pero supongo que empleó un veneno de efecto retardado. Algo que se mete en tu organismo y descansa hasta que alguien prende la espoleta. En este caso, cuando descienden los índices de acetilcolina: el veneno se activa cuando la víctima se va a dormir. Se inventó durante la guerra fría, le llamaban el veneno diplomático. Muy útil cuando conseguías convencer al negociador oponente de algo: firmabas el trato, después el tipo moría, y todo seguía adelante, porque el bando rival creía que era un accidente. Una idea brillante que no terminó de imponerse porque no puedes repetir la jugada demasiadas veces: tendrías que ser idiota para no darte cuenta de que hay demasiados derrames en las filas de tus negociadores.

—Entiendo, pero sigue siendo un plan demasiado arriesgado. Tenían que llamar el mismo día que les daba el veneno. ¿Cómo podía saber no solo que le obedecerían, sino además que lo harían antes de acostarse?

—Creo que en Medusa nunca han estado completamente seguros. Fíjate en el tiempo que pasa entre muerte y muerte. Siempre es viernes, eso no cambia, pero el lapso varía mucho, una semana entre Obanos y el general, y casi un mes entre Puyó y Obanos. Supongo que su ritmo ideal es uno por semana. Debe de tener una buena lista de posibles clientes, estoy casi seguro de que lo ha intentado cada viernes.

—Eso significa que los dos viernes entre Galván y Puyó...

—Las semanas en blanco se corresponden con clientes que se fueron a dormir sin

hacer los deberes.

—Es horrible.

—Y el de esta semana también le está fallando. Es una apuesta complicada. Se trata de encontrar a alguien que pase de la desesperanza a la esperanza a una velocidad asombrosa. Que se preste a todo este juego en un escenario bastante aparatoso, y que lo haga el mismo día. La capacidad de sugestión de Medusa es realmente admirable.

—Esa clase de veneno, ¿cómo se administra?

—El veneno diplomático es un veneno de cortesía. Basta con un brindis para cerrar el trato, basta con que el asesino se tome antes un antídoto.

—¿Por qué los mata, Trejo?

—¿Por qué no tendría que matarlos?

—Porque no tiene ninguna necesidad. Podría convencerlos de que hiciesen esa llamada y después...

—Al principio pensé que debía de tener una coartada práctica. Una cosa buena que tienen los muertos es que nunca se van de la lengua. Era verosímil. Pero Medusa no tiene el perfil de una organización discreta, son más bien unos exhibicionistas. La manera de convocar a quien esté convocando el día siete de noviembre es bastante espectacular. Ahora mismo me inclino a pensar que si los mata es para que no podamos mirar hacia otro lado. Las muertes son como una cadena de hierro, para arrastrarla mientras baja corriendo por las escaleras, para hacer el mayor ruido posible.

—¿Has pensado a quién quiere convocar?

—No tengo ni idea. Pero vamos a dar pasos en esa dirección. Mañana iré a Madrid a preguntar por el JAC. Galván era un caso tan sencillo que me juego la camisa a que empezó por él. Galván era lo que tenía más a mano, el mundo de los confidentes, los viejos torturadores. Y como no creo que nuestro asesino tenga más de setenta años, es posible que alguien del JAC sea el objetivo final de todo este juego. Esa gente del JAC, los que hayan sobrevivido, tendrán muchos enemigos.

—Pero ¿entonces serían hijos de los torturados los que buscarían justicia? Eso no casa. Medusa está matando a inocentes.

—¿Y a ti quién te ha dicho que los hijos de los buenos sigan siendo buenos? Esa es una idea completamente absurda. Los hijos toman sus propias decisiones. Y te diré más: pocas cosas son más valiosas para un psicópata que tener un gramo de razón, un milímetro de justificación moral. Los agravios, sobre todo si son reales, les ponen como motos. Las cosas más abyectas de este mundo se apoyan en buenos principios. Te daré un consejo... bueno, no, ni siquiera es un consejo, es solo una advertencia: desconfía de quien se apoya en la moral para imponer su razón. Las cosas que será capaz de hacer con esa razón, bueno, pueden llegar a ponerte los pelos de punta...

Trejo retiró media docena de papeles que habían ido cayendo de las estanterías como hojas de otoño para rescatar su chaqueta. Se subió de manera bastante

aparatosos los pantalones e hizo una mueca que Carlos interpretó como una despedida.

Carlos acompañó a su jefe a la salida. A Trejo la casa ya no le parecía ni tan pequeña ni tan desalentadora. Apreciaba cierta calidez en las paredes, en el trato de Carlos, incluso en los muñequitos de los ewoks que parecían reproducirse de espaldas a su ayudante.

Se estrecharon las manos antes de abrir la puerta.

—¿Y cómo sigue la investigación?

—Ya te lo diré. ¿A qué tanta prisa?

—Espero que no te moleste, Trejo, pero estoy tomando algunas notas sobre el caso. En código. No saldrán de casa.

—No me preocupa, créeme. Este es el lugar más seguro del mundo. Si alguien me pidiese que le indicase un buen sitio para enterrar unos documentos, le diría que se olvidase de las cajas fuertes, de los archivos encriptados. Le recomendaría la casa de Carlos Piminchumo: el laberinto de papel más profuso a este lado de los Pirineos. Sí, bastaría con dejar los documentos comprometedores por aquí, el problema sería recuperarlos después. Es una buena idea de negocio, no la dejes pasar. Solo tendrías que avisar cuando te cases: las mujeres suelen llevar integrada la manía del orden.

—Tampoco creo que vaya a casarme.

—¿Por qué tomas esas notas?

—Como testimonio. Jamás pensé que trabajaría con una leyenda de la investigación.

—¿Quién te crees que eres, el doctor Watson? Mírate, por el amor de Dios, ni con la mejor voluntad del mundo sería posible confundirte con un inglés. Por no hablar de mí. Es una cosa disparatada, del todo inconveniente. Pero te daré material: mañana estaré en Madrid tratando de aclarar el asunto del JAC. Y cuando regrese, no vas a creerlo, tengo una cita para irme de bodegas. La cerveza de hoy ha sido puro entretenimiento.

—¿La bodega de Obanos?

—Buena deducción. Lo que no voy a revelarte es la identidad de mi misteriosa acompañante. Escribe que es una mujer desconocida y atractiva, eso volverá locos de ansiedad a los seguidores de tu blog en el internet profundo.

—No tengo ningún blog.

—Pero sí tienes un ordenador, y vas a hacer una investigación. Vuelve a mirar esos vídeos, amplía la imagen, combina unos con otros, lo que sea. Quiero que saques a qué número llaman antes de que les envenenen. Todos los dígitos. Quiero saber por qué tardamos tanto en descubrir el cadáver de Galván, y por qué saltamos desde entonces a cada llamada.

—Hecho.

Carlos le abrió la puerta. Trejo ya tenía medio cuerpo fuera cuando se giró de nuevo hacia el interior de la casa. A Carlos le impresionó el rostro serio de su jefe, sin un gramo de luz.

—¿Sabes qué impresión tengo contigo?

—No.

—Que me observas para descubrir las claves de este negocio.

—Siento mucho si he dado esa impresión, yo no...

—Es un cumplido. Y como estoy de humor, voy a darte una indicación general sobre la naturaleza de la investigación criminal.

Trejo se pasó la yema del dedo con fuerza contra el lagrimal. Carlos sintió cómo las extremidades se le ponían en posición de firmes.

—Un asesino, una organización criminal de estas características, se dedica a construir cajas complicadas donde encerrar a sus víctimas. No matan a cualquiera, no matan porque sí. Y nuestro trabajo consiste en ser pacientes, en ir fabricando una trampa más grande y complicada, organizada según sus propias reglas: una caja donde meterlos y de la que no puedan salir nunca más.

Javier e Irina se habían conocido en la universidad cuando empezaron a militar en grupos de izquierdas. Los dos eran bichos raros. Aunque su padre había caído en desgracia, Javier procedía de una familia bien asentada. A diferencia de la mayoría de sus colegas, los Obanos nunca habían sentido la conveniencia de trabajar por un mundo más justo como una urgencia. Se dedicaban a cuidar y a cultivar sus tierras: estaban del lado de los ricos, de los vencedores, de los fuertes.

Irina era extraña no solo porque siempre hay algo inquietante en las personas muy inteligentes, sino porque la envolvía un secreto. Y ese secreto, al que solo tenían acceso unos pocos íntimos, era que su padre, con el que no compartía el apellido, supuestamente para protegerla, trabajaba para el Estado, era policía. No era un agente de calle, sino una especie de investigador, muy especializado, aunque Irina se hacía la distraída cuando le preguntaban en qué. En cualquier caso, Irina era la hija de un agente de la policía.

A Javier y a Irina les divertía decirse que en aquel grupo ellos dos eran hijos del enemigo, sus representantes. También empezaron a acostarse juntos. No se podía decir que fueran pareja. Y no era solo por convicción, no era solo porque no creyesen en los vínculos, ni en la estabilidad sentimental, era algo más profundo: había algo en ellos que les atraía, pero también algo que les repelía. De manera que el punto de equilibrio para ambos era un estar sin estar, un ser algo sin terminar de precisar bien qué: ni los compromisos ni las responsabilidades.

Javier consideraba que Irina era demasiado lista para él, que convivir con ella hubiese sido excesivo para su ego y para su confianza.

Javier reconocía que estar con Irina era estimulante, que lograba sacarle lo mejor de él, que eran horas tensas y emocionantes, suavemente competitivas... Llenas de sabor y de intensidad. Pero cuando pensaba en una relación prolongada Javier se inclinaba por imaginar a una chica menos hiperactiva, más sosegada, alguien con quien poder compartir el mundo sin examinarlo cada cuatro pasos.

Irina no hubiese podido explicar sin bucear a mucha profundidad en su ánimo por qué la idea de ser la novia de Javier Obanos le parecía una especie de broma amable; como el nombre, ligeramente burlesco, que nos ponen las personas que más queremos, de las que nunca esperamos que nos hagan daño.

Pero no solo se entendían sus cuerpos, también lo pasaban bien juntos, reían y tenían ideas parecidas. Ninguno de los dos consideraba seriamente participar en la política de partidos. Les parecía un sistema demasiado lento para sus mentes inquietas, y también estaban convencidos de que nadie que entrase en ese juego saldría limpio e indemne. La política de partidos tenía sus propias reglas e inercias, y nadie podía cambiarlas. No querían verse jugando al mismo juego que sus enemigos. Querían participar en política, pero como ciudadanos, desde las asociaciones, decidiendo su propia agenda y cuáles eran sus responsabilidades.

Los dos tenían muy claro también quién era el «enemigo». Obanos no tenía por principio nada contra los empresarios o la gente con dinero; conocía a muchos honrados, quería pensar que en su familia habían sido buenas personas. Para Javier, que unos mandasen y otros fueran asalariados tenía que ver, al menos hasta cierto punto, con las capacidades de cada quien.

Para Irina tampoco era una prioridad acabar con los empresarios. Una revolución que redistribuyera las rentas y los recursos les sonaba a cuento de hadas. Para ellos dos había un amplio sector de ciudadanos con cargos públicos, con capital, con influencia, que había estado erosionando y robando bienes públicos de manera ilegal. Sus enemigos eran los corruptos, los que desviaban fondos, los que cobraban comisiones, los que privatizaban para sus amigos.

No estaban por la labor de cambiar el sistema, eran demasiado intensos, demasiado impacientes: lo que pretendían era enderezar los desvíos, las corruptelas, lo que no estaba funcionando. Y no descartaban emplear la violencia.

Muchas veces se habían preguntado, sobre todo ellos dos, pero también el «grupo» que se reunía a su alrededor, cómo podían desmontar estas tramas de corrupción si ellos, sus enemigos, tenían la fuerza, los medios, los recursos, los periódicos, las armas, la mayoría de los intelectuales. Si todo estaba de su lado, para qué mover un dedo si era imposible ganar.

Irina le dijo a Javier que tratar de deshacer de noche lo que sus enemigos tejían a la luz del día era una tarea destinada al fracaso. Siempre irían más deprisa. Luchar con las armas legales contra un enemigo que dominaba la legalidad era un absurdo, una causa perdida, y a ninguno de los dos les atraían las causas perdidas.

Irina fue la primera en decir en voz alta lo que de manera tácita circulaba entre ellos: la respuesta era hacerles daño directamente. El dolor no tiene vuelta atrás; uno puede recuperarse, claro, pero tiene que atravesarlo, es una experiencia por la que pasas, que no puedes esquivar ni sobornar como un juicio o la cárcel.

Javier tuvo la idea: podían espiar, podían vigilar, podían sacar a la luz pública, y luego difundirlo entre amigos y familiares, cosas que esa gente escondía, cosas con las que costaba convivir. Podrían enrarecer el aire de sus vidas privadas, igual que ellos hacían con las de mucha gente, malgastando y trapicheando con recursos públicos, sacando beneficio con las cosas que eran de todos, estropeándolas.

Irina empezó a reunir un grupo. Solo que no eran un grupo. Eran personas desperdigadas con conocimientos especializados que se reunían para una acción concreta y después se dispersaban. Sin reuniones, sin documentos, sin plan. Era gente que investigaba y que se decidía a actuar, después se separaban. Confluían unas semanas, y después se disgregaban. Irina decía que debían actuar como las tormentas: condensarse en el aire, descargar con fuerza y luego desaparecer.

Tuvieron éxito en tres acciones relacionadas con el entorno universitario: un funcionario que hacía trampas (y negocio) con la adjudicación de becas; un regidor que pretendía vender a precio de saldo unos terrenos de la universidad a cambio de

una jugosa comisión; un profesor universitario que falseaba estadísticas para promover lo que ellos llamaban la «ideología neoliberal». Eran casos de distinta importancia, locales, pero les había salido bien, les habían hecho daño, y en dos de los tres casos habían revocado esas acciones contra la comunidad.

Irina tenía la teoría (¡tenía tantas!) de que la corrupción era una inercia. Que uno caía en la corrupción como quien se deja arrastrar por la corriente cálida de un río. Porque es lo sencillo, porque no duele, porque no tiene consecuencias. Su idea era que bastaba con recordarles a esas personas que podían recibir algo de daño, que sí tenía consecuencias, para que reconsiderasen su posición.

Las pequeñas acciones del grupo le daban la razón. Dentro de sus habituales coordenadas de frialdad, Irina estaba envalentonada. Quería seguir. Nunca se había sentido mejor.

A Javier no le gustaba que removiesen la vida privada. No le gustaba llevarle la contraria a Irina en público, un resabio de caballerosidad algo machista, un deje Obanos, pero en privado discutían hasta altas horas de la madrugada.

Irina le dijo que ella atacaba lo privado (¡como si lo hiciese a diario!) igual que ellos atacaban lo público: que las actuaciones públicas de los corruptos provocaban sufrimientos privados, así que era conveniente que ellos también sufrieran en la esfera íntima.

Javier no estaba para nada de acuerdo, pero no llegaron a discutir hasta un punto de no retorno. Y no por falta de ganas: Javier llevaba tiempo encontrándose mal. Se hizo pruebas. Le llegaron los resultados. Estaba enfermo, muy enfermo. Podía morir. De repente el futuro que él imaginaba como una cinta que se desenvolvía hacia el infinito, un panorama tan amplio como la vida, se estrechó en una cantidad ridícula de años, de meses.

Javier se trasladó a Barcelona y desapareció de la vida de Irina.

Cuando volvió a ponerse en contacto con ella la encontró en el sur de Navarra. En una pequeña ciudad que Irina llamaba pueblo.

Irina le dijo que era la casa de jubilado de su padre, aquel famoso e invisible Trejo. Que se había instalado allí para investigar a un político local.

—¿Sigues con eso?

—¿Y tú?

—Estoy curado. Voy a vivir.

A Irina se le saltaron las lágrimas.

—Voy a matarte, Javier, en cuanto te vea te mataré. Así que no vengas, porque te va a durar bien poco la alegría.

Irina le contó que su padre se había instalado en Pamplona. Y le invitó a visitar la ciudad-pueblo. A Javier le pareció que era una buena base de operaciones, cerca de la bodega, y el último sitio donde le buscarían sus enemigos.

Irina pasó la tarde nerviosa, atendió a su padre por teléfono con prisas. Le pareció como si tuviese que pasar un examen. La sensación la molestó. ¡Era Javier quien

tenía que responder muchas preguntas, y vaya si las iba a responder, vaya que sí!

Compró vino blanco y horneó un pastel. Trató de hacer algo con su pelo, se vino un poco abajo al comprobar que la cosa no tenía arreglo, pero también se dijo que Javier la quería, en la medida en que la quería, tal y como era. La frase la mató de risa.

Javier llegó con una bolsa deportiva y ropa vieja. Media hora tarde. Se había extraviado. Casi una hora gastada en las calles estrechas y oscuras de aquel pueblo-ciudad perdido en el mapa.

Irina estaba convencida de que sería capaz de escenificar un enfado y sostenerlo en el tiempo. ¡Por lo menos le haría sufrir dos horas! Pero en cuanto le vio se puso a reír. Se contaron superficialmente la vida y se besaron, terminaron haciendo el amor, casi por iniciativa de los cuerpos, como si ambos se encontrasen al extremo de un gran cansancio. Javier al final de un proceso que hubiese podido aniquilarle, e Irina de otro, paralelo, en el que había terminado por descubrir lo mucho que le importaba ese chico: que estaba enamorada de un Obanos.

Cuando terminaron Javier le explicó qué le había pasado y por qué estaba allí. Le habló de la pelea entre Luis y Norberto. Le habló de las llamadas de su tía, de cómo había muerto Elena. La dejó escuchar el audio de su tío. Le dijo que Norberto Obanos, oficialmente, se había suicidado. Le contó que probablemente también habían asesinado a su tío.

Leyeron juntos lo que su tío le había enviado al correo, la documentación que le habían enviado sus «aliados», y la promesa de guardar las nuevas pruebas que le dieran en el despacho.

—¿Qué te pasa, Irina? ¿Estás llorando?

—No es nada, no es nada. Pobre Javier, pobre.

Se les habían pasado las horas sin comer. Sentían el estómago vacío, pero no tenían hambre. Descorcharon la botella.

—Así que ahora eres una especie de bodeguero, a lo Falcon Crest.

Los dos rieron con ganas. Con ganas de demostrarse el uno al otro que estaban vivos, vivísimos, que estaban locos por luchar, por mejorar el mundo, por no morir nunca. Morirse era una ocurrencia completamente idiota, la peor idea que nunca había tenido nadie.

Volvieron a besarse. Irina apagó la luz y volvieron a besarse. Y esta vez lo hicieron distinto, despacio, mejor. Aunque no lo sintieron con tanta intensidad como antes, al reencontrarse, cuando parecía que los cuerpos iban por delante de la voluntad. Aunque esta vez no se entregaron por completo al deseo animal, salieron de aquel trance más serenos, limpios de miedo e inquietud. Convencidos de que eran dos, y de que lo iban a ser por un tiempo, de que iban a avanzar de la mano, juntos.

Irina encendió las luces. Se acordó del pastel, ya no podían frenar el hambre. Se lo comieron sin cubiertos, arrancando pedacitos con los dedos.

—Si todo esto es cierto...



—Lo es, Irina, estoy seguro.

—Bueno, no sé. Por un lado, es lo más grande que hemos manejado nunca. Por otro, es lo que había soñado desde que empecé.

—¿Soñado?

—Sabemos que estas cosas ocurren, pero se sienten tan impunes, tan seguros de que no les va a pasar nada, que han dejado un flanco vulnerable. Podemos golpearles.

A Javier no le gustó cómo Irina hablaba de aquel asunto, como si sus tíos no hubiesen muerto, como si su vida no corriese peligro. Le pareció que Irina se desentendía de su dolor, como si fuese algo que no iba con ella, una emoción abstracta, algo que debía procesarse para seguir adelante. Directa hacia la emoción. La justicia, la venganza, algo así.

—Pero no podemos ir a por ellos hasta que no tengamos pruebas.

—¿Qué pruebas?

—¿Qué pruebas? Estás disperso, Javier. Las que tu tío escondió en el despacho.

—¿Te extraña que esté disperso? Bueno, es sencillo. Mi tío me ha dejado la bodega en herencia, podemos ir allí y...

—No, no. Es demasiado peligroso. Esa gente podría matarte antes de que llegases a tocar esas pruebas. O podrían vigilarte y quitártelas para destruirlas. Tienes que mantenerte en paradero desconocido. No reclames esa herencia. Lo mejor es que sigas así, en una esquina del tablero.

Javier vio cómo los ojos de Irina ardían con una intensidad casi maníaca.

—¿En qué estás pensando?

—Tenemos que aprovechar que sabemos cómo acceder y abrir la caja fuerte. Tenemos que entrar, tengo que entrar, de otra manera.

A Javier casi se le atraganta el bizcocho al ver el rostro de triunfo de Irina, la mirada verdosa y ardiente en sus ojos, que siempre le había dado un poco de apuro mirar. Le avergonzaba el contraste entre su conformismo y la determinación de esa chica.

—Y ya sabes cómo, ¿verdad?

—¿De cuánto dinero disponemos?

—Del que quieras. Llevo encima media herencia de Elena.

—Pues nos vamos a Pamplona. Hablaremos con mi padre. No será sencillo, pero le convenceré.

—¿Tu padre? ¿El que no te cedió el apellido?

—Mi padre. Trejo. De algo tiene que servirte en la vida ser la hija del tipo que se encarga de cazar a los monstruos.

Trejo llegó a la estación con mucha antelación. No llevaba ninguna maleta, apenas una chaqueta fina para guardar el móvil, varios papeles garabateados y su vieja agenda azul.

Decidió esperar en un banco del andén, pensando en varios aspectos del caso, alejando su mente de Madrid. Levantó la cabeza justo para ver cómo el tren entraba en la estación. El andén se había ido llenando de pasajeros. Le desilusionó no ir solo, se había convencido de que a esa hora iban a ser cuatro gatos.

Entró en el vagón y en el asiento contiguo al que tenía asignado vio sentarse a una señora emperifollada; le pareció que llevaba guantes. Su pituitaria fue capaz de presagiar el aroma repugnante del perfume que la envolvía, y para protegerse decidió ir al fondo del vagón, donde todos los asientos estaban libres. No había preguntado si se trataba de un tren directo o con paradas; fuese como fuese le tocaba sufrir pensando que un pasajero podía entrar en cualquier momento y solicitar su sitio. Eran situaciones que lo llenaban de embarazo.

El tren arrancó sin que se llenasen los asientos, y aunque viajó solo todo el trayecto, en ningún momento se disipó la molestia de que podían pedirle explicaciones. Se sobresaltó cada vez que un pasajero cruzaba su vagón para dirigirse al bar. Tampoco quiso acercarse él a por un café, aquellos líquidos calientes eran matarratas.

Las inmediaciones de Pamplona restallaban de un verde vivo, como si alguien se hubiese dedicado a pintar con un rotulador fluorescente los tonos más amortiguados de la tierra. En el cielo se apreciaba una profunda cicatriz entre la capa usual de nubes planas por la que manaba una dolorosa luz. Era un buen día para irse de Pamplona. Y el peor para ir a Madrid: haría una tarde espléndida, sus ojos iban a sufrir.

Se entretuvo mirando su agenda. Allí estaba Zubioca padre, que nunca le respondería una llamada ya, y también el Químico. Los ojos y los dedos se le fueron casi instintivamente hacia el hombre que necesitaba ahora. García. Una mente prodigiosa tras un nombre anodino.

Dejó que su cabeza vagase por el pasado. En sentido estricto no habían conformado nunca un grupo. Eran más bien colaboradores. Personas con cualidades especiales que había encontrado desaprovechadas en distintos departamentos, con cierto sentido de la aventura y de la lealtad. Ambas cualidades se habían forjado porque se aburrían en el trabajo y porque frecuentaban el trato con superiores estúpidos. Trejo siempre les proponía retos y les trataba con educación.

Apenas se habían visto todos juntos. Los unos sabían de los otros poco más que los nombres y lo que Trejo dejaba caer en la conversación, y en ocasiones lo hacía para distraer y confundir. Los miembros del grupo eran, los unos para los otros, formas imprecisas en la mente, el grupo era tan solo una conjetura atractiva. Pero a Trejo le interesaba que estuviesen al corriente de su mutua existencia, que todos

supiesen de lo que el «grupo» era capaz en conjunto.

Trejo se imaginó a esos hombres como extensiones de su cuerpo, de su sistema nervioso. Eran extremidades altamente especializadas gracias a las cuales podía solucionar problemas técnicos. Y gracias a ellos también podía pensar con más libertad, de manera más efectiva y precisa, como esos ordenadores que envían los trabajos pesados a equipos periféricos para liberar memoria. No podía entender cómo trabajaban los detectives solitarios; un buen sociópata, se decía, necesitaba estar bien rodeado para permitirse progresar a solas cuando le convenía.

En algún momento de aquellos años frenéticos había pensado en el grupo como en una sociedad donde todos aportaban lo mismo, donde todos se jugaban lo mismo. Pero esa noche no tenía ganas de mentirse. Él estaba por delante y los otros le seguían. En cierto sentido se servía de ellos. Los ponía en aprietos, los tensaba, los llevaba al límite. Tenía fama de hombre gélido, pero las personas que quedaban bajo su influencia no podían quejarse de sentir frío: él las acercaba al fuego del riesgo, donde podían quemarse si no retiraban la mano a tiempo, si no les quedaba tiempo para retirarla.

Cuando miró por la ventana la tierra se había vuelto seca; vio grandes terrazas de arena, montículos sin apenas otro adorno que arbustos redondos, le recordaron a unos mechones revoltosos. Las casas parecían allí más firmes, pétreas, como si bajo la roca les creciese una raíz viva. Los pocos riachuelos con los que se cruzaban avanzaban a escalofríos, nerviosos, sin apenas caudal.

Empezó a pensar en Madrid con nerviosismo. Durante años había sido la ciudad que más le impresionaba de España, y le dolió que se hubiese convertido en el escenario de su hora más oscura. La última vez que la visitó le arrancaron algo. Y ahora descubría que la imagen alegre y amable de Madrid se había fundido con aquella visita tan dura, el día que le despertaron de la pesadilla del Castillo para pedirle cuentas. El día que integraron el desastre en su expediente, el día que le relevaron del cargo.

El funcionario que le recibió en Madrid, el hombre encargado de destruir su carrera, le dijo que siempre habían sabido que era un inconsciente. Le dijo que su perfil era el de un jugador, alguien que no puede resistirse a una apuesta alta. No le dio demasiada importancia. Pudo responderle con el expediente de sus éxitos. Pudo responderle que si hubiesen necesitado a alguien que pensase de manera corriente (y mediocre) no le hubiesen soportado tantos años.

Sabía, lo había experimentado, que hay situaciones que solo permiten que uno tome malas decisiones, que tienes que escoger entre la menos mala de dos opciones pésimas. Sabía que hay días en los que es imposible ganar y salir limpio. Pero estaba demasiado triste para discutir. El cuarto era estrecho, hacía calor, sudaban. Sentía la muerte de Zubioca como un material helado que le tocaba los bordes vivos de una herida. También sabía que le estaban pasando factura por años de desprecios acumulados, esa gente nunca olvida nada, y él no había aprendido a contenerse,

nunca había sido diplomático.

Al llegar a Atocha, bajó del tren y se orientó instintivamente. Le molestó el aire pesado, húmedo, casi tropical del invernadero. Bajo las pantallas de información vio a García. Le esperaba de pie. Alto y desgarbado. Vestido como siempre de gris.

—Trejo, ¿cómo estás, chico? ¿Qué tal el viaje?

—El viaje bien. Pamplona y Madrid están cada vez más cerca. Y yo... bueno...

—Se te ve estupendo, apenas has cambiado. Solo las canas, pero te sientan bien.

—¿Las canas? ¿Tengo muchas? Trato de no mirarme al espejo. Así me imagino joven cuando me conviene y a ratos tan viejo que cuando no tenga otro remedio que mirarme en uno de esos espejos me llevaré una alegría. Y, además, apenas han pasado cinco años desde que nos vimos por última vez.

—Pero son años decisivos. Los últimos de actividad profesional. Justo antes de derrumbarnos. Yo sí me miro en el espejo, y por el momento las noticias son buenas: sigo igual.

Y era verdad. Trejo terminó de inspeccionar a su amigo, y reconoció las ventajas de haber sido desde los treinta un anciano prematuro. Te adelantabas al resto, te costaba envejecer más, era trabajo adelantado.

—Vamos a tomar algo, Trejo.

Salieron de Atocha y a Trejo le violentó el enjambre de coches que circulaban. También era un día cálido de finales de octubre en Madrid. Del cielo despejado, de un azul intensísimo, manaba una luz escandalosa. Se llevó las manos a la cara: le ardían los ojos, se sintió mareado, dio dos pasos atrás.

—Tus ojos. Lo suponía. Te he traído una reliquia. Te las dejaste aquí la última vez.

Trejo sintió en la mano el tacto frío del cristal. La forma de la montura. Eran sus viejas Ray-Ban. Se las puso sobre la nariz, abrió los ojos protegido por la penumbra del cristal, volvió a mirar el mundo con serenidad.

—En otra vida seguro que fuiste una lechuza.

Trejo le dio una palmada en la espalda a García. Ambos se tomaron aquel súbito raptó de afecto físico, tan impropio de él, como un intento de adaptarse a las particulares características afectivas de la meseta, a su efusividad. Una suerte de camuflaje.

Ni siquiera al atravesar una plaza desguarnecida se le resintieron los ojos. Eran las mejores gafas de sol que había tenido en su vida. Empezó a sentirse más vivo, más energético. García le hizo meterse por una callejuela. Los clientes de bares y cafeterías invadían la calzada. Se oían risas, charlas animadas, los camareros se movían entre la gente cargando con cervezas doradas, patatas, aceitunas y tacos de atún. Trejo se sentía bien aquí, salir del norte le beneficiaba. No quería que el paseo terminase nunca.

—Aquí.

García señaló una pequeña taberna. Trejo vaciló entre quedarse en la terraza o

entrar. García le agarró del codo sin fuerza y le acompañó al interior. Los camareros le saludaron con la mano, pero García no presentó a Trejo. En la barra se desplegaba un surtido de tapas, queso en aceite y botes de aceitunas. Alguien les dijo que estaba todo listo. Atravesaron el pasillo y entraron en la cocina, que olía a ajo y a frito, a carnes especiadas, a grasa densa de animales grandes fundida despacio en hornos viejos. Al fondo se abrió una puertecilla y pasaron a una terraza pequeña, de losetas rojas, con una cubierta de parra, lo que parecía un olmo y una hiedra herida por el otoño, la vejez o un parásito, cuyas ramas apenas escupían ya hojas marrones y secas.

—¿Qué quieres tomar?

—Una cerveza.

Solo entonces descubrieron una mesita redonda con el tablero damasquinado, y dos elegantes sillas de jardín, de hierro basto, tan coquetas como incómodas: prometían una tarde de formidables dolores musculares.

—No te conocía este rincón.

—Seguro que vinimos, solo que no prestaste atención, Trejo. Siempre con la cabeza tan ocupada.

El camarero regresó con una bandeja y dos jarras de cerveza, una rubia y otra oscura. Trejo no había especificado; a él le tocaría la dorada, tan fría que el exterior de la copa parecía sudar. Así que aquella preciosidad tostada, con la espuma amarillenta y esponjosa, era para García. Entre la envidia casi pudo sentir el aroma a cebada, sin fermentar. García le adivinó los pensamientos.

—Es un capricho. Lleva lúpulo. Y si tenemos que creer al fabricante el agua la sacan de un pozo, a trescientos metros de profundidad. No sé si mejora el sabor, pero suena imponente.

—Imponente. Has escogido mejor.

El camarero les sonrió mientras dejaba en el centro de la mesa unas aceitunas con corazón de pimiento, patatas caseras y un platito con rodajas de salchichón.

—Es inaudito que sea en el norte donde tengamos fama de comilones...

—¿Un caso complicado?

Trejo había olvidado lo directo que podía ser García.

—Cuatro cadáveres. Y la cuenta amenaza con aumentar.

—¿No estabas retirado?

—Me retiraron.

—¿Y qué haces aquí? ¿Vas por libre?

—La persona que me ha pedido ayuda está desesperada. Solo así se explica mi regreso. Pero no te alteres. No me han perdonado. Es solo un caso y después a casa, a dormir.

—¿Quién te ha convocado? ¿Quién está desesperado? ¿Para quién trabajamos?

—El crío de Zubioca.

—Se dicen muchas cosas de él.

—Se dicen muchas cosas de todos. Todo el tiempo. En eso consiste la vida, ¿no?,

en una impresionante circulación de chismes.

—¿Qué quieres de mí?

—El siete de noviembre. Durante cuarenta años, desde que Franco estiró la pata en adelante, aunque puedes saltarte la última década, la cosa viene de atrás. Cosas que pudieran afectar a cuerpos del Estado, jueces, testigos protegidos, chivatos... ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Puedo improvisar.

García puso los ojos en blanco, como una especie de médium. Respiró profundo y después descargó una larga tirada de cosas que habían pasado ese día. Por lo menos treinta, de todos los temas y colores, se podía llenar un periódico entero con ellas.

Al terminar, García respiró con fuerza para recuperar el aliento, y miró a Trejo con una expresión pícara, como al niño goloso al que su tío descubre a medianoche en la cocina con un tarro vacío y la boca untada con los últimos restos de mermelada.

Trejo había presenciado ese despliegue una veintena de veces, pero como el niño que no se cansa nunca de ir a ver la nieve, asistió con el mismo asombro que de costumbre.

Una vez leyó la historia de un niño autista que cuando caía algo al suelo pronunciaba una cifra al instante. Si tirabas una baraja acertaba el número de naipes, si arrojabas un bote lleno de palillos te decía la cifra exacta, si se rompía un vaso el número de trozos en el que se había hecho añicos. Su cerebro estaba altamente especializado en tomar una fotografía visual y en calcular, apenas necesitaba dos segundos. También le hablaron de dos mellizos autistas que podían pasarse horas calculando números primos en magnitudes que desafiaban a los primeros ordenadores.

García no era autista, sencillamente podía retener cualquier dato y vincularlo con otro a mayor velocidad que cualquier otra persona que él conociese. Era un ordenador con la ventaja de que podía entender las necesidades afectivas y las lógicas de la investigación: podía anticiparse, tenía iniciativa.

Casi todos los países tienen en nómina a personas así, con estas facultades, útiles porque son capaces de grabar en su cerebro la masa de información que requiere un departamento. Pero también son peligrosos, inestables, nadie sabe qué sacrificios emocionales o intelectuales han hecho para cultivar sus «habilidades».

García parecía un tipo normal, y había hecho cuanto estuvo en su mano por no sobresalir. Trejo le había descubierto de manera fortuita. Se lo encontró en los últimos escalafones del departamento; le mosqueó que trabajase tan rápido, sin apenas esfuerzo, y terminó deduciendo la clase de persona que era, calculando lo que podría aportarle si aprendía a tratarle.

Los departamentos suelen usar a las personas como García de archivos vivientes, pero se cuidan mucho de meter en su cabeza información demasiado valiosa. No existía ninguna combinación que pudiese asegurar que se mantendrían callados, en silencio, ni cuánto podrían resistir si les presionaban, si intentaban seducirles. La

información podía salir de su boca en cualquier momento, por descuido, por coacción, por interés propio. Y las personas van sobradas de intereses propios.

Trejo se cuidó mucho de que García accediese a sus propios secretos. No le dejó asomarse tampoco a la información clave de su grupo. Pero aprovechó su cargo y sus contactos para darle acceso a decenas de archivos, lo llevó a ver documentos clasificados, y García se tragó toda aquella información con sus ojos de bestia hambrienta.

Uno de los motivos por los que la documentación secreta suele estar segura es porque por mucho que alguien pueda verla o entrar en contacto unos minutos, es casi imposible retener lo suficiente: se aprecian indicios, pero nunca el dibujo completo. Trejo le procuró a García información y tiempo, y García se convirtió en su mapa secreto: llevaba enrollado en la cabeza casi todo lo que había pasado en los intestinos del país desde el 75 en adelante. Cuando Trejo cayó en desgracia García regresó a su modesto puesto en el escalafón administrativo.

—Impresionante.

—Te lo filtraré un poco más y te aviso. ¿Te importa si me fumo uno antes de irnos?

A Trejo le daba tres patadas en el estómago que encendiese uno de los apestosos puritos recortados que García consideraba no solo elegantes, sino también muchísimo más sanos que los cigarrillos, pese al inconfundible aroma a petróleo que desprendía aquel cilindro. Apenas había tocado su cerveza ni tampoco la comida, pero la mesa parecía un campo después de la batalla: restos de patatas, manchas de aceite y el pimentón esparcido; García era un glotón. Le dio un trago largo a la cerveza, había permitido que se calentase demasiado.

—Una cosa más. No tiene la menor importancia. Es solo un dato que me baila. ¿Recuerdas al JAC?

—¿Vas detrás del JAC? Son un grupo peligroso, bueno, eran un grupo peligroso. Ahora tendrán más de setenta años, si es que siguen vivos. Una suerte de héroes nacionales durante la dictadura. Se metían en los sitios más sucios.

—Empecé a investigar y me llevé una sorpresa. He descubierto que tuvieron un chivato a su cargo después del 76. Casi tres años.

—¿Y? Todos esos grupos trabajaban con confidentes. Una acusación malintencionada equivalía a una prueba... Ah, ya te entiendo. ¿Te sorprende que siguieran activos todavía en democracia? Supongo que fue por inercia...

—Muy bien, sí, eso mismo creo yo. Pero hay algo que me tiene mosca. ¿No les disolvieron antes del 76? El Estado no podía permitirse que esa gente siguiese haciendo lo que hacía.

—Bueno, ese es un error muy extendido, Trejo. El Estado no podía contener grupos que cometiesen acciones ilegales. Pero esa gente había actuado dentro de la legalidad. Además, el JAC era una suerte de ente secreto, solo salía en la contabilidad B. Según cómo lo mires eran héroes, no te los podías cargar por decreto, y también

eran peligrosos. Tenían armas, contactos, cero escrúpulos. La Transición era una caja muy bonita, bien embalada, pero nadie sabía qué iba a salir de allí dentro. Así que ni podían prescindir de esa gente ni podían mantenerlos en nómina.

—¿Y qué hicieron?

—Los durmieron. En el caso del JAC, si la memoria no me falla, los retiraron de la circulación en el 74 para preparar el terreno y los mantuvieron dormidos hasta mediados del 78.

—Y después se desembarazaron de ellos.

—No exactamente. ¿Cómo te lo explico? Piensa en tu caso: estás retirado, pero sigues cobrando...

—Estoy jubilado.

—Sí, ese es el nombre técnico. Pero no has salido de la estructura del Estado. Recibes una paga. Pueden reingresarte al servicio. Acaban de hacerlo, ¿no?

—No te adornes, García. Si lo que hicieron fue jubilarlos, dímelo sin más.

—No, no les jubilaron. Entonces eran todavía gente joven. Gente muy joven y muy activa, y lo que durante un tiempo se llamó patriotas. No querían rastros en los archivos, pero tampoco querían dejarles libres. Los querían disponibles y controlados. Así que los enviaron a dormir un sueño más profundo. Los sacaron de los archivos, pero seguían dentro de la estructura. Siguieron dependiendo de alguien en activo, podían ponerse en contacto con él.

—Y ese sueño más profundo empezó en el 78.

—Un poco antes, a finales del 77, si no me falla la memoria... Oh, no puedo creerlo, qué escondida llevas esa jugada, Trejo...

—No te escondo nada, García.

—Entonces, amigo, vas a llevarte una sorpresa de las buenas. Según recuerdo, se les informó que dejaban de ser JAC en la reserva para pasar a ser durmientes profundos en una reunión que se celebró un siete de noviembre. Ya ves cómo son las cosas, el mismo día por el que me has preguntado. Menuda coincidencia, ¿verdad?

—Asombrosa.

Abandonaron el patio y salieron al exterior. Pasaron por una calle estrecha; de las ventanas colgaban ramos de clavellinas, como si las hubiesen puesto allí a propósito, para causar buena impresión en el visitante. El tráfico estaba casi detenido.

—¿A qué hora sale tu tren, Trejo?

—A las siete. Pensaba dar un paseo, no he quedado con nadie.

—Si te apetece podemos pasear juntos.

—¿Y la oficina?

—Te cuento de camino. ¿Qué te apetece ver?

Trejo se había desorientado por completo. Lo último que esperaba era que al extremo de la calle se abriese la Gran Vía. Una inundación de luz le sobresaltó. El ruido, el embotellamiento, cientos de personas avanzando como si se persiguieran las unas a las otras. A un lado quedaba una de esas inmensas glorietas inverosímiles en



cualquier otra ciudad española, y el edificio enorme, como un mármol blando, del Palacio de Justicia o el Ayuntamiento, no estaba seguro.

—Antes me preguntabas por la oficina. Pues el tema es que no hay mucho que contar. Puedo hacer el trabajo que me asignan en menos de dos horas. Así que me quedan seis libres. Me había acostumbrado a pensar que mi verdadero cometido era lo que pasaba con el grupo, lo que tú me encargabas. Lo otro, por lo que he cobrado toda mi vida, me parecían ejercicios de tonificación. Pero ha resultado ser mi auténtico trabajo.

Avanzaron sin decirse demasiado. Esquivando transeúntes que andaban en la dirección contraria. García le llevó directo hacia una calle peatonal. El contenedor de basura estaba volcado. Trejo se puso las manos en los bolsillos.

—Por cierto, García, siempre he querido preguntarte por esa habilidad tuya. Si te hicieron alguna vez pruebas.

—Varias veces, al principio. Mis padres las cortaron. No querían que me sintiese un monstruo de feria.

La calle peatonal se abrió a otra de las rotondas madrileñas que dejaban a Trejo confundido. Varias cadenas de comida rápida se alternaban con una mercería y una panadería tradicional, de un restaurante casero les llegó el olor a fritanga. Dos chicos que se perseguían por la calle esquivaron a Trejo en el último momento para impedir la colisión. Bandadas de palomas volaban sobre ellos.

—Entonces ¿no sabes qué le pasa a tu cabeza, cómo funciona tu cerebro?

—Bueno, para mí funciona normal. Es un asunto irrelevante. Mi cabeza es el único sitio donde puedo vivir. No tiene ningún secreto. Por lo que sí pagaría es por saber cómo funcionan los otros cerebros, a los que se les olvidan las cosas.

—Es un buen punto de vista.

—Pero para no dejarte en ascuas, supuestamente mi cerebro procesa el mundo más despacio. Os veo a todos moveros lentos, como peces.

—Hay peces muy rápidos, García.

—Pues como peces lentos. Y algo de eso es verdad. No puedo ir al cine. Esos veinticuatro fotogramas por segundo... Toda la sala da vueltas. Me mareo. Es un horror.

Entraron a una zona verde. Les rebasaron media docena de personas que corrían en chándal y con zapatillas deportivas. Un par de ellas llevaban un buen ritmo, el resto parecía retorcerse sobre sus propios tobillos. Atravesaron un enorme pasto con unos pocos árboles casi deshojados. A lo lejos Trejo apreció los movimientos de agua de un surtidor, dos columnas de agua que se cruzaban en el cielo caprichosamente.

—¿Cómo llevas la jubilación?

—No me quejo. Tampoco he desarrollado aficiones. No he tenido tiempo. Mi única vida era esto.

—¿Y por qué aceptaste?

—¿Qué otra cosa iba a hacer? La operación fue un desastre. Y siempre supimos

que la fiesta no podía durar siempre. Pasan los años, por dentro te sientes igual, pero el tiempo va trabajándote por fuera. Te arruga, te deforma, te seca. Y la fiesta no es para feos. Esto tenía que pasar, de mejor o de peor manera. Las personas como yo vivimos muy cerca del fuego, es nuestra vocación, lo que nos gusta: retirarse sin quemaduras es una idea descabellada.

Atravesaron un paseo bordeado de otras plantas que parecían medicinales. Trejo agradeció volver a la calle: prefería el asfalto y las aceras a esa vegetación enclaustrada. El cielo seguía de un azul terso. La gente parecía afluir en más número, más inquieta.

—Dime, García, ¿alguna vez has sentido que te debían algo? ¿Que estaban en deuda contigo?

—La verdad es que no. Ya te he dicho que echo de menos nuestras «colaboraciones». Es algo con lo que puedo vivir, aunque a veces pienso que esperaba más.

—¿Una medalla?

—Un reconocimiento. Y tuyo. Nunca has sido demasiado efusivo, Trejo.

—No te lo pregunto para que me recrimines. He llegado a buenos acuerdos con mi forma de ser. Hace años decidí no estar a la altura de vuestras demandas de cariño, de afecto y de mimitos...

—Entonces ¿por qué me preguntas?

—Es una pregunta profesional, qué esperabas, pero supongo que da igual. ¿Qué hora es, estamos muy lejos de Atocha?

—Estamos volviendo. A mi oficina y a tu estación. Queda un rato para que salga tu tren, pero tendrás que tomarte el último café solo. Ni siquiera yo puedo faltar tanto; aunque nadie note mi ausencia, tengo mis principios.

Volvían a estar en una de esas calles estrechas, limpias, con flores en los balcones, que parecían peatonales hasta que las atravesaba una moto y Trejo se subía instintivamente a la acera. Se había vuelto a perder, solo le quedaba confiar en García.

—¿Podrías decirme por qué me hiciste esa pregunta tan profesional?

—¿Cuál?

—Ni te acuerdas. ¿Sabes qué, Trejo? Creo que igual que yo os veo moveros a todos lentos, tú ni siquiera nos ves. O solo a ratos, cuando te interesa.

—Ah, esa pregunta. Bueno, es como si todo este caso diera vueltas alrededor del mismo problema moral. Aunque no sé si moral es la mejor palabra.

—¿Cuál? ¿Sentir que te deben algo?

—Eso mismo. Todas las víctimas eran personas que sentían que el Estado o la gente para la que trabajaron les debían algo. Parecen haber sido seleccionadas para morir a causa de su celo, por su disgusto. Como si el asesino quisiera demostrar algo.

—Pues entonces, Trejo, te compadezco.

—¿Por qué?

—Por que en ese caso te enfrentas al caso más complicado de tu carrera. Cualquiera de nosotros, cualquiera, podríamos ser las víctimas de ese criminal. Puedes preguntar a quien quieras. Todos, en algún momento, en alguna parte, hemos sentido que no nos trataban según nuestros méritos, que nos debían algo.

Caminaron en silencio hasta que Trejo pudo reconocer las calles que conducían a la estación de Atocha. Antes de separarse Trejo le entregó a García un último caramelo, como si quisiese aliviar la leve tensión que parecía haberse instalado entre ellos. Siempre le había sorprendido que las personas fuesen tan frágiles, que fuese tan sencillo hacerles daño, casi sin querer.

Sabía que la conversación con García se le podía ir de las manos, algo que nunca le hubiese pasado con el Químico, con cuya impavidez parecía más sencillo relacionarse. De manera que se guardó un as en forma de papel arrugado en la manga. El número al que habían telefoneado los durmientes antes de acostarse. Carlos había logrado deducirlo observando los vídeos. Le pidió que averiguase cuanto pudiese. Que le telefonease en cuanto estuviese al corriente de algo, de cualquier cosa. Bastó con ese encargo para que a García se le desplegara una sonrisa infantil. Trejo casi pudo ver cómo su cuerpo quedaba iluminado y recorrido por el placer eléctrico de sentirse útil.

Luisa trató de mantener la mente en blanco mientras el Audi la sacaba del polígono. Su coach le había explicado cien veces cómo debía concentrar la conciencia en el centro de la frente, sensibilizarse ante el paso de la realidad: los aromas, el color, los sonidos. Pero siempre que había intentado hacerlo se encontraba en el piso adaptado donde seguía las clases de yoga, o dentro de su umbral de seguridad.

Después de diez minutos Luisa se convenció de que esa tarde no iba a poder frenar la danza frenética de sus pensamientos, que solo lograría un dolor de cabeza. En esos diez minutos el Audi dejó atrás las construcciones de hormigón del polígono, y los suelos repletos de chatarra, que recordaban al círculo de tiza que en los conjuros protege el interior mágico del mundo real.

Para mantener entretenidas las manos abrió el bolso, y comprobó en un espejito el estado de su maquillaje y de las facciones. Solo alguien que la conociese mucho podría reconocer el efecto de la emoción reciente.

¿Qué había de verdad en todo lo que ese hombre le había contado? ¿Por qué lo que tanto había deseado durante años se le aparecía ahora bajo esta forma rocambolesca? Había sentido la tentación (¡seguía sintiéndola!) de descartar allí mismo toda aquella absurdidad que la atraía como un imán, pero no era capaz de arrojar por la ventanilla el papel que le había dado con el número de teléfono escrito. Al contrario, encontró su mano agarrándolo con fuerza, como si temiese perderlo en un descuido.

Descartó interrogar al chófer; saltaba a la vista que a aquel conductor le habían contratado para devolverla a casa, no estaba al corriente de las propuestas del hombre que le había girado la vida del revés con tres o cuatro docenas de palabras. El conductor ni siquiera era el mismo que la había recogido en su casa, en pleno ensanche de Pamplona, a primera hora de la mañana. Recordaba ahora la calle en silencio, los árboles empapados de rocío y expectativas.

El cielo seguía húmedo, uno de esos días en los que el sol echa un vistazo al mundo y prefiere quedarse en segundo plano, emanando luz sin convicción, con la misma desgana que una vela vieja.

El taxi atravesaba una carretera que todavía no le era familiar. En las laderas vio casas rurales, y media docena de caballos que cargaban con unos jinetes inseguros. Debían de ser turistas, y se distrajo pensando a qué sitio de Europa huiría ese año para evitar las turbas de los Sanfermines. Le pasaron por la cabeza imágenes sin demasiada fuerza de París, de Venecia (donde habían estado dos veces), de Amberes y Roma, mezclándose las unas con las otras.

Se remontó a la primera vez que ella y su marido se fugaron de la ciudad e instituyeron la tradición de pasar lejos de casa la semana más célebre, cuando Pamplona se confunde con un centro del tejido informativo. Esa vez sus todavía escasos recursos económicos escogieron por ellos: un hotelito rural enclavado en un

valle frondoso, cuya vegetación resistía verde y fresca los primeros calores del verano. Y aunque después el dinero les permitió ir más lejos y visitar ciudades fabulosas, su ánimo regresaba a esas risas y besos inocentes entre un prado dominado por lo que el casero les dijo que eran prímulas. Ahora que el dinero volvía a escasear igual no era mala idea volver a pasar esos días en el campo, aunque viajar sola no era para nada igual de divertido, para nada.

Se aburría de mirar por la ventanilla y se acordó de que llevaba apagado el teléfono. Se sentía muy orgullosa de aquel iPhone que tomaba fotos de tanta calidad y la aliviaba de cargar con una videocámara en los viajes. De cada ciudad habían filmado un buen reportaje que después, entregados a las exigencias del curso, nunca encontraban el momento de ver. Su marido bromeaba diciendo que tenían una filmografía más extensa que Víctor Erice. Le echaba de menos.

Aunque no se había avenido a apagarlo mientras duró la entrevista como le pidió el hombre, lo mantuvo en modo avión. Las llamadas y los mensajes fueron llegando de uno en uno: cuatro cosas del trabajo (se había reducido tanto desde que perdieron la alcaldía), dos confirmaciones en Facebook para asistir al club de lectura que había organizado (bajo otro estado anímico, desde luego) en su casa, y dos «favoritos» en Twitter para una foto que había compartido sobre una exposición de un pintor catalán cuyos paisajes sin seres humanos la habían conmovido. Uno de los «favoritos» era del Ministerio de Obras Públicas de Bolivia, le hizo gracia la confusión (no podía ser otra cosa); el otro era de un chico de San Sebastián, se habían conocido en una fiesta del partido organizada para pactar cuándo le iban a hundir al líder fracasado la espada que ya oscilaba sobre su nuca. La simpatía de aquel chico alegró un poco el funeral; no se sentía como para una aventura, pero le dio su dirección de Twitter; se había habituado a tener un «favorito» al día, lo sentía como una caricia virtual.

También tenía una llamada de voz de su marido. Le llamaría así hasta que siguieran llevando el anillo, hasta que se divorciasen, incluso un poco después, seguramente. Escucharía el mensaje al llegar a casa. No quería derrumbarse en un coche ajeno, delante de un desconocido.

Tampoco le faltaba tanto para llegar. El taxi había entrado en Pamplona y avanzaba con ciertas dudas por calles familiares en dirección al ensanche. Pasaron por el local donde estuvo a punto de convertirse en la segunda del partido, por el restaurante donde solían salir a cenar los sábados, incluso después de hacer el amor. «Eso es lo malo de las ciudades donde has vivido siempre. El motivo por el que me largaría a vivir a cualquier otro sitio si tuviera dinero: todas las esquinas están pegajosas de mis vivencias», lo había leído en la novela en la que estaba enfrascada.

—¿Es aquí, señora?

—Sí, sí, es aquí. Ahora me bajo.

Estuvo a punto de decirle que se llamaba Luisa, que tenía cincuenta y dos años, que acababa de separarse de un hombre que no quiso tener hijos, pero se dio cuenta de que aquello no era solo un síntoma de lo sola que se sentía, sino también un tanto

embarazoso.

Tampoco se metió en casa. Se quedó en la calle, con los pies al borde de la acera. Primero mirando cómo se alejaba el taxi, después acompañando con el cuello el suave deslizarse de dos autobuses de gente como ella, atrapada en la misma red de problemas.

Odiaba la autocompasión, se detestaba cuando se sumergía en toda aquella condescendencia. Era una mujer práctica, había tomado decisiones; si preguntabas en esta ciudad encontrarías a bastantes personas heridas por su manera de ser, por las cosas que solía hacer cuando estaba tan cerca del mando que ya parecía ser suyo. Prefería la rabia, esa emoción le daba brío, le llenaba el cuerpo y el corazón de fuerza, de una fuerza negra si se quiere, pero fuerza al fin y al cabo.

Así que se decidió a dar un paseo, y se encontró pensando que el teléfono no le serviría para lo que le había pedido aquel hombre. No podía hacer la llamada ni grabarse al mismo tiempo. Pasó de largo la zapatería para no saludar a la pesada de la propietaria que no quería entender que si no seguía comprando allí era porque ya no se podía permitir esos precios.

Dio una pequeña carrerita y se encontró casi de frente delante de un bazar que habían abierto... ¿hacia cuánto? ¿Dos semanas? ¿Un mes? No estaba segura de quién de los dos se había quedado la videocámara, si seguiría funcionando. No quería correr riesgos. Compró una que estaba de oferta, un descuento fabuloso, le pidió al dependiente que se asegurase de que tenía todo lo necesario y probaron si funcionaban. Estaba jugando, se aseguró de que la podía devolver; estaba jugando, no pensaba inclinarse ante aquella propuesta tan estúpida, pero si quería fingir bien, tenía que ser leal con el exigente plazo que le había dado aquel chiflado: tenía que hacerlo esa misma noche, antes de dormirse.

Dio la vuelta a la plaza para airearse y disfrutar del placer sereno de haber comprado otro objeto. Comprar la volvía loca de alegría. En la entrada del hotel Yoldi vio a dos chicos besándose: ella era japonesa, él debía de ser yanqui, con gafas de pasta y el pelo cortado raro. Besándose, bebiendo, siguiendo la ruta de Hemingway, quemando fajos de dinero en el altar del consumismo. Costaba aceptar que todo eso hubiese pasado ya, que los días luminosos, indescriptiblemente eróticos, no fuesen a volver.

Solo tenía cincuenta y dos años. Solo. Ahora todo iría muy deprisa, su vida iba a precipitarse, eso le habían dicho siempre. Se dio cuenta de lo ridículo que era el plan de la videocámara. Se sintió completamente avergonzada. Tuvo el impulso de ir a devolverla en ese mismo momento, pero el estómago le reclamó algo de comida. Decidió subir a casa, comer algo, ver media hora de televisión, y después diría adiós a aquel plan idiota. Era más sencillo recuperar a Urko, a su marido, porque todavía lo era; mucho más fácil, se pondría con ello esa misma tarde, sí, eso haría. Los besos y las risas podían saber igual en un hotel de las afueras que en París.

Subió a casa, se desvistió, volvió a ducharse, se hizo una ensalada de pasta fresca

y asó un filete de atún. Vio un poco de televisión y, como obedeciendo a un mandato sobrehumano, se levantó de un salto y telefoneó a su marido.

—Diga.

—¿Urko? Soy Luisa.

—¿Y qué coño haces llamándome ahora?

—Calla, por favor. He estado pensando, todo esto ha sido un malentendido. Una cosa terrible que nos ha pasado y no nos merecíamos. No es verdad que el dinero fuese lo que nos mantenía unidos. No pienso tirar así veinte años de mi vida por la borda. Es solo que nos hemos puesto nerviosos cuando ha faltado. Pero puede solucionarse, podemos arreglarnos y...

—¿Luisa?

—... además, me ha pasado una cosa... ¡como de película! Tengo que contártelo, solo será un momento...

—¡Luisa! No me importa. No quiero que me lo cuentes. ¿Has escuchado mi mensaje de voz?

—¿Yo? No. Lo he visto, pero no...

—Te he enviado el teléfono de mi abogado. Estoy hasta los cojones de estas llamadas. Se terminó. Si tienes algo que decirme hazlo a través de él...

—¿Urko? ¿Urko?

Se quedó unos segundos largos como horas escuchando el pitido de la comunicación interrumpida al otro lado del auricular.

A duras penas resistió el impulso de arrojar el aparato contra el suelo.

Se levantó y se puso a buscar la videocámara. ¿La había devuelto, después de todo? No, no, tenía que estar aquí. Se concentró en el centro de la mente, fijó su pensamiento allí. Encontró la bolsa debajo de la mesita del recibidor.

Repitió mecánicamente las operaciones que le había visto hacer al dependiente en el bazar. Comprobó que funcionaba. La puso sobre la mesa del comedor.

Pero no pudo, sencillamente no pudo hacerlo así. Volvió a ducharse, se peinó y se maquilló. Se puso ropa interior limpia, un vestido negro y un precioso collar que le había regalado Urko y que no habían tenido ocasión de disfrutar juntos.

Se preparó una copa. Los cubitos crujieron al entrar en contacto con la ginebra. Se acordó de que tenía lima, la exprimió, el zumo apenas le dio para cubrir el alcohol. Dio un primer trago, resistió como pudo la arcada, el mareo pasó enseguida.

Se dijo que no cumpliría con lo de dormir en la misma habitación donde estaba grabando. No iba a ceder a todo lo que aquel hombre le había pedido, por persuasivo que fuese. Y se dijo entonces que se había sentido a su lado «como en casa», como si compartiesen una herida parecida. Le pareció que aquel hombre cargaba con el mismo vacío que le habían abierto a ella.

Puso la cámara a grabar y tuvo que emplear cinco minutos más en recordar dónde había dejado el teléfono. Lo descubrió en la ranura entre dos cojines.

Se puso frente al espejo, de cara a la cámara.

Le hubiese gustado pintarse los labios de un rojo más intenso. Urko lo detestaba: «Mejor no me hagas decirte lo que te hace parecer ese rojo que tanto te gusta», le decía. Eso le decía, sí. Pero no le importaba, no iba a hacerle caso, ahora mismo empezaba el primer minuto de su vida sin él.

Marcó el teléfono; no tuvo que buscar el papel, había memorizado el número.

Estaba demasiado nerviosa para aventurar cómo reaccionaría si se trataba de una broma. Podía responder un hombre, una mujer, un niño. Pero saltó el contestador tal y como aquel hombre le había asegurado.

—Medusa.

Después dejó pasar los cinco segundos que habían acordado y terminó el trabajo que el hombre le había encomendado.

—A Trejo.



A primera hora de la tarde Trejo estaba plantado, de pie, esperando entre los viñedos. Las vides estaban casi secas, descargadas de hojas.

El siguiente en llegar fue el guía. Se presentó como Antonio, un hombre de mediana edad, flotando entre los años de Trejo y los de Irina. La cara afable, sonrosada, vestido con un chaleco.

—Había hecho alguna visita con pocas personas, pero creo que nunca para un policía.

—Trate de olvidar que soy policía. Es solo un trabajo. El resto del tiempo soy una persona normal, con otras inquietudes e intereses. Mire, por ahí viene mi amiga.

Trejo era muy consciente de que la reticencia de tratar a Irina como si fuera su hija podía conducir a equívocos. Cada vez había más parejas de edades dispares, pero, como siempre, lo principal era mantener a Irina a salvo, y así creía que la protegía mejor. Además, internamente le hacía reír que alguien pudiera tomarle por el novio de una *punky*. Irina no le había convencido de que no lo era.

Antonio y Trejo vieron a Irina tratando de desplazarse rápido entre la tierra con sus largas piernas. Se había hecho algo en el pelo: lo había mojado o le había aplicado espuma. Trejo saboreó la broma que pensaba hacerle, pero la presencia de Antonio le reprimió. Irina le dio un abrazo muy cálido, hicieron las presentaciones.

—Es una lástima que las vides estén reposando. El mes que viene empezaremos a remover la tierra y a podar las ramas. Después vendrán los injertos y tendremos que quitar las malas hierbas...

—¿Y cuándo vuelven a brotar las vides?

—A eso iba ahora, señorita. Hasta abril no vuelven a brotar.

Atravesaron el terreno, que estaba repleto de árboles que emergían de la tierra como dedos retorcidos. El ambiente era siniestro, Trejo sentía el peso de las muertes recientes envolviendo la bodega.

—Las uvas se recogen entre septiembre y octubre. Cuando alcanzan su mejor momento de maduración. En estas cajas pequeñas. Son así de pequeñas para evitar que el fruto reciba ningún «maltrato».

—Están mejor protegidas que muchas mujeres, por lo que veo.

Antonio respondió a la impertinencia de Irina con una sonrisa de compromiso, una sonrisa que en aquel hombre debía de ser una suerte de resorte nervioso, algo siempre preparado y dispuesto para responder a toda clase de clientes.

—Entremos en la bodega, si gustan.

Antonio les dio toda clase de información sobre la excepcionalidad del edificio. Lo hizo de manera fría y rutinaria, sin rastro del calor y del entusiasmo con el que había hablado de los frutos y de su recogida en aquellas pequeñas cajas. Trejo no atendió demasiado al recitado sobre las cualidades de la bodega, le dio la impresión de que era algo que ya le habían ido contando.

Fueron en dirección al lagar. Antonio les enseñó una máquina que separaba los granos del escobajo. Trejo estuvo a punto de preguntar por la clase de bicho que era un escobajo, ya lo había imaginado como una especie de pulgón. Se equivocaba.

—El escobajo es la parte verde del racimo.

Después les enseñó el lagar. Les dijo que aquella prensa estaba preparada para estrujar con suavidad las uvas. La gracia estaba en no molerlas como si fuese un molino. En extraer todo el jugo y toda la pulpa.

—Yo pensaba que eso se hacía con los pies.

Antonio volvió a reír y pensó que le había tocado una visitante divertida, pero Irina lo había dicho en serio. Era una urbanita incorregible, no sabía nada del campo, atravesar aquellas bodegas era como pasear por una estación alienígena.

Trejo tuvo la misma impresión cuando creyó entender que Antonio les decía que con aquella maquinaria punta movían la uva aprovechando la gravedad.

Antonio les fue guiando por diversas salas. Les explicó que, una vez prensada la uva, la pulpa y el jugo se vertían en vasijas de madera. Trató de transmitirles la emoción por ese momento clave en el que durante algo más de una semana las levaduras naturales de la uva empiezan a asimilar los azúcares y van poco a poco transformándose en alcohol.

Antonio no lo dijo, pero a Irina aquel asunto le recordó a la lenta transformación de los tejidos de un gusano de seda dentro de su capullo en otra clase de criatura.

—Las uvas blancas tienen un poquito más de complicación que las negras. Cuando se trata de uvas blancas es imprescindible eliminar los restos vegetales. También las impurezas que puedan aflorar durante la sedimentación.

—¿Y con las uvas negras?

—Con las uvas tintas es distinto. Mientras fermentan, las sustancias que contienen las pieles se añaden al jugo. Es lo que se conoce como maceración.

—¿Y cuánto dura ese proceso?

Irina preguntó de manera un tanto rutinaria. Antonio se extendió, comentó las diversas clases de vinos. Padre e hija reconocieron el entusiasmo que transmitía el guía por su asunto. Había algo casi espiritual en todo aquel proceso, una suerte de seria elevación enfatizada por las altas bóvedas del edificio, por la cremosa luz que sabían filtrar las cristaleras.

—Cuando se termina la maceración, aquí es donde separamos la parte líquida, bien escurrida, de los sólidos. Con esa parte sólida se obtiene el orujo. Orujo viene de *invlucrum*, que en latín clásico significa «envoltorio».

Antonio hizo una pausa dramática para calibrar el efecto de aquella inesperada nota erudita.

—Aunque a mí, más que el latín, me gusta la definición en castellano de orujo, la definición de la tierra: «El hollejo de la uva, después de exprimida, una vez sacada toda su sustancia». ¿Les gusta el orujo?

Padre e hija mintieron al mismo tiempo, les parecía un buen momento para ser

falsos y amables.

Irina se dijo, además, que había probado solo una vez el orujo y parecía haber tantas clases, el líquido base podía absorber tantos matices de sabor, que no estaba en condiciones de certificar con seguridad que no le gustase.

Antonio les pasó a una sala enorme, allí vieron barricas de diversas formas y tamaños. El guía les fue contando con paciencia qué trato recibía cada clase de vino que salía de la bodega Obanos. Después les dijo que si tenían dudas o preguntas sobre lo que les había explicado estaría encantado de responder.

—¿Y el vino rosado?

—Aquí en Obanos no producimos. Pero el sistema es sencillo de entender. Es un vino que se hace a partir de uvas tintas, pero el jugo se mantiene poco tiempo en contacto con las pieles coloreadas. Por eso el color no es completamente oscuro, y, sin embargo, tiene matices de sabor y notas de aroma parecidos al vino tinto.

—Es un vino de pizzería.

—No seas idiota, Trejo. Eso es porque solo has bebido vino rosado de mala calidad.

Antonio sonrió como si aprobase por completo las palabras de Irina.

Pasaron a una sala con el techo acristalado y terminada en una suerte de ángulo largo, como una lengua de arena colgada sobre el vacío. Era el interior de una de las aristas del edificio que resultaban tan llamativas desde el exterior, y el efecto que habían logrado recrear desde dentro para los visitantes era también impresionante.

—Normalmente el vino lo sirven unos camareros, pero como pidió que solo hubiese una persona...

Antonio lo dijo como disculpándose. En una mesa había varias copas y tres botellas, las clases de vino que se producían en la bodega. Antonio sirvió los dos primeros vinos. Les habló de sabores y olores, de la lágrima, de humo, de regaliz, de frutos secos.

Después les sirvió de la botella etiquetada como «Elena». Para tomarla fueron a la punta del edificio. El cristal ya no solo estaba sobre sus cabezas, también en las paredes y en el suelo.

Parecían suspendidos sobre el terreno, una impresionante extensión de vides que ahora parecían secas, pero cuyas raíces como antenas o tentáculos hipersensibles se iban apoderando de los nutrientes de aquel suelo frío y formaban despacio los jugos y las pulpas que se abrirían paso entre la madera hasta saludar a la luz como frutos, listos para madurar.

Los bosques también impresionaron a Trejo.

En esa esquina bebieron una copa de Elena. Ni Irina ni Trejo pudieron apreciar todos los matices de los que hablaba Antonio, pero el sabor les pareció fuerte, complejo, delicioso. A Irina la emocionó un poco que fuera un vino dedicado a una hermana, le pareció que era una manera elegante y envidiable (fue el adjetivo que se le ocurrió) de afirmar el amor por un ser querido.

Se quedaron casi media hora en silencio, paladeando el vino, con el paisaje desplegado a sus pies. Irina no recordaba la última vez que había visto a su padre tanto tiempo callado. También creyó entender de alguna manera, como una música lejana, la importancia que el vino había tenido para Norberto Obanos y que podía llegar a tener para Javier.

Era un negocio, claro que sí, se trataba de beneficios, por supuesto, pero también había algo más, algo que en aquel momento, suspendidos a esa altura, le pareció importante, de lo que no podía burlarse, ni mucho menos despreciar, así, sin más. Sin haberlo pensado con cuidado y detenimiento.

—Bueno, y aquí es donde se acaba la visita. Espero que la hayan disfrutado. Ahora, si quieren acompañarme a la salida.

Irina se quedó quieta, a la espera. Trejo era capaz de olvidarse de a lo que habían venido. Ya era bastante molesto que le impusiese esa «visita cultural» como si ella fuese una escolar (aunque la visita terminase siendo instructiva y beneficiosa para ambos), pero esta vez su padre se acordaba perfectamente de a qué habían venido.

—Puede irse tranquilo, Antonio. Nosotros nos quedamos. Tenemos que visitar el piso de arriba.

—Ya estamos en el piso de arriba.

—Me dijeron que hay uno más: el despacho de Obanos.

—No tengo permiso para entrar allí. Yo no puedo...

—Por eso usted se va, no queremos que se meta en problemas por culpa nuestra.

—Pero yo nunca he dejado a nadie solo a...

—Me apuesto a que tampoco le había enseñado la paradita a un inspector de policía. Bueno, hago trampa, lo sé seguro, porque me lo ha dicho antes. Por cierto, desde hace cinco minutos vuelvo a ejercer. Ya no soy un hombre con curiosidades privadas. A partir de ahora esto es un asunto profesional. Así que, Antonio, váyase tranquilo a casa, yo mismo cerraré la bodega. Tener conflictos con la policía es un mal negocio. Así que para beneficio de todos confíe en mí, soy de los buenos.

Antonio se retiró de la sala con la cabeza baja, como si le hubiesen tomado el pelo o traicionado su confianza.

Irina esperó a que se quedaran solos para reprochárselo a su padre:

—No tenías ninguna necesidad de hablarle así.

—¿Cómo le he hablado? No le he hablado de ninguna manera. Eres demasiado sensible. Siempre es igual, todos tan preocupados por el «tacto», por la «mano izquierda», qué afortunados sois de poderos preocupar de estas sutilezas, nunca he tenido tiempo para perderlo con...

—Siempre tan ocupado, ¿verdad?

—Verdad. Ahora sígueme, terminemos con esto de una vez.

Trejo recordaba el camino hacia el despacho de Obanos. No tardaron en encontrar la escalera y la entrada más o menos secreta, como si fuera la puerta de acceso a la guarida de un superhéroe.

La llave cumplió con su cometido, la cerradura se comportó perfectamente. Entraron juntos y Trejo encendió las luces. Todo estaba saliendo según lo esperado. Era la ventaja de los planes bien pensados.

—Aquí está el despacho del viejo Obanos. ¿Qué te parece?

—Impresionante.

—¿Y ahora? ¿Esa caja fuerte?

—¿No tendrías primero... ya sabes...?

—¿Que desconectar las cámaras? Ya lo hicimos, Irina. De hecho, lo hizo la empresa responsable en cuanto se enteró de que los muertos no suelen pagar las facturas. En el testamento Obanos dio instrucciones de que se desmantelase el sistema. Supongo que ya pensaba en la posibilidad de que su sobrino o un agente de su sobrino viniese a...

—No soy un agente de su sobrino.

—Bueno, lo que seas... ¿Y bien?

—¿Y bien?

—¿No vas a abrir la caja fuerte?

Irina no perdió el tiempo respondiendo a su padre, no le dio el gusto de insistir en que no era una caja fuerte. Era un panel disimulado en la propia pared, que respondía a un código de pulsaciones.

Irina se lo había aprendido de memoria, pero estuvo tentada de hacerlo un par de veces mal para poner nervioso a su padre, y resolverlo favorablemente en el último momento. Pero Trejo era capaz de perder la paciencia y decirle que se marchaban. Su padre era muy bueno perdiendo la paciencia.

Así que Irina se acercó al panel, hizo lo convenido y la falsa pared se abrió. En el interior encontró varias pilas de documentos.

—Aquí están, y ahora...

Acompañó las palabras con un gesto, estaba a punto de vaciar el falso fondo, pero la voz de Trejo la detuvo.

—Y ahora te quedas aquí tú solita.

—¿Cómo?

—Que me largo. No quiero estar aquí mientras tocas esos papeles. Dejaré la puerta abierta, puedes cerrar de un golpe cuando salgas.

—No te entiendo.

—No quiero ser cómplice en esta historia. Me pediste ayuda y aquí estás. Muy bien. Pues hasta aquí hemos llegado. Es tu investigación y tu aventura. Si cuando te canses de leer esos papeles sigues pensando que hay algo interesante, si descubres algo concluyente, que lo dudo mucho, te escucharé con mucha atención. Si hay algo en firme cumpliré con mi deber profesional de investigarlo. Mientras tanto, me concentraré en mis propios problemas, que ya son considerables. Encontraré al asesino de Obanos para tus amigos, para el sobrino ese, el heredero.

—Papá, ¿por quién me tomas? No lo encontrarás por Javier Obanos, lo

encontrarás para ti, para beneficio de tu ego.

—Bueno, trataba de ser amable. Por cierto, no te retrases más de una hora o perderás el último autobús.

—¿No me esperas en el coche?

—No. Lo necesito. Tengo otra cita. Al otro lado de la provincia. Ah, y una cosa más: ni se te ocurra dar un paso sin consultarme.

Trejo se alejó de la bodega con el coche. En realidad, no tenía nada que hacer esa tarde. Dejó que pasaran las horas mientras circulaba por carreteras secundarias, pensando un poco en su vida, y mucho en el caso.

Parecía como si estuviese esperando algo, pero eso que esperaba no era necesariamente la llamada que le entró en el móvil.

—Trejo. Aquí García.

—Anda, mira. La última persona que esperaba que me llamase.

—Pues no lo entiendo. Viniste a verme, me dejaste un encargo, me pediste que me diese prisa...

—Bueno, no seas tan literal. Lo que pasa es que tengo muy poca gente que pueda llamarme. Tres como mucho. Y esperaba que antes serían otros dos. Déjalo... Es solo una manera de hablar.

—Te pillo en mal momento. Ya veo.

—No, qué va. Me estoy preparando psicológicamente para una fiesta de cumpleaños. Repasando la letra y todo eso. ¿Has averiguado algo...?

—Estuve dando vueltas. Sobre el número nada, recorrí mi memoria de arriba abajo. Y nada. Es una sensación rara.

—Pues sí que me has servido de ayuda esta vez.

—A mí me parece un dato importante. Si yo no puedo recordarlo es que es secreto de verdad.

—O un número intrascendente. O nuevo.

—De su trascendencia no puedo decirte nada, Trejo. Pero nuevo no es. Es de los números que se pusieron en circulación después del 82.

—¿Tan tarde?

—Tan tarde. Y otra cosa: no se te ocurrió mirar a quién pertenecía el teléfono, ¿verdad?

—¿Sale en las páginas amarillas?

—Consta en los anuarios. Vinculado a Interior, pero también a Sanidad. Un número con dos amos. ¿Te dice algo eso?

—Siempre. Todo nos dice siempre algo, ¿no crees? Otra cosa es si lo que nos dice tiene alguna relación con la realidad, con el pasado y con el futuro... Con lo que buscamos, con lo que nos interesa, con lo que estamos dispuestos o en disposición de entender...

—Te dejo filosofando, chico, no te sigo cuando te pones así. Eso es todo lo que he podido averiguar.

—Muchas gracias, García. En serio, muchas gracias.

—Ha sido un placer, Trejo. Si necesitas algo más...

—No, de momento no. Tengo que darle vueltas a lo que me has dicho.

—Entonces, hasta luego, Trejo. Los jefes empiezan a mirarme raro. Y dales duro, amigo.

—Ya. Hasta luego. Sí.

Había oscurecido. Trejo puso rumbo a Pamplona. Conducía con suavidad, empezaba a tener frío y hambre y ganas de llegar al piso. Cuando encaró su calle no podía creerse que todas aquellas luces y coches de policía fueran algo real, que aquello estuviera pasando en el presente, parecía salido de una película. Una película donde llevaban un tiempo esperándole.

Trejo detuvo el coche en medio de la calle. Vio a Sebastián en la calzada, rodeado de tres o cuatro policías, chicos a los que Trejo apenas había prestado atención, plantados en la calzada con las pistolas desenfundadas.

Trejo bajó del coche y vio cómo Sebastián se le acercaba señalándole con el dedo. Trejo recordó que aquel animal se crecía cuando se trataba de dar órdenes, de chillar por la calle.

—¡Trejo! ¡Trejo! ¡Trejo!

—Sé cómo me llamo, gracias.

—Muy gracioso, muy gracioso. No me refiero a ti, me refiero a lo que dijo el último muerto. «Medusa», «Trejo». ¿Qué sabes? ¿Puedes explicarlo?

Trejo decidió que aquel índice que percutía desafiante sobre su pecho pertenecía a un sueño sin relación alguna con la conversación real que tenía lugar en la calle. Tenía que reprimir el deseo de dislocarle el hombro a Sebastián allí mismo. Recordó que era un hombre pacífico.

—¿«Trejo»? Eso ha dicho. Qué interesante, qué interesante. Puedo explicarte muchas cosas, pero no sé si te interesarían. ¿Quién ha muerto? ¿Dónde?

—Una tía dedicada a la política. Pero eso no es prioritario. Te lo repito, dijo «Trejo». ¿Cómo puedes explicarlo?

Trejo miró a Sebastián: le pareció que toda esa energía de estulticia incontrolada se le había concentrado en una idea fija, nítida, que dirigía toda su actuación.

—¿Me estás incriminando?

—Te incriminas solo, Trejo. Puedo imaginar tu rabia. Degradado. En casa. Sin honores. Sin poder pavonearte más. No es mala idea. Organizar un gran escándalo para poder resolverlo y hacerte el héroe. Pero, como se suele decir, te has precipitado, has ido demasiado deprisa y te has descubierto y...

—¿De verdad crees que sería capaz de matar a una sola persona? Me interesa mucho la respuesta, así que aprovecha el momento, porque es la única vez en tu vida que vas a conseguir captar todo mi interés.

—¿Si serías capaz? Claro que sí, amigo, claro que sí. Caminas entre nosotros, pero eres uno de ellos. El mismo desprecio en la mirada. El mismo convencimiento en que somos criaturas diminutas. Sé muy bien qué hay detrás de todo eso, sí, lo sé, no se me da tan bien como a ti, pero he cazado a muchos psicópatas.

—¿Cinco personas? ¿Crees que he matado a cinco personas?

—Se te escapó de las manos. Eso es todo. Los detalles son cosa tuya. Ya nos los explicarás. Lo mejor es que confieses, es lo mejor para todos...

—¿Qué es eso de ahí arriba?

—¿Sabes cuál ha sido tu error, Trejo? Eres una persona inteligente, no tengo ninguna intención de negarte eso. Y has cometido el error de todas las personas inteligentes: pensar que todos los demás son idiotas. ¿Ahí arriba?



—Ahí arriba. Esas ventanas iluminadas.

—No vas a liarme diciendo cosas raras. ¿Qué coño quieres que sean esas ventanas iluminadas? ¡Vecinos!

—Es mi casa. Ahí es donde vivo. ¿No lo sabías?

—No.

—¿Y qué hacéis aquí?

—Tu coche. Seguimos tu coche. Pusimos un dispositivo para saber por dónde te movías, lo has llevado desde el primer día. Sabía que no podrías escapar con él.

Mientras hablaban Trejo vio a una figura femenina que se acercaba a la ventana para saludar. Las luces del apartamento se apagaron. Cinco minutos después Marisa atravesó la calle con un documento acreditativo en la mano. Primero se dirigió a los policías, que se metieron en los coches y apagaron las luces, y después siguió avanzando despacio hacia la improvisada reunión.

—Sebastián, váyase a casa, hablaremos mañana.

Sebastián se puso rojo. La sangre aflucía a borbotones bajo su piel en respuesta a la vergüenza que le mordía el estómago.

—Yo que tú no abandonarías la línea de investigación. Porfía, Sebastián, la señorita podría ser mi ayudante. Incluso mi rehén.

Sebastián se alejó resoplando como un animal grande, un búfalo, algo así. Los brazos se le movían solos como remos en un lago de frustración. Trejo esperó a que se metiese en el coche y a que los tres vehículos se alejasen en silencio de la calle que era la suya, donde vivía. En todo ese tiempo no le dirigió una sola mirada a Marisa.

—Oh, hola, Marisa, hola, buenas noches. Qué sorpresa, la chica de los encargos de Zubioca es también su espía y su allanadora. ¿Desde cuándo espía mi casa?

—He tenido la llave siempre. No se ponga dramático. He venido en cuanto me enteré de que habían matado a Luisa...

—¿A Luisa? Qué familiaridad.

El asfalto estaba húmedo. Una luna amarilla y untuosa dominaba el cielo. Trejo y Marisa se quedaron solos en la calle silenciosa.

—«Trejo». ¿Eso es lo que dijo?

—Sí. Tendrá que venir conmigo.

—¿Dónde tiene el coche?

—Detrás de esa calle. Pero tendrá que venir conmigo, Zubioca...

—«Zubioca quiere verle». Claro. ¿Por quién me toma, Marisa? Ya sé que quiere verme. Pero hay un error. Un gran error. Soy yo quien quiere verle a él. Así que démonos prisa. Tengo que acabar con esto cuanto antes.

Trejo y Marisa anduvieron en silencio hasta la calle trasera, donde les esperaba un Audi. Le sorprendió un poco que no hubiese chófer: si era la propia Marisa la que se encargaba de llevarle hasta Bilbao es que todo había quedado reducido al círculo más íntimo.

Trejo escogió ir detrás. Los sillones eran de cuero, seguía sin entender cómo

podía ser tan prestigioso un material que desprendía aquel hedor repugnante. Pero reconoció que era cómodo.

Marisa ajustó los retrovisores. Movi6 el bot6n del aire acondicionado, de la radio empez6 a salir una m6sica suave. Trejo se dijo que aquella m6sica parec6a pensada para relajar fieras, pero no le pidi6 que la quitase, todav6a sent6a en las manos residuos de la agitaci6n anterior. Era mejor adormecer un poco al cuerpo, darle un descanso, dejar que fuese el cerebro quien tomase el control. Ahora mismo no le beneficiaba pensar con las manos.

—Se preguntará por los detalles del caso.

—Pues no, francamente no. S6 todo lo que tengo que saber. Un pobre diablo que sent6a que la sociedad le deb6a algo. Dijo las palabras que le dictaron, y result6 que era mi nombre. ¿Qu6 m6s da qui6n fuese?

El coche entr6 en la autopista. No se ve6a nada. Apenas los puntos iluminados de algunas casas, de los faroles de pol6gonos industriales donde corr6an sueltos perros, de gasolineras aisladas como estaciones espaciales.

—En realidad, Marisa, solo quiero una cosa de usted. Solo una, pero muy importante. ¿Qu6 hac6a Sebasti6n debajo de nuestra casa?

—¿No se lo dijo?

—S6. Lo que le estoy preguntando a su cerebritito es c6mo pudieron saber antes que Zubioca lo que dijo esa mujer... ¿Luisa?

—Luisa, justo.

—¿C6mo pudieron llegar antes?

—No llegaron antes. Yo llegu6 antes. Les vi ocupar la calle, apenas llevaban diez minutos cuando vino usted con el coche. Sebasti6n ni siquiera sab6a que usted viv6a all6.

—Y volviendo a mi pregunta: ¿c6mo pudo llegar, antes o despu6s que ustedes, me es indiferente...? ¿C6mo pudo llegar m6s o menos al mismo tiempo?

—Vigil6bamos a esa mujer. La gente de Sebasti6n la vigilaba, quiero decir, por otros motivos. Luisa hab6a estado metida en pol6tica. Durante un tiempo sonaba muy arriba. Pero la descabalaron. La enfrentaron durante casi medio a6o a un movimiento vecinal, le hicieron creer que ir6a segunda de la lista electoral. Lo cierto es que la quemaron y despu6s la sacaron de en medio.

—Una v6ctima ideal para Medusa. ¿Sabe, Marisa? Tengo cierto inter6s por averiguar cu6nto sabe usted realmente sobre este caso. Pero hay otra cosa que me mata de curiosidad, y esta vida, qu6 le voy a contar, consiste en establecer prioridades. ¿Desde cu6ndo tenemos una secci6n para vigilar a agraviados? ¿Les enviamos flores por su cumplea6os?

Trejo fij6 sin querer la vista en el espejo retrovisor mientras esperaba una respuesta. El cristal le devolvi6 la imagen de unos ojos fr6os. Una pupila inquieta envuelta en un iris de hielo verdoso. Le sorprendi6 no apreciar nada de humedad en el globo ocular, todo estaba seco, sin emoci6n. Un ojo tenso, dispuesto a abalanzarse

sobre la realidad.

—Si me deja terminar... Luisa estaba casada con un hombre de negocios. Por decirlo de alguna manera. Se dedicaban o pensaban dedicarse a la especulación. Recalificación de terrenos. Compraban patatales con la idea de subir el precio cuando ella estuviese en el poder.

—Me extraña que en este país, cuando a los niños se les pregunta qué quieren ser de mayores, no respondan que regidores de urbanismo. Pero aquí ya no se construye tanto.

—No, no tanto. Apenas nada. Ha dejado de ser un negocio. Pero, además, Luisa no podría beneficiar a la empresa de su marido si quedaba fuera de la política. Y estaba prácticamente fuera, la trataban como a una apestada. Su marido ha seguido trapicheando. Es el objetivo de las investigaciones. Los terrenos siguen siendo de los dos.

—Un matrimonio bien avenido.

—Se habían separado. El marido quería empezar los trámites de divorcio. Ella se resistía. Se trata de un hombre agresivo, la tenía intimidada. A él no se le escapará nada, sabe cómo disimular; pero a ella, en esta situación, pensaron que sería buena idea vigilarla...

A Trejo se le fue la vista a la cuneta. Unos carteles iluminados daban indicaciones sobre la velocidad, las poblaciones y la distancia. Los hermosos nombres vascos conducían a desvíos, a una red de carreteras secundarias, hacia bolsas de sombras donde se ocultaban los árboles verdes, las montañas onduladas, las casas agradables en disposiciones armoniosas. Todo dormía oculto tras una tenebrosa piedad.

—Y dígame, Marisa, ¿Zubioca está también a cargo de esta clase de investigaciones?

—No. A cargo no. Le basta con estar informado, al corriente.

Vio el indicador de Bilbao. Sobrepasaron las primeras casas y los polígonos cerrados donde paseaban perros a la espera de los primeros trabajadores.

Marisa conducía por una carretera elevada. A esa distancia se podía contemplar la curva de la ría, ajena a las luces de los coches, de las farolas, al ajetreo de los pocos, poquísimos transeúntes sorprendidos o atrapados en esas horas indecisas que no se sabe si pertenecen a los insomnes o a los madrugadores.

—Esta ciudad es impresionante de noche. ¿Es usted de aquí?

—No, soy de Navarra, pero del sur. La zona que nunca sale en las guías. Allí apenas hay bosque ni se habla vasco. Una tierra dura. Mal sitio para volver.

—¿Mal sitio? ¿Sabía que me he retirado por esa zona? A mí no me parece para nada un mal sitio para descansar, al contrario. Allí se olvida uno de la humedad, la humedad es pésima para las articulaciones, una cosa terrible. Así que al fin y al cabo puede decirse que somos paisanos. ¿Lo sabía?

—No, Trejo. Zubioca solo me mantiene informada de lo estrictamente indispensable. No tengo interés en su vida, ni en nada de lo que haga fuera de este

caso. No me extraña que usted haya terminado en el sitio del que me he pasado la vida tratando de escapar. No tenemos nada en común. Hemos llegado, le espera arriba, puede bajarse aquí mismo, ya conoce el camino. Buenas noches.

Trejo encontró abierta la puerta principal y avanzó sin encontrar ninguna presencia humana hasta el ascensor. El vestíbulo recordaba a un espacio dormido, sumergido en la zona más intensa del sueño. Contuvo los gestos para no despertar a nadie.

Una vez dentro del ascensor imaginó que se quedaba atrapado entre dos pisos. Se imaginó pulsando el botón rojo de la alarma, imaginó también a Zubioca saliendo furioso del despacho donde había estado ensayando aquel encuentro. Llamar a los bomberos, a un cerrajero, a la clase de tipo que solía hacerse cargo de esos aprietos. Casi se ríe en voz alta pensando en el anticlímax que supondría aquel contratiempo. Pero el ascensor llegó y se abrió sin otra molestia que aquel chirrido pesado, denso, de puerta desgastada por el uso. La realidad no tenía sentido del humor, o mejor dicho, no tenía su sentido del humor.

Tampoco apareció una segunda secretaria para conducirlo al despacho de Zubioca. Se quedó unos segundos en el pasillo. Dedujo que Zubioca hijo tenía las llaves del edificio: le enterneció imaginarlo cerrando la puerta al salir cuando terminase su reunión. Se les podía hacer tarde. También pensó que ahora mismo estaría calculando el tiempo que tardaba en subir. Decidió sacarle de esa zona de confort, decidió quedarse de pie en el pasillo con las manos en los bolsillos. Se dijo que en quince minutos empezaría a silbar, pero no tuvo que esperar tanto. Apenas habían pasado diez minutos cuando Zubioca se asomó al pasillo.

—Trejo, ¿no entras?

—De momento estoy bien aquí.

Zubioca no protestó. Pero Trejo tampoco estaba seguro de que aquello le diese ventaja.

—Por cierto, muchacho, ya tienes la frase de la obrita de teatro de Medusa: «Quiero verle el día siete de noviembre, Trejo». Caso resuelto.

Zubioca estaba nervioso, pero solo se le apreciaba en el movimiento frenético de la pupila. El resto de su cuerpo emanaba un sosiego bien estudiado. Le habían entrenado bien, era bueno. Se había puesto un traje crema, bien planchado, la camisa algo más arrugada le añadía el toque juvenil. A Trejo se le pasó por la cabeza preguntarse si la noticia le había tomado por sorpresa en el despacho o si se había vestido para la ocasión.

—No está resuelto, Trejo. Para nada está resuelto. Esto va a seguir.

—Qué tontería. Lo sabías desde el principio. Sabías de quién se trataba, qué estaba buscando y a quién. Lo sabías y me ocultaste esa información. ¿No te das cuenta?

—¿De qué quieres que me dé cuenta, Trejo? No estoy para acertijos.

—Una vez te dije que si metías al fantasma de tu padre en esto me volvía a casa. Pues reza ahora por que se interponga entre nosotros, porque es el único que puede evitar que te destruya profesionalmente en nombre de las dos personas que

hubiésemos podido salvar si me hubieses confiado todo lo que sabías: en nombre del general, y de esta mujer, Luisa.

—¿Lo que sabía? Eran solo conjeturas, puras conjeturas. Además, no me vengas con historias. Lo último que podía sospechar al llamarte era que te sentases en tu nueva casa mientras se acumulaban los cadáveres.

—¿Y qué esperabas que hiciese? ¿Que averiguase lo que tú ya sabías?

—Que le atrapases.

Trejo se le quedó mirando con las manos en los bolsillos. Las réplicas que le pasaban por la cabeza eran demasiado hirientes, impropias del momento. Sintió que las manos empezaban a sudarle. La cara del joven Zubioca era de decepción auténtica, no era algo fingido. Una expresión que nunca había visto resbalar en el rostro de su padre. Pero sí reconoció en el rostro del hijo una solicitud muy propia del padre: que dejasen de enfrentarse, que trataran, con independencia de quién llevaba la razón, de solucionar el problema juntos.

—Bueno. Parece que los dos tenemos buenos motivos para sentirnos molestos. Hemos llegado a este punto de encuentro: nos hemos defraudado mutuamente. Ahora, desde las ruinas de la confianza, podemos empezar a trabajar juntos. ¿Me invitas a tu despacho?

Trejo entró el primero sin sacar las manos de los bolsillos, instintivamente quería dejar bien claro que no reconocía aquel espacio más que como una zona neutra. Se fue directo a descorrer la cortina. Una luna prácticamente llena ocupaba todo el cielo inundando de reflejos rosados la ría.

En la penumbra el despacho parecía más pequeño, menos imponente. Había algo misterioso latiendo en la atmósfera. Zubioca no encendió la luz general, se limitó a prender dos flexos: la iluminación de las confesiones.

—Esta última muerte ha tenido algo bueno, Trejo, ahora la presión es para los dos. Está bien repartida. ¿Quieres algo de beber?

—Lo mismo que tú.

—¿Ginebra?

—Me parece bien.

Zubioca abrió un armario escondido en la pared. Sirvió dos vasos grandes de abundante hielo y derramó después un chorro transparente de líquido. Dejó su vaso a un lado de la mesa y el otro en la esquina más cercana a Trejo.

—Te lo dejo aquí por si no tienes intención de sacar las manos de los bolsillos.

—Sí. Déjalo ahí. Estaba pensando. Una noche preciosa de luna, para salir a remar. ¿Tú no eras remero?

—Sí, lo era.

—Subcampeón de España. Recuerdo esa historia. ¿De los remeros no dicen que quien lo ha sido una vez nunca lo dejará de ser?

—Nunca lo había escuchado, Trejo. De los policías sí. Se dice que lo lleváis en la sangre. Pero no sé...

—¿Te excluyes? Bueno, está bien. No lo sé. No sé si lo llevamos en la sangre. Para mí está suponiendo un buen esfuerzo reincorporarme, coger el tono, seguir el ritmo. Igual sí que tanta inactividad me ha pasado factura. Igual te has equivocado de hombre, quién sabe. ¿Qué decías de la presión?

Zubioca acercó despacio el borde del vaso a sus labios. Dio un trago lento, suave.

—Ahora la presión es para los dos, Trejo. Ya no solo se trata de «salvar mi despacho», como te has pasado todo este tiempo insinuando. Ese loco, Medusa, quien sea, pretende matarte.

—¿Matarme? Vamos, no seas tan previsible. De una manera o de otra, ese tío tiene acceso a mucha información, sabe cómo trabajamos. Si su propósito fuera matarme hubiese podido acudir a mi casa, me podría haber asaltado por la calle. Y nunca le encontraríamos, sea quien sea sabe de lo que va este juego. Matar a un jubilado es muy sencillo. Somos un sector vulnerable, una cosa espantosa.

Trejo sacó una mano del bolsillo. Trató de agarrar el vaso sin desplazarse, pero la mano no lo alcanzó. Tuvo que moverse. Dio un trago largo y brusco. Ni en sueños hubiese aspirado a componer una estampa tan elegante como la del joven Zubioca. Le separaban demasiados años, una educación y unas ambiciones distintas, temperamentos distantes como galaxias. Daba igual, Zubioca tampoco le estaba mirando. Así que se aclaró la garganta y siguió:

—Medusa se está tomando demasiadas molestias. Mira toda esa gente muerta, ya lleva cinco. Cinco que sepamos. Es una broma complicada. Entiendes cómo funciona, ¿verdad?

—Suponemos que los envenena con una sustancia que se activa cuando se van a dormir.

—¿Suponemos? Tú y Marisa. Eres político, joven Zubioca, definitivamente eres un político. Por eso hemos perdido tanto tiempo, solo tienes instinto para tranquilizar a tus superiores. Pero no para impedir que la gente mate y mate, para eso no tienes instinto. Solo te interesa el ruido de los cadáveres al caer. Pero no pongas esa cara.

—No pongo ninguna cara.

—No tienes por qué avergonzarte: tu padre no quería que fueses uno de nosotros, nunca lo quiso; lo que tu padre quería que fueses era un buen político.

—Me duele reprocharle que es usted quien está abusando de la memoria de mi padre esta noche, Trejo. Si se toma la molestia de sacar la otra mano del bolsillo y mueve el flexo verá los expedientes sobre la mesa. Hemos trabajado a fondo, muy a fondo, en todo este asunto.

Trejo obedeció la sugerencia de Zubioca. Incluyó el cuello abatible de la lámpara. La suave luz amarillenta iluminó cinco carpetas. Trejo las abrió con cuidado, como si manipulase material explosivo. Las cinco víctimas. Fotografías de distintas épocas de su vida: de niños, al casarse, en el desempeño de sus cargos. También folios de información impresa, y notas manuscritas. Zubioca o alguien de su equipo, una extensión humana, había hecho su trabajo, habían investigado. No se habían lavado

las manos por completo.

—No soy ningún político, Trejo. Soy policía. Una clase nueva de policía, adaptado a los tiempos. Pero esta conversación nos llevaría demasiado lejos. Me duelen todas y cada una de las muertes de esas personas. Las he estudiado con detenimiento, las conozco por el nombre.

—Ya. Pero estamos hablando demasiado de nosotros, ¿no crees? Y no digo que no seamos importantes. Pero ya éramos buenos chicos antes de que esto empezase. Siempre hemos estado del lado de los buenos, nos cepillamos los dientes, pagamos impuestos, todo eso, casos sin interés. A mí me habían rebajado un poco, de acuerdo, pero tuve mi momento, sí, antes de caer me levanté muy alto. Y tú tienes un despacho precioso, con luz de luna.

Trejo hizo un gesto señalando la ventana, pero Zubioca no entendió a qué se refería.

—Todo esto está muy bien, pero no estamos atendiendo al verdadero protagonista: al hombre que ha organizado todo esto. Estamos descuidando al maestro de ceremonias. Y para él estos «nombres» son algo muy distinto que para nosotros, tan distinto que borra todos los matices que nos diferencian. Tan distinto que nos recuerda que estamos del mismo lado. Mira, acércate.

Trejo sacó una foto de cada una de las víctimas. Y en un gesto rápido, parecido al de un mago, las desplegó sobre la mesa, formando un abanico.

—Tú y yo vemos personas en las fotografías. Vidas truncadas. Él solo ve colores bonitos, brillantes. ¿Ves? Está desplegando una preciosa cola de pavo real. No quiere matarme, está tratando de seducirme. Me ha escrito una carta de amor. Me está pidiendo una cita.

Trejo levantó por primera vez la vista y se encontró con los ojos blandos y grises de Zubioca.

—Busca tu aprobación.

—O mi rechazo. O contarme una historia. O mi ayuda. Cualquiera se aclara con esa gente. Pero puedes estar tranquilo: aunque mi vida no corra peligro, aunque esté... ¿cómo lo dijiste?, «más presionado» que antes, no vas a perder esa silla, chico político. Los asesinatos se terminaron por un tiempo. La función ha terminado. Ahora Medusa quiere verme. Vendrá a por mí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No lo estoy. No lo estoy. Todavía existe, fíjate bien en lo que voy a decir, una millonésima probabilidad de que todo esto sea azaroso. Incluso no descarto, aunque esa opción la reduzco al mínimo de los mínimos, que el asesino sea mi hija.

—Pero tú no tienes hijos.

—Bromeaba. Aunque no todo están siendo bromas estos días. No, no. Ese chico que me asignaste...

—Te lo asignaste tú mismo.

—¿Sí? Pues me das una alegría. Menuda vista conservo. Porque el chico ha



resultado ser un investigador estupendo. Hemos trabajado duro. Y he terminado por saber de qué iba ese número de teléfono. Una cosita que me ocultaste, por no decir, bueno, que me mentiste.

—¿Y qué has descubierto, si puede saberse?

—¿No prefieres contármelo?

—Solo me aseguro de que no sigues bromeando a mi costa.

—Ya. Pues no, ahora no bromeo. Voy a necesitar que me aclares algunos matices, pero a grandes rasgos creo haber comprendido de qué va el asunto. El teléfono al que Medusa está haciendo llamar a sus «clientes» ofrecía alguna clase de servicio personal a los supervivientes del JAC. Un grupo que debería estar disuelto, y si me preguntases mi opinión te diría que deberían estar en la cárcel. Haber pasado unos cuantos años entre rejas les hubiese venido bien, se hubieran podido pudrir allí.

—La mayoría están muertos.

—La mayoría.

—Así que sospechas que detrás de Medusa hay un viejo elemento del JAC.

—Bueno, al principio pensé que era alguien más joven, alguien del otro lado que quería vengarse de uno de esos carniceros. Hicieron tanto daño que cualquiera querría vengarse. Pero luego me dije que no. Era mucho mejor, más redondo, tenía más sentido que fuese algún superviviente del JAC, alguien que necesitase probarse y probarnos algo. Pero no te digo nada que no sepas.

—¿Probando qué?

—Probando que no solo le debían algo a él, que había muchos otros en una situación parecida a la suya. Ese es el elemento común de los cinco fiambres, si lo piensas bien: todos creían que les debían algo, que estaban en deuda con ellos. Galván, la juez, el general, esta Luisa...

—¿Y Obanos?

—Obanos es el caso más divertido. Estoy seguro de que acudió a la policía para que le protegieran, a él y a su hermana. Y le dieron la espalda, pero ese no es ahora el caso...

—No, no lo es.

—Ahora, como supongo que uno no se gana una silla tan comfortable como la tuya quedándose sentado y quieto, y como supongo que has hecho los deberes, vas a contarme cómo se desintegró el JAC, o mejor dicho por qué no se desintegró, por qué se quedó orbitando como una partícula inactiva alrededor de vosotros. Vas a contarme de quién era exactamente ese teléfono y por qué sigue dándote miedo después de tantos años que se difunda su existencia. Y sobre todo me informarás, de todos los miembros del JAC que pueden quedar vivos, quién está detrás de Medusa. Ya te he perfilado las siluetas de los actores principales, ponme otra copa e ilumíname los rasgos. Quiero ponerle nombre a mi pretendiente.

Zubioca no puso la expresión de sorpresa y pasmo con la que Trejo estaba acostumbrado a que recibiesen sus explosiones verbales. En la cara de Zubioca se

revelaban algo de admiración y algo de comicidad sobre un atenuado fondo, tanto que Trejo ni lo percibió, de repugnancia.

Zubioca empezó a aplaudir. Primero con palmadas fuertes y distantes, medio burlonas, después aceleró el ritmo.

—¡Bravo! ¡Bravo! Papá me había hablado tanto de estos momentos tuyos, Trejo. Ha sido magnífico verlo en directo. Un honor que nunca olvidaré, de verdad. Lo que me sorprende, lo único que me deja desconcertado de tu interpretación es que no me preguntes por qué nuestro pavo real te ha convocado. ¿No te intriga que la última palabra de nuestra víctima sea tu nombre? Trejo, Trejo. No es una palabra habitual.

—No estaba seguro de que lo supieses. Pensé que eso me tocaba averiguarlo a mí. Pero, ya que estamos, agradeceré cualquier pista que puedas darme. Pero respóndeme primero a lo que te he pedido. No lo parece, pero la noche va acortándose. Es lo que pasa cuando la conversación es interesante y la ginebra buena: que el tiempo pasa volando. Dejemos lo mejor para el final.

Zubioca se levantó para servirse otra copa, pero al llegar al mueble bar cambió de opinión.

—Espera, no me gusta la disposición del despacho. Demasiado jerárquica. ¿Tienes fuerza para mover aquella butaca, la que está pegada a la pared? Tráela al centro.

Trejo obedeció sin rechistar. La butaca era realmente pesada, se preguntó si el joven Zubioca no se lo había pedido para ponerle en evidencia: la edad, el cansancio acumulado... pero se sacó el pensamiento de la cabeza. ¿Qué motivo podía empujarle a obrar así? Claro que Trejo tampoco tenía ninguna explicación para los cambios que Zubioca le daba en el trato, para los saltos continuos entre el «tú» y el «usted».

Cuando se giró Zubioca había colocado otro butacón delante del suyo. También era azaroso que aquella tapicería fuese mejor.

—Ahora siéntate aquí. No quiero hablar con un guardia urbano, de pie, en el trance de dirigir el tráfico, hazme el favor... Allí hay una mesita baja... Si la pones en el centro... Ahora vengo...

Trejo volvió a obedecer y llevó la mesita a donde Zubioca le había indicado. Antes de sentarse se dio cuenta de que la mesita estaba torcida y la puso recta. Creía que se había quitado esta clase de manías de orden de encima, pero estaba equivocado, seguían allí, esperando que se distrajese un segundo para volver a asomarse.

Trejo se dejó caer en el butacón. Le pareció oír la puerta del ascensor, seguro que era un error de su oído.

El butacón, aunque con un tapizado menos elaborado que el que iba a ocupar Zubioca, era confortable. Por la ventana abierta, entre las cortinas, se apreciaba el disco cremoso de la luna.

No contó el tiempo, pero le pareció que Zubioca tardaba una eternidad en subir. Llegó incluso a marcarse un límite (dos o tres minutos más) antes de salir a buscarle. Al fin y al cabo, todo lo que sabía de Medusa eran apenas suposiciones, y aunque hubiese puesto la mano en el fuego por la veracidad de sus deducciones, nunca puedes saber cómo reaccionará tu enemigo ante una situación nueva, no estaba tan seguro como aparentaba de que sus vidas no corriesen peligro.

Volvió a oír el ruido del ascensor. Estaba sentado de espaldas a la puerta. Cambió de butacón para vigilar la entrada: mejor tapizado, pero más incómodo, lástima.

La puerta se abrió despacio y vio entrar a Zubioca, venía solo.

—Disculpa la tardanza, he ido a apagar la alarma de incendios. Se han puesto histéricos con el tabaco. Todavía terminaremos duchados. ¿Un pitillo?

Trejo negó con la cabeza. Zubioca puso la botella, una cubitera y dos vasos en la mesita. Se encendió un cigarrillo y dio un par de caladas, de pie.

—¿Quién hubiese dicho hace unos años que más de veinte millones de fumadores

iban a aceptar dejar de fumar en bares y en restaurantes? Igual que corderitos. ¿Que saldrían voluntariamente de sus despachos y bajarían a diario a la calle a fumar? Corderitos. ¿Puedes creerlo? No me extraña que después les hayan colado de todo: impuestos, recortes y obligaciones. A veces pienso que lo del tabaco fue el ensayo para saber si iban a aceptar cualquier cosa dócilmente, sin resistencia. ¿Otra copa?

—Adelante.

Zubioca abrió un cajón de espaldas a Trejo y después se dejó caer en el asiento.

—¿No estábamos sentados al revés? Prefieres ese butacón, muy bien, muy bien. No me has dado permiso para tutearte, pero si no te importa...

—No me importa. Me ibas a explicar de qué iba el JAC...

—¿Explicarte? Bueno, lo sabes perfectamente. Eran agentes especiales. Entre la policía y un cuerpo militar. Con libertad para investigar, para infiltrarse, para «entrevistar» y para torturar. Un equipo de espaldas a la ley en una dictadura con una ley, digámoslo así, bastante tendenciosa.

—¿Cuántos eran?

—El número era cambiante. Esa gente se metía en sitios peligrosos. Cuando se dieron cuenta de que el general Franco se tambaleaba, muchos grupos de izquierda empezaron a armarse, estaban bien entrenados y recibían dinero del Este, incluso de China. El ejército era demasiado grande para combatir contra ellos y la policía no estaba preparada, no lo suficiente. Así que el Estado reaccionó constituyendo el JAC. Un grupo con entrenamiento militar, talento como espías, libertad y tiempo. Podían pasarse años investigando y después cortaban el problema de cuajo. Sin detenciones, sin juicios, sin dar explicaciones. Confiaban en ellos a ciegas. A ciegas. Era un trabajo de máximo riesgo, no se trataba de infiltrarse en un sindicato de estudiantes o de reprimir una manifestación. A veces los pillaban y, bueno, ya puedes imaginar cómo terminaban. Así que el número fluctuaba, catorce en su mejor momento, ocho o nueve cuando tuvieron que echar la persiana.

—¿De quién dependían?

—Ese es el chiste. No era una manera de hablar cuando te dije que tomaban sus propias decisiones. Tenían formación militar, pero estaban desgajados del ejército. Y tampoco dependían directamente del ministerio, hacían cosas que ni siquiera la dictadura podía permitirse. No con la salud de Franco tan delicada. Así que les crearon un laberinto de dependencias y de interdependencias, para sacar algo en claro necesitabas un experto en jeroglíficos, paciencia y tiempo. Pero tampoco eran cargos políticos, ni iban absolutamente por libre. Si eres paciente, si te tomas tu tiempo, se pueden esclarecer esas líneas jerárquicas.

—¿Lo has hecho?

—Sí. De alguna manera «dependían» de la policía. El ejército nunca hubiese permitido un grupo incontrolado, ni tampoco la guardia civil. Y no se podía asignar una cosa así a un ministerio. No hubiesen podido hacerse cargo ni responsables. Tenía que poder demostrarse que era algo que se había organizado espontáneamente.

—¿Como unas algas?

—Ya me entiendes, Trejo, sin intervención ni directrices políticas.

—¿Obedecían órdenes?

—Sí y no. La persona indicada hubiese podido pararlos si se cruzaba con ellos. Solo que la persona indicada ni siquiera sabía que estaban a su cargo. Tenían un superior que no sabía que los tenía bajo su mando. ¿No te parece una buena idea?

—Sutil.

—Eran disciplinados, con un talento natural para oler el mando. Hubiesen obedecido la orden directa de un general o de un ministro. Pero ¿quién iba a frenarles? ¿Cómo ibas a frenarlos si nadie sabía dónde estaban actuando ni detrás de qué objetivos iban? Eran algo así como los glóbulos rojos o los blancos, todo ese sistema inmunitario y defensivo que va trabajando en tus venas y en tus órganos, a tu favor, mientras te entretienes haciendo otras cosas.

—Protegiéndote sin que te des cuenta.

—Sí, currando inadvertidamente a tu favor. Un amigo invisible. Llegaron a disfrutar de mucha autonomía y de considerables éxitos, sobre todo en Galicia y en Cataluña, algo menos en el País Vasco. En Cataluña, como se dice ahora, se salieron. Asfixiaron a todos los grupos insurgentes. Impidieron decenas de atentados al más alto nivel. Pero tenían su propia agenda. ¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué JAC?

—Por nada. Unas siglas como cualesquiera otras. No respondían a nada. En Barcelona hay un equipo de baloncesto que se llama así, JAC: «Juventudes de Acción Católica». Quizás eran aficionados al baloncesto. Jóvenes lo fueron, y católicos, por supuesto, y vaya si actuaban. Igual es algo de esto, igual te convence. Pero me inclino por que se trata de una simple coincidencia. Ahí tienes otra buena idea: siglas que no significan nada.

A Trejo no se le ocurrió ninguna otra pregunta de inmediato. Le concedió tiempo a Zubioca para que tomase otro trago largo de su copa, ya no estaba seguro de que fuese la segunda o la tercera que se metía en el cuerpo.

—JAC. Qué buen nombre en cualquier caso, ¿no, Zubioca? Suena como si fuesen a morderte, como el cierre de una mandíbula. JAC-JAC, y un dedo menos. JAC-JAC, y una mano menos. Para morirse de risa.

Pero en el rostro de Zubioca no se formó ni la sombra de una risa. A Trejo le molestó un poco que no valorase sus esfuerzos humorísticos, así que recuperó la palabra.

—Volviendo al presente. ¿Quién es él? ¿Quién de todos esos asesinos del JAC está detrás de Medusa?

—¿Asesinos? Bueno, técnicamente no lo eran. Estaban del lado del Estado, de la ley, de los buenos. ¡Vivan los buenos! Siempre tienen la razón, siempre. Eso es lo mejor de los buenos. Pero entiendo tu pregunta. Hemos investigado. La mayoría están muertos o demasiado envejecidos. No hemos tardado en localizarles, les tenemos

vigilados, aunque cualquiera puede darse cuenta de que ya no están para organizar nada de este tamaño.

—¿Estás seguro?

—Seniles, comidos por un cáncer, debilitados por la quimioterapia. Ya sabes, la vejez es una masacre.

—¿Todos?

—Hay uno al que le hemos perdido la pista. Uno que, por decirlo así, hace demasiado que no acude a los bares de siempre. De manera que lo hemos convertido en nuestro principal sospechoso. En el único. El más joven. Debe de tener un nombre, por aquí está la ficha. Pérez, Martínez, Arrufat... Algo así, qué más da. Le pusieron «Lobo», así es como le conocían.

—¿Le pusieron? ¿Quién se lo puso?

—Ellos. Se ponían ellos mismos los nombres en clave. Lo hacían entre todos, quiero decir, por consenso, por acuerdo, después de un tiempo de prueba que les permitiese conocer sus cualidades y defectos. Y a este le cayó «Lobo». Según su ficha era solitario, concienzudo, con una inquebrantable fe en los principios de la dictadura.

—¿Y por qué no premiar su fe llamándole «Elefante»? ¿No son también bichos concienzudos?

—Bueno, le acompañaban otras características, claro. Astuto, nocturno, sanguinario. Así suelen ser los lobos. Merodean durante días, pero atacan una sola vez, de manera rápida y contundente, precisa. Tardó en ganarse este apodo. Al principio tenía otro nombre, esto te divertirá, seguro: le llamaban «el Ventrílocuo».

Zubioca hizo una pausa dramática por si Trejo se animaba a preguntar, pero no le dio ninguna réplica. Se limitaba a mirarle fijamente. El flexo le proporcionaba un brillo maligno a sus ojos verdosos.

—Podía hacer hablar a cualquiera. A cualquiera. No solo hombres, también a mujeres y a niños. Media hora con el Ventrílocuo era más que suficiente para que las piedras cantasen. Una especie de milagro, solo que no se trataba de un milagro. Nada de eso. Era técnica y esfuerzo. Era un profesional del dolor y la persuasión, de su efecto combinado.

—¿Qué sabes de él?

—¿De su infancia? ¿De sus traumas? Nada. Nació en Asturias, si eso te sirve. Pasó la infancia en un seminario. Un chico devoto. Hubiese sido un buen cura, pero desarrolló una vena patriótica, y profética. Le dolían anticipadamente los enemigos de España. Creía en la raza, en el destino de la nación. Le dolían sus enemigos, los enemigos de España, todos, le dolían físicamente. Por lo visto, el tío se echaba a temblar cuando pensaba en un rojo, en un judío o...

—En un masón.

—Eso es. De manual. Sería de chiste, si no fuese por toda esa sangre.

Zubioca señaló las fotografías de las víctimas antes de seguir.

—Se compró todas las obsesiones del régimen. Se hizo un fondo de inversión moral. Estaba convencido de que la dictadura iba a durar siempre. Un régimen de mil años. Como la mitad de los críos del país, por otra parte. Así que decidió contribuir de manera activa, no solo con rezos y buenas palabras; decidió recibir instrucción militar, pero en serio.

—¿Se alistó en el ejército?

—No quisieron reclutarle. Se presentó voluntario, hizo el servicio militar, algo pasó y lo devolvieron a la vida civil. No puedo asegurarte que no gastase unos años en la cárcel. Supongo que él mismo se encargaría años después de destruir el expediente. El caso es que empezó a moverse entre grupos de izquierda, y les convenció.

—¿De volverse fascistas?

—No. De que lo enviasen tras el telón de acero. Para instruirse. Y es aquí donde le perdemos la pista. Aunque suponemos que se preparó de manera concienzuda. Aprendió los métodos del enemigo. De su enemigo. Para poder aplicarlos después animados por su pasión, tan nuestra, tan local.

—Entiendo.

—Ahora nos hace un poco de gracia, claro. A mí el primero, no creas. Pero tenemos que tener bien claro que no había nada ridículo en su comportamiento. Estaba lleno de personas que hubiesen muerto por este país y por los valores que estaban vigentes en ese momento. Y eso es lo que hizo, de manera muy coherente, aunque reconozco que poco ortodoxa: prepararse para morir y para matar por defender esos ideales.

—¿Cuándo regresó?

—Cinco años después. Nuevas caras, nuevos problemas, y enseguida lo vemos trabajando con la policía. Se presentaba voluntario a misiones realmente arriesgadas. No le daba asco ni miedo tocar la basura con las manos. Supongo que esos son los motivos por los que el JAC le reclutó.

—Imagino que no les defraudaría.

—¿Defraudar? Hasta donde sabemos superó todas las expectativas. Se infiltraba en sitios complicados. Podía perder años en una operación. Solo que para él no eran pérdidas, solo eran años, era su vida, y había decidido dedicarla a esto. En los interrogatorios no tenía límites. Podía enfrentarse a niños, a embarazadas... Con frialdad, toda clase de técnicas... Aquí tienes un informe de sus carnicerías, échale un ojo cuando vayas bien del estómago.

—Puedo imaginármelo. Un psicópata.

—No. Bueno, no sé. Tenía una facilidad natural para suspender la empatía. Pero no era un Lobo sin sentimientos. De alguna manera, estaba colmado de emoción. Por su bandera, por su idioma, por su patria. Cuando todo terminó...

—No vayas tan deprisa. ¿Cuándo terminó?

—Con la Transición. No podíamos tener gente así de servicio, en circulación. Y

tampoco estábamos seguros de poder prescindir de ellos. Todo fue muy inestable en aquellos años.

—Qué divertido eres, joven Zubioca. Hablas como si hubieses estado allí. Como si fueses uno de ellos. Hablas como si «nosotros», seamos quienes seamos, solo tuviésemos una voz.

—Nosotros somos lo que obedecemos, Trejo. En este sentido siempre somos «nosotros», los encargados de «hacer las cosas», con independencia de qué piensa o qué ambiciona el que manda. Es el poder el que cambia de objetivos y de ideas. Pero los obedientes, tú, yo, mi padre, Lobo, da igual, los obedientes obedecemos. Solo que en aquel momento no se sabía quién iba a mandar, ni hasta qué punto tendrían que cambiar de ideas para seguir mandando, ni hacia dónde dirigirlos. Fíjate bien que ni siquiera sabían si iba a cambiar todo, si se quedaría igual o si se internarían por una vía media.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esa gente se había sacrificado por el Estado. Habían hecho un trabajo estupendo según los criterios vigentes, sucio, pero excelente. Se habían pasado más de una década metidos en las alcantarillas.

—La vanguardia de la represión.

—Ríete si quieres, pero no era sencillo, no era un problema sencillo... Eran excelentes agentes en un clima político, y repugnantes torturadores en otro. Nadie sabía si al año siguiente los condecorarían o les condenarían a cadena perpetua.

—Así que pusieron a dormir al grupo.

—Primero estudiaron cada caso. Lo que había hecho cada uno, quiénes eran. Y entonces descubrimos, o descubrieron, que Lobo no era un psicópata de manual. Sentía un cariño puro y profundo por su patria. Era una persona moral, con una enorme capacidad de amor abstracto y un talento asombroso para desplazar la empatía lejos del individuo concreto que tenía delante, con el que estaba «trabajando».

—¿Qué quieres decir con eso? Voy a levantarme.

—Haz lo que quieras, Trejo, no puedo obligarte a que sigas sentado.

Trejo se dirigió a la ventana, confirmó que la luna llena seguía colgada en el centro del cielo, como un pozo de luz espesa.

—Quiere decir que hizo todo lo que hizo con los ojos abiertos, que lo sintió todo, que no estaba inmunizado, que no era un psicópata. A muchos de esos tipos no les debíamos nada, ¿sabes? Estaban contentos con haber podido ejercer libremente de carniceros. Pero Lobo de alguna manera sintió y acumuló el dolor que provocaba en sus enemigos. Eran sacrificios ofrecidos al altar mayor de la patria. Lobo estaba expectante, y era ambicioso, esperaba recompensas, medallas, honores. Y no solo no iba a tener nada de eso, sino que aquella patria que tanto había amado la íbamos a entregar entera a lo que él consideraba que era el enemigo. A la gente contra la que se había pasado la vida luchando.



—¿Había más gente como Lobo?

—Algunos más. Sí. Cabreados y rabiosos. Muy confundidos. Con operaciones en marcha, independencia de acción, contactos y armas. Se pensó en desligarnos de ellos, pero hubiese sido un movimiento irresponsable, no solo porque se les podía necesitar, y no te engañaré, eso se tuvo en cuenta; sino porque eran incontrolables. Buenos e incontrolables, mejores que la mayoría de los agentes en activo.

—¿Nadie pensó en sacarlos de en medio en serio?

—La versión oficial es que ya no éramos la clase de Estado que soluciona así sus problemas. Mi impresión, si quieres que te sea sincero, es que no quisimos meternos en ese lío. Eran buenos, ya te lo dije, y estaban armados. ¿Qué íbamos a provocar? Tiroteos, muertos, explosiones. ¿Cómo podíamos justificarlo?

Zubioca dio otro trago largo a su copa.

—Así que les explicamos educadamente cómo estaban las cosas, les dijimos que todo terminaría yendo en beneficio de nuestra manera de ser y de pensar, de sus ideales. Que se trataba de apaciguar a los observadores internacionales, de confundirlos. Se lo creyeron. Creyeron que íbamos a estar pronto de vuelta. Al fin y al cabo la diplomacia de Franco estuvo cuarenta años haciendo malabares con las grandes potencias. Fue una buena estrategia: los tranquilizamos unos años. Después del fracaso del golpe de Estado se pusieron nerviosos de verdad. Fue entonces cuando desarticulamos el grupo, y los enviamos a dormir, un sueño profundo.

—Qué bellas durmientes. Qué enternecedor. Y fue entonces cuando les disteis ese teléfono.

—Una pregunta, llámalo curiosidad profesional: ¿cómo supiste que te mentía con lo del número?

—Galván. Si el teléfono hubiese estado en activo al principio, no hubieses tardado cinco días en encontrar el cuerpo. El resto lo he deducido ahora. Pero dime: ¿por qué me mentiste?

—Tres. Tardamos tres días en encontrar a Galván. Y ese teléfono, bueno, ya puedes imaginarte el motivo por el que se lo dimos a todos los durmientes del JAC. Los necesitábamos desactivados y localizados. Necesitábamos que creyesen que seguían contando y enterarnos los primeros si daban un paso equivocado. Creo que ese teléfono fue una buena solución. Era una línea directa con su «superior». Una suerte de servicio médico, laboral, social. Los queríamos más o menos contentos. Sabíamos que estarían más tranquilos si sabían que podían acudir a un número para quejarse, para orientarse, para lo que necesitasen. Las veinticuatro horas del día, trescientos sesenta y cinco días al año.

—Pero no hablaban con su superior.

—Su superior... Su superior ni siquiera sabía que en el laberinto de responsabilidades administrativas le tocaba hacerse cargo de este grupito. Pasaban por el cargo sin enterarse. Al otro lado pusimos un grupo de psicólogos, bien formados para parecer cargos policiales. Al principio llamaban casi a diario, después

las llamadas fueron espaciándose; al final, haré unos diez años, desactivamos las líneas.

—Y pasaron los años, y nos fuimos haciendo viejos.

—Seniles, comidos por el cáncer, vencidos por la quimioterapia. Nos convencimos de que no había nada que temer. En diez años nos olvidamos de Lobo. Le perdimos la pista. Un lobo viejo se parece a un perro grande, ¿quién iba a tener miedo de un lobo enfermo?

—Y, por lo visto, en lugar de conformarse ha ido acumulando rencor. Lobo y sus amigos. Sean quienes sean y cuantos estén detrás de Medusa. ¿Trabaja solo? ¿Se apoya en gente más joven?

—No lo sé. Y si te puedo ser sincero, hay algo que no me encaja, Trejo. Le he dado cientos de vueltas y siempre vuelvo al mismo punto de desconcierto. ¿Por qué ahora?

—¿Por qué ahora? ¿Y por qué no? Esa no es una pregunta pertinente para un policía, Zubioca. Las cosas se olvidan unos años y luego regresan, se ponen de moda, se vuelven actualidad, y nadie sabe por qué. Y a veces los durmientes, los que parecen muertos, se desvelan y no hay forma de volver a meterlos en la cama. Lo hace porque no le queda tiempo, porque encontró a la gente adecuada, porque la crisis y la corrupción ya no pueden soportarse, porque se muere y quiere hacer algo de ruido antes de marcharse. Cualquiera sabe. No has llegado a esa edad, Zubioca, todavía te falta, incluso a mí me falta, en la que el silencio y la soledad empiezan de verdad a agarrarte por el cuello. ¿Qué sabemos nosotros de ese tío? ¿Y qué importa? No nos pagan para entenderlo, me pagan para detenerle.

—«Somos cazadores, no psicólogos». Esta también me la sé. Mi padre te admiraba mucho, contaba muchas historias...

—La pregunta pertinente, la única pregunta pertinente, aunque te parezca un gesto narcisista, es por qué quiere verme a mí.

—Oh, vamos. No es posible que no hayas hecho esa conexión, que no te hayas preguntado de verdad por qué te mentí con el número.

—¿Lo hiciste porque eres un buen funcionario, porque querías disimular esa zona sucia de la administración, una democracia que cuida y se ocupa de torturadores?

—Tan inteligente y tan ingenuo, Trejo. Qué combinación tan atractiva. No me extraña que todo el grupo estuviese enamorado de ti. Has trabajado durante más de quince años pegado al fuego, has visto tanta basura como es posible ver, ¿qué más da un poco más? No, no era por eso, trataba de ocultarte un dato que te hubiera predisposto en contra de esta investigación. Si te lo hubiese dicho corría el riesgo de que también tú te pusieras en contra de la administración a la que represento. Durante todos estos años, si uno se tomaba la molestia de desentrañar el laberinto administrativo, el JAC estaba a cargo del jefe de operaciones especiales en el norte. Durante diez años fuiste su jefe, dependía de ti.

—¿Y qué te hace pensar que no voy a ponerme furioso ahora, que no voy a ir a

por ti?

—Bueno, como te dije antes, las cosas han cambiado. Ya no tengo ninguna necesidad de fingir para involucrarte en esto. Lobo se dirige a toda velocidad hacia ti.

Ahora fue Trejo quien apuró de pie su copa.

Él mismo se puso otro chorro de ginebra. Si le molestó o le ofendió lo que había dicho Zubioca no lo dejó traslucir. Incluso se podía apreciar un deje de placer en su expresión, como si reconociese la buena jugada de un adversario (aunque pensándolo mejor el adversario fuese el hijo de su mejor amigo, y estuviera a su lado), como si de alguna manera recóndita estuviese disfrutando de la situación.

—Entonces solo queda esperar que se ponga en contacto conmigo.

—Me pregunto cómo lo hará.

—Ya lo ha hecho. Desde que empezó esto no ha hecho otra cosa que ponerse en contacto conmigo. Las víctimas fueron escogidas porque creía que podía arrastrarlas a jugar su juego. Y su juego era matar a toda esa gente para exhibirse. Y lo ha hecho así porque, con independencia de lo que quiera de mí, busca impresionar a un hombre al que considera inteligente, y la gente como él suele confundir la inteligencia con el malabarismo.

—¿Y ahora?

—Ahora vamos a escucharle.

—¿Te llamará?

—No. Ni me escribirá un correo, ni me enviará una carta, ni se me cruzará por la calle. Está enamorado de su cajita de trucos, de su laberinto mágico. Quiere ponerme a prueba, ahora soy yo quien está bajo sospecha. Cuando se queda solo se pregunta como una enamorada nerviosa: «¿Ha entendido mis sentimientos? ¿Está siguiéndome el juego?».

—Y lo has entendido, lo estás siguiendo.

—Claro, claro que lo he entendido. Necesito un teléfono oficial con línea del «número de la esperanza».

—¿Crees que así lo atraparás? ¿Recibiendo la llamada antes que nosotros?

—No, no se trata de anticiparme a ti. Se trata de atender la llamada como Lobo se merece. Al fin y al cabo, se ha tomado muchas molestias para informarnos de que la próxima llamada será el siete de noviembre, y como es a mí a quien quiere escuchar, será a mí a quien se encontrará al otro lado de la línea. Le daremos esa satisfacción.

Cuando quisieron darse cuenta de la hora que era, descubrieron que se les habían hecho las tres de la madrugada. Fue Trejo el primero que se levantó de su asiento. Zubioca estaba aturdido, con la mente todavía clara y la lengua suelta, pero el mundo pasaba tras un velo de turbación general.

—Las tres de la madrugada. La hora de la llamada de la muerte.

—¿Para ti? ¿Para Lobo?

—No, no. En general, las tres de la madrugada es la hora más temible para los que se van a dormir. Marca el arranque del período en que las llamadas a casa solo pueden significar una desgracia. Alguien herido, alguien desesperado.

—La llamada de la muerte, ya recuerdo, ya entiendo.

—Durante años me resistí al insomnio, ¿sabes? Trataba por todos los medios de dormir. Probé toda clase de trucos y medicamentos. Llegó un momento en que renuncié a irme a dormir antes de las doce, de la una. Pero entre las dos y las tres empezaba la pelea final, el mano a mano con el sueño. Si daban las tres y seguía despierto, esa era la señal de que pasaría la noche en vela.

—¿Y ahora, desde que te jubilaste?

—He llegado a un acuerdo con mi patrón de sueño. Me duermo como un bebé a las cuatro. Solo tengo que cenar tarde y ver un par de películas...

—Cuando ha dicho lo de las tres de la madrugada, ¿no le ha venido instintivamente a la mente la muerte de mi padre? A esa hora me llamaron para decirme que había muerto, y que no había cuerpo, que no quedaba nada para enterrar.

—Para mí no fue una llamada. No pasó tan tarde. Y estaba allí.

—Me debieron de llamar a esa hora. Bueno, llamaron a casa a esa hora. Recuerdo que pensé que se equivocaban. No me levanté. Lo dejé sonar. Fue mi madre la que se levantó la segunda vez, todavía oigo sus pasos por el pasillo. Y el grito. Pensé que se había caído, no relacioné una cosa con otra. Usted siempre ha ido a buscar el peligro, de cara, pero los que nos quedamos en casa, esperando que un padre o un esposo o un hijo sobreviva una noche más, somos tan sensibles al peligro, lo tenemos tan presente, que cuando vemos pasar los años sin que lleguen las malas noticias, terminamos insensibilizándonos. «Si no ha pasado nada malo hasta hoy, por qué debería pasar ahora». Qué tontería. Por eso pensé que aquel grito de mi madre, aquel desgarró, solo podía ser una caída. No pensé que el grito de esa noche iba a desgarrar toda mi vida.

—No lo has olvidado. Buen chico.

—No, no lo he olvidado. ¿Sabes qué me dicen? Que si no lo he olvidado es porque estaba demasiado apegado a él, que no he madurado. Pero no es así, no es nada de esto, qué va. Ya pueden decir lo que quieran de los problemas entre padres e hijos, yo quería a ese hombre. ¿Lo entiende? ¿Puede entenderlo?

—Sí, yo también he sido hijo.

—¿Cuándo murió su padre?

—Confidencial.

—¿Sabe lo que sí me afectó? Que su cuerpo volase en pedazos. Que le pulverizasen los huesos, que ese polvo negruzco fuese él de ahora en adelante. Lo que de verdad me afectó fue saber que bajo ese féretro, bajo la bandera, no estaba el cuerpo de mi padre. Dirá que es una tontería, y lo es, pero las tonterías son importantes, los ritos, los símbolos. Que digan lo que quieran, pero mear en el campo no es igual que encima de una bandera...

—Ni en un altar.

—Ni en un altar. O te sientes ofendido o te sientes un transgresor, pero nadie se siente indiferente, nadie. Un cuerpo estrecha la mano entre el muerto y los vivos.

¿Sabe? Al no haber cadáver la sensación que tengo es que mi padre es una sombra, algo atrapado en la frontera entre los vivos y los difuntos. ¿Se acuerda de él?

—Sí.

—¿Alguna vez? ¿Esporádicamente? ¿Solo cuando yo le hablo?

—Tu padre era mi mejor amigo. Tengo muy presente ese día.

—¿Por él o porque lo defenestraron?

—Me temo que estás borracho. Frena esa lengua, chico. Estás muy equivocado si crees que voy a entrar...

—Perdone, perdone. Es el recuerdo que me carcome aquí, me duele. No cicatriza. La emprendo con cualquiera.

—¿Crees que estaría aquí si no fueras hijo de Zubioca?

—¿Sinceramente? Sí. No hubiese podido resistir. No te gusta dormir. Dormir no se hizo para usted.

Zubioca dio otro trago. Trejo miró el fondo del vaso: le subieron náuseas, ya estaba bien de beber, al menos por esa noche.

—¿Le llevo a casa?

—¿En ese estado? Iba a ser un desenlace penosísimo para este asunto si nos estrellamos. Menudo disgusto iba a llevarse Lobo si me muero ahora. Con las molestias que se ha tomado.

—¿Quieres quedarte aquí? ¿Venir a casa?

—Llama a un taxi.

—Es un viaje largo.

—Ponlo en gastos extraordinarios. Y termínate la botella en mi honor. Y descansa. En una semana habré resuelto tus problemas.

—No sabe hasta qué punto le quedaré agradecido. Hasta qué punto ya lo estoy.

Volvió en taxi medio adormilado. Cuando entreabría los ojos la carretera le parecía un túnel de luz que le llevaba a casa sin esfuerzo, sin ejercer ninguna fuerza.

El taxi no cerraba tan bien como el coche de Marisa. Se filtraba un aire frío y seco. Se despertó a tiempo para pedirle al taxista que hiciese una parada en una estación de servicio. Los potentes focos artificiales le molestaron tanto como el penetrante olor de la gasolina.

El taxista vio cómo Trejo se acercaba con paso inseguro a los servicios y pasaba de largo. Su objetivo eran las cristalerías de la tienda, abierta las veinticuatro horas. Pese al sueño y al cansancio Trejo se las arregló para señalar la botella que quería. Una ginebra considerablemente más barata que la de Zubioca, pero digna. Cuando oyó el precio pensó que no llevaría suficiente. Calculó el valor de los billetes y contó las monedas, se alegró de poder apropiarse de aquel licor.

Regresó al coche con la botella medio disimulada dentro de la chaqueta, como si estuviese haciendo algo furtivo, impropio de él.

Tampoco bebió demasiado al llegar a casa. No tenía cubitos. Raspó hielo a la desesperada del congelador. Debían de existir miles de contraindicaciones para aquel comportamiento, pero tenía sed, una clase de sed muy particular, y no logró encontrar una objeción que le disuadiese definitivamente.

Echó una última mirada por la ventana y se tumbó en el sofá para beber su copa con escarcha en lentos y cortos sorbos.

No puede decirse propiamente que pensase. Más bien se limitó a abrir con parsimonia su mente y permitió que saliesen de su guarida recuerdos que solía reservar para el sueño, para el juego sin consecuencias de lo onírico. Las imágenes desfilaron ante él, proyectadas en la pantalla de la mente.

No vio entera la película de los hechos. Más bien fue como repetir las escenas clave de una película que uno considera importante pero que conoce demasiado bien para verla de nuevo entera, de principio a fin.

Lo primero que vio fue a los cuatro del grupo, en mangas de camisa, en aquel enorme despacho suyo de San Sebastián. Se vio gesticular convencido, y convenciéndoles: después de un año de confusión, aquella era la pista buena. Vio cómo se convencían uno a uno. Vio cómo los ojos de Zubioca padre aceptaban el plan por lealtad, no por convencimiento.

Después se vio solo, en el mismo despacho, desde el que oía el sonido de los movimientos del mar golpeando la costa, barajando otras posibilidades, lidiando con sus propias dudas. Se le hizo muy tarde aquella noche.

La siguiente imagen mostraba a cuatro hombres armados (dos de ellos con unas máscaras extrañas como de astronautas) avanzando por un bosque húmedo y pegajoso. Les vio atravesar a toda prisa un claro. Les vio acercarse a la inmensa fábrica con las ventanas rotas y las altas chimeneas de fundición. Les vio entrar en el

Castillo y les vio tratando de avanzar sobre un suelo donde se habían acumulado cascotes y porquería durante diez años de abandono. Les vio desear que la fábrica estuviese vacía, y desear y temer que Trejo tuviese razón, que sí se escondían allí, y temor de que se equivocase y que sus enemigos hubiesen adivinado que iban a buscarles.

Les vio avanzar hacia el centro de la fábrica y oyó el grito de Zubioca. Vio cómo los hombres con las máscaras movían sus grotescas cabezas antes de saltar por los aires. Oyó aquel estruendo amenazador, hoy le seguía recordando como entonces a una sierra eléctrica, inmensa, serrando las paredes como si fuesen troncos. Vio el fuego creciendo en todas las direcciones, altas llamas, gruesas y espesas, que parecían vivas. Se vio corriendo hacia un estrecho pasadizo que memorizó al entrar, el azar sabría cómo. Vio las llamas creciéndose y envolviéndose las unas con las otras, las vio ocupar la pantalla entera de su imaginación, y un segundo después, quizá como una protección, su mente se volcó por completo en el sueño.

El sueño que concilió fue agitado.



—Entonces ¿quién mató a mi tío?

—Bueno, Javier, esa no es la pregunta más sencilla de responder del mundo. Lo que sí puedo decirte es quién no lo mató. El responsable de la muerte de Elena y de Norberto no es el mismo.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Irina?

—Mi padre está investigando el caso. Norberto Obanos murió de la misma manera que otras personas importantes, relacionadas con la administración y que se sentían abandonadas.

—Ese juego macabro que me contaste...

—Justo.

—¿Y no puede estar tu padre equivocado?

—Mi padre tiene muchos defectos, no creas que no lo sé, pero cuando se trata de su trabajo, de un caso que se ha tomado en serio desde el primer momento, te aseguro que no se equivoca nunca.

Javier se hubiese levantado de buena gana, para sacudirse los nervios. Pero estaban sentados en una cafetería. Tras las cristaleras, la noche se había apoderado ya de la ciudad de Pamplona. Bajo las farolas se veía cruzar a gente, deprisa, envuelta en ropa de abrigo, hacia sus casas, hacia sus asuntos.

—Pero ¿no es mucha coincidencia? Ya sabes, dos muertes en la misma familia, y dos asesinos distintos.

—No, no es ninguna coincidencia. Es todo premeditado. El asesino de Obanos investigó a fondo la situación de tu tío. Se decidió a actuar precisamente porque sabía que lo estaba pasando mal, que estaba presionado. Por eso investigó a sus enemigos, como señuelo para atraerlo a su trampa. Y gracias a eso, para que su oferta fuera verosímil, tenemos ahora todos estos documentos.

—¿Y qué hacemos ahora con el asesino de Norberto?

—Nada.

—¿Nada?

—Está fuera de nuestra jurisdicción, como dirían en las películas. Alguien que pudo desentrañar en unas semanas la organización que presionaba a tu tío está fuera de nuestro alcance. Es de otro nivel, está en otra liga.

—Me pides que renuncie...

—Mi padre se encargará de él. No te preocupes. Se le da bien. Te propongo que te concentres en los documentos que sacamos de la bodega.

—Me los sé de memoria.

Habían pedido dos cafés con leche. Las tazas estaban sobre la mesa. Terminada la de Irina, a medio beber la de Javier. El chico había ido recogiendo todos los sobres de azúcar y los había vertido sobre el poso de la taza de su amiga: el resultado era repugnante.

—¿Y qué te parece?

—Tapaderas. Un montón de tapaderas. Empezando por esa organización china. No existió nunca. Baesa se lo dijo a mi tío para meterle el miedo en el cuerpo. Los chinos pueden dar mucho miedo.

—No estoy de acuerdo. Esa organización existe. Fíjate bien, eran los encargados de distribuir el vino de baja calidad. Eso no podía hacerse desde España.

—¿Y de qué clase de organización se trata, Irina?

—No lo sabemos. Ni siquiera el asesino de tu tío logró averiguarlo. Sucia e ilegal, seguro, al menos según nuestros términos. Pero no creo que pusieran un pie en España. Baesa operaba con ellos a distancia, por eso Obanos no llegó a verles el pelo.

—Entonces ¿quién mató a Elena?

—Los mismos que se encargaron de presionar a Obanos. Piensa. Baesa había llevado personalmente toda la negociación. De repente los inversores chinos se convierten en inversores navarros, justo cuando Tobaruela empieza a hacer preguntas.

—¿Tobaruela?

—El gestor de tu tío. Aparecieron en ese momento, y eso es lo que queda claro en estos papeles. Lo que más tiempo le llevó averiguar, supongo, la última información que le entregó a Norberto. Los inversores navarros no existen. La gente que amenazó a tu tío en su propio despacho estaba interpretando el papel de inversores o de empresarios.

—Eran mafiosos.

—No lo creo, Javier, al menos no lo eran a la manera que aparecen en las películas. El nombre que mejor se ajusta a esos tipos es el de matones. Simples matones. Si descuartizaron a Elena fue sencillamente para que recordase a la manera como ajusta las cuentas la mafia en el *mainstream*.

—En las películas, de nuevo.

—Sí, en las películas. Algo lo bastante espectacular para impresionar a Obanos. Para hacerle creer que había una estructura detrás capaz de asfixiarle. Y también para despistar a la policía. Supongo que ninguno de esos empresarios estará ya en el país, y que no volverá a pisarlo en una temporada.

—Si no hay mafia ni tampoco empresarios eso nos deja a solas con el gusano de Baesa.

—Sí, todo apunta a que fue Baesa quien tuvo la idea o quien la organizó, quien llevó el trato con Obanos, y quien mandó matar a tu tía.

—Entonces ya tenemos a nuestro culpable. Al hombre que me pisará el cuello si salgo de las sombras.

—El hombre encargado de organizarlo y de gestionarlo. Incluso podemos pensar que fue él quien pensó toda esta estrategia. Pero no es el único responsable. En cierta manera, si lo piensas bien, Baesa puso en relación a la organización china que debía distribuir las botellas con alguien en España que desvió fondos públicos o usó dinero negro previamente desviado para afrontar la inversión inicial.

—¿Crees que esa gente es responsable de la extorsión a mi tío y de...?

—No, la verdad es que no. Creo que esa gente ni siquiera sabe que tu tía Elena murió. Ni sería capaz de relacionar su muerte con su «negocio». Baesa ha ido poniendo parches cada vez que salía agua de su barco.

—Baesa, Baesa, Baesa... No sé cómo puedes estar tan segura. ¿Y todo el embrollo rumano? Tiene influencia sobre esa gente. ¿Tan lejos llegan sus tentáculos?

—He hecho averiguaciones por mi cuenta. Baesa trabajó hasta los noventa facilitando importaciones y movimientos de capital al otro lado del telón de acero. Tiene los contactos. Sus áreas de trabajo eran Rumanía, Bulgaria y Checoslovaquia. Si los responsables fueran los chinos hubiesen recurrido a otros territorios para que Obanos hiciese su inversión fallida.

—Desde luego, territorio no les falta.

—Me alegro de que no pierdas el humor. Que la inversión se hiciese en Rumanía no descarta a Baesa. Al contrario. Lo incrimina directamente, es la prueba segura de que se trata de él.

—¿Y qué hacemos? ¿Lo denunciarnos?

—Obanos ya lo intentó, y casi lo incriminan por la muerte de su hermana. Baesa es influyente y trabaja o colabora con gente más influyente. Y ahí es donde tenemos nuestra oportunidad.

—¿Dónde?

—¿Viste la lista?

—Sí. Se trata de gente importante, hay políticos en activo, antiguos cargos, empresarios...

—¿Y quiénes crees que son?

Javier se quedó mirando a Irina, incapaz de responder.

—Vamos, lo tienes en la punta de la lengua, Javier.

—¿Los inversores?

—Llámalo así. Inversores a cuenta del erario público. Del dinero de todos. También podrías llamarles corruptos. La clase de gente que queríamos cazar.

—Es gente muy importante, Irina, no creo que puedas, que podamos, ir contra ellos. Tú misma has dicho que la policía...

—Entonces no contábamos con mi padre. Tenemos que seguir estos indicios. Ponerlos en relación. Tenemos que conseguir que suene tan grande que Trejo no tenga otra opción que ponerse a investigar.

—¿De verdad crees que tu padre puede manejar esto? ¿Qué es, una especie de mago?

—Algo así.

—Es increíble cómo idealizáis los hijos a los padres.

—Mira el señor, como si él no tuviese padre.

—Hace mucho que perdí al mío, señorita. He tenido mucho tiempo para bajarlo a la tierra.

—¿Y por eso seguías de uñas con tu tío? Venga ya. Además, ¿de dónde has sacado que yo tengo idealizado a mi padre? Trejo le hizo la vida imposible a mi madre, y me ha mantenido apartada de su vida años. ¡Años! Incluso ahora solo me soporta a regañadientes. No le tengo idealizado, señor mío, conozco sus defectos como la palma de mi mano. Y no son pocos, nada de eso, no son pocos, las cosas que te podría contar...

Irina parecía con ganas y fuerza para seguir. Pero se frenó en seco. La mano se le fue a la taza. Javier se la interceptó.

—No bebas. Debo de haber echado tres azucarillos enteros. Es una guarrada, lo sé, han sido los nervios, perdona.

Irina empezó a sonreír, pero sus labios dieron marcha atrás.

—... no son pocos sus defectos, no. Son muchos, muchísimos. Pero le he visto trabajar. Sé lo que es capaz de hacer cuando se concentra...

La sonrisa volvió a aflorar en la cara de Irina.

—... y la verdad es que sí, Javier, eres un guarro.

Los dos chicos rieron abiertamente. Javier le preguntó si le apetecía algo más. Irina se moría por una cerveza, pero querían mantener la cabeza despejada. Sus cuerpos estaban demasiado cerca, y eso les estimulaba, pero también era un riesgo: los dos intuían que sus sentimientos estaban a punto de desbocarse, que podían salir corriendo quién sabe hacia dónde.

Les trajeron dos cafés.

—¿Has pensado qué vas a hacer cuando todo esto se aclare?

—La verdad es que no, Irina. Ni siquiera he tenido tiempo de procesar que mi cuerpo no va a matarme. Pero supongo que trataré de hacer vino, como todos los Obanos.

—No tienes por qué. Puedes venderte esas tierras. No dejes que el apellido y la sangre te aten.

—¿Sabes qué pienso? Que a veces nos sentimos muy valientes y originales cuando vamos en dirección contraria a nuestros padres. He vivido así. Desde siempre. Pero ahora me parece que eso es lo más fácil, correr hacia la dirección contraria. No sé explicarlo bien, pero ahora creo que lo verdaderamente difícil, lo que exige tesón y voluntad, es aceptar el legado familiar. Llámalo responsabilidad. Llámalo genética. Me ocuparé de esos viñedos, sí, haré vino.

—Eres genial, Javier. No llevas ni dos semanas como heredero y ya hablas como ellos. Usas todas esas metáforas para encubrir que ahora los medios de producción son tuyos.

—No voy a discutir contigo mientras estés tratando de salvarme la vida. Pero ¿te has parado a pensar de qué va este grupo tuyo?

—No tiene nada que ver con mi padre.

—Es lo mismo, Irina, es lo mismo. No sé si tu padre es un buen o un mal hombre, pero todas tus historias desembocan en el mismo sitio: Trejo es el hombre que está

aquí para cazar a los monstruos que cría la humanidad.

—Es una manera de verlo.

—¿Y qué otra cosa pretendes hacer tú, Irina? Otros tiempos, otros malos, otros métodos. Pero es lo mismo. Has asumido su legado, la misma responsabilidad. Eres la hija de tu padre, lo que la influencia de tu padre ha hecho de ti: la chica que sigue decidida a que los monstruos no prosperen sobre la tierra.

La mañana siguiente sorprendió a Trejo en el trance de entrar en la fase más profunda del sueño. No hacía ni tres horas que se había acostado.

Cuando abrió los ojos era casi la hora de comer. Algo pasaba en su estómago. Una especie de vacío pesado se agitaba en su interior. Se levantó mareado y le costó despegar la lengua del paladar. Conocía la sensación, pero en cierto modo la había olvidado, y era la primera vez que la experimentaba desde que cumplió los sesenta.

Buscó los cubitos que había dejado haciéndose la noche anterior. Puso un par en un vaso, los cubrió de agua mineral y añadió un chorro de limón. Pensaba pasarse la mañana tomando tragos de aquel líquido, aunque pese a la leyenda que lo envolvía, nunca había logrado cortarle la resaca. Pero le favorecía tener las manos ocupadas, pensar que estaba cerca de la recuperación.

Trató de recordar cuándo había sido la última vez que atravesó una resaca. Estaba convencido de que fue después de que lo defenestrasen. Y aunque era cierto que había bebido, recordó que no se había levantado con esta sensación de zozobra en todo el organismo. Aquella noche bebió lo justo y necesario para conciliar el sueño, pero no quiso amodorrarse, ni perder el sentido.

Se dio cuenta de que veía borroso. Se acercó con precaución al espejo: sus ojos eran globos hinchados, rojos, arrasados de humedad.

Tardó casi cinco minutos en encontrar el colirio. Se lo aplicó con la torpeza de siempre, pero los ojos reaccionaron bien. No podía decirse que viera nítido, pero al menos el mundo había dejado de ser una película borrosa. Además, aquel leve desenfoque casaba bien con su estado general de desequilibrio.

Miró la hora. En comer no podía pensarse, pero tampoco podía salir a la calle con el estómago vacío. Sacó de un cajón una bolsita de palitos de pan integral.

Trejo dedicó diez minutos a terminar de recomponerse, y después bajó a la calle armado con sus gafas de sol. Se había puesto una camisa de cuadros, tejanos y una cazadora. Era casi su uniforme oficial. Solo esperaba que el bailoteo interior no se apreciase desde fuera.

Se dejó dirigir por sus pies hacia la comisaría. Antes de entrar recordó con horror que todavía no había probado la voz, no había pronunciado ni una sola palabra. Era posible que la lengua se le encasquillase. Decidió que tomaría un café en un bar y haría algunos ejercicios delante del espejo. Pero dos chicos de uniforme le saludaron en la puerta, le dio vergüenza escapar.

Entró en la comisaría sin quitarse las gafas. Saludó mecánicamente a los funcionarios de la entrada. Buscó con la mirada a Carlos, pero no estaba en su sitio. Se dijo que si tomaba aire en el pasillo podría alcanzar su despacho sin balancearse ni una sola vez.

Dio dos pasos y sintió que se inclinaba hacia la izquierda, pero una mano salvadora le agarró del codo.

—¿Podemos hablar en mi despacho, por favor?

Trejo reconoció a Sebastián tras el velo oscuro del cristal. No ofreció ninguna resistencia. Entraron a una habitación que recordaba a un pequeño agujero. El contraste con el espacioso despacho de Zubioca indicaba que aquella era la madriguera de un policía que pisaba la calle. La tapicería de la silla daba pena, al menos no le ofrecería que se sentase.

—Perdona que no me quite las gafas de sol, tengo los ojos a punto de estallar.

—Soy yo quien debe disculparse.

Trejo recordó entonces lo que había pasado entre ellos. La larga noche conversando con Zubioca, el alcohol, la resaca, lo que Lobo había hecho y lo que pensaba hacerle, habían enviado aquella escaramuza muy atrás en el tiempo. Era como si hubiese transcurrido una semana entera.

—Ayer me comporté como un idiota.

—Son cosas que pasan.

—Son años de resentimiento. Me ha costado mucho llegar hasta aquí, ¿sabes? Siempre te he tenido algo de envidia. Nunca me has respetado. Todo eso va acumulándose aquí.

Sebastián se señaló el pecho. A Trejo le pareció que no podía seguir con las manos en los bolsillos.

—Yo sabía que eras un peligro, que vas contra las reglas. Eres incapaz de respetar nada. Ni siquiera a la gente que trabaja contigo. Los usas como armas. Pobre Carlos. Pero después de lo que pasó con Zubioca hice algo más que perderte el respeto, empecé a despreciarte.

—Me enviaron a casa. Embadurnaron mi expediente. No me fui de rositas.

—Pero para los chicos sigues siendo una especie de titán. Y aquí estás, de nuevo, arrogante como siempre, saltándote las reglas, poniéndonos a todos en peligro...

—No he puesto en peligro a nadie.

—Todavía, Trejo, todavía. Está en tu naturaleza, es más fuerte que tú. Tarde o temprano lo harás. Por eso quería vigilarte y lo seguiré haciendo, ¿me oyes?

—Perfectamente.

—Pero lo de ayer fue penoso por mi parte, me dejé llevar.

—¿Querías que el asesino fuese yo?

—No. De verdad, no. O, mejor dicho, una parte de mí sí lo quería: mi venganza y mi triunfo en un solo gesto. Irresistible. Sobre todo de noche, cuando estás cansado y sientes que todo es imposible.

—¿Crees que soy capaz de matar a nueve personas?

—Cinco, Trejo, cinco. Pues la verdad, si quieres escucharla, es que no, no creo que pudieses matar ni a uno solo a sangre fría. Pero de alguna manera te las has arreglado para meterte dentro del caso, para ser el protagonista.

—¿Puedes precisar?

—Creo que serías capaz de hacer muchas cosas para brillar. Para solventar el

caso, para salirte con la tuya, para volver a destacar. No sé si llegarías a matar. Quizá no. Pero no olvides que he sido tu sombra durante años. Sé en qué estado de euforia está ahora mismo Carlos. Y sé lo que pasará con él. Yo podría decirle qué pasa cuando uno se queda cerca de ti demasiado tiempo. Por eso lo has alejado de mí, para que no se lo cuente. Muy bien. Pues ahí lo tienes. Pero yo sé cómo eres. Te he visto mentir, falsear, herir y sacrificar la carrera de muchas personas para salirte con la tuya.

—Gracias por tu sinceridad. Compensa lo de ayer. ¿Sin acritud?

Trejo le tendió la mano.

—La justa, Trejo, la justa. Y ten cuidado y suerte con ese Medusa.

Trejo no consideró necesario ni oportuno preparar una respuesta. Salió al pasillo, le temblaban las piernas, y a cada paso sentía cómo se inclinaba hacia un lado. Vio a Carlos en su mesa, rodeado de colegas. A Trejo le fastidió que el chico no tuviese acceso directo a su base de datos. Se mareó solo de pensar que tendría que ponerle al corriente de todo: la muerte de Luisa, aquella interminable noche de conversaciones con Zubioca, aquel Lobo que había empezado a rondar por su vida.

—¿Puedes venir un momento, Carlos?

—Claro, Trejo, les estaba contando a los chicos la fiesta de este viernes, la verdad es que fue una cosa...

Trejo cerró la puerta del despacho con demasiada fuerza. El sonido del portazo le retumbó en el cerebro. La mesa estaba limpia, apenas había usado el despacho. Todo se había desarrollado a distancia, en su teatro mental. Le parecía increíble tener que incorporarse en persona a la acción. Sus ojos tropezaron con los cactus, por primera vez aquella pasajera afición por las verduras con pinchos le pareció un disfraz penoso. Pensó que Carlos tardaba demasiado en entrar, pero se sentía incapaz de girar la cabeza. De hecho, rodeó la mesa agarrado al cristal como un niño inseguro de su capacidad locomotriz. Retiró la silla y se sentó, le parecía que había alcanzado la cima de la montaña.

La puerta se abrió con un crujido.

—Trejo, ¿qué tal? Le pedí el informe a Sebastián en cuanto me enteré. No puso ninguna objeción. He hecho los deberes he estudiado bien a la quinta víctima. Cincuenta y tres años, regidora...

—Esta vez conozco el caso. Hablé con Zubioca. No es necesario repasarlo.

—Se ajusta exactamente a lo que esperábamos. Solo que esta vez el informe no contempla qué dijo la muerta después de «Medusa». O no se entendió, o alguien no quiere que lo sepamos. Quizá deba preguntar...

—Preguntaré, Carlos, no te preocupes.

—¿Cómo vamos a cazarle?

—Ya te lo dije, eso depende de él, de que cometa un error. De que se canse de esperarnos y nos ofrezca una pista decisiva. O de que se aburra. Lo creas o no, esas cosas pasan. Se cansan de jugar, les tocan policías demasiado tontos. Y lo dejan. Lo



olvidan. Vuelven a sus estúpidas vidas.

—¿Estúpidas? A mí me parece que las vidas «normales» pueden ser más emocionantes que estas.

—Claro, claro. Lo digo desde su perspectiva. Entiéndeme: no se habrían puesto a matar sin móvil si sus vidas les hubieran parecido cargadas de emoción. Si pasarse el día viendo películas o cuidando plantas les «llenase», como se dice ahora, no hubiesen empezado a escenificar sus sueños más oscuros.

—Sus pesadillas, querrás decir.

—Nuestras pesadillas son sus sueños. Para ellos nada de esto es de color negro, ni siquiera gris. Nada de eso. Se trata de sueños dorados, brillantes, infinitamente seductores.

—Entonces ¿vamos a dejar que siga matando? ¿Cruzados de brazos?

—No. Nada de eso. Vamos a organizar una fiesta el jueves que viene. El día del asesino. Será en tu casa, si no tienes ninguna objeción. Iremos tú, yo y este teléfono. Comeremos algo y esperaremos a que suene.

—¿Quién va a llamarle? ¿Zubioca?

—Olvídate de Zubioca. El asunto ha tomado unas dimensiones familiares. Casi íntimas. El jueves esperaremos la llamada de Medusa. Este aparato está conectado a su línea favorita.

—No sé si termino de entender...

—«Trejo», eso es lo que dijo la quinta víctima, «Trejo». Es a mí a quien quiere ver.

—¿Por qué?

—Supuestamente porque fui su jefe y no le valoré lo suficiente. En realidad solo hay una manera de saberlo.

—¿Y quién es Medusa?

—¿Medusa? Ni idea. Un nombre artístico. La nueva tarjeta de presentación del artista antes conocido como «Lobo».

—¿Lobo?

—El tío que está detrás del asunto. Uno de ellos. «Lobo» era su nombre en clave cuando se dedicaba a lo que se dedicaba: infiltrarse, detener y torturar sin apenas restricción, por el bien y la seguridad de todos los españoles.

—¿Para el JAC?

—Bien deducido, bien deducido.

—Pasará de los setenta.

—Setenta y dos, para ser exactos. Era de los jóvenes. Con toda la vida por delante cuando la Transición le pasó por encima como un tren de alta velocidad. Suponemos que después ha madurado en el fuego lento de la frustración. Pero quién sabe, quién sabe. Siempre hay sorpresas, ¿no trata de eso la vida? ¿De la irrupción de lo inesperado en lo inesperado?

—No lo sé.

—En cualquier caso, qué más da el nombre real, el aspecto o la edad. De lo que se trata ahora es de empezar a jugar cuanto antes la última fase de la partida que tan cuidadosamente ha diseñado. Y si jugamos bien nos aseguraremos de que no habrá ni una sola muerte más. Ni una sola. Por cierto, es aquí adonde llamará; guárdamelo, por favor, soy capaz de perderlo.

Trejo arrojó el móvil sobre la mesa. Carlos tardó en recogerlo, como si fuese un hierro al rojo vivo, como si antes tuviera que esperar a que se enfriase.

—¿Y si llama antes?

—El siete de noviembre. Quiere verme el siete de noviembre. ¿Recuerdas? No estás por los detalles.

—Pero el jueves es día seis de noviembre.

—A las doce de la noche será viernes y siete. Y aunque no puedo estar completamente seguro, me juego lo que quieras a que nos llamará justo a las doce. No podrá esperar a comprobar si he hecho bien los deberes, si estoy a su altura. Así que tienes la semana libre. No quiero verte por aquí, a menos que mi teléfono dé alguna señal. Hasta el jueves, a las diez, en tu casa.

—Le subiré el volumen, por si acaso.

Trejo pasó la semana cocinando platos elaborados. De repente ya no podía soportar las películas de Stewart. Ni las películas en general. Acudió a la librería de un centro comercial y compró un libro de recetas de la nueva cocina navarra y otro sobre comida venezolana; era la zona geográfica más cercana a Perú que consiguió.

A primera hora de la mañana elegía la receta, y se pasaba la mañana seleccionando los alimentos e ingredientes que necesitaba. Añadía a la receta una hierba aromática, casi siempre perejil, que consideraba su toque personal. Cocinaba con más ahínco que fortuna, pero el plato estaba dedicado a un único comensal, extraordinariamente permisivo: él mismo. Cocinaba lo suficiente para cenar de noche, no le importaba repetir.

Las tardes las pasaba andando, según él estaba tonificándose.

Durante todo el tiempo pensaba, recordaba, mantenía la mente tensa y a punto.

Si alguien le hubiese preguntado cómo estaba hubiese tenido que mentir o responder que se encontraba mejor que nunca. Vivía con un grado de excitación, con un placer que no recordaba desde la noche antes de asaltar el Castillo, el día que su carrera y la fortuna que la había presidido desde siempre se fueron al garete.

No podía decirse que fuese algo premeditado. No es que lo hubiese decidido después de deliberar largamente, sencillamente se había dado así. No esperaba ver a nadie esa semana. Pensaba llegar hasta el jueves entretenido con lo que su mente diera de sí.

Así que se sorprendió un poco cuando oyó el sonido del interfono. Le tranquilizó reconocer la contraseña sónica. Irina. Las apariciones súbitas de su hija empezaban a ser tan corrientes que ya no le sobresaltaban. Se había olvidado por completo de la aventura en la bodega, de las investigaciones de su hija, de que les había pedido que ella y su grupo le pasaran un informe.

Descolgó el interfono y la voz, metalizada, le confirmó que era Irina.

—Trejo, subo.

Le alegró oír la voz de su hija. Le gustaba en lo que se había convertido. Si no hubiese sonado demasiado cursi habría dicho que era una versión más joven y femenina, probablemente menos inteligente, de él mismo. En momentos así, en los que la euforia y el cariño se envolvían en un abrazo confuso, le sabía mal, realmente mal, no ser la clase de persona a la que los abrazos le salen de manera espontánea. De hecho, no tenía ninguna pauta corporal para relacionarse con su hija.

Al contrario, la esperó en el quicio de la puerta, al estilo de Carlos. Y compuso un rostro serio, casi desabrido. La recibió de morros. Le reprochó que hubiese tardado tanto. Le reprochó que viniese sin avisar. Le reprochó que viniera a verle en miércoles, aunque era martes. Y sin importarle incurrir en una contradicción flagrante le reprochó que viniera a verle tan temprano.

A favor de Irina se debe computar que no solo no se inmutó, sino que una vez

dentro de casa se le quedó mirando con un rostro serio y le soltó a la cara:

—¿Qué haces con las gafas de sol puestas en casa?

Trejo se tocó la cara y dio con las gafas. Se había habituado a ponérselas desde el día de la resaca, ni siquiera se acordaba de que las llevaba puestas.

—Me duelen los ojos, los tengo irritados, cosas de la edad. Te ofrecería algo, pero la nevera está seca.

Trejo notó cómo su interior sonreía con aquella mentira tan descarada. Pero aquel día le tocaba un plato con el que se sentía absolutamente inseguro.

—Estás raro, Trejo. ¿Has bebido?

—Puedes registrar la casa, Irina, estoy limpio. Y supongo que no puedes imaginarte a tu padre en un bar empujando el codo. A los hijos os cuesta imaginar esa clase de cosas. Los padres somos las últimas reservas de pureza. ¿Tienes lo mío? ¿Has venido para eso?

—Sí. He venido para dártelo enseguida.

—Ya.

Irina revolvió en el bolsillo de su cazadora. Lo hizo con la tensión de quien sabe que no puede estar en ningún otro sitio, y aun así duda de que al final haya desaparecido lo que tanto ansía. Sacó un cilindro de plástico transparente y se lo arrojó a Trejo. Su padre lo agarró al vuelo; pese a sus movimientos lentos era un hombre con reflejos, y arrojar objetos por el aire era casi una tradición familiar.

Irina pensó en lo sencilla que parecía aquella transacción. Pero habían sudado del esfuerzo. Irina tuvo que tirar de influencias y contactos (las moléculas dispersas de su grupo) para conseguir los «ingredientes». Javier tuvo que dejarse una buena cantidad de dinero para poder comprarlos. Y entre los dos convencieron al Químico para elaborar aquel antídoto. El mismo que le había pedido Trejo. Irina también se convenció de que le había persuadido para que no le dijese nada a su padre.

—Soy la hija de Trejo, Químico, no le digas nada. Es un regalo. Para su cumpleaños.

Y aunque el Químico hubiese sabido que Trejo tenía una hija y que su cumpleaños caía por esas fechas hubiese telefonado a su jefe para decirle que le habían pedido el mismo antídoto que le había solicitado él.

—Puedo meterles matarratas o gas de la risa.

—¿Qué te ha parecido la chica?

—No se parece nada a ti, Trejo. Pero mira de frente, es lista, será buena.

—¿Y él?

—Un pardillo.

—Dales lo que quieren.

—Como quieras.

—Te debo una, Químico.

—Me basta con que no te olvides de mí, Trejo.

Trejo observó el cilindro con una mirada más seria de las que solía permitirse

cuando hablaba directamente con Irina. En el interior iban encajadas tres cápsulas rojizas; según cómo les diese la luz el interior parecía más denso y espeso, como si contuviese un pequeño mundo capaz de desplegarse al abrir la cápsula, al ingerirla.

Trejo sonrió apenas un segundo. Lo suficiente para que Irina sospechase de que esa sonrisa se prolongaba mente adentro. Antes de volver a mirar a su hija se guardó el cilindro con las pastillas en el bolsillo del pantalón.

—¿Puedo fiarme de tu químico?

—Ya lo estás haciendo. Pero no te apures, es el mejor.

—Ya. No tengo otra. Gracias, hija. Pero no has venido por eso. ¿Cómo va vuestro caso?

—¿Y el tuyo?

—Ha sufrido una repentina e inesperada aceleración. Así que gracias por preguntar y por venir a verme. Esta cápsula vale en oro mi peso.

—Tu peso en oro. Se dice «mi peso en oro».

—Eso. Estoy espeso, y el lenguaje es una cosa bien rara: en cuanto te descuidas te lleva a sitios complicadísimos, te pone fuera de juego. Bueno, en cualquier caso, muchas gracias. Y ahora dime: ¿qué descubriste en el despacho de Obanos?

—Muchas cosas. Necesito que nos hagáis un favor.

—¿Otro? Tu organización tiene una idea demasiado generosa de la colaboración. Generosa a su favor. ¿De qué se trata esta vez?

—¿No sientes curiosidad por saber lo que encontramos en casa de Obanos?

—Ya te lo he preguntado. Te lo he preguntado y no me has contestado. No sé de dónde habrás heredado el vicio de responder con nuevas preguntas, es un vicio intolerable. Las conversaciones se enredan sobre sí mismas, y no hay manera de avanzar.

—Sé de quién lo he heredado, pero me has prohibido hablar de ella. La última vez que la mencioné casi nos matas...

—Ya, ya, ya... ¿Sabes, Irina? Estoy bastante decepcionado contigo. Esperaba que dejases el despacho de Obanos hecho unos zorros. Elaboré toda clase de sofisticadas mentiras para explicar a mis superiores que habían entrado a desvalijar la casa a un pobre muerto el mismo día que me vieron de visita por la bodega. Eran excusas buenas, puedes creerlo, soy bueno en eso. Pero nada. Ni rastro de ti y de tu grupo. Como si la hubiese allanado un fantasma.

—¿Es un elogio? ¿Nos estás elogiando?

—Solo digo que en la escala del desastre tu organización podría trabajar mucho peor. ¿Qué encontraste?

—Indicios. Decenas de indicios.

—Te escucho.

—Papá, hazme un favor, siéntate. A tu edad estas manías son intolerables.

—Muy bien. Me sentaré por ti. Para que no puedas acusarme de ser un padre inflexible. ¿Así? ¿Contenta? ¿Qué decías de esos indicios?

—Que necesito un poco más de tiempo. Pero hay gente muy importante involucrada. Políticos, empresarios, funcionarios. Si te lo digo a bocajarro te asustarás. Tengo a mi gente trabajando...

—¿Dónde?

Trejo había percibido la mentira de Irina, era solo que se sentía con ganas de jugar.

—En Madrid, en Barcelona...

—Vaya, vaya... ¿«Tengo»? ¿Eres la mente maestra de este caso?

—Algo así, papá. No sabes nada de mí, esa es mi ventaja, ¿te das cuenta?

—Tu única ventaja es que te quiero.

Irina clavó la mirada en el rostro de su padre. Consiguió que sonase bastante improvisada la frase que había ensayado durante horas.

—Tenemos que reunirnos. Ese es el favor que quiero pedirte. ¿Me dejas este piso?

Trejo entendió las palabras al primer golpe de voz. Pero se permitió un tiempo para asimilarlas. Tenía el pasmo grabado en el rostro.

—¿Quieres reunirte aquí con tu comité de la noche? ¿Con tu grupo? ¿Cuándo?

—No sé, no te pido que sea esta misma noche. Pero esta semana sí, esta semana.

—¿Solo necesitas una noche?

Irina había calculado cuidadosamente la pregunta. El resto del tiempo podían seguir en la calle, huyendo, como llevaban haciendo desde hacía dos días, desde que presintieron que la gente de Baesa les perseguía, que habían dado con Javier. Una última reunión, dejar los papeles en manos de Trejo y esfumarse.

—¿Y no me vas a decir nada de lo que has averiguado?

—No.

Trejo vio cómo su hija se arañaba el puño.

—Irina. Hija. Te quiero y puedo pasar por alto muchas cosas. Pero no creas ni por un segundo que soy algo distinto de lo que soy. No creas ni por un segundo que soy como el resto de los padres. Puedo dejarme engañar, pero no me engañas. Un residuo de mí ve a través de ti como si fueras de papel transparente. ¿Estás en peligro?

—No lo sé. Esta noche no, pero más adelante... Creo que me están siguiendo. Teléfonos pinchados. Ni se te ocurra llamarme. Por eso he venido directamente. Están estrechando el cerco contra nosotros. Necesitamos atar cabos deprisa y desaparecer.

Pero la verdad es que Trejo no sabía si su hija le mentía.

Y la verdad es que no le mentía, que solo exageraba. Era cierto que Javier Obanos había recibido un mensaje de voz en el que con un tono amenazante se le pedía una reunión para aclarar y desencallar el asunto de la bodega.

«Para beneficio de las dos partes». Era la voz de Baesa. Aquel hombre ni siquiera se escondía, debía de sentirse muy seguro.

Irina estaba casi convencida de que no le tenían localizado. Era un farol. Solo conocían el número, pero el número era muy sencillo de encontrar. Lo que le daba

miedo es que lo pudieran localizar. Aquel mismo día salieron de Pamplona y arrojaron el móvil todavía encendido a un vertedero para mantener vivo el engaño un tiempo más.

Durmieron en un motel. Estaban a salvo, pero les buscaban. Irina no era buena escondiendo su rastro, no era una profesional. Baesa o su gente podrían encontrarles si se quedaban en Pamplona, tenían que arreglar las cosas y desaparecer un tiempo. Pensar deprisa, actuar deprisa.

Aquella noche escarbaron en su interior y encontraron fuerzas entre su cansancio para hacer el amor. A Javier le pareció que lo hacían como debían de hacerlo los ángeles justo antes de la caída, pero Irina estaba distraída, pensando en qué hacer, qué paso dar después, cómo comportarse. Se dejó hacer con la mente lejos, sin apenas intervenir, de manera rutinaria; el sexo no era algo que pudiera ocupar su mente por completo excepto en momentos muy puntuales, como había sucedido en el momento del reencuentro en la casa de jubilado de Trejo.

Si Javier hubiese logrado transmitirle la sensación de placer sereno, de triunfal satisfacción que experimentaba el chico en ese momento, Irina hubiese tenido que atribuirlo a que los dos presentían que era la última vez que se acostaban juntos por mucho tiempo.

Irina trazó un plan mientras él se duchaba. Se lo contó en aquel cuarto húmedo que la ducha había convertido en un pantanal, la misma atmósfera cargada. Ella iría a ver a su padre, le pediría una noche en su casa para terminar de atar cabos. Después él se marcharía con un teléfono nuevo a nombre de ella. Irina no quería saber dónde iba, pero tenía que ser lejos y dentro del país, tenía que poderse llegar en tren y tenía que poder perderse.

Semanas después Irina reconocería que en el momento en que vio cómo el convencimiento de Javier crecía, en la manera como el chico asentía a su plan, experimentó un placer mucho más intenso que el que le proporcionaba el sexo: el de la confianza, el poder y la fuerza que transmiten los otros cuando creen en ti, cuando ponen la vida en tus manos.

Aunque la avergonzaba la idea sintió que tenía el futuro de Javier Obanos en sus manos, que él lo había puesto allí voluntariamente. Aquel designio inesperado le dio brío para intentar manejar también a su padre.

En eso estaba.

—¿Mi piso, Irina? Es el sitio menos seguro de la ciudad. Pondría la mano en el fuego por que la gente de Zubioca lo vigila día y noche.

—¿No lo entiendes? Si estamos vigilados estamos protegidos. Tu casa es el punto más seguro de la ciudad.

Trejo recordó su cita del jueves por la noche.

—Quédate esta noche, y os dejaré a ti y a tu grupo la casa libre el jueves por la noche. Ni siquiera estaré aquí. Hablad tranquilos. Vendré de madrugada, entonces podrás explicarme lo que tienes.

—No. Esta noche podemos arreglarnos. No te preocupes. El peligro no es inmediato. Dame la noche del jueves, te la acepto, con eso nos bastará. Y cuando vengas, de madrugada, tendremos a esa gente donde queremos tenerla. Te los serviremos en bandeja.

Trejo se quedó mirando desconcertado a su hija: no podía leer con claridad sus intenciones, era buena, buena de verdad.

—¿Y dónde vas a pasar tú esa noche, Trejo?

—No la pasaré con una amiga, no te sulfures. Me ha invitado un colega joven, un buen amigo, es su cumpleaños... La clásica reunión de tíos, ya sabes...

—¿Cómo puedes tener esa fama de inteligente si mientes tan mal?

—Ese es un error recurrente, Irina. Nadie puede evitar que sospechen que mientes. ¿Qué más da que alguien sospeche que mientes? Lo importante es que no vean lo que ocultas. ¿Puedes ver lo que oculto? ¿Verdad que no? ¡Ja! Lo sabía.

—¿Y tú? ¿Puedes ver lo que te oculto?

Trejo no dijo nada, pero no podía.

—No pongas esa cara, Trejo. La de pensar demasiado deprisa, esa no la pongas, ¿vale? Dime solo que sí esperarás a la noche del jueves para que te cuente todo lo que sabemos. Sin cartas marcadas.

Trejo se levantó de un salto. A Irina le pareció que su padre había rejuvenecido, que se había quitado diez años de encima.

—Sí, sí. Claro que sí. ¿Por quién me tomas? Solo tengo una hija. Así que adelante. Dispón de mi piso. Lo dejaré todo limpio y dispuesto para la reunión secreta de tu grupo.

Trejo intuyó que aquel paso adelante de Irina, que los brazos abiertos de su hija, solo podían significar una cosa: iba a intentar abrazarle.

—Ni se te ocurra darme un abrazo ahora, nada de sentimentalismos entre socios. Y te advierto una cosa: solo espero que todo esto del grupo no se trate de una manera sofisticada de traerte un novio a casa. Y si es así, dile que te trate bien. Porque si no, si te hace el menor daño, apareceré cuando menos se lo espere y le arrancaré todos los nervios de sus tejidos.

Irina se abalanzó sobre Trejo para disimular las lágrimas que empezaban a resbalarle por la cara. Eran lágrimas provocadas por los nervios, por el amor, por el miedo, por la gratitud. Trejo respondió como pudo. Con la mejor de las voluntades, padre e hija conformaron un abrazo, una figura de afecto; les quedó bastante aceptable.



El jueves a las diez Carlos oyó el timbre del interfono, se levantó de un salto y abrió sin preguntar quién llamaba desde la calle. Como las otras veces, Carlos esperó a Trejo fuera de casa, en el pequeño espacio que separaba su puerta de la del vecino del rellano (un hombre malhumorado que le miraba como si detestase a todos los «indios»; sí, esa era la palabra que debía de emplear un tipo como aquel).

Trejo salió del ascensor haciendo un movimiento brusco. Si no fuese una idea completamente absurda, Carlos habría pensado que el propósito de su jefe era no verse reflejado en el espejo. Se saludaron rutinariamente y entraron. Trejo colgó la chaqueta. Iba sin las gafas de sol.

Carlos le invitó a pasar al comedor. Trejo no hizo ningún comentario sobre los nuevos rimeros de papeles, ni se dio cuenta, su ojo no estaba adiestrado para percibir los movimientos internos dentro del desorden constante.

—¿Cómo te encuentras?

—Pues, para serte sincero, me alegro de que haya llegado por fin el día, Trejo. No he dormido bien pensando en que podía llamar en cualquier momento. No me he alejado del móvil.

—Tienes poca fe. Puedes dejarlo en manos libres, sobre la mesa. No logro pensar bien con alguien gritándome en la oreja.

—No puedes pensar sentado ni hablando por teléfono; empiezo a pensar que eres un maniático, Trejo.

Trejo compuso una sonrisa que trataba de ser amable. Carlos sacó las *pizzas* caseras. Se dio cuenta del pequeño disgusto en los ojos de Trejo: su jefe hubiese preferido una comida más elaborada. Pero le agradeció el esfuerzo con mucho énfasis, y cenó con apetito. Cuando Carlos volvió a la nevera a por dos cervezas más (habían decidido que la cerveza no podía considerarse una bebida alcohólica) se dio cuenta de que ya eran casi las doce. Trejo había acompañado la comida de una conversación llena de meandros; a Carlos le pareció que se interesaba por primera vez en serio por él.

Había insistido mucho en preguntarle qué haría durante las vacaciones de Navidad. Le animó a pasar unos días en Madrid, le pareció increíble que no lo conociese. Carlos le dijo que le daba miedo dejar la casa sola. No se las había enseñado para evitarse las bromas de Trejo, pero en el cuarto del ordenador tenía mascotas, sus tortugas. Eran animales que necesitaban cuidado casi diario, se les tenía que cambiar el agua. Trejo se ofreció voluntario para vigilarlas. A Carlos le sorprendió aquel interés tan personal.

—De esos bichos me encargo yo. Pero tú tienes que visitar Madrid en Navidad, aprovecha la paga doble. Un policía no puede quedarse calentando la silla toda la semana. Nuestro trabajo consiste en percibir los síntomas antes de que se declare la enfermedad. Si te quedas dentro del círculo encantado de Pamplona, solo podrás

resolver casos locales y eso sería un auténtico problema. Tienes que ir.

—Claro que iré. Algún día.

—No me des la razón como a los locos. No trates de engañarme. Quiero una promesa en firme. Tómatelo casi, casi como una orden directa.

Carlos le prometió que iría, y casi se convenció interiormente. Aunque una parte de él, una buena parte de él, hubiese jurado que Trejo le estaba tomando de nuevo el pelo. Le había respetado desde el primer momento, pero nunca estaba seguro de cuándo bromeaba ni de cuándo hablaba en serio. Le seguía impresionando la velocidad con que podía pasar de un registro a otro. Jugaba a seducirte con aquel encanto extraño y un segundo después te intimidaba con un golpe seco.

Era imposible pasar de un estado emocional a otro tan deprisa, sin desgastarse. Era como si su inteligencia se moviese de un lado a otro del discurso, como un actor que no se siente directamente involucrado con el papel, que solo está interesado en el efecto. Claro que Trejo no era un actor, era un hombre real. Carlos le admiraba profundamente, sin doblez, pero también le tenía un poco de lástima. De ninguna manera le hubiese gustado ser como él, tenía otros planes para su vida.

Con estos pensamientos llegaron a las doce de la noche. El día seis se transformó en el día siete, y a los dos minutos escucharon el pitido del teléfono. Carlos se levantó de un salto, las piernas le temblaron tanto que estuvo a punto de volver a caer. Trejo estaba inmóvil, tenso.

—Ahí lo tienes, lo sabía, lo sabía. Descuelga.

—¿Trejo?

—Yo mismo.

—Le hablo de parte de Medusa. Queremos verle.

—¿Queremos? Vaya, vaya, «queremos»... ¿Y cuántos se supone que estáis dentro de Medusa? ¿A cuántos me voy a enfrentar? ¿Cuántas cabecitas habéis puesto a trabajar juntas para organizar esta...?

—A la una en su casa. Pasaremos a buscarle en un Audi. Esperaremos quince minutos.

Colgó y el teléfono sonó como una madera al resquebrajarse. En el silencio de la habitación se oía flotar el pitido de la comunicación cortada.

A Carlos le temblaban las manos, se había pasado la llamada mirando el teléfono como si se tratase de un objeto mágico. Trejo apoyó las manos en las rodillas y tomó el impulso necesario para levantarse. En menos de cinco segundos tenía las manos metidas en los bolsillos. Los ojos, fríos y verdes, parecían inquilinos del cuerpo, inquietos, locos por salirse de sus órbitas. Apoyó el hombro contra la pared. Carlos fue el primero en hablar:

—¡Lo tenemos! ¡Lo hemos cazado! Tenemos tiempo de sobra para preparar una trampa. ¡Nos ha dado casi una hora! No ha resultado ser tan inteligente después de todo.

Carlos habló mirando todavía el teléfono, como si aquella máquina extraordinaria

podiera volver a sonar. La voz de Trejo le llegó desde su espalda.

—No prepararemos ninguna trampa. Lo haremos exactamente como él o ellos quieren. Aunque a estas alturas me inclino por él. Sí, por él, definitivamente.

Carlos se giró de pronto. Esperaba ver una de las sonrisas burlonas de Trejo pintada en su cara. Pero lo encontró serio, concentrado, como si por primera vez aquel caso le exigiera toda su atención.

—No pongas esa cara. Piensa. Tú mismo puedes usar tu móvil para pedir un taxi sin dejar rastro. Puedes llamarlo desde el ordenador de tu cuartucho.

La palabra «cuartucho» le dolió. Pero disculpó a Trejo diciéndose que desde hacía unos minutos su jefe ya no era enteramente él.

—¿Y si le seguimos? ¿Y si me llamas desde el taxi para saber hacia qué dirección van?

Cuando a la semana siguiente Carlos recordó la respuesta que le había dado Trejo seguía siendo incapaz de convencerse de que el argumento era sólido, que no era una excusa, que no estaba loco por ir él solo, por probarse algo. En ningún momento pensó que Trejo podía estar protegiéndole. Que se había jurado que esta vez no iba a ser como en el Castillo. Que esta vez no moriría nadie.

—Haríamos el ridículo. Se daría cuenta, no tratamos con un aficionado. Al llegar allí no encontraríamos a nadie. Nos pegaríamos de morros con un sitio, sea el que sea, vacío. Y seguiría matando. Ha encontrado un sistema excelente. Nadie se le resiste por lo que parece. Por desgracia para todos no va de farol. Ya ha demostrado de lo que es capaz. Sobradamente. Así que no tenemos otro remedio que acabar con esto a su manera. Jugar la partida hasta el final. Tenemos tiempo. Terminemos con esta cerveza.

—¿Y después?

—Después me llevarás a casa.

—No puedo creerlo. Debes de tener un plan. Soy tu compañero. ¿Cuál es el plan? ¡No puedes dejarme de lado!

—¿Un plan? Claro que tengo un plan. Me dejaré llevar adondequiera que se esconda y una vez allí veremos qué me tiene preparado.

—¿Y después?

—Después le convenceré de que esta noche es a él a quien le toca irse a dormir.

Y eso fue exactamente lo que hicieron. Se terminaron las cervezas. Y después Trejo se puso la chaqueta y bajaron a la calle, se subieron al coche y Carlos encendió el motor.

—Discúlpame si no te doy conversación, Carlos, tengo que pensar.

Carlos dejó que el motor se calentase y arrancó. A la altura del puente vio el ritmo al que Trejo movía las rodillas. La mirada la tenía perdida fuera de la ventanilla.

Llegaron un cuarto de hora antes de la una a la calle donde vivía Trejo. Carlos se asustó al ver las luces encendidas. Trejo le respondió como si le hubiese leído la mente.

—Mi hija. Con un amigo.

Subieron en el ascensor. Trejo apenas le prestó atención. Parecía un poco demente observándose con tanta concentración en el espejo de la cabina. Sonreía como si se hubiese reencontrado con un amigo.

Trejo metió la llave en la cerradura y del interior de la casa salieron ruidos de agitación. Alguien empezó a mover sillas y mesas.

—Que nadie se asuste. Soy yo, Trejo.

Trejo dejó la puerta abierta y le pidió a Carlos con la mano que se quedase esperándole fuera. El chico obedeció. Trejo recorrió el pasillo y al entrar en el comedor vio la mesa copada de papeles y dos ordenadores portátiles. Y detrás de la mesa vio a su hija Irina y a un joven alto, delgado, de aspecto formal. El chico le transmitió confianza y buenas vibraciones. Pero no reconoció los rasgos familiares de los Obanos.

—Vaya, así que aprovechando que no estoy para invitar chicos a casa.

—¡Papá! Dijiste que ibas a estar fuera toda la noche...

—Claro, ese es el truco para pillaros con las manos en la masa. Así que este es tu chico o tu pareja o como sea que le llaméis ahora. ¿O eres el químico?

—Ninguna de las dos cosas, señor...

—Trejo, puedes llamarme Trejo, a secas, así, Trejo. Un buen nombre, un nombre excelente si te paras a pensarlo. Entonces, espera, espera... papeles, un ordenador... claro, tú eres uno de los aliados de mi hija en la descomposición del capitalismo de rostro humano...

—Papá, ¡papá! ¿Quieres quedarte quieto?

—No. Pídeme cualquier otra cosa, pero no me pidas que me esté quieto. No has hecho más que pedirme cosas, una tras otra, desde que volviste a mi vida, y he tratado de complacerte en todas. Pero no puedo quedarme quieto, tengo cientos de cosas que hacer, la cuenta atrás, de locos. ¿Dónde he dejado mis pastillas...? Ah, sí, aquí. Una sola pastilla, pero milagrosa. ¿Me traes un vaso de agua? De la cocina. Bueno, no, no, da igual.

Trejo se puso la pastilla en la lengua y la tragó con un enérgico movimiento de la

nez. Carlos apareció en el comedor: o se había cansado de esperar o temía por la seguridad de su jefe.

—Trejo, la calle está despejada, pero no se ve ningún coche... Ups, hola, señorita...

—Es mi hija, mi hija, ¿puedes creerlo? Y este de aquí es... una especie de revolucionario, amigo suyo, incluso puede que su novio, yo qué sé, los padres somos los últimos en enterarnos. Y vendrá, vendrá, no te preocupes, todos estos majaras son escrupulosamente puntuales. Dijo a la una en punto. Así que nos quedan casi cinco minutos. Y me estoy dejando... me dejo algo... Ah, sí, la otra parte, cuando se conocen dos personas, tienes que darle la vuelta a la presentación, eso es, así es como funciona desde siempre. Así que, mi querida Irina, este es mi querido doctor Watson. No pongas esa cara. Ya sé que parece poco inglés, pero es lo mejor que tenían en la oficina.

—¡Trejo!

—He dicho que no pongas esa cara, me desconcentra. Watson empezó a escribir un blog sobre nuestras andanzas. Como comprenderás no me hizo ninguna gracia. Entre otras cosas porque lo más emocionante que hemos hecho hasta hoy ha sido esperar. Y ahora que las cosas se ponen interesantes no puede acompañarme, porque esta vez no muere nadie.

—Esto es de lo más inconveniente...

—Ya. Mi teléfono, Watson.

—Ten.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe?

—Segurísimo. Esta vez no muere nadie. ¿Me oyes? Nadie. Te quedarás aquí haciéndole compañía a mi hija y a su socio. Irina puede suministrarte mucha información biológica sobre mí. Ya sabes cómo son las cosas entre un padre y una hija. Pregúntale, pregúntale.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, cuando atrapé a Fantomas, el día que desmantelé Espectra...

—Está vacilándote, Watson.

—Me llamo Carlos.

—¿Puedes calmarte, papá? ¿Qué estás haciendo, qué va a pasar?

—¿Qué estoy haciendo? Mirar por la ventana de este apartamento a mi queridísima ciudad de Pamplona. Hay japoneses que cruzan el mundo para hacer lo mismo que yo, aunque sean otras fechas. Así que no hay nada extraño en mi comportamiento, nada fuera de lugar. Todo está en su sitio.

—¿Y luego? Cuando termines de mirar por la ventana. ¿Qué va a pasar?

—Chica lista, lo importante siempre viene después. El ahora está completamente sobrevalorado, ¿se puede imaginar una cosa más vulgar? Pues si todo va bien dentro de tres, no, dentro de dos minutos, saldré por esa puerta, bajaré las escaleras y me meteré en un Audi. Sin armas dignas de mención, para enfrentarme con un hombre

que ha demostrado una extraordinaria capacidad para persuadir a sus víctimas de que regresen a casa y se maten. Mira, ahí está, con minuto y medio de adelanto.

—¿Y por qué diablos no detienes al conductor?

—¿Te importaría responderle a mi ingenua hija, Carlos?

—No estamos seguros de que el conductor sea el asesino. Ni siquiera de que trabaje para Medusa.

—¿Medusa? ¿De qué va todo esto?

—Bueno. Llegó la hora. Si todo va bien telefonearé a Carlos dentro de un rato. Podéis seguir con lo vuestro, o contar historias de miedo o lo que sea que se hace cuando se tienen menos de treinta años y toda la noche por delante. Cuando seáis viejos... Bueno, ya lo descubriréis... Y si no regreso... Quiero que sepas que te dejo la casa del pueblo y todos los derechos de autor que me toquen de lo que Watson saque con las historias que vas a contarle, Irina.

Trejo cruzó el salón con paso decidido. Se había puesto aquella vieja cazadora, pero la voz de Irina, serena e imperiosa, le obligó a frenar en seco.

—Dime la verdad, papá: todo ese rollo de la jubilación, el descanso del guerrero, las películas, los cactus... lo odiabas, ¿verdad?

—Con todas mis fuerzas, todos y cada uno de los minutos que duró. Nadie debería jubilarse, la noche no debería llegar, nadie debería irse a dormir.

—Ten cuidado, papá. Te quiero.

—Yo también, Irina. Y manteneos alejados de esta ventana.

Trejo salió de casa sin cerrar la puerta. Desde el salón oyeron el ruido que hizo al bajar las escaleras. Parecía estar saltando los escalones de dos en dos. Carlos fue el primero en hablar:

—Bueno, es una situación embarazosa, no esperaba...

—No te preocupes, Carlos. Has dicho Carlos, ¿verdad?

—Sí, sí.

—He sido hija suya más de veinte años, te acostumbras. Es lo que le gusta, lo que mejor se le da. La noche va a ser larga. ¿Una copa?

—No bebo, trato, trato... de no dejar flancos vulnerables.

—Ya, ya, bueno. Nosotros seguimos con las cervezas si no te...

—No, no me molesta. ¿Qué hacían? Quiero decir, si no...

—Según mi padre perdíamos el tiempo. Bueno, igual es verdad. Si no vuelve todo esto no tendrá...

—Y otra cosa, no es cierto que lleve un blog. Ni siquiera he tomado apuntes serios del caso.

—No te preocupes. Son esas fantasías que se forman en su cabeza. No lo hace con mala intención. Es solo que su cerebro va demasiado deprisa.

—¿Es verdad que podría contarme misiones de su padre? Le admiro mucho. He aprendido tanto estas tres semanas. La mayoría de sus expedientes están clasificados. Y su padre, no se moleste, es...

—¿Un poco hermético? Sí, así es él. Hasta que estalla y tienes que meterle la cabeza debajo del agua para que se calle.

—Lo ha dicho muy bien.

—Puedes tutearme, Carlos. ¿Te gustaría ser como él?

—Parecerme. Un poco. Dentro de mis posibilidades, claro.

—Trejo, Trejo, Trejo... Bueno, pues no sé qué contarte. Nosotros habíamos terminado casi. Ya me irán viniendo los relatos a la cabeza. Ahora recuerdo que me contaba los casos como si fueran cuentos para ir a dormir. Le gustaba presumir. Bueno, sigue gustándole.

El joven Obanos empezó a recoger los papeles. La situación le estaba incomodando. Tragó saliva y habló como si acabase de recuperar la voz.

—Joder, Irina, ¿te contaba los casos así? ¿Y no te daba miedo?

—¿Miedo?

—Miedo de que no volviese cuando se marchase.

—Sí, claro. Pero todos los niños tienen miedo de que sus padres no regresen, ¿verdad? Da lo mismo lo que hagan, de lo que trabajen. Se van y dicen que volverán... pero ¿quién sabe? Supongo que me contaba versiones para niños de sus «aventuras». Y además siempre volvía, siempre ha vuelto.

Irina tragó saliva. Su mente comparó de manera instintiva al padre vigoroso de su infancia con el jubilado que había salido corriendo en dirección a lo desconocido, solo, para que nadie más resultase herido esa noche.

—Pues sí que empiezan a regresar los recuerdos, sí. ¿Sabes qué me decía para tranquilizarme? Me decía que los vecinos, que los otros padres, que incluso los colegas que se dedicaban al papeleo o a patrullar barrios residenciales estaban convencidos de que su trabajo era el más arriesgado, porque cuando le llamaban a él era para que se enfrentase con algunos de los hombres supuestamente más peligrosos del mundo. Eso me decía. Lo recuerdo como si fuese ayer. Me estremecía de arriba abajo. A veces tenía que esforzarme mucho para no ponerme a llorar. Y cuando me tenía así, dominada por el pavor, ¿sabéis qué me decía?

—No.

—¿Seguro que no llevas un blog, Carlos?

—Segurísimo.

—Pues igual deberías.

—Lo pensaré.

—Entonces me guiñaba el ojo. Se acercaba a mi oído y me decía, sin tocarme, sin acariciarme, solo con la voz: que todos aquellos buenos amigos, vecinos y colegas estaban equivocados. Porque eran ellos, los criminales, los asesinos, los que iban a tener que vérselas con los verdaderos hombres más peligrosos del país: con su gente, con su grupo, con él.

El Audi esperaba en la acera, brillante de humedad. Trejo se dirigió hacia la ventanilla del conductor. No quiso girar el cuello, pero estaba seguro de que la luz del comedor seguía encendida. Le daba fuerza saber que se quedarían allí esperándole, que pasase lo que pasase podía contar con seguir vivo en sus cabezas, aunque fuese como un fantasma.

La ventanilla empezó a bajar. Vio a un hombre de facciones corrientes, siempre las tenían, esa era la verdad.

—¿Viene solo?

—¿Y si no lo hiciese...?

—Me pidieron que solo recogiese un pasajero.

—Un cliente maniático.

—Y yo qué quiere que le diga. ¿Sube?

—¿Me dirá adónde vamos?

—¿Sube?

Trejo abrió la puerta trasera y se sentó. El odioso hedor del cuero le invadió las narices. El conductor tenía la pantallita del GPS, pero apagada. Arrancó suavemente, un buen profesional. De las farolas de la calle caía un polvo luminoso.

—Me dijo que saliera de Pamplona, que le llamaría por teléfono para concretar el sitio.

—¿A mi teléfono? Oh, claro, claro, brillante, brillante, aquí está, aquí lo tengo. Un movimiento arriesgado, podría habérmelo dejado, pero bien, bien jugado.

—A mí qué me cuenta.

Habían dejado atrás la ciudad uno o dos kilómetros cuando sonó el teléfono.

—Medusa. Vaya a Rozan.

—A Rozan. Ha dicho que vaya a Rozan.

—Yo le llevo a donde usted me diga.

—¿No enciende el GPS?

—Conozco estas carreteras como la palma de mi mano.

—Y dígame: ¿a cuántos ha llevado?

—¿Cuántos? A cientos...

—No, no, perdone, me refería con este cliente. Por cierto, yo me llamo Trejo. Bueno, es así como me llaman todos. Un buen nombre. Sencillo de recordar.

—Y a mí qué me explica. Yo me llamo Gorca.

—Le preguntaba por la gente que había llevado con este cliente.

—El primero, usted es el primero. Mire, esas luces al fondo del valle, allí es.

—Muy bien. Muy bien. Precioso. Un panorama precioso.

Un enjambre de luces brillaba de manera tenue en la oscuridad. El teléfono volvió a sonar. Trejo temió que fuese Carlos. Que Irina se hubiese decidido a seguirlos. La sangre le trepó al rostro.



—¿Diga? Aquí Trejo.

—Medusa. Dígale que dé la vuelta. Que se pare en La China.

—Vaya con mi amigo. Me dice que vayamos a La China.

—¿La China? Eso está en la dirección contraria. Bueno, ustedes mandan.

—Hay que ver cómo es mi amigo.

—A mí no me meta en sus líos.

—¿Qué es La China?

—Ya le he dicho que no me meta en sus líos.

El Audi giró en la primera rotonda. Cuatro o cinco kilómetros después (Trejo no perdía de vista el cuentakilómetros) se desvió por una carretera secundaria. Y después torció otra vez para adentrarse en una cinta pedregosa que apenas merecía el nombre de camino. Llegaron a una especie de valla de alambre, de la que colgaba un farol. Se oían ladridos. Trejo se lamentó de no ir armado, pero se tranquilizó recordando que le querían vivo, que habían hecho todo esto para entrevistarse con él.

—Aquí.

—Gracias. ¿Qué le debo?

—La carrera está pagada.

—Vaya.

Trejo revolvió en el bolsillo en busca de monedas, pero el taxista se le adelantó.

—No aceptamos propinas. Baje.

Trejo salió del coche. Había refrescado. Estaban a las puertas del invierno y noviembre imponía sus poderes. Se quedó quieto a dos pasos del farol para ver algo del terreno. Apenas se apreciaba un descampado revuelto de desperdicios. Le molestaba el sonido de los perros. Estaban tratando de intimidarle.

Un cuarto de hora después volvieron a llamarle.

—Le agradezco que haya venido solo. Hubiese sido una penosa pérdida de tiempo para todos posponer nuestro encuentro. Si no le importa acercarse al farol, al pie encontrará una linterna, recójala.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. No era una voz impostada ni pasada por un filtro. Era una voz gastada, mayor, fría, contenida. La voz de un torturador. No estaba disimulando. Era la voz de alguien acostumbrado a provocar dolor y a ver pasar dolor sin inmutarse. Sin que los gritos ni la sangre ni el resto de secreciones le hiciesen mella, sin mancharse. Trejo quería que esa voz fría y enferma se propagase y se asentase en su cerebro. Una noche como esta podía dar muchas vueltas, quería evitar olvidarse de la clase de ser al que se enfrentaba.

Se acercó al farol y recogió la linterna. Volvió a esperar casi quince minutos, no necesitaba mirar el reloj, llevaba la cuenta con una suerte de sentido interior que despertaba en los momentos de peligro y que nunca le había fallado. Pensó que estaba tratando de laminarle, de erosionar su voluntad, los ladridos de los perros intensificaban esa impresión. Lo estaba madurando. Lobo, Lobo le estaba dando tiempo. Lobo, Lobo, era importante que tuviese presente ese nombre, era algo

personal.

—Ilumine ahora enfrente de usted. Verá una verja. Si barre con la linterna, encontrará un agujero de un metro de alto y dos de ancho. Puede usted pasar por ahí. ¿Me escucha, Trejo?

—Le escucho. Lo he visto.

—Hágalo. Espero que haya tenido un buen viaje. Envié el mejor coche que Medusa puede permitirse.

—¿Envié o enviamos?

—Enseguida, enseguida estaré en disposición de aclararle todas sus dudas. Quiero decirle que es un honor que haya accedido a esta entrevista. Apenas tendrá que recorrer medio kilómetro. Camine.

En la oscuridad los perros parecían ladrar por un altavoz.

—Puedo preguntarte por los perros.

—Puede. Deberían estar atados.

—¿Deberían?

—No puedo estar en todo. Confío plenamente en las personas que están a cargo de La China. Además, ya sabe lo que dicen: perro ladrador, poco mordedor. ¿Avanza sin problemas?

—Avanzo. ¿Qué es La China?

—Pensaba que lo conocería. Los recién llegados lo consideran un polígono. Para los más viejos es un lugar maldito. Para los que sabemos cómo es el mundo, para las personas como usted y yo, se trata de los restos de un centro de interrogatorios. Una instalación patriótica, cuando la palabra «patriótico» tenía un sentido diferente, cuando tenía sentido.

—Ya.

—No tardará en ver una construcción. Le parecerá un hangar. Si no es mucha molestia, puede rodearlo por cualquiera de los dos lados. Justo detrás hay un cobertizo. Un humilde cobertizo de madera. Medusa le espera allí.

Trejo atravesó lo que de ninguna manera podía considerarse ya un camino. Una extensión de piedras que se las arreglaban para hacerle daño a través de la suela. Le pareció que la linterna iluminaba lascas de piedra untadas de secreciones, pero solo podía ser su cerebro trabajando bajo las pautas del miedo. Nada que temer. Se sobresaltó cuando el teléfono volvió a sonar. Esta vez no esperó.

—¿Ahora quieres que me dé la vuelta?

—No. Quería agradecerle que haya venido solo. De nuevo. Gracias. Es todo un honor.

—¿Y si hubiese venido con más gente?

—Sinceramente, creo que no hubiese podido garantizarles su seguridad.

—¿Y quién garantiza ahora mi seguridad?

—¿Su seguridad? Está usted entrando en la zona más segura del mundo. Medusa ha organizado todo esto para entrevistarse con usted. Queremos hablar con usted. Y

con un muerto no se puede hablar.

Esta vez fue Trejo quien apagó el teléfono. Era cierto: los muertos no hablan. Pero sí hablan los heridos, los intimidados, los torturados, los mutilados. De hecho, es por ese motivo por el que muchas veces se les hiere, se les intimida, se les tortura o se les mutila: para que hablen. Para que suelten la lengua. Su columna vertebral, que llevaba años dormida, le soltó un latigazo de miedo.

Se había equivocado, era un idiota presuntuoso, claro que debería haber venido acompañado. Por Carlos, y por hombres del joven Zubioca. Y qué era eso de proteger policías. Eran policías, por el amor de Dios, el peligro y el riesgo de morir eran ingredientes indispensables de su trabajo, como el pigmento para el pintor o la madera para el carpintero. ¿Quién se creía que era? ¿A quién creía que estaba protegiendo? ¿A quién se le ocurría escoger a un crío como Carlos para un asunto así? Necesitaba a alguien cubriéndole las espaldas, y no lo tenía. Nadie sabía dónde estaba ahora. El viejo Zubioca estaba muerto, se había quedado solo, a merced de su enemigo.

El teléfono volvió a sonar, pero Trejo se negó a cogerlo. El cobertizo se recortó delante de él. A esa distancia le pareció que humeaba. Ni siquiera un arma, ni siquiera eso se había llevado. Llegó a pensar que una parte de él estaba buscando que lo matasen. El cerebro tomaba esas decisiones a espaldas de la conciencia. Lo había visto cientos de veces, en colegas, en amigos, en enemigos. Él mismo había presionado a personas para que descubriesen que lo que querían era dejar de respirar, por el bien de todos, pero sobre todo por su bien.

Encontró una puerta de madera; estaba medio escondida, como dibujada en la estructura por una mano infantil, hubiese sido relativamente sencillo no encontrarla. Por eso debía de haberle telefoneado Lobo la última vez. Empujó la puerta y el chirrido convencional de película de terror le hizo sonreír por previsible. Y se dijo que no, que no era la clase de persona que se deja matar. Se dijo que envejecer es algo que le pasa al cuerpo, pero que la mente sigue ahí, con la misma edad que veinte años atrás, las mismas expectativas, la misma ansia de protagonismo, de diversión. Ni siquiera tuvo que decirse que tenía más ganas de vivir que nunca, no tuvo que decírselo porque lo sentía en las manos, en la sangre, en los nervios que sostienen los ojos.

El cobertizo estaba a oscuras. Lo que olió, el aire que tocaba, el sabor metálico de la atmósfera (polvo, ácaros, astillas de madera), le parecía malsano. Sus sentidos le dejaron aquel residuo inequívoco de hierro y miedo. Aquí se había torturado, durante meses, de manera sistemática. Intentó que el cerebro no siguiese por ahí, pero el pensamiento corría ya desbocado.

—Trejo, por fin, por fin.

No supo localizar la dirección de donde venía aquella voz.

Un estallido de luz le hirió los ojos como si le clavasen un cuchillo caliente en los globos. Le habían dado al interruptor.

Barrió con los ojos irritados el cobertizo. Las paredes estaban marcadas y manchadas, listones de madera. Justo detrás de él, como dispuesto para sorprender por la espalda al visitante, vio una mesa como de juguete, una botella, dos vasos. Y un hombre viejo, trajeado, conservado por una suerte de fuerza interior que Trejo no supo acertar a primera vista si se trataba de fanatismo, odio o decepción.

Se dijo que tampoco importaba. Estaba allí para cegar la fuente de todo eso.

—Señor Trejo, siéntese.

—Prefiero estar de pie.

—Insisto.

Los ojos empezaban a responderle. No tenía sentido contrariar a Lobo. Vio la silla: espartana, con un respaldo de madera gastada, sin apoyabrazos.

—Si es tan amable...

Retiró la silla y se sentó. La cara de Lobo era la de un hombre mayor, de ojitos dementes y unos pelos graciosos que le salían como antenas de las fosas nasales. El resto importaba poco, para Trejo el aspecto era un asunto sobrevalorado. Cuando decía esto pensaba siempre en él. ¿No era su figura la de un españolito medio? ¿La clase de hombrecito que sale con unas naranjas en las manos a ligarse nórdicas como en aquella vergonzosa película que tanto le divertía?

—Gracias por venir, Trejo, quiero decirle antes que nada que es un verdadero honor tenerle aquí. Se preguntará quién soy. Aunque mi verdadero nombre no importa, solían llamarme...

—Lobo, Lobo... claro que sé cómo te llamas, ¿por quién me tomas? ¿Crees que hubiese venido aquí a ciegas? Conozco tu historial como la palma de mi mano. Sé quién eres, qué hiciste para el JAC, qué quieres y también, presta atención a esto, cuál es tu punto débil. Casi podría ser yo quien te contase a ti lo que ha pasado en este cuarto. ¿Cuántas veces, por cierto?

—¿Cuántas? Cinco.

—Mentiroso. No todos los que vinieron hasta aquí cumplieron la tarea que les pusiste. Algunos dejaron los deberes para más tarde. Demasiado tarde. Y todos, todos, salieron de aquí envenenados. Porque se trata de veneno, ¿verdad? ¿Cuántos? No te avergüences. La culpa no es tuya, la gente no sabe lo que quiere. Les ofreces lo que más quieren. ¡Y fallan!

—Nueve. La suya es la décima ocasión que alguien visita Medusa.

—¿Cinco de nueve? Eso es más de un cincuenta por ciento. Felicidades. Sí, felicidades. Les pusiste unas condiciones difíciles. Llamar y grabarse, el mismo día, antes de que hiciese efecto el veneno... Pero espera, espera, si yo soy el diez todo se pone más interesante. Si sobrevivo estarás al cincuenta por ciento y no me negarás

que ese ya no es un porcentaje tan espectacular. ¿Cincuenta por ciento? Si te puedo ser sincero, es una cosa más bien mediocre. Aprobado justito, Lobo.

—La suya es una visita diferente, completamente distinta. No tiene nada que ver con... con... lo anterior.

—¿Y puedes explicarme, Lobo, para que yo lo entienda bien, qué hace de mi visita algo especial, un honor? ¿No será porque es la décima? ¿No serás supersticioso con los números? Te advierto que eso sería una decepción, una decepción absoluta. No he venido hasta aquí para hablar con un chiflado cabalista.

—Los otros no sabían lo que Medusa podía hacer por ellos, eran eslabones de una cadena que debía traerle a usted aquí... Medios. No fines. De la misma manera que usted no es un medio, sino un fin.

—Ahora toca pavonearte.

—Hasta ahora se ha estado pavoneando usted. No fue nada especial, investigué a cada uno de ellos con mucho cuidado, y les ofrecí lo que más querían: descargo, reconocimiento, venganza, protección, una segunda oportunidad... Fuese lo que fuese, eso que más querían, eso que les habían quitado, Medusa se lo ofrecía. Eran personas que fueron respetadas, eso nadie podía negarlo, que tuvieron poder, que lo tocaron, personas a las que respetaban, que daban miedo. Y en todos, en todos ellos, latía la misma decepción. ¿Sabe? Cuando cerraron el JAC me llamaron rencoroso. Me dijeron que no era capaz de adaptarme a los nuevos tiempos. Pero no era el único, qué va. Ahí lo tiene: políticos, jueces, empresarios, generales. Medusa es una máquina de levantar porquería. Y lo que Medusa nos ha demostrado es que ahí fuera todos sienten la misma sed de reconocimiento que yo. No soy un bicho raro.

—Organizaste todo esto para que te dieran la razón.

—No, no, no estaba seguro. Era solo una sospecha. Lo hice para saber, para averiguar. Era posible que fuese yo el que estaba equivocado. Todos ellos eran personas que hubiesen estado de acuerdo con que el nuevo régimen me defenestrara. Que me ignorara. Que me enviara a dormir. Sin reconocimiento, sin agradecerme nada, sin honor. Y pocos años después, lo que son las cosas, todos ellos, los que presumían de una moral superior, adaptada a los tiempos, ¡democrática!, estaban igual que yo, pensaban y sentían como yo. Les puse un cebo y todos vinieron aquí, por su propio pie, atraídos como moscas. Se sentaron aquí y escucharon todo lo que Medusa tenía para ellos, casi brillaban de resentimiento, debería haberlos visto.

—¿Y por qué los matabas? ¿No hubiese sido mejor...?

—¡No los mataba! Ellos elegían morir, ellos cerraban voluntariamente el trato. Podrían haberse ido sin brindar. Pero ninguno lo hizo. Los cuatro que murieron antes de cumplir el trato lo hubiesen hecho al día siguiente. Fueron lentos, poco diligentes, torpes... Pero todos, los nueve, habían aceptado el trato.

—Un trato cuyas condiciones últimas no sabían.

—¿Y qué más da? Eran personas insignificantes, sin arrestos. Derrotados por sus enemigos. Perdedores. Para vencerme a mí tuvo que caer todo un régimen. Uno

entero. No lo hice solo para demostrarme que tenía razón. Medusa les prometía cosas que no podía cumplir, ni aunque hubiese querido, y algunas veces hubiese querido ayudarles, ¿sabe? Salían tan ilusionados, no quería decepcionarles. Pero eran medios, como le dije, medios para atraerle.

—¿Y por qué querías atraerme? ¿Qué tienes para mí?

—Escogí a esas personas de ámbitos distintos. En términos generales habían tenido mucha más suerte que yo. Usted no tiene ni idea de los sitios por donde he pasado, por donde he tenido que vivir.

—Algo sé, no creas.

—Y todas ellas, todas esas personas, pese a sus privilegios, y su mejor suerte, todas ellas se sentían igual de defraudadas y estafadas. Quería demostrarle que no se trataba solo de mí. Siempre fui un agente leal. Hice lo que se me pidió. Protegí al país con todas mis fuerzas. ¿Y qué gané? Me retiraron. Me escondieron como si se avergonzasen de mí. Y después me olvidaron. ¿Y de qué podían acusarme? Siempre fui leal, no soy un criminal, nunca quebranté una ley, ni desobedecí una orden. ¿Me oye? ¡Nunca!

—Hasta hoy.

—Hasta que puse en marcha Medusa. Y Medusa ha cometido ciertas infracciones que pueden considerarse crímenes, aunque no forcé a nadie. Le juro que si cualquiera de ellos hubiese rechazado mis términos, si me hubiese dicho «No me interesa» o «Estoy bien tal y como estoy, gracias», habría salido de aquí y seguiría vivo.

—¿Seguro que ninguno de los «invitados» de Medusa te rechazó? ¿No estarás embelleciendo la historia?

—Ninguno. Ni uno solo.

Trejo se revolvió incómodo en la silla, se moría de ganas de levantarse y pasear la mirada por el cuartucho.

—Pero le diré algo: cometer un crimen no es gran cosa, es algo que puede hacer cualquiera, te deja una sensación de vacío en las manos. Es mucho más difícil lo que hacemos nosotros.

—¿Nosotros?

—Usted y yo, Trejo, sí: cumplir la ley, proteger a los ciudadanos.

—Hacías, eso es lo que «hacías».

—No soy un paria, Trejo. Este país vivió una Transición. Muchos de los que daban las órdenes siguieron al frente. A ellos no los enviaron a casa. Siguió con el culo metido en los despachos. Pero a mí y a los chicos nos apartaron como si fuéramos apestados. Y no soy un apestado. Tengo más mérito que ellos. Estuve allí en los años más difíciles. Me dejé la vida para que esos asesinos, nuestros enemigos, cantasen, he tenido las manos llenas de su mierda, ¡y todavía pretendían que les diese las gracias por no llevarme a juicio! Me equivoqué aceptando. Me decían que ya llegaría mi momento, que la opinión pública era contraria todavía, que dejase pasar unos años. Me engañaron. ¡Todo mentira! ¿Y por qué tendría que avergonzarme? ¡No

soy ningún criminal! ¡No lo soy! Lo siento, lo siento, no quería levantar la voz, no quería gritarle.

—Bueno, bueno, está bien. ¿Y se puede saber por qué motivo has preparado todo esto para mí?

—Porque usted fue mi superior durante diez años.

—Diez años en los que ni siquiera cobraste un sueldo.

—Me pusieron a dormir, ¡pero pertenecía al cuerpo, seguía siendo policía! Primero pusieron al frente a alimañas, luego a rojos, de esa gente no podía esperar nada. Pero cuando usted entró... Mire, yo a usted le respeto. Al principio no, claro. Pero seguí su carrera. Respeto todo el trabajo que hizo. Lo que tuvo que arreglar, todo lo que solucionó. Sus métodos son distintos a los nuestros, pero en el fondo se trata del mismo patriotismo. Porque patriota es el que hace bien su trabajo y no escupe a la bandera, al menos para mí.

—Es una forma de verlo.

—Espere. Tengo más cosas que contarle, muchas más, he estado callado demasiado tiempo. Seguía en un túnel, pero al menos al fondo veía una lucecita, sí, mientras usted estuvo al frente la veía, veía esa lucecita. Me decía: «Trejo, el señor Trejo es de los míos. Si me ve me reconocerá. Sabrá apreciar mi experiencia». Pero no me vio, nadie vino a buscarme. Y durante esos diez años suyos, y antes y después, durante casi cuarenta años cada vez que veía un ataúd envuelto en la bandera, en el periódico o en el telediario, cuando escuchaba esas terribles noticias en la radio, no lograba entender por qué no venía nadie a buscarme. Por qué no me despertaban. Por qué tenía que seguir acostado como un inútil. Podía ayudar de muchas maneras. ¿Cómo un hombre tan inteligente como Trejo podía equivocarse tanto conmigo? Y si ese hombre tan inteligente no cuenta conmigo, si me mantiene en la cama, bien tapado y dormidito, ¿eso me convierte en un idiota?

—Es un razonamiento tuyo, no mío. Desde mi punto de vista no nos fue mal. Este país es ahora más seguro que nunca.

—Pero tarde, demasiado tarde. Todas esas vidas masacradas. Hubiésemos podido ayudar. No crea que no le entiendo, he pensado en el asunto. Debió de recibir presiones, gente de más arriba, con corbatas, que no podrían cargar con el peso de una pistola. Siempre hay gente por encima. Debe de ser divertido estar un día encima de todos. Pero aun así, ¿qué clase de sociedad puede permitirse esconder a sus mayores, prescindir de sus conocimientos?

—Tuviste suerte de que no te juzgasen, Lobo. Tuviste mucha suerte de no pudrirte en una prisión.

—Me pusieron a dormir porque había trabajado para un dictador. Ya no quiero discutir ese tema. Pero me pregunto: ¿para quién trabajaban todos los demás si esa ley era la única ley? ¿Ellos no trabajaban para un dictador? ¿Estaban todos conspirando? ¡Y una higa! Y allí siguieron: políticos, jueces, fiscales, banqueros, artistas... Todos. Me dijeron a la cara que mi trabajo era «sucio». ¿Y sabe por qué era

sucio? Porque los métodos no les gustaban a los señoritos que vinieron después, a los que se gastaron millones de los fondos reservados en casinos y putas. Qué asco me da esa gente.

Trejo sintió la respiración pesada al final de la frase de Lobo. Era la rendija que le ofrecía para que le replicase, pero Trejo no le dio esa satisfacción. A cambio le miró fijamente: un hombre mayor, muy mayor, al que la edad no había vencido, que se sostenía con el alambre de una convicción oscura, fanática.

A Trejo le molestaba entender de alguna manera el sentido de esas palabras, el juego de rechazos y de emociones heridas que se desprendía de ellas. La letra le daba asco, pero la melodía podía hacer mella en él.

—Diez años, diez años al mando y nunca pensó en mí, nunca me dedicó la mirada que me hubiese levantado de la cama, ¡ni siquiera sabía la cara que tengo!

El silencio y la respiración tras la frase se volvieron ahora más hondos. Lobo no volvería hablar hasta que recuperase el resuello, necesitaría por lo menos un par de minutos. Trejo se dio cuenta de que no tenía estómago para mantener el silencio.

—Dime, Lobo, ¿qué esperas que te responda?

—¿Cómo?

—Digo que al convocarme aquí, mientras cazabas a todos estos patos y los sacrificabas, debías de alimentar alguna idea de lo que querías oír, de lo que deseabas que te dijese. No pongas esa cara de acelga. Nos pasa a todos, es un fenómeno corriente, se llama expectativas.

—La verdad. Quiero que me diga lo que piensa de verdad. No de lo que Medusa ha hecho estos meses, sino de lo que me hicieron.

—Pues la verdad es que me gusta tu cara ahora que la veo, pero no creo que eso te deje satisfecho. No se invita a morir a nueve personas para eso. Por el precio de nueve personas el premio tiene que ser más alto, se tiene que pedir algo fantástico. No se me ocurre nada a la altura de cinco cadáveres, pero si esta fuese una conversación racional, y no vayas a creer ahora que estoy demasiado seguro de que lo sea, te diría que el tiempo de la mente y el tiempo biológico no coinciden. Y eso es una cosa jodida y terrible, sí, porque si fuésemos a la calle y le preguntáramos a uno de esos viejos vascos que pasean con su bastón, o peor todavía, a uno de los ancianos que ya no pueden ni ir solos a mear, todos te dirán que dentro de la cabeza siguen pensando como si tuvieran quince años, solo que alguien les ha metido dentro de algo que se arruga, se pudre y al que le pasan toda clase de cosas terribles. No tenemos otro remedio que aceptar las cosas como vienen, un día eres útil y al otro ya no le eres tanto, la salida convencional es aceptarlo o matarte. Tu decisión es un tanto exagerada. Mírame a mí, mírame bien, me prejubilieron, ¡a mí!

—Pero le llamaron para investigar a Medusa, contaban con usted...

—¡Me llamaron para cazarte! ¡Me llamaron por tu culpa! Me llamaron porque todos esos políticos que simulan ser policías no sabían cómo pararte. Cómo iban a saberlo, si son incapaces de abrocharse los cordones. Un solo paso en falso en toda



mi carrera y me pusieron a dormir. ¿A cuánta gente según tú tendría que matar para que se oyera mi propuesta? No me vegas con lloriqueos autoindulgentes, Lobo, ahórratelo.

—A mí nunca, nunca me llamaron, no encontraron la ocasión, nunca lo consideraron necesario, y moría mucha más gente, sí, mucha más, cada mes, cada semana... Hubiese sido útil, podría...

—Bueno, basta, no podrás decir que no he sido cordial, pero ya hemos hablado bastante. Pasemos al acto final: cuando me acercas ese vaso y yo pido el otro y...

—¿De qué me está hablando?

—Del veneno, Lobo. ¿No era así como mataste a los nueve? Porque no creas que he olvidado el nombre ni el rostro de ninguno de los nueve, ¿no se mataban «voluntariamente»? Eras tú quien los mataba. ¿No se tomaban tu copita de la muerte para cerrar el trato?

—Sí.

—No pongas esa cara de sorpresa. Tampoco era tan complicado de adivinar. No es el misterio de mi carrera, Lobo. Veneno soviético, pensado para actuar cuando la víctima se va a dormir, un dulce derrame cerebral, mermelada de sesos rojos. Pensado para que actúe después de las negociaciones, intercambios de información. Tú cantas, él canta, te quedas su información y la tuya se colapsa en su cabeza. Sin levantar demasiadas sospechas. Ingenioso, pero limitado; espectacular, sí, pero de corto recorrido, el enemigo enseguida sospechaba lo que estaba sucediendo. Y yo lo supe al momento. Y tengo peores noticias para ti: tengo un antídoto, lo tomé antes de entrar y como supongo que tú también lo habrás tomado antes, no tiene sentido que juguemos al intercambio de copas, podemos saltarnos esta parte e ir directos a la escena culminante. ¿Qué pensabas ofrecerme?

—¿Ofrecerle? No tengo nada que ofrecerle, Trejo. Qué divertido, usted me ha malinterpretado. Un malentendido terrible, no puedo creerlo, un hombre de su inteligencia. ¿Espera que juguemos a las capas y a los antifaces? No, no he venido aquí para jugar, he venido aquí para que me escuche, para demostrarle que estaba en lo cierto, para escuchar después sus razones. Y después, si no me convencía, y no lo ha hecho, matarle.

Lobo sacó una pistola del cajón de la mesa, apuntó con él a su antiguo superior. A Trejo siempre le violentaba salir de sus laberintos mentales por la presión de un objeto físico.

—¿Vas a matarme? ¿Y Medusa?

—¿Medusa? Nunca ha existido, puro teatro. Era yo solo.

—¿Aquí termina todo? ¿No vas a hacerme ninguna oferta? ¿No vamos a brindar?

—Eso sería una tontería, Trejo, y Lobo no es ningún tonto. Usted se habría dado cuenta si hubiese tratado de ofrecerle algo. Tiene el alma fría. No se hubiese acalorado lo bastante para echar un trago.

—¿Para qué te tomaste la molestia de llamarme?

—Supongo que también en esto tenía razón, necesitaba pavonearme.

—¿No me vas a conceder ni una última voluntad?

—Depende.

—Eres un buen tirador, ¿verdad? Estás bien entrenado. Deja que me ponga de pie, será solo un momento, no tengo ninguna oportunidad de escapar. Es solo que necesito estar de pie para pensar, sentado mi cuerpo se duerme, ¿puedes creerlo? Tú eres alto, Lobo, así que no tendrás ese problema, pero las personas de estatura media, para ser generoso conmigo mismo, tenemos que tonificarnos.

—No nos queda mucho de que hablar.

—Aquí es donde te equivocas, ¿sabes? Te concedo que has estado brillante, sí, te lo digo como un profesional, sin entrar en el turbio trasfondo moral del asunto. Incluso en los aspectos más convencionales: el coche, el teléfono, el veneno... Bueno, tampoco te voy a engañar, algunas de esas cosas eran francamente mejorables. Pero está bien, está bien. En términos generales ha sido brillante. Pero has dicho una cosa, hay una cosa que has dicho en la que has estado increíblemente torpe, ¿cómo era...? Ah, sí... Sí, es una de esas cosas que pueden echarlo todo a perder. Vamos a ver: ¿por qué me matas?

—Está furioso porque no lo había previsto, Trejo. No trate de liarme. Ya le he dado demasiadas explicaciones...

—No, no, mal, mal, me matas por otra cosa. Lo has dicho antes, por algo que fastidiaba tu juego, piensa, piensa... ¡Piensa, vamos! ¿Cuántas veces en tu maldita vida te ha escuchado alguien como yo? Te pasaste años, diez años por lo menos, esperando que te llamase, que te escuchase, que me acordase de ti. Solo por eso te mereces mantenerme unas horas más con vida. Muerto no puedo servirle de nada a Medusa.

—Tampoco lo puede ofrecer vivo. Usted ya no vale nada. Está tan dormido como yo.

—Tonto, tonto, tonto, qué lobo tan tonto. Has estado demasiados años metido en la camita, somnoliento, en tu jaula, y has olvidado cómo se vive ahí fuera. Lo has olvidado por completo. Seguro que me investigaste, claro que sí, ¿y qué descubriste? Un prejubilado cuidando cactus y soportando como puede a una hija malcriada que regresa en el momento que me tocaría descansar para joderme la vida recitando leccioncitas mal aprendidas de superioridad moral. ¿Crees que me gustan las plantas? ¿Que me lo paso bomba viendo películas, engordando en el sofá? ¿Que me retiré voluntariamente? Me retiraron, Lobo, en cuanto el País Vasco se enfrió, celebraron una gran fiesta en honor del nuevo país seguro en el que íbamos a vivir, y a los que nos habíamos ensuciado las manos todos esos años nos dieron una enorme patada en el culo. Ni medallas, ni cargos, ni presupuesto. Para eso tenían una generación de políticos recién salidos de la universidad: hijos, primos, amigos. Y se pusieron a jugar a otros juegos: a devastar la Sanidad, a retorcer trabajadores con una reforma laboral, lo que sea que hagan ahora. Y todavía me estaba sacando la mierda del cuerpo

cuando nos enviaron a dormir porque a nadie le gusta ver la mierda, por eso se construyen ciudades debajo de las ciudades, todas esas tuberías y canalizaciones, un laberinto secreto para evacuar la mierda. ¿Me estás escuchando? ¡Mírame! No somos lobos, qué va, nada de eso, somos los gestores de la mierda, sus funcionarios, a los que llaman cuando toda esa porquería se desborda y a los que meten a dormir en cajitas cuando les solucionamos el problema. ¿Entiendes? ¡¿Me entiendes?!

—Sí.

—Más vale que lo hagas, porque tu vida futura depende de esta conversación más que la mía. Depende de que sigas aquí atravesando los años como un muerto viviente al que han drenado todos los jugos vitales o que vuelvas a sentir el entusiasmo de ser útil, de servir a tu país. Medusa fue una invención, claro, pero si te pones en la perspectiva de los clientes lo que se demuestra es que el engaño funcionó porque había una demanda. No les engañaste, Lobo, les diste esperanza, la esperanza que estaban buscando, justo esa.

—Ahora no sé si le sigo.

—Me decepcionas. Otro idiota al que se le ocurre una buena idea, una idea de un potencial enorme, y ni siquiera se da cuenta. Piensa, te pusiste en contacto con un general, con un testigo protegido, con un empresario... Y todos ellos, todos, creyeron en lo que Medusa les ofrecía. No les engañaste, qué va, ese es el asunto, les ofreciste lo que más deseaban, te dieron la razón. Tu malestar es el de todos, el de todos los durmientes, el de cientos de personas que lucharon por este país y que ni siquiera pueden sentirse orgullosos, que llevan diez, veinte, incluso treinta años, avergonzados. Y todo porque a unos señores que no conocen, que nunca han estado en sitios peligrosos, que nunca se han jugado el cuello por proteger a civiles, les disgusta el olor de la mierda. Se avergüenzan de nosotros, os enviaron a dormir a vosotros, y siguen haciéndolo, sí, no creas que eso se terminó, siguen enviándonos a cuartuchos en cualquier sitio, apagan la luz y nos obligan a acostarnos en la oscuridad.

—Usted también. Lo sospechaba, lo sospechaba.

—Organicemos una Medusa real. Operativa. Sin veneno, sin matar a nadie. Reunamos a toda esa gente de mérito que ha quedado disconforme, que tiene que avergonzarse públicamente de su valor, a toda esa gente, civiles y funcionarios, que se jugaron la vida por el país. Reunamos la información y protestemos todos juntos. Todavía estamos vivos, así que podemos darle la vuelta a esta historia. Tú tienes olfato, ayúdame a encontrarles, dime lo que desean, después de organizar esto nadie podrá negarte que eres un buen psicólogo. Yo me encargaré del resto, qué vamos a pedir, cómo vamos a protestar. Cuando recojamos este sitio voy a disponer de mucho tiempo libre.

—¿Cuándo recojamos? ¿Después de esto?

—Baja el arma, ya me siento. Lo que tengo que decirte ahora es tan sencillo que apenas tengo que pensar, puedo hacerlo sin adrenalina. Vas a entregarte. No pongas

esa cara, la policía no sabe nada del veneno. No pueden probar nada. Diremos que ellos mismos decidían matarse, estarán tan contentos porque todo esto acabe que no van a meter las narices. Los has asustado de verdad. Y si se mataron voluntariamente para contribuir a que Medusa nos reuniera a ti y a mí, ¿de qué van a acusarte?

—¿Qué les dirás?

—Nada. Que conversaste con ellos, que les hiciste avergonzarse de su situación, de todo lo que habían aguantado y tragado, sin rechistar. Y les diré que me has convencido, que yo también siento vergüenza. Que no soy un perro al que enviar a su caseta y sacar cuando hay intrusos para que ladre. Les diré la verdad y luego me iré a casa un tiempo, solo un tiempo...

—¿Vamos a trabajar juntos?

—Dejaremos que pasen unos meses, medio año si quieres, si así te sientes más seguro. Después empezaremos de nuevo. Le sacaremos brillo a tu idea. Organizaremos una Medusa más fuerte, operativa, sin muertes ni teléfonos y levantaremos las aceras, le daremos la vuelta a la calle para que aflore toda la porquería que no quieren ver, que se niegan a ver.

Los ojos de Lobo empezaron a humedecerse, como el fiel que escucha la voz largo tiempo esperada, que decide proyectarse solo para él.

—¿Me vas a disparar o puedo telefonar para que limpien esto? Tú decides, no tengo ninguna intención de coaccionarte. Sé cuándo he perdido.

Lobo golpeó con la frente la mesa, derrotado por la emoción. Trejo se lo tomó como si le dieran carta blanca. Sacó el teléfono. Marcó un número. El corazón estaba agazapado en su garganta, a punto de salirse por la boca.

—Carlos, aquí Trejo. Podéis pasar a recogernos.

Trejo y Lobo esperaron juntos la llegada de los coches de policía en la puerta del cobertizo. Había empezado a lloviznar y se quedaron muy juntos bajo el alero de madera. Los autos llegaron sin hacer ruido, entraron en La China con las luces cortas. Carlos iba solo y vio a su jefe y al hombre que se habían pasado semanas buscando, al asesino de más de cinco personas, como si fueran dos viejos amigos, hablando de sus cosas.

Carlos aparcó el coche a cierta distancia. Vio cómo los policías bajaban del coche. Trejo se adelantó con un gesto amistoso, como si pretendiese tranquilizarles. Les estrechó la mano y les presentó a Lobo, que también les estrechó la mano a los policías. Después, y Carlos no pudo verlo sin estremecerse, Trejo y Lobo se fundieron en un abrazo amistoso. Se palmearon la espalda como colegas.

Trejo se quedó desprotegido bajo la lluvia viendo cómo el coche se alejaba con Lobo dentro. La escena se quedó a oscuras. Carlos encendió las luces dirigidas en sentido contrario para que Trejo tuviese una referencia. Pero pasaron varios minutos y Trejo no se acercó.

Carlos imaginaba a su jefe con las manos en los bolsillos, mojándose en la oscuridad, mientras el coche de policía se perdía en la carretera. Había refrescado bastante, y Carlos se dijo que no tenía ningunas ganas de mojarse. No salió a buscarle. Le esperaría diez minutos más.

Cuando pasaron giró las ruedas del coche y enfocó en dirección a Trejo. Le vio avanzar todavía con las manos en los bolsillos. Despacio. Tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera sintió la descarga de dolor que los focos debieron de provocarle a sus delicados ojos. Era la primera vez que Carlos le veía como un hombre de sesenta años, como la clase de gente que se interna en la última fase de su vida.

—Hola, chico.

Trejo entró en el coche sin mirarle. El pelo y la cara mojados. La camisa oscura no permitía apreciar si estaba demasiado calado, aunque olía a humedad. No parecía escuchar cuando Carlos le devolvió el saludo. Carlos maniobró mientras Trejo se acariciaba los lagrimales.

—¿Qué decías?

—Nada. Que ha sido impresionante, felicidades.

—Supongo que sí. ¿Y mi hija?

—El chico con el que estaba se fue en cuanto telefoneó. Irina me dijo que se quedaría en casa esperándole. Me dijo que alguien tenía que prepararle un café caliente.

—Un café. Seguro que eso es lo que me tiene preparado. Una chica perseverante, perseverante y dura. Estate atento a la carretera, por favor.

El coche dejó atrás La China y entró en una carretera señalizada. Las luces, las

vallas, las señales informativas... Trejo sintió cómo le acariciaban con la suave tenacidad de la civilización, del orden, de las cosas parcialmente seguras.

—Sé que estás cansado. Ya me lo contarás al detalle. Pero explícame al menos cómo lograste que se entregase. ¿Cómo mejoraste su oferta?

—¿La oferta? ¿Qué sabes tú...?

Trejo giró el cuello casi con violencia. Fue apenas un segundo, pero Carlos vio cómo se formaba un cuajo de furia en sus ojos. Vio flotar rastros de desprecio y una punta de amenaza, como si aquellos iris verdosos le estuviesen escaneando, buscando comprobar qué sabía y qué no sabía. A Carlos le trepó por las manos la misma sensación de cuando le juzgaban por ser extranjero, por no ser de aquí, de los «nuestros».

La tensión se deshizo en una risa, la risa seca, ronca, de Trejo.

—Ah, ya te entiendo, te entiendo. Como en las películas: «Te haré una oferta que no podrás rechazar». ¿Algo así?

—Algo así.

Trejo deshizo la sonrisa. Se retiró el pelo de la cara, los mechones húmedos, algo rebeldes.

—Ninguna. No le hice ninguna oferta. Le mentí. Le engañé. Le metí una bola como una casa y se la tragó entera. Ha entrado en ese coche pensando que le iban a rehabilitar, a conceder un subsidio, a darle una medalla, qué sé yo. Le dije que sí a todas sus fantasías, una por una, estaba tan convencido de que merecería todas las recompensas que el muy capullo no imaginó ni un segundo que se la estaba jugando. Pasó por alto todo lo absurdo de mi propuesta. Algunas personas son muy sensibles al halago, ese es su punto débil.

—Su flanco vulnerable.

Trejo carraspeó y bajó la visera para mirarse en el pequeño espejo horizontal. Después habló como si se hiciera una advertencia a sí mismo, como si fuese un mensaje confidencial. Carlos sintió como si se estuviese entrometiendo en una conversación privada.

—Ahora mismo cree que lo trasladan a un despacho para ofrecerle una salida airosa. En realidad van a meterle en el agujero más hondo que encuentren.

El coche siguió avanzando por la ruta prevista, como si cumpliera con un modesto destino. A lo lejos empezaba a flotar el resplandor nocturno de Pamplona, toda aquella electricidad fría. Carlos no había dejado transparentar ningún reproche, se había concentrado en las marcas de pintura de la carretera, mientras se imponía concentrar su pensamiento lejos, hacia los acantilados de Lima, hacia las olas que lamen la playa en pliegues ordenados. Hacia la blancura marfileña de Arequipa. Hacia la película que vería esa noche, durante la cual no era concebible cenar algo. Pero la voz y el tono de Trejo sonaron como si se defendiese de un tren de reproches, como si Carlos, cuyas manos empezaban a temblar sobre el volante, se hubiese constituido como un tribunal de un solo hombre.

—No pongas esa cara. ¿Qué esperabas, un duelo de ingenio? Esa gente toma la iniciativa, matan primero. Ya te lo dije: construyen cajas terribles donde sus víctimas corren como ratas. Y nuestro trabajo es meterles en una caja más grande, más complicada.

Trejo se revolvió en el asiento, proyectaba su voz hacia el cristal delantero. A Carlos le pareció que en cierta manera el tribunal se había ampliado, que le tocaba menos parte de responsabilidad, que le bastaba con mantener abierto un oído testimonial para cumplir con lo que se esperaba de él.

—Y es justo, en cierta manera es justo. Ese tío les prometía a la gente lo que más deseaban, la pieza que les faltaba a su vida, y cuando ellos le decían que sí, cuando le demostraban que estaban de acuerdo con él, cuando Lobo se convencía de que apoyaban su propia idea de cómo funcionaba el mundo y lo injusto que había sido con ellos, entonces, solo entonces, les mataba. Les quitaba la vida con el dulce pensamiento de que Medusa iba a darles lo que merecían y les arrebataron. Así fue. Al menos Lobo ha subido a ese coche vivo, y seguirá vivo cuando se dé cuenta de que le he engañado. Me parece un trato bastante justo.

Carlos pensó que debía decir o replicar algo, pero no estaba seguro de que esa fuese la intención de Trejo, y en cualquier caso tampoco le vino nada a la mente. Su cabeza era una pantalla en blanco donde se perseguían emociones confusas, toda una paleta sucia de emociones.

—¿Ves? Todo lo que acabo de contarte es lo que me repito desde hace años. Cada vez suena más convincente, pero nunca llego a creérmelo.

Carlos siguió conduciendo como un autómatas por la ciudad. Ni siquiera le preguntó a Trejo si quería ir a su piso, fue directo. Estacionó a media calle. La luz encendida en el salón de Trejo le pareció una presencia benéfica, una expectativa de sosiego, casi femenina.

Carlos iba a despedirse, pero Trejo decidió escupir las palabras que llevaba minutos masticando en la boca.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, Carlos?

—No, la verdad.

—Que tienes suerte, eres un chico afortunado, no sirves para esto. Por eso me has sido tan útil. Hay que escoger bien a las personas con las que trabajas. Emites una rara luz bondadosa, una luz que me ayuda a recordar lo oscuros que nos vamos volviendo.

Carlos dejó a Trejo justo en la puerta de su casa. La adrenalina se había retirado de sus extremidades, sintió el peso del cuerpo. No se veía capaz de subir por las escaleras. Cogió el ascensor, y mientras la cabina ascendía por el hueco hacia su rellano, se miró en el espejo. Vio una cara de corte elegante, facciones duras, y unos ojos verdes relucientes, envueltos de piel oscura y blanda. Como si el párpado y las bolsas exteriores pagasen el precio de una mirada tan intensa, condenada (más que bendecida) con la facultad de escarbar entre las sombras.

La puerta estaba abierta cuando llegó. Empujó suavemente con los dedos. Notó cómo el miedo se le metía en las venas. Dudó entre entrar o volver a la calle. ¿Y si después de todo Medusa sí fuese una organización? Siempre corres el peligro de que sean más inteligentes que tú, de que te preparen una caja todavía más grande y complicada donde contenerte. Se decidió a entrar. No llevaba armas. Pero seguía creyendo que era absurdo intentar matarle. Hizo un barrido rápido de posibilidades con la mente: podían tener a su hija, podía tratarse de la «gente» que según su hija la estaba «siguiendo», esos enemigos espectrales en los que se resistía a creer.

Los temores le duraron apenas un segundo. Solo al entrar vio su propio juego de llaves sobre el mueble de entrada, se las había dejado. Irina había dejado la puerta abierta por si se retrasaba demasiado, por si se acostaba, para que no la despertase, por si se iba.

Trejo entró convencido de que se encontraría a su hija durmiendo, se había hecho muy tarde, aunque saliera ya el sol, y el día parecía nuevo y el tiempo renovado. Pero Irina estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y un taco de folios a su lado. Le sonrió al entrar y con un gesto de los ojos desplazó la atención de Trejo hacia la mesa del comedor, donde le esperaban dos tostadas con aceite, unas lonchas de jamón y un vaso de agua fresca.

—¿Crees que se puede comer en una noche como esta?

—La persona que no quieres que nombre me dijo que precisamente en noches como estas volvías con más hambre.

—Así que es tu manera de seguir sobornándome. Bueno, pues vas a necesitar mucho más que...

—Solo di «gracias», papá.

—Gracias.

Trejo se sentó y agarró la tostada y el jamón sin cubiertos. Dio un primer mordisco y un trago largo de agua, que se deslizó fresca por el esófago.

—¿Y esos papeles? ¿Cómo han ido las investigaciones?

—Ya tendremos tiempo para esto, Trejo. ¿Tú qué tal? Antes de irse Carlos me dijo que conseguiste que el asesino se entregase.

—Algo así. Pero eso ya es historia. Y una historia mala. Presente, presente, presente, Irina. El pasado está lleno de porquería. Y tampoco tenemos tanto tiempo,



hija, me caigo de sueño.

—Te mueres de ganas de estar solo, papá. No vas a irte a dormir.

—Déjame ser delicado, hija. Una excusa es una forma elevada de cortesía. ¿Qué tienes?

—Qué tenemos. No estoy sola en esto. Somos una organización. ¿Tu ordenador es seguro?

—No.

—Entonces mírate estos papeles. Y aquí tienes un USB. Descárgalo donde puedas. Donde creas que es seguro.

—¿No vas a hacerme un resumen?

—Es peor de lo que pensábamos. Nos precipitamos al descartar a la mafia china. Están implicados, pero todo se ha organizado desde aquí. Un hombre llamado Baesa. Una suerte de asesor, estuvo metido en política, y ahora parece estar por todas partes. Y detrás de él o a su lado... bueno, un gobernador, un subsecretario, gente muy implicada en la gestión de los partidos. Todos desviando fondos públicos, robando del erario. Esos mismos cargos públicos están blanqueando con esta operación dinero que desvían de presupuestos estatales. Para financiarse, para lucrarse. Denominaciones de origen falsas. Es una alternativa a la construcción indiscriminada y a los pufos de las cajas.

Trejo se había terminado la primera tostada sin darse apenas cuenta, se dijo que se comería la siguiente con más paciencia, consciente de sus mordiscos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Por dónde empiezo a buscar a esos «algunos»?

Irina respondió con una sonrisa a las objeciones de Trejo. Descruzó las piernas, se levantó y volvió a sentarse cruzándolas en el sentido contrario, con esa prodigiosa flexibilidad femenina que dejaba a Trejo sin palabras.

—No, no te pido que los busques. No quiero ocultarte nada, en esta fase de nuestra colaboración ya no es necesario.

Irina seleccionó uno de los folios como quien se guarda para la segunda mano una carta decisiva. Y se alejó de un salto del sofá. Trejo supo instintivamente de quién le venía esa agilidad, y el nombre que solía mantener con cierta competencia en una suerte de olvido artificioso, cuidadosamente elaborado, le saltó encima y se le clavó con un lento dolor en el ánimo, mucho más intenso que el latigazo de la luz. Cerró los ojos.

—Aquí los tienes. Los indicios están en los papeles.

Trejo pasó los ojos sobre el papel.

—Es gente importante. No se puede ir con esto por el mundo sin pruebas. Las tenéis.

—Ya te he dicho que era gente importante. No creo que sean pruebas concluyentes para ir a un juzgado. Pero todo encaja. Tienes la trama desentrañada. No es solo un papel, te lo aseguro. Esos indicios son hilos buenos, un ovillo de primera calidad. Pero alguien tiene que tejer el jersey, y mi grupo no tiene autoridad ni tiempo

ni recursos.

—¿Tiempo tampoco?

—Nos vigilan. No fantaseo. El grupo tiene que disolverse.

—Eso suena dramático.

—Para nosotros no es terrible, Trejo. No estamos constituidos, ya te lo dije. Vamos investigando por libre, y cuando hay algo bueno, confluimos.

—Bueno, espero que les vaya bien.

—Sabes cuidarse, no te preocupes por ellos. Solo me preocupa uno de los míos: Javier Obanos.

—¿Quién?

—El sobrino de Norberto Obanos. El chico que ha heredado la bodega. La gente de Baesa, la gente que mató a su tía y extorsionó a su tío intenta encontrarle y hacer «tratos» con él, por eso está en paradero desconocido.

—Quieres decir en Pamplona. Todo el mundo está en Pamplona estos días.

—Ya no. Mientras no acepte la herencia la producción de la bodega quedará parada. Obanos añadió esa cláusula al contrato, todo dependía de la voluntad de su sobrino. Basta con que siga desaparecido para que el plan de Baesa se frustre. Pero le están pisando los talones.

—Veré lo que puedo hacer.

—¿Hablarás con el hijo de Zubioca?

—¿Qué sabes tú de ese chico?

—Obanos había puesto sus esperanzas en él. Cuando fue testigo protegido conoció a su padre. Le pareció un hombre recto.

—Vaya, el mundo es un pañuelo. Pero es cierto, Zubioca padre era un hombre recto. Y creo que entre todos haremos de su hijo un buen policía. Pero dime: ¿y tú? ¿Qué sitio has escogido para disolverte?

Irina reaccionó con una mueca extraña, una que Trejo no había visto y que no sabía cómo interpretar. Pensó que compartir los genes y la sangre provocaba reacciones extrañas: te sentías más cerca en el afecto, pero a veces se escapan las intenciones, igual que nos cuesta mantener la atención cuando vemos una película por tercera o cuarta vez.

—Me quedo aquí. Necesitarás a alguien de apoyo mientras investigas esto. Y no quiero dejarlo todo en manos de... ya sabes... el propio Estado. En realidad, no me fío ni del hijo de Zubioca.

—Quedarte aquí... ¿conmigo?

—No disimules, papá, lo estás deseando. Ya te has acostumbrado a mí, me echarías de menos. ¿No es así? ¿No me dijiste que estabas harto de estar jubilado? ¿Me equivoco? ¿No quieres que me quede? ¿Que trabajemos juntos? ¿Vas a renunciar a estos chorros de adrenalina?

—Quiera o no, Irina, en una noche como esta no puedo responderte otra cosa que «sí».

Trejo dobló el papel que Irina le había dado. Iba a guardárselo en el bolsillo de la camisa, pero le detuvo la inesperada pregunta de su hija.

—¿Estás nervioso cuando sales a perseguir a esa gente?

—Nervios y miedo. Sí. Pero por lo que sé en menor medida que otras personas. Y siempre intento, en el momento decisivo, sentir menos miedo que mis enemigos.

—Pues yo tengo nervios, nervios y miedo. Hasta aquí he interpretado a la Irina fuerte, a la responsable del grupo. La chica que lo tiene todo controlado, la que juega a esconderle información al lince de su padre.

—Jugaste bien esa carta.

—Pero no somos rivales. Ni siquiera socios. Tú ya tienes tu Watson, que por cierto es un encanto. También somos padre e hija. Y necesito decirte que no las tengo todas conmigo. No sé cómo acabará esto. Tengo miedo.

—Me encargaré de que no te pase nada, hija, como he hecho siempre, para eso has recurrido a mí.

—No, Trejo, no he recurrido a ti para que me protejas. He recurrido a ti porque no podía hacerlo sola.

—Pues lo haremos juntos.

—De eso es de lo que tengo miedo. Eso es lo que me tiene aterrorizada. ¿Te acuerdas de cuando te ibas de casa a perseguir a uno de esos monstruos? Lo recordé antes hablando con Carlos. ¿Sabes que se está pensando lo del blog?

—Ese chico es un caso. ¿Qué es lo que te decía antes de irme? No me canso nunca de escuchar mis ocurrencias, son mejores que las vuestras.

—Antes de irte me decías que la desventaja de esos tipos es que se consideraban los hombres más peligrosos del mundo. Y se equivocaban.

—Sí, sí que lo recuerdo. Te decía que eran ellos los que tenían que enfrentarse a mi grupo y que nosotros...

—Ese es el problema, Trejo, que eras tú quien se equivocaba. Los auténticos hombres más peligrosos del mundo, los que tienen el poder y los recursos, e incluso la ley de su lado, no erais vosotros. Son los nombres de esa lista, son nuestros enemigos, son a lo que nos enfrentamos.

Había descuidado por completo sus cactus. Los había dejado abandonados durante más de una semana. El vendaval de la vida y de la acción se había llevado por delante sus incipientes aficiones adquiridas durante la jubilación. Habían resultado ser aficiones poco arraigadas y resistentes.

¿Qué haría ahora? El joven Zubioca le estaría casi eternamente agradecido, de eso no tenía ninguna duda. Pero oficialmente seguía fuera del cuerpo, iba a ser difícil que le readmitieran.

De lo que no estaba tan seguro era de que fuera completamente verdad cuando le dijo a su hija que todos y cada uno de sus días como jubilado habían sido de escayola, vacíos por dentro. Igual que un grupo de amigos que tienes que soportar porque no te queda otra. Había encontrado un raro placer, distinto, más atenuado, pero placer al fin y al cabo, en las películas, las *pizzas* y los cactus, y lo que ahora se preguntaba es si este placer sereno no sería el más indicado para un hombre que rozaba la edad de la jubilación.

Se entretuvo haciéndose estas preguntas, pero tampoco se engañaba: la decisión de seguir o no en la policía no dependía de él. Así que le pareció la mejor solución estar preparado para considerar cualquiera de las dos opciones como la buena. Familiarizarse con el lado más amable de cada una, lo consideró una especie de economía emocional.

Salió a la calle a comer. Los pasos le llevaron a un pequeño restaurante donde solía acudir con Zubioca. Pidió sidra y un bistec. Su estómago respondió sin mayores problemas. Pidió otra sidra. Se quedó mirando sonriente cómo la escanciaban.

Mecido por la serena suavidad de la embriaguez se imaginó a sí mismo prolongando aquella sociedad clandestina con el joven Zubioca. Habría otros casos inestables y amenazadores, cosas que la policía solo puede abordar de noche, con gente como él (y no quiso profundizar demasiado qué se entendía por «gente como él»), con un pie fuera del cuerpo, oficialmente retirado.

El joven Zubioca tomaría el relevo del Zubioca muerto en su nueva sociedad contra el crimen. La idea le hizo sonreír, pero no se lo decía completamente en broma. No podía revertir el tiempo, claro, no podía volver a ser joven, ese era el problema de todos los «volver a empezar», pero por lo menos le quedaban tres años de aventuras, y quería aprovecharlos. El caso Medusa demostraba que no se había oxidado por completo. Saboreó los últimos tragos de sidra con un estoicismo melancólico, no quería que se acabase ni pedir más.

Salió a la calle y comprobó que el frío había caído definitivamente sobre Pamplona, era como una garra que te arañaba al andar. En algunos cruces el viento parecía atacar desde cuatro direcciones distintas.

Apenas le sorprendió no haberle dedicado un solo pensamiento a su hija. Estaba íntimamente convencido de que aquellos garabatos de aficionado no irían a ninguna

parte.

Javier Obanos no tardaría en poder salir de su escondite con tranquilidad. Fuese lo que fuese lo que planearan Baesa, los mafiosos chinos o quien estuviera detrás de todo eso ya no podía volver a ponerse en marcha. El negocio se había arruinado, y tres muertes en la familia Obanos sería excesivo, pondría en marcha de nuevo a la policía.

Trejo conocía bien a esa clase de gente, estaban recogiendo y preparándose para otro asunto, celebrando que nadie les persiguiese por lo de Elena Obanos. La rebeldía de Norberto Obanos no podían pasarla por alto, pero dejar libre al sobrino era la mejor manera de ocultar sus huellas.

En cuanto a aquella lista de «gente importante», de «gente peligrosa» según ella, le había pasado el material a Zubioca, y esperaba que fuese él quien la convenciera de que estaban perdiendo el tiempo. La chica se llevaría un disgusto, la tendría de morros dos semanas, pero Irina era su hija, ninguno de los dos era la clase de persona que se queda quieta protestando las malas jugadas que te hace la realidad. Él había encontrado los cactus y las películas de Stewart. Ojalá Irina encontrase un buen trabajo y un buen novio.

A Carlos tampoco le dedicó un solo pensamiento. Ni siquiera cuando se imaginaba la fantástica sociedad clandestina que formaría con Zubioca y que a cada paso le parecía menos fantástica. Durante aquellos días posteriores al caso fue como si el chico no existiese.

Al llegar a casa improvisó algo de cenar y no tardó en dormirse. Lo hizo sobre el sofá, con el televisor encendido, sin pretenderlo. Era el cansancio el que lo arrastraba hacia la inconsciencia.

Se levantó con una fuerte presión en la vejiga. Al abrir los ojos se sorprendió de la energía con que la luz entraba en el interior. Eran casi las tres. Había dormido de un tirón. No recordaba sus sueños, pero se sentía usado, fatigado, como si alguien hubiese soñado a través de él. El sueño se había acomodado mal en su cabeza, sentía su cerebro como un cuarto desordenado. Tenía sed, hambre, y una sensación polvorienta en el pecho.

Se hizo un bocadillo y se tomó una cerveza fría que Irina había dejado en la nevera. No hubiese podido decir cómo había pasado las horas. Irina le llamó al móvil para comunicarle que esa noche estaría de vuelta, ahora para quedarse, que estaría en el piso sobre las diez. Trejo le contó que tenía una reunión tarde y que no sabía cuándo iba a volver. A través del silencio, entre las escasas palabras de despedida, Trejo sintió cómo su hija se mordía la lengua para no preguntar por lo que le había dicho Zubioca sobre sus investigaciones.

A cambio de sus auténticas preocupaciones, Irina le preguntó si ya había puesto un fijo en casa. Trejo le respondió que no. Su hija le dio el nuevo número de móvil. Trejo lo apuntó en un pedazo de servilleta. Después se despidieron.

Se duchó, se cepilló los dientes por segunda vez, se vistió con unos pantalones

crema, camisa blanca y una americana oscura. El espejo le devolvió la imagen de un tipo vestido como un pijo. Cambió la americana por su vieja cazadora.

Buscó un papel y con una letra deliberadamente infantil, con ribetes bufos, escribió: «Bienvenida, detective». Apoyó el papel contra uno de los cactus, sobre la mesa del comedor, donde Irina no podía evitar verlo.

Media hora después Marisa pasaba a recogerlo. Bajó a la calle con las gafas oscuras puestas, aunque apenas quedaba algo de luz flotando en el aire. Se saludaron con frialdad y pasó el resto del viaje apoyado contra el cristal de la ventanilla, medio adormilado. Las crestas de los árboles iban oscureciéndose al ritmo del cielo.

Recuperó el brío de sus pensamientos al llegar a la ría. Sobre el amplio meandro la luz artificial empezaba a iluminar las escamas de agua: si entornabas los ojos el caudal del agua recordaba al lomo, musculado y viscoso, de una serpiente.

Se despidió de Marisa y antes de entrar se frotó las manos, como si quisiera secárselas de una humedad imperceptible. Ordenó los pensamientos; era consciente de que hablarían de su futuro, pero no estaba nervioso.

Zubioca le esperaba en el despacho. Al estrecharle la mano vio que llevaba un traje oscuro, con un fino pañuelo asomando por la ranura del bolsillo pectoral. Zubioca volvió a sentarse. No le ofreció nada de beber. Trejo se desplazó hacia la ventana del despacho. Se sentía bien en aquel lado de la habitación. Descorrió la cortina con un dedo: en el horizonte, donde se concentraba la última franja de iluminación natural, se apreciaban nubes que estaban anudándose en una formación sombría e inquieta.

Cuando volvió a mirar a su interlocutor descubrió una sonrisa inusual en el joven Zubioca. La habitual atmósfera desapacible del despacho le pareció por unos segundos cargada de tensión.

Trejo hundió las manos en los bolsillos y fue el primero en hablar:

—¿Y bien?

—He leído el informe. Todo bastante impresionante, Trejo. Todavía me cuesta tutearte, ¿puedes creerlo? Mi padre me decía que tu talento era encontrar el punto flaco de las personas, su debilidad específica. ¿Cuál era la de Lobo? Espera, no me lo digas: ¿la soledad?, ¿la desesperanza?

—Esas son debilidades generales.

—¿Y la mía? ¿Cuál crees que es la mía? La particular.

Trejo esperó a que dejase de hablar. Zubioca volvió a formar esa sonrisa cortante, casi histérica, nueva en él; pensó que estaba tratando de ocultar otra corriente distinta de emociones. Quizá le costaba mostrarse agradecido, quizá no sabía qué hacer de ahora en adelante con Trejo. Quizá toda aquella fantasía de una sociedad criminal contra el crimen era algo irrealizable. Trejo se prometió que le pondría las cosas sencillas al chico, se retiraría de escena sin presentar resistencia.

—Se te ve contento, joven Zubioca, te has quitado un buen peso de encima.

Zubioca se contrarió. Esperaba una respuesta, que Trejo entrase en el juego. Cerró

los dedos formando un puño, aunque no apretó. Era una persona acostumbrada a mandar. Trejo le felicitó en silencio por haber atenuado tan bien su temperamento, por haber disimulado hasta entonces su carácter.

—Es una lástima que seas tan hermético, Trejo. Sería una buena información, de lo más valiosa.

—Lo imagino.

—¿Y la de mi padre? ¿Cuál era la debilidad de mi padre?

Trejo bajó los ojos al suelo. No era vergüenza ni debilidad, ni siquiera quería ocultar su reacción. Era solo que no quería asociar esa risa imbécil del hijo con el recuerdo del padre.

Se acercó a la mesa, retiró la silla, pero no llegó a sentarse.

—En realidad ni siquiera te preguntaba por el informe de Lobo, Zubioca. ¿Te miraste el USB que te envié con lo que he averiguado sobre el chantaje a Norberto Obanos y la muerte de su hermana Helena? Le dije a Marisa que era urgente y no quiero...

—Sí, pero no vayas tan rápido. Todavía tengo una pregunta. ¿Medusa? ¿Por qué Medusa? Ese bicho mitológico transformaba en piedra a las personas que atravesaba con la mirada. Pero por muchas vueltas que le doy no le veo la relación con los juegos macabros que organizó Lobo.

—Morfeo, el dios griego del sueño. Lobo confundió a Morfeo con la Medusa. Un despiste. ¿Qué has hecho con Lobo?

—Solo estoy autorizado a decirte que no volverá a molestarte.

Zubioca se echó hacia atrás. La sonrisa estúpida se desvaneció de su rostro. Compuso una cara bastante inexpresiva. Trejo soltó la silla y volvió a su esquina, junto a la ventana. El cielo se había puesto a sangrar.

—Pero querías hablar de esas investigaciones tuyas, Trejo. Rioja y blanqueo de dinero, blanqueo de dinero y altos funcionarios, altos funcionarios y una mafia internacional. Es un buen tema. ¿Quién te dio la idea?

—Ya te dije que no se trata de una investigación mía, no tengo los recursos. Y si los tuviera tampoco sería mi estilo. Pero pongo la mano en el fuego por la gente que ha hecho el trabajo. Y espero que te haya quedado claro que no se trata de una trama china, sino de algo orquestado por ese Baesa.

—Tus fuentes son de fiar.

—Si quieres decirlo así para que suene convencional, pues sí, «mis fuentes son de fiar». Se trata de gente leal, están convencidos de que todos sus indicios son «ciertos».

—¿Y para qué me necesitas?

—Las buenas personas se engañan. Incluso las personas más eficientes. Todos se engañan de continuo. Dime si además de bienintencionadas son buenas fuentes. Si merece la pena poner recursos para investigar a fondo. Para buscar pruebas. Y si es así dime cuándo nos ponemos.

—¿Buenas? Son excelentes, es un material incendiario. Aunque si quieres escuchar un informe realista nada de esto está maduro. Este USB es como una semilla, tiene una planta fantástica en el interior, cargada de ramas, hojas y frutos, pero ahora mismo no vamos a encontrar a nadie que quiera regarla y nutrirla.

—¿Puedes contármelo sin parábolas?

—No son pruebas concluyentes, Trejo, apenas son indicios. No puedes ir con esto a un juez. Y en cuanto a la prensa: ningún diario con una difusión relevante se atreverá. Podrías conseguir que lo publiquen en una web o en diarios digitales locales. Pero la credibilidad de esos sitios está por los suelos para la mayoría de los contribuyentes. Creo que una vez me preguntaste a qué nos dedicamos en este despacho. Pues mira, ese es uno de mis trabajos. Sembrar tanta confusión en la Red como pueda.

—¿Y cómo lo haces? ¿Escribes palabrotas en los comentarios? No pongas esa cara. Siento una sana curiosidad, me intriga saber cómo pasáis las horas en un despacho.

—No me encargo directamente, Trejo. Mi gente difunde el repertorio habitual de paranoias: ovnis, catástrofes naturales, club Bilderberg... Si en el mismo portal lees que el presidente de Estados Unidos es un reptil gigante, te costará creerte el reportaje sobre las corruptelas de la OMS.

Zubioca tragó saliva. Recogió su mirada dispersa y la enfocó directamente en Trejo.

—Dime una cosa: ¿por qué me has traído esto a mí?

—No quería cargarte ningún muerto, no quiero que pienses eso. Siento que confiamos el uno en el otro. Te he salvado el culo y no ha sido del todo espantoso tenerte por ahí dando órdenes. Por no insistir en que tienes un despacho propio y que dispones del instrumental humano para empezar a investigar...

—«Instrumental humano», claro, muy propio de ti.

—Si los jueces y los periódicos van a darnos la espalda, lo que ese material necesita es una buena dosis de investigación. En los términos de tu parábola, quiero que riegues esa semilla.

Trejo esperaba un aplauso, un reconocimiento a su brillantez, a su valentía. Le había ofrecido prolongar su «relación». Estaba allí, la sociedad clandestina de lucha contra el crimen, en la rampa de lanzamiento. Y le había salido con naturalidad, como si fuese un servicio generoso, y no una súplica velada para seguir en activo. Los juegos con Lobo habían sido los ejercicios de calentamiento, ahora empezaba a estar de vuelta. Tenía a un montón de peces gordos por atrapar en sus redes.

Pero el rostro de Zubioca le devolvió una mirada fría, contrariada, como un disgusto personal, casi íntimo.

—Se te escapó, Trejo. Ahí lo tienes, el «quiero», la orden. La sutil inversión entre quien manda y quien obedece. Muy propio de ti. Una pregunta: ¿cómo persuadiste a mi padre la noche que murió?



—No tuve que persuadirle de nada, tu padre era un hombre valiente. Conocía su trabajo. Le tendieron una trampa. No lo vimos venir.

—«Nos puede pasar a todos», por decirlo en términos «convencionales». Solo que a ti nunca te ha pasado. Tú sigues ahí sonriendo, después de pasar por encima de enemigos y compañeros. ¿Sabes cuál creo que era el punto flaco de mi padre, su debilidad particular? La lealtad. Murió por serte leal.

—Respira, chico, te estás alterando.

—Llevo muchos años alterado. Cuando te hice llamar ya estaba alterado, solo que entonces te necesitaba mucho más que ahora. Pero tampoco soy una persona desleal, no voy en contra de la memoria de mi padre ni de sus valores. La lealtad es un ingrediente de mi persona, aunque no el primordial, no me dejo dominar por él. Igual que ahora, mírame, estoy alterado, pero no me dejo dominar por esos sentimientos. Puedo sobreponerme y reconocer que has dado en el clavo, que le has dado este *dossier* a la persona indicada.

—Estoy seguro de eso, Zubioca. Nadie mejor que tú. Nunca he dudado de eso.

Zubioca se pasó la mano por los ojos, para secárselos, o para retirar las últimas condensaciones de emoción. A Trejo le recordó a un limpiaparabrisas retirando gotas aisladas de una lluvia todavía débil.

—¿Quieres saber por qué le has dado esta información a la persona ideal?

Trejo no consideró imprescindible responder. Nada en el tono ni en los gestos de Zubioca indicaba que estuviese esperando la menor réplica.

—Mira, hace tiempo que sabemos que las cosas no van bien. El país está pacificado en la superficie, pero todo va cada vez peor en las casas. Paro, gente que pierde sus ahorros, hipotecas que no pueden pagarse. Los ciudadanos han empezado a organizarse por su cuenta. Ahí tienes a todos los manifestantes del 15-M, carecen de dirección política e impulso, pero es un flujo de descontento que no nos gusta. Y hay otros grupos, personas que llevan tiempo organizándose y que creen que esta crisis y todo el malestar que ha generado son un buen conductor para propagar sus ideas. Ideas que suenan bien, pero que están trasnochadas, fuera de la inercia del mundo, que nos llevarían a la ruina como país.

»Algunos se limitan a esperar, pero otros han empezado a moverse, forman grupos, asociaciones. Todavía no les consideramos peligrosos, nada de eso, porque nos hemos habituado a identificar el peligro con las armas, con los secuestros, ya sabes. Deberías ver qué risas entre mis superiores cuando les insisto con lo que ellos consideran “un cuento”, una exageración. Pero algunos de estos grupos han empezado a moverse bien, mejor, investigan con sentido, formulan las preguntas adecuadas, están empezando a relacionar ideas... No me malinterpretes: no digo que sepan nada importante, yo tampoco creo que supongan una amenaza inminente, pero están incubando molestias futuras y yo soy partidario de...

—¿Vigilamos civiles que investigan posibles casos de corrupción? ¿Es eso lo que me estás contando? ¿No sería mejor que tirásemos de los hilos que encuentran?

—Son *amateurs*, aficionados. Pueden precipitarse. Se inmiscuyen en asuntos que no comprenden. Pueden echar a perder operaciones en curso. Les falta perspectiva. No son capaces de pensar a largo plazo. Y lamento decirte que sus objetivos finales no son los nuestros: su ideología es la del enemigo. Tenemos que estar encima de ellos antes de que la serpiente salga del huevo. Aplastarles si es necesario.

Trejo imaginó al joven Zubioca con aquel traje de presumido saltando sobre docenas de huevos para romper la cáscara y matar a las crías de serpientes, con los calcetines y los bajos del pantalón manchados de líquido amniótico y sangre de ofidio. Se guardó para él la imagen. Pero deseó con fuerza que fuese cierto que los muertos, estén donde estén, no puedan ver en qué se transforman sus seres queridos, sus hijos, cuando ellos abandonan el mundo.

—Bueno, Zubioca, ya está bien de pavoneo. Un grupo investiga por ti, te pone todo ese material delante, así que déjate de orgullo y de teorías paranoicas. Sé un buen poli, honra a tu padre, y dime que vas a aprovecharlo. Dime que estás en esto, que cuento contigo, que vamos a trabajar juntos. Tú y yo.

—No ha entendido nada, ¿verdad? Yo trabajo para los buenos, y estos aficionados tarde o temprano cargarán contra los buenos.

—¿Y quiénes se supone que son los buenos?

—Los representantes legales del Estado.

—Tienes más que indicios de que algunos de esos representantes están delinquiendo.

—Si es así, a su debido momento los electores los relevarán.

—¿Cómo? ¿Tú mismo has dicho que esa información no va a publicarla nadie?

—Razón de más para pensar que la sociedad no está preparada. Tenemos otras prioridades, Trejo.

Zubioca no retiró la mirada, no sentía ninguna vergüenza ni pudor, le miraba con unos ojos casi obscenos de tan abiertos, se estaba regodeando.

—Esa historia ya la he oído antes: la cadena de mando, la obediencia. ¿Sabes que habría dicho tu padre si te hubiese oído hablar con toda esa basura en la boca, chico? ¿Sabes cómo habría terminado este país si hubiésemos tolerado la guerra sucia solo porque la organizaron «representantes legales» que podían ser revocados en las urnas?

—Quizá habríamos terminado antes. Quizá mi padre seguiría vivo.

—¿De verdad es eso lo que piensas?

—Lealtad. Lealtades. Grandes, medias y pequeñas lealtades. Qué asco me dais los moralistas a tiempo parcial. Como comprenderás aplastaré esta semillita tuya antes de que caiga en un campo cualquiera. Las plantas bordes apenas necesitan un milímetro de tierra para asomarse retorcidas a la intemperie.

—Como comprenderás, hice una copia.

—De eso precisamente quería hablarte, Trejo. El último punto de la reunión. Quiero que te encargues personalmente de destruir las copias antes de que vuelvas a

pedir la prejubilación.

—Estás loco, muchacho.

—Y una cosa más: diles a esos críos que los tenemos vigilados.

Zubioca fijó la vista en sus manos. Los dedos maniobraron en una carpeta verde. Arrojó unas fotos en dirección a Trejo. Pero no levantó la cara, quería terminar lo que iba a decir de corrido, sin interferencias. Sin sentir el peso de una mirada ajena.

—El sobrino de Obanos no tiene que preocuparse de nada. Puede salir de su madriguera. Tengo la palabra de Baesa, con dos Obanos muertos ya es suficiente, asumiré los costes y se retira del juego. Puede quedarse incluso con el edificio.

Zubioca desplegó las fotos con el dedo, como si fuese un abanico. Trejo reconoció la cara de su hija.

—Ahí los tienes a todos. Míralos bien. Por ejemplo a esta, mira a esta, a Irina, una especie de cabecilla, bastante descarada. Tu hija, qué te voy a contar. Aunque al principio nos costó reconocerla, los padres y los hijos suelen compartir los apellidos. Es lo justo, lo más beneficioso para todos. Pero, claro, tú no puedes hacer nada como los demás. Necesitas sentirte superior y excepcional como mínimo dos veces al día. Tiene sus ventajas, te lo concedo. Pero fíjate en lo de los apellidos: a mí me llamas como le llamabas a mi padre. Zubioca, Zubioca. Y así crees que me dominas como a él. Y así es como he conseguido que bajas la guardia. ¿Vuelvo a pavonearme? Lo siento.

—Termina.

—Como quieras. El caso es que, con tu apellido o no, es tu hija. Sabemos dónde está y por dónde se mueve. No es muy buena ocultando sus pasos, es lo que tienen los aficionados, por voluntariosos que sean. Y aunque la escondas en el fondo del mar, la encontraremos.

Zubioca arrojó la foto de Irina fuera de la mesa y aquel papel satinado fue oscilando en el aire hasta dar con el suelo. Trejo no hizo ningún movimiento para frenar la caída.

—Has hecho tanto cuento con eso de no ir armado nunca. Y resulta que siempre has ido a los sitios armado hasta los dientes, convencido de cuál era el punto débil de los demás, dispuesto a presionarlo a la menor resistencia. Y mientras tanto nos convencías a todos de que no tenías ningún flanco descubierto. Eres un artista del disimulo, Trejo. Pero después de todo ha resultado que sí tienes un punto débil. Uno así de grande. Uno que te acompañará mientras vivas.

—Todo el mundo tiene seres queridos.

—Yo ya perdí a los míos.

—¿De verdad eres tan ingenuo como para amenazarme con que la vas a meter en la cárcel?

—Haremos algo mucho peor que eso. Puedes ponerme a prueba, pero cada vez que tengas la tentación de mover un dedo en mi contra piensa que la vigilo, que Baesa la vigila, piensa en lo poco que te interesa empezar una guerra conmigo, estás

viejo y vas a ser cada vez más viejo, y tienes demasiado que perder. Si obedeces estarás firmando el mejor seguro de vida para Irina. Tu hija está poniendo los pies en sitios muy sucios, no es capaz de evaluar el peligro de las cosas, tan recta como ingenua. Pero es muy importante para mí que siga viva, va a estar más protegida que nunca. Seré su ángel de la guarda, cuidaré de ella mucho mejor de lo que tú cuidaste a mi padre.

—¿Qué más quieres?

—Nada. De ti no quiero nada más, no quiero volver a verte, hemos terminado. Pasaré mi informe sobre el caso Medusa, nos inventaremos algo sobre Lobo. Te darán unos golpes tímidos en la espalda, media medalla, y cuando termine la semana grande de las enhorabuenas imitarás a los abuelitos obedientes y te retirarás a dormir. Esta vez para siempre.

Cuando Trejo salió del despacho de Zubioca, una capa de nubes tensas cubría el cielo, pero apenas quedaba luz natural para apreciar sus lentos y largos movimientos de gusano.

La ría avanzaba mansa, encerrada entre las riberas de cemento que recordaban a una jaula dorada. Parecía imposible creer que aquellas aguas serenas se habían podido desbordar en el pasado.

Trejo se quedó quieto unos minutos mirando las luces del puente. La noche era húmeda y cada pocos minutos una ráfaga de viento le refrescaba la cara y le agitaba los cabellos, formaba leves ondas en el agua y agitaba las copas de aquellos árboles domesticados. Era como si el mundo fuese a ponerse en movimiento de un momento a otro. Pero el viento no tardaba en volver a detenerse y la noche se aquietaba, como si le faltase energía para cumplir con su cometido.

No se sintió con fuerzas para rodear el museo, de repente le molestaba su estructura, le molestaba su silueta: le recordaba un amasijo informe y desafiante, parecido a la manera como acababan de retorcerle la vida. Le convenía mirar una forma estable y sencilla, edificios regulares, calles rectas; se sentía desguarnecido a campo abierto.

Temblaba de arriba abajo. Decidió meterse en el casco viejo.

No sabía muy bien por qué calles pasaba, pero enseguida se encontró en las callejuelas estrechas y regulares que podían protegerle de sus malos pensamientos.

Los bares del casco estaban abiertos, y aunque no tenía hambre entró en una tasca; la iluminación artificial y tenue no le levantó el ánimo, pero al menos contribuyó a que pudiera serenarse. Se tomó una cerveza y pidió cuatro pinchos; media hora después no se acordaba de qué había comido, una idea fija estaba horadándole el cerebro.

Pidió su cuarta cerveza.

El ambiente se había cargado. Le pareció que el serrín del suelo se movía, y oyó el ruido de un vaso roto. Le vino a la cabeza un verso de su infancia: «borrachos de sombra negra». Se quedó mirando el ventanal, entretenido en los transeúntes que cruzaban la calle peatonal. Los versos seguían avanzando en su cabeza, se los había aprendido de memoria: «Y en todas partes he visto / gentes que danzan o juegan [...] Donde hay vino, beben vino; / donde no hay vino, agua fresca. / Son buenas gentes que viven, / laboran, pasan y sueñan, / y en un día como tantos, / descansan bajo la tierra». Le gustaron más estos versos, eran recuerdos lejanos, intentó adentrarse en su propia memoria, para distraerse, pero no pudo olvidarse de aquella idea fija, filosa como una espuela, que le estaba destripando la conciencia.

Pagó y salió a la calle.

La luna se manifestó medio minuto en el cielo apenas para recordar que estaba allí, que pasaba la noche escondida tras unas densas nubes negras. Trejo caminó sin

rumbo por el casco de Bilbao, y apenas se dio cuenta que había roto a llover. El agua caía fría y con fuerza. Les dio la orden a sus pies para que se moviesen deprisa. Y en un cruce vio el cilindro iluminado de una vieja cabina de teléfonos. Como si una civilización alienígena la hubiese dejado allí, olvidada. Un vestigio tristísimo, un dulce *souvenir*.

Trejo corrió como si alguien pudiese disputarle aquel espacio desangelado. Pero corrió sin competencia, la calle estaba desierta. La carrera era corta, pero quedó empapado bajo la cortina de agua.

Se metió en la cabina, el olor era penetrante, a humedad viva, pero no completamente desagradable. Las paredes estaban recubiertas de mensajes en euskera y castellano, además de los inevitables números de teléfono y diagramas obscenos.

Se retiró el agua sobrante del pelo y de la nariz. La lluvia caía ahora con la fuerza de quien está decidido a ensañarse. En utilizar el teléfono no podía ni pensarse. Dedos de óxido rojizo abrazaban el aparato, Trejo vio cómo supuraba algo parecido a goma quemada del auricular.

Buscó a tientas el móvil. Lo tenía bien agarrado cuando le pasó por la mente a gran velocidad todo lo que tenía que decirle, como dicen que pasa la película de la propia vida ante los ojos de los moribundos. El paisaje mental que se abrió ante sus ojos era desangelado, descorazonador.

—Trejo.

—Hola, hija, ¿cómo has sabido...?

—Tu número, cuando sale en la pantalla se asocia a tu nombre. ¿En qué mundo vives?

—En este, en este, o eso creo. Es solo que estoy algo abrumado.

—¿Has hablado con Zubioca?

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, me lo dijiste, creo... ¿Has ido a verle o no?

—He ido, he ido. Pero no estoy abrumado solo por eso. No. He estado paseando por la ciudad, por Bilbao, está tan cambiada... Toda esta frialdad mía, ¿sabes?, es todo una fachada, empecé a simularlo porque era necesario para mi trabajo. Mi trabajo ha sido siempre muy importante. Y he terminado así, confundiendo a la gente, ahora todos creen que soy así.

—¿Como cuando te pones una máscara?

—Metáforas, comparaciones, todo ese lío. Sí y no. Es una máscara, pero no es una de esas que te pones en la cara y ya está, de monstruo, de animal, de bruja, da igual una que otra. No es así. Es como una cara ideal, algo a lo que aspiras. Una cosa que no solo protege tu rostro sino que lo va conformando, de manera que cuando han pasado unos años, y no creas que tienen que ser demasiados, qué va, basta con unos pocos, mientras sean lo bastante intensos, te convences de que tu cara es exactamente como tu máscara. Que no hay diferencia entre las facciones artificiales y las naturales.

—Eso es una buena noticia.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque entonces puedes quitártela. Si es una máscara, te la sacas y ya está. Un peso menos. Puedes quitarte esa frialdad como quien se quita un abrigo. No es parte de ti.

—Esa es la cosa. Esta tarde, después de ver a Zubioca, he estado paseando por aquí, por Bilbao, junto al río, en los callejones del casco. ¿Y sabes qué he hecho? Me he quitado mi máscara de Trejo. Después de tantos años he visto mi verdadera cara, mis auténticas facciones.

—El tiempo ha estado trabajando encima de esa cara, ¿eh?

—Sí, claro, ja, ja, claro. Voy envejeciendo, es una cosa increíble, como ciencia ficción. Ni el mejor maquillaje puede igualarlo. Pero no es eso lo importante, no, lo importante es que después de tantos años una cosa es mi cara y otra bien distinta la cara de ser Trejo, de actuar como Trejo. La máscara no coincide del todo con la cara. La parte de mí que las exigencias laborales no pueden satisfacer sigue ahí, después de todos estos años no ha quedado absorbida por completo. Sigo siendo algo más que un policía.

—¿Y en qué has estado pensando toda la tarde? ¿Qué te ha llevado a esas profundas ideas? No me lo digas, espera, espera, ¿pensabas en mí?

—En tu madre. Pero os pareéis, y en cierta manera, si bien no sois lo mismo, formáis parte de la misma rama de mi vida.

—¿Mamá fue tu primera novia?

—Te estás aprovechando de mi momento de debilidad, Irina. Pero no, no, mi vida se prolonga más atrás, bastante más atrás. Tiene una profundidad considerable si tienes en cuenta las dimensiones totales de la existencia humana. Es tan corta. ¡Es tan corta! Parece una broma, una buena broma... No quiero ponerme filosófico, pero yo pensaba que la edad iba atenuando todo esto... que te preparaba para la desaparición final, pero todo sigue aquí, aquí, lo siento y me duele, me pone triste y me pone contento, no sé explicarme mejor...

—Se parece bastante a la definición de vivir, de envejecer y ser inteligente, papá. De envejecer con los ojos bien abiertos. ¿Por qué no vienes? No tardarás ni dos horas. No son cosas de hablar por teléfono. Tengo ganas de hacerte cientos de preguntas, tengo la necesidad de hacerlas. Has estado años escondido detrás de esa frialdad. Es casi una impertinencia que me lo cuentes por teléfono. Quiero verte. Abrazarte. No tardes, por favor, antes de que te moleste algo de la intemperie y sientas la tentación de volver a colocarte esa máscara.

—No, Irina. No iré, he decidido pasar la noche aquí, tengo que darte tiempo...

—No te oigo bien. ¿Quieres darte tiempo? ¿Para qué necesitas tú tiempo ahora?

—No, no. No quiero tiempo para mí, busco tiempo para ti. Pero déjame explicártelo...

—¿Estás seguro de que no prefieres venir? Carlos podría ir a buscarte. Ha

preguntado por ti, ya no sé qué contarle para justificar que le hayas olvidado... Es un buen chico...

—Ya he reservado un hotel, Irina, estaré bien. Aquí en Bilbao estaré bien.

—Papá, tu voz...

—He tenido una larga conversación con Zubioca. Se ha mirado con mucha atención vuestros...

—Papá, saltas de un tema a otro, no sé si te entiendo...

—Es el mismo tema, confía en mí. No tienes que seguirme. Ninguna necesidad de seguirme. Quédate quieta y desplegaré el tema completo delante de ti. Escucha.

—Escucho.

—Zubioca estuvo mirándose lo que le enviamos, lo que me hiciste enviarle. Ha hecho preguntas, ha investigado, ha gastado recursos.

—¿Y...?

—Nada, Irina, nada. Todo está mal. Las conexiones, las conclusiones. Todo equivocado.

—¡Ese tío es un mentiroso!

—Cometió el error, instigado por mí, bajo tu influjo, de irle con este cuento a su superior y casi le cuesta la cabeza. Ellos están trabajando desde hace años contra esa rata, Baesa, pero no hay relación con los políticos que señalabais, ninguna, absolutamente ninguna. Dile a Javier Obanos que puede salir de su escondite, con él todo está bien. Zubioca me ha asegurado que nadie le hará daño, que no se atreverán, se ha... comprometido... personalmente...

—¡No puedo creer lo que dices!

—¡No hace puñetera falta que me creas, Irina! ¡Las cosas son como son! No tenéis la menor idea de qué hacéis ni a quién pretendéis hacérselo. ¡Estáis confundidos! Zubioca ha sido muy claro conmigo, os vigilan y no permitirán que os saltéis la ley ni una sola vez. ¡Ni una! ¡Me has oído bien!

—No puedo creerlo, estabas de acuerdo conmigo, revisamos juntos...

—Quería creerlo. Quería creerlo. A todos nos gusta jugar a ser Robin Hood. Pero las cosas no son tan sencillas. Nunca lo son. Los sacrificios son imprescindibles. Y no sabes, no puedes saber de ninguna manera lo que cuesta llevar esa máscara. Te he alejado de mí para protegerte durante años. No apruebo mucho de lo que has hecho con tu vida, y cuando viniste con esa gente me horroricé...

—Ya sé que hubieses querido otra vida para mí.

—¡Pero hubiese sido bueno que estuvieses en lo cierto! Bueno para los dos. Para ti y para mí, para nuestra relación. ¡Pero no lo estáis! ¡Todo ese grupo es un fraude! Tienes que dejarles, abandona todo eso, búscate un trabajo, empieza otra vida... Deja hacer este trabajo a los profesionales, a nuestro ritmo...

—No puedes quedarte en Bilbao, Trejo. Ahora tienes que volver, tenemos que hablar, esta conversación no puede aplazarse...

A Irina le pareció que no había nadie al otro lado. O quizá sí, algo, no demasiado



vivo, con la forma de un espectro.

—No lo aplazo, Irina, no me entiendes, no estoy aplazando nada. Lo termino. No quiero verte en Pamplona cuando vuelva. Quiero la casa despejada. Y tampoco te quiero en la casa del pueblo. Es evidente que tú y tus amigos tenéis muchos más recursos de los que me dijiste, que me has estado mintiendo y que me seguirás mintiendo tanto como sea necesario para vuestros intereses. Así que necesito, quiero, te exijo, escúchame bien, te exijo que salgas de mi vida.

—¿Papá?

—No es un adiós definitivo. No tenemos que ponernos dramáticos. Pero tampoco es algo discutible. No es una oferta que vaya a negociar, hija. Volveremos a vernos. No sé si dentro de seis meses o de dos años, no lo sé, ahora no lo sé. Puedes recurrir a mí si estás enferma o necesitada de verdad, si abandonas a esa gente y me convences de que lo has hecho. De otro modo, esta vez seré yo quien decida cuándo regresas a mi vida, seré yo quien te llame. Y lo haré cuando lo considere oportuno.

—Me estás echando de tu vida, vuelves a hacerlo, Trejo... ¡No necesitas protegerme! ¡Estoy cansada de que me protejas! ¡He demostrado que puedo valerme por mí misma!

—Te equivocas, Irina. Te equivocas en todo. Solo tienes razón en una cosa, en que me he pasado la vida protegiéndote. Y créeme que tenía mis motivos, no era un capricho, hija, no lo era. Pero ahora te necesito fuera, bien lejos de mí. No por ti, no creas que lo hago por ti, sino por mí. Es a mí a quien estoy protegiendo: me estoy protegiendo de ti.

Tres meses después, Trejo pasó a visitar la bodega de Obanos. Era un día de finales de invierno, pero en el paisaje se podía apreciar cómo la primavera pugnaba por manifestarse, por reverdecer el campo, por abrir las primeras flores.

Detuvo el coche junto al bosque por el que Javier Obanos había ordenado que se pudiese caminar libremente. Estuvo paseando media hora. Los árboles de hoja perenne también parecían estremecidos por la llegada de la renovación primaveral, hartos de las contenciones de febrero.

Trejo se dijo que daba aquel paseo en honor a la memoria de Elena Obanos. La muerte más triste y evitable, la muerte con la que empezó todo, que estaba y no estaba relacionada con el caso principal.

Sebastián archivó el caso de la muerte de Elena atribuyendo la culpa a una mafia china, así, de manera chapucera y precipitada, lo que en cierta manera era verdad y en cierta manera una mentira repugnante. Se apoyó en las denuncias de Obanos a las que no hizo caso en un primer momento, eso fue lo que presentó como pruebas. Trejo hubiese apreciado la ironía, pero le asqueaba demasiado que con este paripé estuviesen protegiendo a Baesa.

Trejo se preguntaba si Sebastián no habría trabajado desde el primer momento de acuerdo con Zubioca para desprestigiar las pistas de Obanos, para arrinconarlo. Le aliviaba pensar que Baesa estaría sudando sangre para aplacar a sus clientes, después de tener que renunciar al negocio de los Obanos.

Al llegar a la bodega preguntó por Javier Obanos sin esperanza de que estuviese por allí. Le pidieron que esperase. El aire tenía un tacto cálido. Le impresionó la temprana floración de los viñedos, aquel fruto todavía tímido que contenía el jugo imprescindible para el vino.

Cinco minutos después se sorprendió de que Javier Obanos en persona bajase de su despacho a recibirle. Le parecía que había pasado una eternidad desde que pisó la bodega para inspeccionar el cadáver de su tío.

Le saludó, le dijo que le tutease, que le llamase Trejo. El chico no le recordó que ya se habían visto en la casa de Pamplona, y si Trejo se dio cuenta no lo dejó traslucir.

—¿Cómo te va? ¿Te gusta hacer vino?

—Es divertido. Y duro. Al principio me sobrepasaba. La responsabilidad me asfixiaba. Pero ahora me siento bien. Siento que hago algo por mi tierra, por mi apellido, por una de las cosas buenas de este país.

Trejo miró el imponente edificio futurista, en realidad nunca le había gustado demasiado.

—¿Le has cambiado el nombre?

—Sí. Ya no somos Bodegas Obanos. Somos «Los Obanos». Iba a llamarse «Hermanos Obanos», pero me lo desaconsejaron.

Trejo puso una cara extraña.

—Por el ripio.

—Claro, por el ripio.

Pasearon entre los viñedos. Los rayos de sol, al impactar con las hojas, las volvían transparentes.

—Supongo que has venido para saber si he tenido algún problema.

Trejo no le respondió.

—Pues nada. Todo como una seda. ¿No es increíble? Cuando veas a Irina díselo, por favor, dale las gracias.

—¿Ya no os veis?

—Como si se la hubiese tragado la tierra. Pero, bueno, Irina es así. A saber qué le habrá pasado, en qué lío estará metida. Ya aparecerá. Pero qué voy a contarle si es su hija.

Trejo se mordió el labio inferior, los pensamientos se le acumulaban formando preguntas, pero no tuvo tiempo de pronunciar ninguna. A lo lejos vieron cómo se acercaba gritando el apellido de Javier un chico con un mono azul.

—Se dejó el vino en la entrada.

—Qué despiste. ¿Has venido en coche, Trejo? Te he preparado una caja de nuestro gran reserva. Seis botellas de Elena.

—Gracias.

—Gracias a ti. Gracias a tu familia, de hecho, aunque vuestro apellido baile.

—¿De qué te ríes, Obanos?

—De cómo somos los bodegueros. Solo se me ocurre agradecerte que te debo la vida regalándote vino. ¡Vino de mis bodegas!

Doce meses después Trejo seguía pasándose por la comisaría una vez por semana. Había abandonado el cargo, tal y como Zubioca le había exigido. El resto pasó tal y como aquel hombre lo había previsto: limpiaron su historial. Le dieron una medalla. Le invitaron a cenar con un político de moda, dos empresarios y un ciclista. Zubioca se disculpó por no asistir en el último momento.

Trejo abandonó el piso de Pamplona, y aunque estuvo mirando alquileres cerca del barrio del Químico, y encontró un apartamento con vistas al río indolente que atravesaba la ciudad, y que aquel invierno solo se arrastraba con ayuda del viento que soplaba desde las lejanas montañas, tuvo que resignarse: no le salían los números.

Se trasladó de nuevo a la casa de la ciudad-pueblo del sur de Navarra, pero iba y venía a Pamplona con el coche, conduciendo él, con la excusa de que era una manera estupenda de mantener vivos los reflejos.

En sus visitas a Pamplona empezó a hacer algo que un año antes hubiese sonado insólito: se reunía un par de horas con Sebastián. Comentaban los casos en curso; la mayoría eran tan aburridos que tenía que esforzarse por no dormirse antes de que Sebastián terminase de contárselo, pero en ocasiones, cuando la cosa se torcía o se ponía espesa, Trejo le aplicaba con generosidad su ojo.

Tampoco es que fueran casos extraordinarios, y ni mucho menos podía decirse sin exagerar demasiado que Trejo y Sebastián colaborasen. Pero sería injusto velar la importancia que los consejos de Trejo tuvieron para atajar las dificultades antes de que empezasen a enquistarse como problemas serios.

Se podría decir que Trejo favorecía así a Sebastián porque, igual que sucedía con el coche, quería mantener ágiles los músculos de sus finísimos ojos. Pero quien conociese bien a Trejo podía llegar a sospechar que tenía otros motivos, que estaba vigilante, alerta, todavía tenso.

Pero ¿quién conocía bien a Trejo?

Trejo reanudó su trato con los cactus, que empezaron a vivir en su casa a cuerpo de rey. En cuanto a las películas Carlos le procuró una solución a medio camino entre arruinarse comprando vídeos e incurrir en la piratería: le gestionó una suscripción a Filmin.

Carlos fue a visitarlo a su casa de la ciudad-pueblo y le conectó el ordenador al televisor para que pudiera ver las películas en la pantalla grande. Después se fueron a pasear por las afueras, lo pasaron muy bien ese día.

En Pamplona se decía que Trejo, además de pasar un par de horas reunido con Sebastián, se veía con cierta regularidad con el Químico. Y hay quien aseguraba que le había visto pasear por el centro con un funcionario de Madrid, un hombre enjuto con un apellido tan ordinario que costaba no confundirlo (¿Pérez?, ¿García?, ¿Martínez?).

Incluso había un chico nuevo en la policía que juraba haberles visto a los tres cerca del río (a Trejo, al Químico y al funcionario de nombre ordinario) como si conspirasen, uno no sabe si sobre el pasado o el futuro, aunque es justo decir en contra del rumor que esa noche fue oscura y que el chico bebía habitualmente como un cosaco.

De lo que sí tenían seguridad era de la visita más llamativa que le hicieron a Trejo uno de esos días que pasaba en Pamplona como si estuviera organizando algo. Se trataba de un hombre negro, de más de dos metros, con el pelo cano. Tan voluminoso que parecía pertenecer a otra especie más fuerte, mejor evolucionada. Con aquel hombre pasearon por los jardines de la Ciudadela y visitaron el museo de la diócesis. Charlaron casi cuatro horas en una sidrería. Trejo le acompañó hasta la estación del tren, se dieron la mano como si sellaran un pacto.

Pero la parte del león de la vida social de Trejo en Pamplona, la más consistente de sus relaciones, volvió a ser la que mantenía con Carlos Piminchumo. Apenas se había distanciado de él un mes, el que siguió a la captura de Lobo. Y Carlos llegó a pensar que lo hacía para que no apuntasen hacia él las represalias y la venganza si después de todo Medusa resultaba ser un grupo.

Carlos no le preguntó a Trejo por sus motivos, era una excusa agradable pensar que trataba de protegerle, no quería salir de dudas, ni que su jefe le desilusionase. Aunque en realidad ya no era su jefe. Carlos volvía a depender de un Sebastián que,

ufano de su colaboración con Trejo, estaba ahora delicadísimo con el chico. Lo trataba no solo como a un discípulo, sino como a una gran promesa, lo que ponía a prueba el pudor del chico, su capacidad de resistir el bochorno.

Ahora Carlos patrullaba con una chica que hablaba euskera, y con la que se enzarzaba en largas discusiones improvisadas sobre el idioma que le dejaban exhausto, y un poco avergonzado de aquella repentina impostura filológica suya. Le admiraba la pasión que los españoles ponían en cuestiones idiomáticas.

El caso es que estas conversaciones impedían que se templasen otros sentimientos que revoloteaban entre ellos en un frágil estado gaseoso. El caso es que la chica le gustaba.

Trejo y Carlos almorzaban juntos un par de veces al mes. Si no hubiese sido una ocurrencia completamente absurda a Carlos le habría parecido que Trejo trataba poco sutilmente de disuadirle de que se emparejase.

—De momento, no tiene sentido que te busques una novia. Nunca sabes cuándo puede volver la emoción. Un caso bueno, de los grandes. No, no tiene ni pies ni cabeza que te llesves una chica a casa, de manera permanente, al menos de momento. Luego cuesta mucho sacarlas, créeme, soy la voz de la experiencia.

Aquel «de momento» desconcertaba a Carlos, pero el chico ya se había acostumbrado a esas fases más o menos duraderas en las que la inteligencia de Trejo, desprovista de un problema absorbente sobre el que concentrarse, se desbordaba, como el río que al avanzar inunda sin inmutarse los campos sembrados cerca de su ribera. En momentos así Trejo podía soltar cualquier inconveniencia, asociar las cosas más dispares. Y como Carlos le respetaba y le quería demasiado para llevarle la contraria, se limitaba a levantar los hombros y decirle que sí.

Carlos estaba convencido de que entre las relaciones sociales de Trejo no se encontraba su hija. Estaba seguro de que no se habían visto desde que se cerró el caso Medusa. Daba por hecho que hablaban por teléfono. La chica le había caído bien, había sido extraordinariamente amable con él, dado lo insólito de la situación, y Carlos fantaseaba con verla e interrogarla sobre Trejo. Pero como sabía que si inquiría por ella Trejo le respondería mostrándole su lado más impenetrable, se guardó las preguntas.

Pero a veces pensaba con cariño en aquella chica flacucha y pálida que le había tratado como si fuese una figura de porcelana, un objeto frágil que el bruto de su padre podía romper de un codazo distraído.

Carlos no se lo decía con estas palabras, se imponía cierta lealtad mental hacia su compañera de ronda, pero aquella chica le había parecido preciosa: demasiado seria, demasiado concentrada, aunque le hubiese encantado llevársela a bailar, desempolvarla. Pero Carlos no permitía que estos afectos se desarrollasen, ni tampoco los dejaba quedarse demasiado tiempo en su mente. Enamorarse de la hija del jefe era algo que solo pasaba en las películas, y esa era la primera lección que Trejo había querido inculcarle: la vida se rige por unas reglas distintas a las de la

ficción.

Carlos no hubiese sabido cómo definir de manera precisa su relación con Trejo. Ya no era su jefe, no le podía considerar su maestro, ni siquiera se sentía demasiado seguro a su lado. Se ofendió muchísimo cuando Trejo le dijo a la cara que le había escogido porque no servía para investigar. Pero con el paso de las semanas llegó a convencerse de que aquel trato crudo que le daba era fruto de la presión, una manera de disimular el afecto que le tenía, y que Trejo había renovado con aquellos almuerzos.

Aquellos almuerzos eran la prueba de que Trejo le apreciaba de verdad. ¿Qué otra prueba quería?

Claro que si Carlos era sincero no las tenía todas consigo. Trejo no era una mala persona, nada más lejos de su intención que acusarle de nada, pero si un rasgo definía aquel carácter suyo del demonio era que con frecuencia se olvidaba de que los demás existían, que tenían ideas y sentimientos propios, y que con sus palabras, gestos y olvidos podía hacerles daño.

Después de unas navidades que Carlos pasó con su familia al completo, a la que había conseguido invitar a España, y Trejo solo con sus cactus, el chico empezó a pensar en otros términos sobre su relación con su antiguo jefe. La idea nació como una idea volandera más, pero poco a poco fue arraigando en las zonas más serias de su mente.

Carlos empezó a decirse que Trejo era una especie de objeto valioso, un instrumento altamente especializado que alguien debía encargarse de mantener sano y a punto entre misión y misión. Se dijo (y no podía dejar de sonreír con un resplandor de orgullo cuando las palabras resonaban en su cabeza) que era el encargado oficial de cuidar a Trejo.

Poco después de Navidad Carlos recibió la noticia de que un primo suyo iba a estar en Madrid entre el lunes y el viernes. El chico venía directo de Arequipa y tenía que hacer unas gestiones en la capital que Trejo ni siquiera se preocupó por entender. Pero al enterarse de aquella visita los ojos empezaron a brillarle con una versión menos intensa de la misma luz luciferina que Carlos le descubrió la noche de la batalla final contra Medusa.

Trejo le insistió en que no podía dejar pasar una oportunidad así de visitar Madrid. Y se adelantó a casi todas las excusas de Carlos: él mismo le pediría el permiso a Sebastián y se encargaría de que un amigo, un tal García, le buscase un piso para pasar la semana.

Trejo se anticipó incluso a la excusa que Carlos no se atrevió a formular:

—Y no te preocupes por las dichosas tortugas de agua. Ya me dijiste que era tu principal lazo con tu piso. La posesión que te daba más terror abandonar. Las he estado estudiando por si se presentaba la eventualidad de un viaje. He terminado por convertirme en un buen concededor teórico. Ya sé que si les cambias el agua cada día se ahogan, una porquería. Yo me hago cargo.

Carlos se lo quedó mirando sin saber si era mejor decantarse por el susto, la risa o el agradecimiento.

—No pongas esa cara. No podemos permitirnos que se desmoronen tus castillos de papel, ni las maquetas esas. Si llegas a cometer la irresponsabilidad de largarte sin tenerlo en cuenta hubiese acudido por iniciativa propia a limpiarte el piso. Ese desorden tuyo es una obra de arte, no puede dejarse al albur de la suerte, necesita un conservador. ¿Dónde ibas a encontrar a uno mejor?

—¿Y cómo ibas a entrar sin llave?

—Forzando la puerta. No te hubieras dado ni cuenta.

A Carlos no le terminó de sonar la última frase como una broma inequívoca. Claro que solo podía ser una broma, Trejo no podía pensar en serio en allanar su piso.

Pasó la semana en Madrid con su primo, que resultó haberse convertido en un imbécil. Les estafaron en un restaurante, se aburrieron en el Prado, la noche madrileña resultó ser demasiado para ellos, a las once ya estaban demasiado borrachos. El mejor día lo pasaron separados, después de una discusión: Carlos estuvo callejeando y se comió un bocadillo en el Retiro. El hombre que les había conseguido la casa, un tal García, le dio recuerdos para Trejo. Parecían buenos amigos, pero resistió la tentación de preguntarle: García todavía parecía más raro que Trejo.

A solas en el tren de regreso descubrió que sentía nostalgia de Pamplona, de algún modo aquella ciudad fría, de maneras tan directas (¡tanto!), se había apoderado de él. Se sentía parte de la población, orgulloso de ser uno de los hombres que trabajaban protegiendo a sus ciudadanos. También experimentó una punzada de agradecimiento hacia Trejo. Le emocionó su disponibilidad.

Trejo le devolvió las llaves, había mantenido el piso limpio en su desorden, pero fracasó con las tortugas. Se habían ahogado en una solución de agua sucia. Trejo se defendió asegurando que aquellos bichos eran viscosos hasta lo indecible por debajo de la cáscara (lo dijo así: «cáscara»). No había manera de sacarlos de allí sin morir de asco.

Carlos sospechó que ni lo había intentado, torció el morro, pero el enfado le duró poco, apenas unos minutos; pensándolo bien las tortugas fueron un regalo a distancia de su familia, y ya estaba harto de aquellos bichos.

Carlos y Trejo reanudaron su costumbre de almorzar juntos dos veces al mes en Pamplona.

Había pasado ya casi un año y medio desde que cazaron a Lobo, y a Carlos le parecía que Trejo se adentraba cada vez más en su papel de jubilado. Como aquel que tras quejarse de la frialdad de unas sábanas va sintiéndose mejor a medida que las traspasa su propio calor corporal.

Además de comer, si era sábado, empezaron a salir de excursión por la provincia. El coche era de Trejo, pero conducía Carlos. A Trejo le gustaba mirar por la ventanilla y poner música.

Visitaron los valles cercanos, seguían el curso del río; a veces se adentraban en un bosque, a los dos les gustaba caminar en silencio.

Aquella tarde estaban dentro del coche, parados frente a un barranco que parecía un mirador, viendo pasar los rápidos de un río afluente. Carlos le dijo que tenía pensado irse de vacaciones en agosto. Salir unos quince días, esperaba que Trejo volviera a presentarse voluntario para cuidar de la casa. Pero Trejo le respondió con una pregunta desconcertante.

—¿Piensas casarte?

—¿Casarme?

—Ir a vivir con una chica, ya sabes. No te digo en algún momento inconcreto del futuro, sino dentro de poco. Te he visto muy acaramelado con esa vasca.

—No es vasca, es de Pamplona.

—Bueno, de donde sea. ¿Vas a llevarla a tu casa?

—No, seguro que no, se ha prometido. Con otro. Y no sé a qué viene esa pregunta.

El río pasaba brincando sobre las amplias lascas de piedra. A lo lejos las copas de los árboles desprendían un vaho húmedo y vegetal. Aquel repentino silencio solo parecía incomodar a Carlos. Trejo estaba comodísimo, como si se hubiera sacado un peso de encima.

—Esa pregunta viene porque cuando en enero me dejaste las llaves de tu casa escondí algo. Papeles comprometedores, comprometedores para otros. Es el mejor escondite que se me ocurrió.

—¿Y qué tiene que ver eso con casarme?

—O emparejarte. No es imprescindible que pases por el juzgado o la vicaría. Lo primero que hacen las chicas cuando entran en la casa de un soltero es limpieza. En cualquier casa, créeme. Y dentro del género «casa de soltero» tu piso es impresionante. Ninguna niña que entre en tu casa, por vasca que sea, resistirá poner las manos encima de tus papelotes. ¿Volvemos?

—¿De verdad crees que voy a pasar por alto que hayas escondido algo en mi casa sin preguntar qué es?

—Si te soy sincero no se me había ocurrido que pudieras sentir curiosidad por una chuchería.

—¿Vas a decirme qué es?

—No.

—¿Es ilegal?

—No lo creo, pero quién sabe, las leyes cambian muy deprisa. ¿Has oído la expresión «ser de otra época»?

—Claro que la he oído, pero no voy a dejar que cambies de tema, estamos hablando de mi casa, es un allanamiento...

—No cambio de tema, Carlos. Y no es un allanamiento, me dejaste la llave. Te estoy respondiendo de manera elegante, sutil. Lo que he dejado en tu casa



actualmente no tiene valor. Ni peligro. Es de otra época. Un residuo. Papeles con todas las letras muertas. Un objeto durmiente.

—¿Y por qué lo has escondido en mi casa?

—No, no, no, Carlos, no seas tan vulgar. ¿No aprendes nada del tiempo que pasas conmigo? Esa pregunta está repetida, ya te he respondido antes. No sé ni por qué me molesto...

Trejo parecía realmente molesto. Como si le hubiesen fastidiado un regalo sorpresa.

—La pregunta buena era: «¿Por qué molestarse en esconder algo que pertenece a otra época, que está dormido?». Esa era la pregunta buena.

—Muy bien, muy bien. ¿Puedes hacer el favor de responderla?

—La respuesta es que se equivocan. Todos los que dicen que algo «pertenece a otra época» se equivocan. No hay otra época. Lo que duerme no está muerto. Mientras puedan respirar y abrir los ojos, por viejos que te parezcan, esas personas, esos objetos, los papeles que escondí en tu casa, no pueden darse por muertos. Este mundo todavía es el suyo. ¿Entiendes?

—Sí, supongo.

—El caso es que hay alguien que hubiese dado la vida por esos papeles. Pero por suerte para nosotros ese sujeto cree que la época es suya, y que destruí todos esos papeles como se me ordenó. Como si yo fuera una oveja, como si pudiera tratarme como a un esclavo. El obediente Trejo, el Trejito obediente. Así que ya no los busca. Para nada se preocupa por ellos. Esa es nuestra ventaja.

—¿Nuestra ventaja? ¿De qué hablas? ¿Estamos en medio de un caso?

—En cierta manera, sí. Solo que atravesamos la fase más delicada del asunto. Estamos conteniendo la respiración, Carlos. Nos estamos haciendo los muertos. Esperamos.

—¿Y qué esperamos?

—El día, un día muy especial, el día que esos papeles recobren todo su valor. El día que los muertos abrirán los ojos. El día que los durmientes nos desvelaremos.



ÁLVARO ABAD, es el seudónimo de Gonzalo Torné de la Guardia (Barcelona, España, 1976).

Bajo este nombre, ha publicado la novela *Nadie debería irse a dormir*.

Cursó estudios de Filosofía y Estética, de los que se licenció en la Universidad de Barcelona a principios de los años 90.

Empieza a escribir sobre los 20 años, sobre todo ensayos y textos en catalán. En 2001 recibe el Premio Ramón Llull de Ensayo Filosófico reconociendo la labor realizada hasta ese momento.

Desde el año 2002, ejerce como asesor literario para algunas de las editoriales más importantes de país. Ha compaginado su labor como técnico editorial con la redacción de su primera novela que ve la luz en 2008, que estuvo entre las obras aspirantes al Premio Nacional de Narrativa del 2008 y también el mismo año fue nominada al Premi Llibreter.

Ha publicado diversas novelas con su nombre real, como *Hilos de sangre* (2010; Premio Jaén de Novela) y *Lo inhóspito* (2007); un relato, *Las parejas de los demás* (2012), y un ensayo literario, *Tres maestros* (2012).

Ha traducido y editado a John Ashbery, Samuel Johnson y William Wordsworth.

Desde abril de 2012 es director adjunto del Invisible College.